



Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Secretaría de Posgrado
Doctorado en Ciencias Sociales

¿Qué traman en Pipinas?

Análisis del proceso de desarrollo territorial en una pequeña localidad bonaerense (2016-2019), o una investigación para responder qué desarrollo es posible en un pueblo de menos de mil habitantes

Román Fornessi

Director: Lic. Luis Adriani

Codirector: Dr. Matías Iucci

Tesis para optar por el grado de Doctor en Ciencias Sociales

Ensenada, 10 de noviembre de 2022

Agradecimientos

Realizar un doctorado no representó para mí una tarea sencilla, fue más bien un camino largo y sinuoso, que no podría haber transitado sin el acompañamiento de personas a las que quiero agradecer.

En primer lugar a Aníbal: es oportuno empezar agradeciéndole a él incluso por una cuestión cronológica, ya que esta tesis marca un punto de llegada en un camino que empezó en el 2014 con mi regreso a la Facultad, de lo que él es en buena parte responsable (y por lo que también voy a estar agradecido toda la vida). Mi gratitud por haberme formado, por confiar en mí y en mi trabajo, pero sobre todo por su amistad.

A Luis Adriani, director de esta tesis, que aunque no fue mi profesor me enseñó muchísimo. Le agradezco por su generosidad y su humildad, por haber hecho (él como nadie) que este camino sea más ameno y, en los momentos necesarios, más divertido.

A mi co-director Matías Iucci, quien se sumó a este trabajo ya iniciado, aunque previamente y de forma desinteresada realizó valiosos aportes al proyecto de tesis. Por su calidez y por siempre hacerse lugar para encontrarnos o leer los avances, en medio del caos cotidiano.

A Leyla Chain, porque fue parte de la tesis antecesora de ésta, la de maestría. Por enseñarme a leer y elaborar estos trabajos desde un registro metodológico que resultó muy valioso. También le agradezco por su amistad, por el trabajo compartido y por el cariño de siempre.

A mis compañeros y compañeras de distintos espacios de trabajo cotidiano: Luciana, Mariel, César, Horacio, Paula, Santiago, Guillermina, Esteban, Hernán, Ana Julia, Vito, Mariela. Les agradezco porque una tesis se hace de a un día a la vez, sin pensar mucho en cuándo llegará el final, y sin dudas ese día a día fue muy ameno porque fue compartido con ellos y ellas.

Hablando de cotidianidades, también quiero agradecerles a Juani, Santiago y Julia, con quienes compartí la representación del claustro de graduados/as en la Junta Asesora Departamental de Sociología durante dos años y medio de intenso trabajo e infinitas charlas, a través de las que logramos tramar (entre otras cosas) una muy linda amistad, que fue el marco en el que compartieron conmigo palabras de aliento, sugerencias y recomendaciones para transitar este camino.

Gracias a Amanda por tutorearme operativa y emocionalmente en esta última parte.

A los/as compas graduados/as que trabajan en el Doctorado en Ciencias Sociales de la FaHCE, porque siempre hicieron lugar a mis consultas y trámites de forma resolutiva.

A quienes fueron mis docentes de los seminarios y talleres de tesis del doctorado, que aportaron comentarios, observaciones y sugerencias muy pertinentes y sin las que, indudablemente, esta tesis no hubiera sido posible: Matías Iucci, Nicolás Welschinger, Sabrina Calandrón, Soledad Balerdi y Victoria D'Amico.

A Julia, Catalina, César y Juan, amigos y amigas que siempre me apoyan y confían en mí, para todo.

A mis amigas del alma Carla y Florencia.

A mi papá por transmitirme el sentido de la responsabilidad en lo que uno hace, a mi hermano por la historia compartida, y a mi sobrina porque es todo.

A Cecilia, porque la sangre hace parientes y el amor hace familias.

A Martín, por apuntalarme y por apropiarse tan genuinamente de lo que sea que emprendo, haciéndolo propio y, por ende, de los dos.

Y sobre todo, gracias a la comunidad pipinense por abrirme las puertas de su pueblo.

RESUMEN	7
ABSTRACT.....	8
INTRODUCCIÓN.....	10
Síntesis metodológica	18
Propósitos de la tesis.....	20
Preludio I: <i>acá no hay nada</i>	22
Preludio II: <i>¿acá no hay nada?</i>	23
Pipinas	26
Información demográfica.....	29
Reseña histórica y descripción de la localidad	33
CAPÍTULO 1. Visiones sobre (sub)desarrollo	45
Visiones sobre desarrollo a partir de la segunda posguerra.....	45
Visiones latinoamericanas	48
Influencia de visiones elaboradas fuera de la región.....	48
La visión estructuralista de la CEPAL.....	51
Las visiones dependentistas.....	54
Repensar el desarrollo.....	56
CAPÍTULO 2. Aclarando el panorama	58
Desarrollo: ensayando un (posible) ordenamiento	58
Instrumentar el desarrollo.....	59
Las formas de interpretar el desarrollo local en el escenario global	66
Desarrollo local y desarrollo territorial.....	70
Desarrollo local y economía social.....	72
Desarrollo y territorio	77
¿Qué tipo de desarrollo para qué tipo de territorio?	80
Un punto de llegada que es un punto de partida.....	87
El punto de partida epistemológico	92

CAPÍTULO 3. El qué y el cómo: construcción teórica y metodológica	97
¿Qué tipo de territorio estamos estudiando?.....	97
Apuntes sobre desarrollo territorial	104
Abordaje metodológico propuesto.....	108
La importancia de estudiar la trama de valor para analizar las articulaciones entre los actores del desarrollo territorial	110
Las dimensiones para el estudio del proceso de desarrollo territorial	112
Dimensión político institucional.....	113
Dimensión socio productiva	116
Dimensión simbólico identitaria.....	117
Eje espacial	120
Actores.....	122
Mapa de actores	124
¿Qué traman en Pipinas?	127
CAPÍTULO 4. “La Municipalidad”, “la ruta” y “el pueblo”: una trama de articulaciones conflictivas	132
Presentación del capítulo	132
Intervención diferenciada	137
La participación como estrategia para empatar y como espacio para reclamar	144
Conclusiones del capítulo	153
CAPÍTULO 5. El choque de temporalidades: articulaciones conflictivas entre un pasado que resiste y un futuro que promete.....	157
Presentación del capítulo	157
Algunas pistas para reconstruir los cimientos del “ser de Pipinas”.....	158
Cenizas del recuerdo.....	164
El rompecabezas de la identidad cementera	172
El choque de temporalidades	182
Conclusiones del capítulo	188

CAPÍTULO 6. Una (des)articulación conflictiva: el perfil de desarrollo <i>a mitad de camino</i>	192
Presentación del capítulo	192
Algunos elementos del perfil de desarrollo comercial con matices colaborativos	197
Un perfil de desarrollo <i>a mitad de camino</i>	200
Conclusiones del capítulo	217
FINAL. “¿Qué desarrollo es posible en un pueblo de menos de mil habitantes?”	220
Conclusiones	220
Reflexiones	233
BIBLIOGRAFÍA	238

RESUMEN

Esta tesis es un trabajo de investigación sobre las dinámicas de desarrollo territorial en la localidad de Pipinas (Municipio de Punta Indio, Provincia de Buenos Aires, Argentina) entre los años 2016 y 2019, respondiendo al período en el que realizamos el trabajo de campo en la localidad.

Con ella, nos proponemos hacer un aporte al campo de discusión sobre el desarrollo en general y sobre el desarrollo territorial en particular, a partir de la propuesta y aplicación de un enfoque que pueda ser útil para el estudio de estos procesos en pequeñas localidades.

Desde el abordaje teórico, recuperamos los aportes conceptuales sobre procesos de desarrollo, principalmente en América Latina, tanto de autores/as académicos/as clásicos/as de este tema, como también los postulados de organismos regionales e internacionales de planificación del desarrollo, sobre todo la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

Proponemos un enfoque territorial porque, como argumentaremos, posibilita una lectura integral del proceso, permitiendo un abordaje no exclusivamente desde la dimensión económica de lo que implica el desarrollo, sino que también recupera sus expresiones política, institucional, cultural, histórica y espacial.

El objetivo general apunta a identificar, describir y analizar el proceso de desarrollo territorial a partir de las articulaciones político-institucionales, socio-productivas, y simbólico-identitarias que construyen los actores en la localidad de Pipinas.

La investigación que presentamos es un estudio de caso, en tanto se orienta hacia las relaciones entre distintas dimensiones de una unidad de análisis a partir de un conjunto de herramientas metodológicas cualitativas, asumiendo que el abordaje debe ser multimétodo, ya que quien investiga debe aproximarse al fenómeno a través de diversas herramientas de recolección de datos (Marradi, Archenti y Piovani, 2007).

Este estudio es de tipo instrumental, porque el caso cumple el rol de mediación para la comprensión de un fenómeno que lo trasciende, y en este sentido nos interesa el análisis del caso en sí mismo a la vez que como camino para interpretar, explicar y analizar un proceso general, que lo contiene. Así, aquí el caso funciona como medio para aportar conocimiento sobre un problema que excede al referente particular: reponemos el estudio de la localidad de Pipinas como un análisis de caso de dinámicas de desarrollo territorial en pequeñas localidades.

Articulamos teórica y analíticamente las categorías de desarrollo, territorio y desarrollo territorial, y proponemos el concepto de trama de valor como núcleo del abordaje metodológico.

El trabajo de campo fue realizado entre los años 2016 y 2019, valiéndonos de herramientas del diseño cualitativo de investigación: entrevistas en profundidad, observaciones participantes, registros fotográficos, conversaciones informales, notas de campo y análisis de fuentes secundarias. Los extractos que recuperan las voces de las personas entrevistadas están referenciados con pseudónimos, para preservar sus identidades. Los mapas fueron creados a partir del software QuantumGIS (QGIS), utilizando como mapa base Google Satellite.

La relevancia de esta investigación puede ser pensada desde tres ejes:

- en términos disciplinares, por la gran cantidad de interpretaciones, lecturas e instrumentos de planificación de y sobre el desarrollo, y su característica: local, endógeno, económico, desde abajo, *bottom-up*, desde lo local, etcétera. En este estudio planteamos una definición concreta con la que trabajaremos, la de desarrollo territorial, y a partir de ella construimos una herramienta metodológica que permita el relevamiento de estos procesos;
- en términos institucionales, en tanto el Doctorado en Ciencias Sociales de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP no cuenta con trabajos de investigación vinculados directamente a este proceso. Es por eso que, creemos, esta tesis abre un conjunto de discusiones y un área de vacancia en el marco del posgrado, que puede resultar de interés para futuras y futuros estudiantes de posgrado; y
- en términos político-sociales, como insumo para el gobierno local del Municipio de Punta Indio en su gestión y diseño de acciones y políticas públicas destinadas a Pipinas.

Palabras clave: desarrollo – territorio – desarrollo territorial – Pipinas - pequeñas localidades.

ABSTRACT

This thesis is a research work on the dynamics of territorial development in the town of Pipinas (Punta Indio, Prov. of Buenos Aires, Argentina) in the years 2016/2017. We plan to make a contribution to the field of discussion on development in general and territorial development in particular, based on the proposal and application of an approach that may be useful for the study of these processes in small towns. The relevance of this investigation is

structured around two ideas: the first one is the great amount of interpretations, and definitions about what development is and its main characteristic: local, bottom up, up bottom, endogenous, etc. Here we will work with one definition: territorial development, and in base of it we offer a methodological tool to achieve this phenomenon. In institutional terms, the PHd in Social Sciences at UNLP, does not have thesis that study these dynamics. That is why, we think this thesis presents a cluster of discussions and an vacancy area on that postgraduate plan, that can be useful for many future students.

This research also could be understood as a tool for local government to develop public policy taking account of the main dimensions and conclusions we discuss here.

The main objective aims to identify, describe and analyze the process of territorial development from the political-institutional, socio-productive, symbolic-identity and spatial articulations that the actors construct.

The research we present is an instrumental case study, where the case fulfills the role of mediation for the understanding of a phenomenon that transcends it.

We are interested in replacing the study of the town of Pipinas as a case study of territorial development dynamics in small towns. We take readings about this phenomenon, mostly in Latin America, taking the theory of classical authors, but also the main ideas of the regional and international organisms, in charge of the planification of that process, like CEPAL.

In this thesis, we take a territorial approach, in order of achieve an integral study of the development, not only in its economic aspects, but also its institutional, cultural, and historic dimension. We articulate theoretically and analytically the categories of development, territory and territorial development, and propose the concept of a value frame to construct the methodological approach. The field work followed a qualitative logic; we perform data collection using in-depth interviews and analysis of secondary sources.

Key words: development – territory – territorial development – Pipinas – little town.

INTRODUCCIÓN¹

Este trabajo es un aporte al campo de discusión sobre el desarrollo territorial a partir de la propuesta y aplicación de un enfoque que pueda ser útil para el estudio de estos procesos en pequeñas localidades, entendiéndolas como aglomeraciones poblacionales de no más de dos mil habitantes (Diez Tetamanti, 2012, p. 5). En este marco, el objetivo general apunta a identificar, describir y analizar el proceso de desarrollo territorial a partir de las articulaciones político-institucionales, socio-productivas, y simbólico-identitarias que construyen los actores en la localidad de Pipinas. El recorte temporal lo ubicamos entre los años 2016 y 2019, y responde a lo que en la planificación de la investigación identificamos como *la actualidad* y expresa los años en que llevamos adelante el proceso completo de trabajo de campo².

La propuesta responde también a una inquietud que recurrentemente me formularon distintas personas al enterarse que estudiaría este proceso en Pipinas: *¿qué desarrollo es posible en un pueblo de menos de mil habitantes?*. Este interrogante da cuenta de una elaboración de sentido común sobre el desarrollo como un proceso evolutivo, con un punto de partida y uno de llegada igual para todas las sociedades, cuyas particularidades no son recuperadas como constitutivas de su identidad y de formas de operar en las relaciones al interior de las comunidades.

Desde luego que estas reflexiones encontraron eco en el marco del posgrado que comencé en el año 2016: la Maestría en Políticas de Desarrollo de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, creyendo que el recorrido me iba a aportar elementos teóricos y metodológicos no sólo para deconstruir representaciones que yo mismo tenía, sino también para elaborar una construcción propia de lo que ese proceso implica. Valga esta tesis también como un intento de construcción en ese sentido.

¹ Para la escritura de esta tesis se tomaron las siguientes decisiones: a) se escribirá principalmente en primera persona del plural y en algunos casos específicos se utilizará la primera persona del singular; b) se utilizará un lenguaje inclusivo binario (os/as) reconociendo que el lenguaje expresa posiciones ideológicas sobre cuestiones de género y advirtiendo que no deja de ser reduccionista la elección de solo dos géneros; c) se entrecomillarán todas las citas textuales de otros/as (ya sea de fuentes académicas como de fuentes primarias como entrevistados/as, o secundarias, como fuentes documentales) y se usarán cursivas para destacados o palabras en otros idiomas.

² Como veremos, cuando comenzamos a indagar sobre los procesos de desarrollo territorial en *la actualidad* apareció como un emergente ineludible la referencia reiterada a los momentos de instalación (1938) de la planta de la empresa CORCEMAR (Corporación Cementera Argentina), la adquisición de la misma por parte de Loma Negra (1991), su cierre definitivo (2001) y el establecimiento en el mismo predio del Polo Espacial Punta Indio (2014).

Estas cuestiones convergieron en mi intención de poder recuperar, primero, una definición de desarrollo que lo interprete como proceso no teleológico sino complejo en sí mismo, compuesto por distintas instancias de acumulación y en el que pueden entrar en interacción diversos actores territoriales; y segundo, un abordaje metodológico que me permita reponer empíricamente las características de ese fenómeno. Ambas cuestiones atendiendo a las particularidades de Pipinas.

A la propuesta conceptual sobre desarrollo le corresponde su contraparte sobre territorio, en tanto esta inquietud nos llevó a reponer lecturas sobre el territorio que rescaten su aspecto relacional, conflictivo, constitutivo de, e intervenido por, dinámicas de poder. Básicamente, es la perspectiva con la que trabajamos en los Proyectos de Investigación *Territorio, actores, redes y cadenas de valor en la actividad industrial*³ entre los años 2015 y 2018 y *Territorio y economía. Estudio de cadenas productivas en espacios urbanos y rurales en la Argentina actual*⁴ desde el 2019, radicados en el Centro de Investigaciones Geográficas del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (CIG – IdIHCS – FaHCE - UNLP).

La decisión de abordar el caso de Pipinas responde a un recorrido que comenzó en el primer proyecto mencionado, en el que estudiamos procesos de recuperación de empresas por sus trabajadores/as en el sector industrial desde el enfoque de la economía social. En ese marco, encontramos un área de vacancia en estos estudios sobre recuperación en lo que respecta al sector servicios, de modo que consideramos relevante explorar experiencias en esa línea. Así surgió nuestro interés por el análisis del caso del Hotel Pipinas, gestionado cooperativamente luego del cierre, en el 2001, de la planta que diez años antes Loma Negra había comprado a CORCEMAR (Corporación Cementera Argentina). A partir de un primer acercamiento exploratorio al Hotel en la localidad, advertimos las articulaciones que allí tejen distintos actores, con diversas finalidades y atravesados por distintas temporalidades, como veremos más adelante.

Asimismo, Pipinas muestra una particular *presión territorial* configurada a partir de la presencia de diversos actores e iniciativas tanto privadas como públicas (la compra de CORCEMAR por Loma Negra en 1991, la inclusión de Pipinas en el programa Pueblos Turísticos, el emplazamiento del Polo Espacial, entre otros).

³ PID H752 radicado en CIG - IdIHCS – FaHCE - UNLP. Director Lic. Luis Adriani. Co directora Prof. María Josefa Suarez.

⁴ PID H888 radicado en CIG - IdIHCS – FaHCE - UNLP. Director: Lic. Luis Adriani. Co director Dr. Gastón Varesi.

Sin duda, la investigación es resultado de inquietudes, discusiones, lecturas, reflexiones y producciones que se han dado en esos espacios de trabajo colectivo.

La tesis inicia con una caracterización de interpretaciones sobre el desarrollo que lo identifican con procesos de crecimiento económico y acumulación material en un contexto de creciente fortalecimiento de los flujos globales, cuando las potencias que ostentaban la “condición céntrica” (Ferrer, 2015, p. 42) elaboraron con éxito la lectura hegemónica de la división del mundo entre países desarrollados y subdesarrollados, lo que valió el cuestionamiento de pensadores/as latinoamericanos/as a partir de la formulación de la teoría centro-periferia. Luego damos cuenta de una complejización, con cierto componente de crítica, de esos principios del desarrollo y la introducción de la variable de capital social.

En este trabajo tomamos distancia de aquellas lecturas con fuerte sesgo economicista y proponemos entender al desarrollo más bien como un proceso complejo vinculado con una concepción integral del territorio como construcción social, visión relativamente vinculada con las reflexiones de aquellas corrientes que suman la categoría de capital social para estudiar el desarrollo en las sociedades contemporáneas.

Esta tesis puede pensarse como compuesta por dos grandes partes: la primera de ellas (coincidente con la primera mitad) está conformada por los capítulos 1 “Visiones sobre (sub)desarrollo”, 2 “Aclarando el panorama” y 3 “El qué y el cómo: construcción teórica y metodológica”. Contiene una sistematización de visiones sobre desarrollo y la reposición y reflexión sobre algunas ideas necesarias para avanzar hacia la construcción teórica (de nuestro objeto de estudio) y metodológica (de nuestra herramienta de relevamiento). También en esa primera parte expresamos un posicionamiento político en torno a la cuestión del proceso de desarrollo que se identifica con la denuncia de la imposición a nuestra región y país de categorías como tercer mundo o naciones subdesarrolladas que nos relegan a posiciones de desventaja en comparación con quienes detentan la posición central.

En la segunda parte de la tesis se encuentra el análisis de los datos recolectados en el trabajo de campo y la elaboración de los principales hallazgos, que son compartidos en los capítulos 4 “‘La Municipalidad’, ‘la ruta’ y ‘el pueblo’: una trama de articulaciones conflictivas”, 5 “El choque de temporalidades: articulaciones conflictivas entre un pasado que resiste y un futuro que promete” y 6 “Una (des)articulación conflictiva: el perfil de desarrollo *a mitad de camino*”.

El final de la tesis se titula “¿Qué desarrollo es posible en un pueblo de menos de mil habitantes?”. Allí compartimos las principales conclusiones y también elaboramos un apartado cuyo espíritu es compartir algunas reflexiones en torno al proceso de investigación.

A continuación aportamos una breve descripción de los principales contenidos de las secciones y capítulos del trabajo.

En esta introducción, el recorrido comienza con los Preludios I y II, apartados que buscan reponer algunas experiencias del trabajo de campo y del proceso de diseño de investigación para introducir preguntas, ideas y reflexiones primarias (en tanto respondían inicialmente a una actitud de curiosidad personal más que al resultado de evidencias científicas) que dieron origen al trabajo e iluminaron ciertas pistas hacia dónde interesaba encaminar la investigación. Luego, avanzamos hacia la caracterización de la localidad de Pipinas: su ubicación geográfica y datos relevantes en términos sociodemográficos e históricos.

En el capítulo inicial, que llamamos “Visiones sobre (sub)desarrollo”, indagamos sobre las concepciones del proceso de desarrollo a partir de la segunda posguerra, porque se planteó como proceso a través del que Europa se reconstruiría luego de las consecuencias de la Segunda Guerra mundial. Así, las ideas circulantes en torno a qué implicaba y cómo se daría ese proceso de desarrollo fueron extrapoladas a otras latitudes y contextos, con la advertencia de que también allí promoverían crecientes niveles de bienestar. A partir de la propuesta conceptual de *desarrollocentrismo* pretendemos dar cuenta de un doble sesgo que poseían estas ideas: economicista y eurocentrado, es decir que se homologaba desarrollo con crecimiento económico, erigiéndose Europa como el modelo a seguir.

Seguidamente, planteamos una sistematización de las visiones latinoamericanas sobre desarrollo que, aunque algunas no están exentas de influencias de ese *desarrollocentrismo*, plantean un camino propio para estos procesos y en ocasiones se construyen de forma crítica a aquellas visiones eurocentradas. Siguiendo un orden cronológico que comenzó con la reposición de las corrientes europeas pos segunda guerra mundial, avanzaremos aquí en torno a las propuestas latinoamericanas hacia fines del siglo pasado y comienzos del presente. Esto nos servirá de plafón para poner de manifiesto la relevancia de la escena territorial del desarrollo (Arocena y Marsiglia, 2017), que nos permitirá ir sentando las bases para la introducción del territorio como categoría central en esta tesis.

También allí expresamos y argumentamos nuestra postura crítica ante visiones que ven al desarrollo como un proceso que sigue un patrón evolutivo compuesto por distintas etapas, como homologable a crecimiento económico, y como consecuencia de la replicabilidad de

modelos *exitosos* en otras sociedades. Culminamos ese capítulo invitando a repensar las visiones sobre desarrollo y lo que ese proceso implica: una visión integral que recupere su complejidad y que en esta tesis abordamos a partir de una perspectiva multidimensional.

El capítulo 2 “Aclarando el panorama” parte de una situación diagnóstica: la polisemia y la diversidad de interpretaciones en torno a qué se considera proceso de desarrollo, así como también la multiplicidad de estudios que se abocan a estudiarlo como fenómeno, como elemento de planificación o como objeto de análisis valorativo en torno a cuán exitosa resultó la implementación de un programa. Así, reponemos la diversidad de términos con los que se lo adjetiva: endógeno, local, desde abajo, *bottom-up*, territorial, desde adentro y desde lo local, entre otros. Para establecer un criterio ordenador retomamos algunos antecedentes sobre este proceso agrupados en dos ejes: el primero de lecturas sobre procesos de desarrollo desde corrientes que instrumentan métodos para promoverlo en espacios locales, que además entienden lo local identificándolo con distintos niveles en cada agrupamiento. El segundo nuclea visiones que abordan el desarrollo local y endógeno desde distintos marcos interpretativos, como proceso objeto de estudio de las ciencias sociales. A partir de esta sistematización recorreremos visiones que entienden al proceso fuertemente motorizado por el crecimiento industrial, enfoques concentrados en escalas regionales y locales, posturas ligadas a las *buenas prácticas internacionales*, y enfoques que recuperan lo local como marco interpretativo necesario del proceso.

Seguidamente, recuperamos algunas ideas que circularon hacia la década de 1990 y comienzos del 2000, que reponen elementos *no económicos* del proceso de desarrollo, para ir acercándonos a la propuesta de desarrollo territorial: algunos aportes desde el desarrollo local y la economía social.

Luego de ese balance nos preguntamos “¿Qué tipo de desarrollo para qué tipo de territorio?” como forma de ilustrar la idea según la cual los procesos de desarrollo responden a lógicas, prácticas, políticas locales y que, por ende, como defendemos en esta tesis, deben ser abordados desde esquemas conceptuales o epistemes elaboradas desde lo local (Argumedo, 2009).

Hacia el final del capítulo, planteamos “Un punto de llegada que es un punto de partida” que consiste en un balance y elaboración de los elementos que fuimos rastreando en la exploración teórica anterior para confluir en una definición del proceso de desarrollo: un proceso endógeno en tanto involucra la participación de actores locales, que se vinculan entre sí a partir de iniciativas colectivas, que entran en disputa ya que desde una perspectiva

territorial se cristaliza el conflicto que se da entre proyectos antagónicos vinculados a distintas dimensiones (productiva, identitaria, institucional, política, etcétera).

En la definición de este punto de partida aportamos algunas reflexiones desde el marco de antecedentes que plantearon históricamente la necesidad de elaborar una matriz de pensamiento popular propia latinoamericana (Argumedo, 2009) y precisamente retomamos un elemento que se identifica con el “desacato epistemológico” de Aguer (2014), operando un desprendimiento de los marcos interpretativos hegemónicos que sostienen como parámetro los esquemas europeos occidentales.

El capítulo 3 “El qué y el cómo: construcción teórica y metodológica” comienza con la pregunta “¿Qué tipo de territorio estamos estudiando?” ya que, si decimos que a los fines de esta tesis los procesos de desarrollo serán interpretados y analizados a la luz de las dinámicas locales, y construimos ese proceso como de desarrollo territorial, entonces debemos caracterizar el territorio hacia el que abocamos nuestro estudio. Así, encontramos algunos elementos en autores/as referentes de la geografía y la sociología que reponen al territorio como construcción social y como producto de las relaciones humanas que, a la vez, son influenciadas por aquél en un ejercicio dialéctico. De esta manera, siguiendo la línea esbozada en el capítulo 1, recuperamos la importancia de detenernos en aspectos materiales e inmateriales del territorio como expresión de articulaciones sociales entre actores locales. Caracterizaremos al territorio como producto de la globalización, la descentralización y la modernidad, como pautas que tendremos en cuenta al momento de diseñar la herramienta metodológica pero también como guías que iluminarán uno u otro aspecto del proceso de desarrollo en la localidad. Veremos cómo se combinan estos elementos en la perspectiva de desarrollo territorial y su pertinencia para la investigación que presentamos.

Para el abordaje del proceso de desarrollo territorial elaboramos una herramienta que combina dos elementos: la trama de valor (Caracciolo, 2013 y 2014) y la concepción multidimensional del desarrollo (Altschuler y Casalis, 2006). La primera nos remite a la observación de las articulaciones que tejen los actores locales entre sí, y la segunda a iluminar aspectos del proceso en función de tres ejes: político-institucional, socio-productivo y simbólico-identitario, que a partir del trabajo de campo en la localidad advertimos que se encuentran atravesadas por lo que llamamos el eje espacial, de lo que damos cuenta en este capítulo.

Luego, identificamos a los actores locales en los que nos centraremos para el relevamiento y los análisis ulteriores, agrupándolos en torno a un mapa de actores que presentamos hacia el final de este capítulo.

Por último desarrollamos una de las *preguntas corazón* de la tesis: “¿Qué traman en Pipinas?”, para abordar el supuesto que sostiene que en Pipinas existe un proceso de desarrollo porque los actores locales intervienen territorialmente a partir del entramado que construyen allí, y en el que se desenvuelven en torno a distintos escenarios que en este caso emergen como conflictivos. Es en ese desenvolvimiento donde se gestan instancias de acumulación en torno a distintos objetivos, según el actor en que nos detengamos, fortaleciendo o debilitando su posicionamiento en la trama de valor.

El capítulo 4 ““La Municipalidad”, “la ruta” y “el pueblo”: una trama de articulaciones conflictivas” presenta un análisis reponiendo la centralidad de las dinámicas de poder, conflicto y disputa que son constitutivas de la perspectiva territorial con la que trabajamos. Haremos foco en la contraposición de intereses y las asociaciones entre actores para fortalecer una posición dentro de la compulsa de iniciativas, acciones y demandas en un escenario donde no hay lugar para todas ellas. Demostraremos cómo se desarrollan dinámicas conflictivas desde un sesgo espacial que tiende a discriminar, en la intervención del estado local, aquellos actores que se encuentran en el acceso (“la ruta”) y quienes se encuentran en el interior (“el pueblo”).

Aportaremos algunos hallazgos centrados en preguntas vinculadas con las articulaciones entre actores pipinenses y el Estado municipal, cuestiones atravesadas por la proximidad, la distancia institucional, y la participación. En torno a distintas iniciativas que pueden leerse desde alguno de estos conceptos se gestan articulaciones conflictivas que motorizan acciones de parte de los actores que tienden a fortalecer o debilitar su posición en la trama de valor.

En el capítulo 5 “El choque de temporalidades: articulaciones conflictivas entre un pasado que resiste y un futuro que promete”, advertimos que la articulación conflictiva se genera en torno a una lógica temporal. Analizaremos cómo se construye simbólicamente el vínculo entre Pipinas y su historia a través de la actividad fabril de CORCEMAR, cementera que tuvo presencia en la localidad desde 1938 hasta 1991, cuando fue adquirida por el grupo Loma Negra, que continuó su actividad hasta el año 2001, cuando cesa su producción definitivamente. Veremos que esa construcción se da en términos colectivos como reforzamiento y resistencia ante la avanzada de la industria satelital encarnada en la instalación de la fábrica de cohetes (en el marco del Proyecto Tronador II) en la localidad,

que para sumar un dato no menor funciona en el mismo predio en el que lo hacía CORCEMAR. Alrededor de estos dos actores (la fábrica de cemento que fue y la fábrica de cohetes que es) se elaboran proyectos e ideas que se hacen carne en distintos dispositivos, estrategias e iniciativas en la localidad, y que protagonizan un *choque de temporalidades* entre el pasado y el futuro.

El capítulo 6 “Una (des)articulación conflictiva: el perfil de desarrollo *a mitad de camino*” tiene el objetivo de elaborar un análisis sobre lo que Arroyo (2002) denomina el perfil de desarrollo de una localidad, pero proponemos retomar una de las clasificaciones del autor, la que llama “perfil en crisis”, que se ajustaría a Pipinas, para desarmarla y ofrecer un análisis que recupere la complejidad del proceso que, creemos, con aquella denominación queda invisibilizado. Este proceso se corresponde con articulaciones efectivas que instrumentan los actores pipinenses y que, por estar identificadas con una localidad cuyo perfil de desarrollo se encuentra en crisis, no son puestos de manifiesto. Aunque matizaremos esta interpretación evidenciando la desarticulación que hallamos entre distintas iniciativas que dificultan el delineamiento de un perfil de desarrollo para la localidad, lo que queremos demostrar a partir de la denominación *a mitad de camino*: nos interesa mostrar la complejidad que encontramos entre la elaboración parcial de un perfil de desarrollo pero también el fortalecimiento de la identificación de Pipinas como un lugar de parada intermedia para las personas que transitan la ruta 36. Aquí la conflictividad se funda más bien en una desarticulación que impide la construcción (e identificación) de Pipinas con un perfil delimitado, y en ese sentido, veremos cómo esta elaboración pivotea entre una identificación como destino turístico en sí mismo, y una parada intermedia hacia el destino turístico final.

En el final del recorrido, bajo el título “¿Qué desarrollo es posible en un pueblo de menos de mil habitantes?”, sistematizamos los principales hallazgos y elaboramos un posicionamiento en torno al proceso de desarrollo territorial que estudiamos en este trabajo.

Como adelanto, podemos compartir la comprobación de la hipótesis⁵ que sostiene que en Pipinas los actores se articulan en tramas de valor generando instancias de acumulación material e inmaterial que se identifican con un proceso de desarrollo territorial, comprendido como un complejo de articulaciones que desbordan lo estrictamente económico y se

⁵ Aunque ciertamente en el proyecto de investigación contábamos con una hipótesis, queremos reponer que en las ciencias sociales no hay un consenso sobre la necesidad de comenzar el proceso de investigación habiendo formulado una. En ese sentido Burgees (1984) sostiene que esas hipótesis devienen en el proceso mismo de investigación (es decir, no forman parte del conjunto de elementos iniciales con el que uno empieza, sino que se produce en el camino); en la misma línea, Piovani y Eguía (2005) señalan que para guiar un proceso de investigación son más importantes los interrogantes o los problemas que las respuestas provisionarias o hipótesis.

fortalecen en los planos político, institucional, productivo, cultural e identitario, y que son constitutivos del proceso. Ahora bien, ciertamente a esa hipótesis debemos agregarle que, a partir del trabajo de campo y el análisis del material, complejizamos esa lectura al advertir que esas articulaciones son conflictivas. Y damos un paso más: *vemos* desarrollo allí donde observamos conflicto porque, precisamente en torno a esos escenarios conflictivos, los actores territoriales articulan entre sí, disputando por la prevalencia de sus posiciones en la trama y para ello adoptan distintas estrategias: plantean contrapuntos, se asocian, cooperan, sopesan posibilidades, especulan cómo lograr mayor eficiencia en el planteo de sus reclamos, entre otras iniciativas que se entraman en una red de articulaciones que abordamos a partir de la categoría de trama de valor. Es desarrollo en el sentido más literal del término: porque esa trama se constituye en un dispositivo a partir del que podemos observar cómo esos actores se *desenvuelven*⁶ en esos escenarios.

Por último, hacia el final de esta tesis comparto algunas reflexiones sobre lo que implicó investigar este proceso, que serán tratadas desde un registro personal.

Síntesis metodológica

La investigación que presentamos es empírica, de carácter cualitativo y se trata de un estudio de caso ya que responde al interés por el análisis de un determinado fenómeno de la realidad⁷. En este sentido el caso de estudio puede identificarse con una unidad individual o colectiva y sobre él se concentra el esfuerzo analítico para comprenderlo en su especificidad, sin intentar elaborar generalizaciones (Marradi, Archenti y Piovani, 2007, 2017). En cuanto a la clasificación de los estudios de caso desde la perspectiva del/la investigador/a, este trabajo se inscribe dentro del tipo instrumental, donde el caso

“cumple el rol de mediación para la comprensión de un fenómeno que lo trasciende. El propósito de la investigación va más allá del caso; éste es utilizado como instrumento para evidenciar características de algún fenómeno o teoría. Busca interpretar cómo las características de ese fenómeno general se manifiestan en el caso particular” (Marradi et al. 2007, p. 241).

El objeto de estudio puede abordarse con diferentes métodos y desde distintas técnicas de recolección de datos y análisis. Trabajamos en función del objetivo de la investigación a partir de fuentes primarias (entrevistas semiestructuradas realizadas a informantes clave, registros fotográficos, diálogos informales, observación) y secundarias (documentos,

⁶ Etimológicamente la palabra desarrollo deriva del término desenvolvimiento.

⁷ En este sentido se pronuncia Stake (1994) al argumentar que el estudio de caso no es una opción metodológica, sino que está definido por el estudio de un objeto de interés.

periódicos⁸, lecturas cartográficas). Seguimos uno de los principios que se considera fundamental para la producción de datos empíricos: el relevamiento de fuentes múltiples de evidencia (Yin, 1994).

Realizamos las entrevistas entre los años 2016 y 2019. Para la selección de las personas entrevistadas partimos de la realización de un mapa de actores y luego nos apoyamos en la técnica conocida como bola de nieve, logrando una muestra no probabilística. Para concluir con el relevamiento de información adoptamos el criterio de saturación.

A partir de estas coordenadas, realizamos entrevistas a cuatro encargados/as de los “carritos” de la ruta, tres comerciantes, tres vecinos/as residentes en la localidad, tres funcionarios/as municipales (uno de ellos el delegado en Pipinas), tres ex trabajadores de CORCEMAR, un informante clave de la gerencia del Proyecto Tronador II, cuatro participantes de iniciativas locales como la Fiesta del Cordero o el evento público en conmemoración del aniversario 106 de la localidad. También mantuvimos conversaciones informales y telefónicas con otros/as informantes, que conforman el corpus de datos que analizamos. En todos los casos, para preservar sus identidades, utilizamos pseudónimos en los extractos citados. También realizamos observación participante, registros fotográficos, descripciones a partir de imágenes satelitales y análisis de fuentes secundarias.

La hipótesis con la que trabajamos sostiene que en Pipinas los actores se articulan en una trama de valor generando instancias de acumulación material e inmaterial que se identifican con un proceso de desarrollo territorial, comprendido como un complejo de articulaciones que desbordan lo estrictamente económico y se fortalecen en los planos político, institucional, productivo, cultural e identitario, y que son constitutivos del proceso.

El objetivo general de esta tesis es identificar, describir y analizar el proceso de desarrollo territorial a partir de las articulaciones político-institucionales, socio-productivas, y simbólico-identitarias que construyen los actores en la localidad de Pipinas.

Son objetivos específicos de esta investigación:

- Problematizar la identificación de nuestra región como “tercer mundo” o como conjunto de países “subdesarrollados” desde su sesgo eurocentrista, para dar cuenta de dinámicas de desarrollo propias de una pequeña localidad de Argentina.
- Construir una herramienta metodológica que releve dinámicas de desarrollo territorial en sintonía con el posicionamiento crítico planteado a partir del objetivo anterior.

⁸ Principalmente el diario local “El colono”.

- Analizar las acciones que realiza el gobierno local municipal y que tienen impacto en Pipinas, ya sea a partir de la gestión de conflictos o de iniciativas propias del Municipio o la Delegación municipal.
- Identificar los actores de las instancias productivas y/o comerciales y analizar las articulaciones que elaboran entre ellos.
- Comprender las iniciativas culturales y cómo interpelan a los actores de la comunidad desde la historicidad, su construcción identitaria y su pertenencia.

Propósitos de la tesis

Pretendemos que esta tesis sea un aporte al campo de discusión sobre el desarrollo territorial, a partir de la propuesta y aplicación de un enfoque que pueda contribuir al análisis de estos procesos en pequeñas localidades.

En principio resulta pertinente rescatar que las categorías de desarrollo endógeno, desarrollo local, desarrollo desde lo local, desarrollo regional y desarrollo territorial han sido empleadas en muchas ocasiones de manera indistinta⁹. Esto se articula con lo que ha señalado Bagnasco (1977, p. 18) respecto a que “la idea de desarrollo resulta ser una de las menos claras y más problemáticas de las Ciencias Sociales”. Ello se debe, según Michelini (2008) a que

“toda concepción del desarrollo representa la integración, al mismo tiempo, de tres tipos de cuestiones: una conceptualización acerca de la naturaleza y propósito del desarrollo (el “deber ser”), un modelo explicativo de las principales dinámicas que caracterizan su funcionamiento (que hace referencia a las dinámicas concretas del mismo, a lo que es) y, finalmente, un conjunto de estrategias de política derivadas de lo anterior, útiles para el impulso del desarrollo en territorios donde el mismo no ha tenido lugar de manera “espontánea”” (pp. 35-36).

Para no sumar un nuevo caso a aquel empleo indiscriminado de los términos, o con la intención de echar algo de claridad sobre el proceso y su abordaje teórico, conceptual y empírico, proponemos un concepto de desarrollo territorial vinculado a un abordaje analítico particular, sustentado en una elaboración metodológica para el relevamiento de datos de la realidad, herramientas que responden a las complejidades del territorio. A la vez, esta investigación ofrece un estudio de caso que alimenta en sí mismo el corpus empírico de abordajes sobre desarrollo territorial.

⁹ Por ejemplo, Boisier (1998) utiliza indistintamente los términos desarrollo regional y desarrollo territorial. Rofman y Fournier (2008) hacen lo propio con las categorías desarrollo local y desarrollo territorial.

También aspiramos a fortalecer un espacio de discusión y una línea de estudio posible dentro del amplio espectro de tópicos que se atienden en el marco del Doctorado en Ciencias Sociales (FaHCE-UNLP) en particular, y en el campo de discusión de las ciencias sociales en general. En este sentido, apuntamos a que este trabajo se sume a un conjunto de temas que se vinculan a la noción de desarrollo desde el perfil que se construye en dicho posgrado. Al respecto, consultamos las tesis defendidas y publicadas del Doctorado que se encuentran en el repositorio institucional¹⁰: encontramos sólo una (Rodríguez, 2013) que se pregunta por el proceso del desarrollo, y lo hace tangencialmente ya que en dicha investigación la indagación principal se relaciona con las concepciones sobre aquel que subyacen a programas provinciales de promoción de emprendimientos productivos. En tal sentido, creemos necesario recuperar esta vacancia como un incentivo más para llevar adelante esta investigación en el marco del mencionado posgrado.

Asimismo, creemos que uno de los principales aportes es la herramienta metodológica que diseñamos para poder relevar dinámicas de desarrollo territorial en pequeñas localidades. Este instrumento fue elaborado para esta investigación y se diseñó teniendo en cuenta al territorio en dos sentidos: como categoría conceptual de las ciencias sociales y, particularmente, de la geografía; y prestando atención a las particularidades de Pipinas. Esto último remite no sólo al sustrato físico o a la extensión territorial física de la localidad, sino también a los actores involucrados en ese proceso. Entonces, la herramienta metodológica para relevar dinámicas de desarrollo territorial en una pequeña localidad, es un aporte en sí mismo de este trabajo con el deseo de que otros/as investigadores/a la hagan propia y la sometan a prueba en nuevos estudios, de manera tal que se evidencien sus posibilidades y limitaciones en vistas de su perfeccionamiento. También es un aporte a la comunidad pipinense y al sector público que gestiona el Municipio. En ese sentido compartiremos un breve documento con las/os funcionarias/os a quienes entrevistamos donde se resuman los principales hallazgos y aportes de esta tesis.

Por último, intentamos sumar interrogantes a la complejización del debate teórico sobre el desarrollo. Creemos que ningún intento de investigación es estéril si viene a responder preguntas, aunque más no sean preocupaciones solamente de quien investiga. El ejercicio de cuestionar permanentemente fortalece las perspectivas y complejiza la mirada sobre la realidad, lo cual aporta vigencia permanente a las ciencias sociales.

¹⁰ Repositorio institucional de la UNLP – SEDICI: <http://sedici.unlp.edu.ar/>

Preludio I: *acá no hay nada*

El martes 19 de septiembre de 2017 fui a Pipinas porque había acordado con un trabajador de la gerencia de la empresa VENG S.A.¹¹, encargada de la fabricación de lanzadores espaciales en el marco del Proyecto Tronador II, que realizaríamos una entrevista para la elaboración de mi tesis. Llovía mucho. La localidad tenía el acceso anegado, así que el colectivo tuvo que tomar una vía alternativa que hizo demorar el arribo mucho más de lo esperado. Al llegar, hice la parada tradicional en el kiosco de una de las calles principales, que era atendido por Leandro. Por supuesto, no desaproveché la oportunidad para hacerme un chiste con respecto a mi interés por Pipinas, chiste que ya era tan tradicional como mis visitas al kiosco cada vez que llegaba a la localidad: “Mirá qué nos trajo la lluvia ¿Qué haces Riquelme?¹² ¿Seguís buscando el desarrollo acá? Acá no hay nada, menos con esta lluvia”.

El sábado 13 de mayo, también del año 2017, mantuve una charla muy interesante con José, un ex trabajador de la planta cementera que había instalado en la década de 1930 la empresa CORCEMAR en Pipinas, y también, como se identificó él, “ex pipinense”, devenido comerciante platense. En la introducción a nuestro encuentro le comenté que estaba haciendo un estudio sobre desarrollo local y que tenía que elegir una localidad “chiquita”, y por eso opté por Pipinas¹³, me señaló que “una vez que cerró CORCEMAR, en Pipinas se acabó todo el desarrollo”.

Casi todas mis visitas a la localidad culminaban en la parrilla del acceso, donde comía, dedicaba unos momentos a realizar notas de campo y trataba de tomar un poco de distancia de todas las voces que había escuchado, ya que por cuestiones operativas y de factibilidad, cuando visitaba Pipinas para hacer trabajo de campo intentaba concretar dos, tres e incluso cuatro entrevistas, siempre combinadas con registros fotográficos, contactos informales y en alguna oportunidad con una instancia de observación (que se volvió participante). En una ocasión, la persona que me atendió allí no dejó pasar la posibilidad de preguntarme si yo era “el chico de la universidad”, ante mi respuesta afirmativa me advirtió, con ánimos de que yo deje de “gastar plata y tiempo” que “acá no vas a encontrar nada”.

Hasta aquí sólo recuperé algunos relatos que, creo, se encuentran en sintonía en cuanto a lo que pretenden expresar, que identifiqué como una idea nativa, un emergente del campo con el que me encontré frecuentemente y desde las primeras visitas: “acá no hay desarrollo”.

¹¹ Acrónimo de Vehículo Espacial de Nueva Generación.

¹² Asociando mi nombre de pila, Román, con el del jugador argentino de fútbol Juan Román Riquelme.

¹³ El lector y la lectora de este trabajo entenderán la necesidad de caer en estas dos simplificaciones (“un estudio sobre desarrollo local”, y la opción de Pipinas como “una localidad chiquita”) durante el trabajo de campo, a los fines de darle un marco a mis frecuentes visitas a Pipinas.

Detengámonos un instante en el primero de ellos, el de Leandro, que atendía el kiosco: él me preguntó si seguía buscando *el* desarrollo. Esta cuestión estuvo repicando en mis reflexiones por mucho tiempo, ¿por qué Leandro hablaba de *el* desarrollo? Mi primera conclusión fue que esa expresión omitía la pluralidad, como si hubiera un solo tipo de desarrollo, o una sola forma de verlo cristalizado, o de *encontrarlo*, para utilizar su expresión. Pero, a medida que avanzaba en mi investigación, fui problematizando aún más esta expresión de Leandro, y me di cuenta que en su pregunta sobre *el* desarrollo lo que omite no es exactamente la pluralidad de desarrollos posibles, porque es obvio que no iba a preguntarme “¿seguís buscando los desarrollos?” o “¿seguís buscando algún tipo de desarrollo?”. Lo que estaba haciendo Leandro era omitir la *complejidad* del proceso.

Lo mismo sucede con la afirmación de José: “una vez que cerró CORCEMAR, en Pipinas se acabó todo el desarrollo”. “Todo” el desarrollo. Esto es interesante: aquí el fenómeno está directamente vinculado y asociado a una actividad productiva, por eso el entrevistado identifica que se agotó el proceso de desarrollo cuando cesó la actividad en la cementera. Una vez más se reduce el proceso, en este caso, a una lógica productiva de acumulación material, soslayando su complejidad.

Estas cuestiones me llevaron a hacer pie en una primera reflexión: el desarrollo es un proceso complejo. Enseguida esto parece una obviedad, pues ¿qué fenómeno objeto de estudio de las Ciencias Sociales no es complejo? Sin embargo, a mí esa primera reflexión me sirvió como puntapié, porque desde luego que a partir de ella vinieron otras tantas preguntas que fueron estructurando el camino investigativo, por ejemplo: ¿qué quiere decir que el desarrollo es un fenómeno complejo? Y aquí nació la primera respuesta, que dio origen a esta investigación: que los procesos de desarrollo son abordables desde distintos aspectos, diferentes aristas, que están atravesados por dinámicas diversas. Eso vendría a guiar todo el trabajo volcado a esta tesis, por lo que aquí presento un abordaje multidimensional del proceso.

Preludio II: ¿*acá no hay nada?*

En el año 2016 estaba transitando mi primer año de la Maestría en Políticas de Desarrollo de esta misma casa de estudios, precisamente me encontraba cursando el Taller de tesis I, que tenía como finalidad la elaboración del proyecto de investigación del trabajo final para la obtención del título. Para ello, debía seleccionar un tema de interés y volverlo objeto de estudio. En esa instancia decidí estudiar lo que rudimentariamente llamaba “el proceso de desarrollo en Pipinas”. Recuerdo que algunas compañeras y compañeros de cohorte me

preguntaron y cuestionaron “¿qué desarrollo es posible en un pueblo de menos de mil habitantes?”. Claro que esa pregunta era puramente retórica, pues el tono de cuestionamiento con que la formularon contenía de forma implícita la convicción de que ningún desarrollo es posible en un pueblo de menos de mil habitantes. No es que en ese momento tuviera la respuesta a esa pregunta, tampoco me imaginaba que luego de elaborada la tesis de doctorado sería tan difícil, más bien tan *complejo*, responderla. Pero sí tenía claro que ello constituía una invitación a visitar Pipinas y comenzar a explorarla. En una de mis primeras recorridas, transitando la calle 7 de la localidad, me encontré con el paseo turístico “Un gigante, cenizas del recuerdo”, iniciativa educativa de la escuela secundaria local, en el marco de la materia Turismo, que consiste en una serie de carteles indicativos de la historia de la instalación en 1938 de la cementera CORCEMAR, que funcionó hasta 2001. Iniciativa interesante por su relato articulado entre los hitos locales de la planta pipinense y los procesos socioeconómicos que se daban en el contexto nacional. El paseo está ubicado en un lugar de acceso público desde donde puede apreciarse el predio en el que funcionaba la planta CORCEMAR, simbolizada con la chimenea de la fábrica, aún presente allí.

Esto llamó mi atención y creía que había llegado a encontrar una primera pieza para elaborar la respuesta a la pregunta de mis compañeros/as de posgrado. Un grupo de estudiantes pipinenses había pensado, planificado e incluso elaborado el paseo turístico, había formulado las explicaciones en clave histórica que se podían apreciar en los carteles informativos, había sistematizado y seleccionado las imágenes que allí se exhibían, había intervenido la localidad. Entonces pensé que ese colectivo de personas había hecho algo con su historia, con la historia de la localidad, la había recuperado, interpretado, intervenido, y ahora la ofrecía como paseo turístico. Estaba seguro que esa iniciativa no encontraba sus límites ahí: ese paseo desbordaba los fines educativos y turísticos, alimentaba la historia local, fortalecía el sentido de pertenencia construido con Pipinas y atravesado por la construcción identitaria cimentada (valga la fuerza de la metáfora) en la relación de los y las vecinas con la planta cementera CORCEMAR. Es decir que a partir de esa iniciativa concreta se disparaban vínculos, articulaciones con otros actores. Estaba seguro que ese proceso de elaboración, recuperación e incluso resignificación de ese espacio y de esa historia me hablaba de algún tipo de dinámica de desarrollo.

En septiembre de 2017 participé de una jornada de trabajo comunitario en Pipinas donde vecinos/as, comerciantes y funcionarios/as municipales se dieron cita en el club del pueblo para su reacondicionamiento y puesta en valor. Lo que noté en esa oportunidad fue la horizontalidad que había adoptado el trabajo colectivo en el lugar: allí nadie trabajaba en la

Municipalidad, o en el negocio de la calle del acceso, ahí el rol que asumían todos/as los/as participantes del evento se identificaba con el motivo que los/as convocaba: quien estuviera allí estaba trabajando en la puesta en valor del club. Ese trabajo colectivo, puesto al servicio de una institución local, me daba la pauta de que podía ser identificado como una instancia de desarrollo, y no me quiero adelantar en la tesis, pues esto lo analizaremos más adelante, pero no es descabellado pensar que esta jornada de trabajo comunitario generaba algún tipo de acumulación en tanto se fortalecían los lazos de pertenencia.

Para la celebración del centenario de Pipinas, en el año 2013, se convocó a la escuela primaria para que sus estudiantes diseñaran afiches conmemorativos del primer siglo de vida de la localidad. Así nació el afiche del centenario con el espíritu de recuperar la identidad de Pipinas durante sus primeros cien años, condensada en sólo una imagen. En ella predominan el ferrocarril y la fábrica. Una vez más, la historia de Pipinas era recuperada, interpretada e intervenida por actores locales. Esto tenía que poder leerse desde alguna dimensión del proceso de desarrollo.

El paseo turístico “Un gigante, cenizas del recuerdo”, la jornada de trabajo comunitario para la renovación del club local, el diseño del afiche de los cien años, solo por mencionar algunos ejemplos de situaciones con las que me fui encontrando y que respondieron a iniciativas locales, despertaron en mí la idea de que, efectivamente, en cada una de esas iniciativas se gestaban lo que identifiqué como dinámicas de desarrollo. Esto me resultaba paradójico: porque las mismas personas entre las que circulaba como una verdad incuestionable que en Pipinas *no hay nada*, de pronto participaban o generaban estas dinámicas que para mí, a todas luces, evidenciaban procesos de desarrollo.

Y ahí comenzó todo: la idea de desarrollo que subyace a las afirmaciones recuperadas al inicio de este apartado se vincula con la acumulación material, el crecimiento económico, el desarrollo tecnológico, productivo. Esto se asociaba a la identificación con el par atraso/evolución: en la ciudad está lo evolucionado, en el campo lo atrasado, lo estancado, lo que quedó en el tiempo. Y eso no es desarrollo. En este punto resulta interesante introducir una idea de Wilches (2000) para quien la interpretación tradicional del desarrollo lo asociaba

“con una dirección de cambios que iban desde lo rural hacia lo urbano, de la agricultura a la industria, de lo tradicional a lo moderno, de lo atrasado a lo próspero. De tal manera que, bajo esta concepción, el proceso de transformación estructural significó tanto el crecimiento de sectores industriales como la urbanización de la vida moderna. Y, concomitantemente, la desvalorización de lo rural que pasó a ocupar un papel residual en el desarrollo” (p. 2).

Esta reflexión hace pie en una dimensión espacial de las dinámicas de desarrollo, diferenciando lo urbano de lo rural. Pero incluso hay lecturas que entienden la construcción hegemónica alrededor del proceso de desarrollo desde su configuración temporal, es decir que no solo hay un lugar para el desarrollo, sino también un tiempo (Aguer, 2014). Desde luego que las comunidades y países *desarrollados* se encuentran en el *centro* y en el *presente*, auto-ubicándose en esas coordenadas en tanto ostentan una posición hegemónica. En torno a estas reflexiones se configuran formas de nombrar a ese otro no desarrollado: subdesarrollado, tercer mundo, periferia, en desarrollo, connotaciones que “dan cuenta del privilegio de la dimensión cronopolítica en el establecimiento de la diferencia entre culturas” (Aguer, 2014, p. 22).

Si bien yo tenía claro que las otras instancias señaladas al comienzo del segundo preludio podían identificarse como dinámicas de desarrollo, aún me faltaba seguir explorando y elaborando el corpus teórico para dar cuenta de su complejidad. Porque lo que estaba claro era que el tipo de desarrollo del que estaba hablando yo no era el mismo que subyacía en los relatos nativos que recupero más arriba. Incluso, y para dar lugar a la teoría académica especializada, podríamos pensar que la idea de desarrollo que yo tenía en mente tampoco estaba muy en línea con los preceptos clásicos y hegemónicos que se han elaborado al respecto. Más adelante explicaré bien esto, pero ahora me interesa dejar en claro cuáles fueron los primeros pasos en la gestación de esta idea de desarrollo que comparto y defiendo en esta tesis. No porque sea concluyente, sino porque expone aspectos, dimensiones, e incluso iniciativas de actores invisibilizados desde posiciones hegemónicas, e incluso por ellos mismos, victoria precisamente de la cosmovisión dominante.

Entonces, esta investigación nace de dos reflexiones, dos presupuestos a los que tuve que ir modelando en su forma y cargando de contenido: el primero de ellos sostiene que el proceso de desarrollo no es homologable a acumulación económica o material. El segundo es que, en Pipinas, tienen lugar iniciativas llevadas a cabo por actores que implican la generación de dinámicas de desarrollo. Estas dos ideas se encuentran articuladas, y en esta tesis veremos cómo.

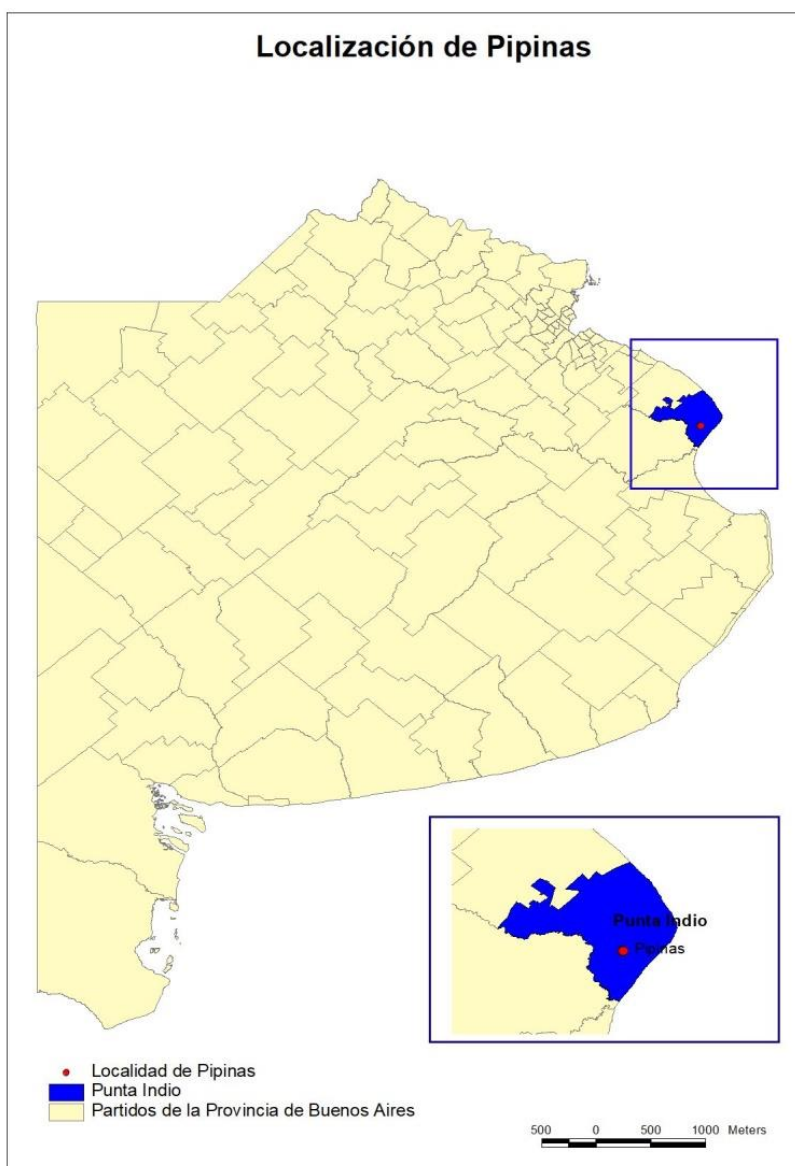
Pipinas

Pipinas pertenece al Municipio de Punta Indio junto con las localidades de Verónica, cabecera del municipio, Punta Indio, Alvarez Jonte, Las Tahonas, Luján del Río, La Viruta, Monte Veloz y Punta Piedras. Dicho municipio se constituye como tal en el año 1994 a partir

de la promulgación de la Ley 11.584 aprobada por la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires que establece la división del Partido de Magdalena, al que pertenecían hasta entonces todas aquellas localidades y centros poblados.

El partido se encuentra en la Provincia de Buenos Aires, a 90 km de distancia de la ciudad de La Plata, limita con el Río de La Plata y la Bahía de Samborombón al este, con el Municipio de Magdalena al norte y noroeste, y con el de Chascomús al oeste y suroeste. Cuenta con una superficie de 1.627 km² y una población estimada para el 2019 en 10.521 habitantes según las proyecciones de la Dirección Provincial de Estadística de la Provincia de Buenos Aires (2020).

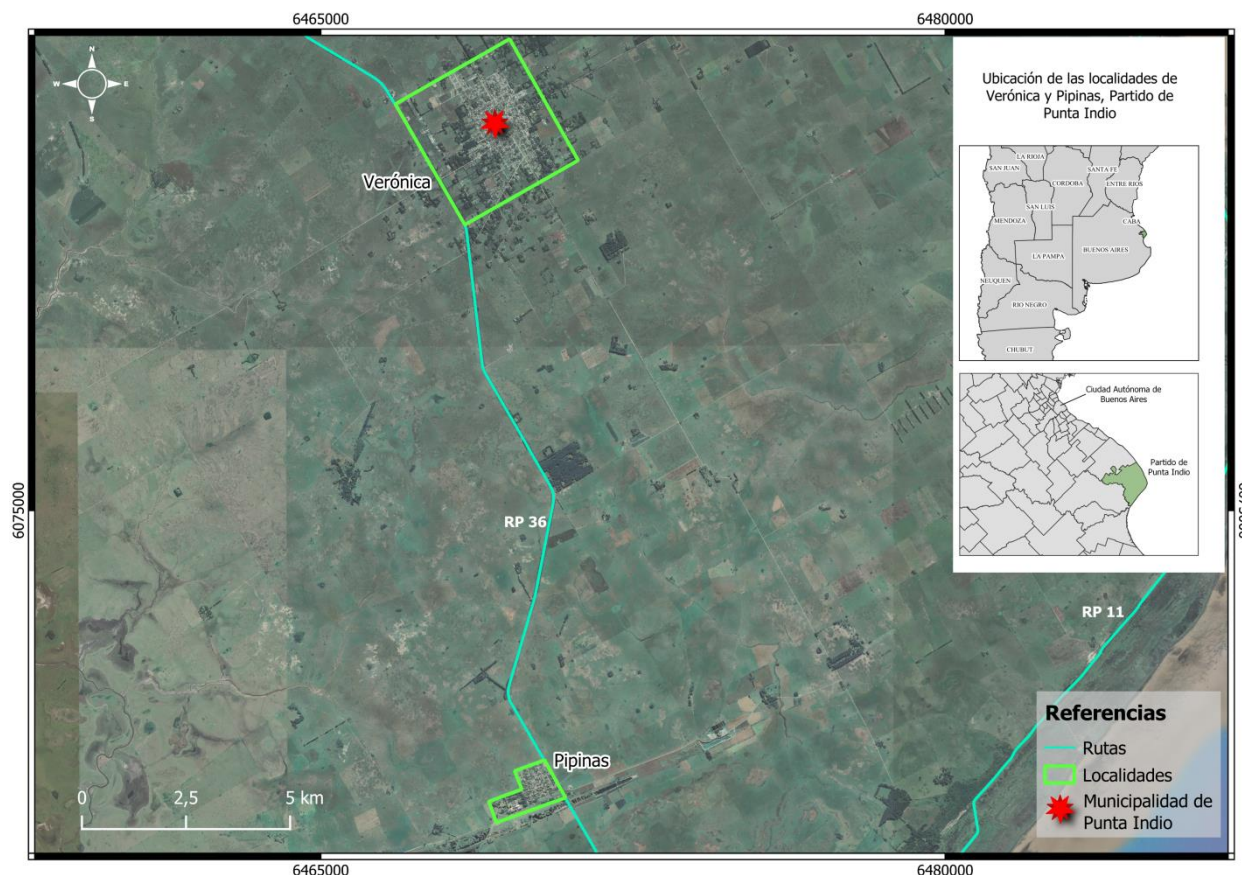
Mapa 1. Ubicación del Partido de Punta Indio y de la localidad de Pipinas.



Fuente cartográfica: INDEC. Unidades geoestadísticas. Cartografía y códigos geográficos del Sistema Estadístico Nacional. Buenos Aires. Año 2015.

La ruta provincial N°11 y la ruta provincial N° 36 conectan al municipio con la región metropolitana de Buenos Aires y la primera de ellas con las localidades del litoral atlántico. Esto da cuenta de una ubicación favorable del partido, y particularmente de Pipinas, en relación a la circulación vehicular, sobre todo en períodos de flujo turístico.

Mapa 2. Pipinas, y rutas provinciales 11 y 36



Fuente: Elaboración a partir del software QuantumGIS (QGIS), utilizando como mapa base Google Satelite.

De acuerdo a las últimas estadísticas provinciales¹⁴ el Producto Bruto Geográfico del Municipio de Punta Indio es de 70 millones de pesos para el año 2003¹⁵, representando un 0,1% del producto bruto provincial. Su estructura productiva está compuesta principalmente por actividades de agricultura, ganadería, caza y silvicultura (24%) y por servicios inmobiliarios, empresariales y de alquiler (21,9%).

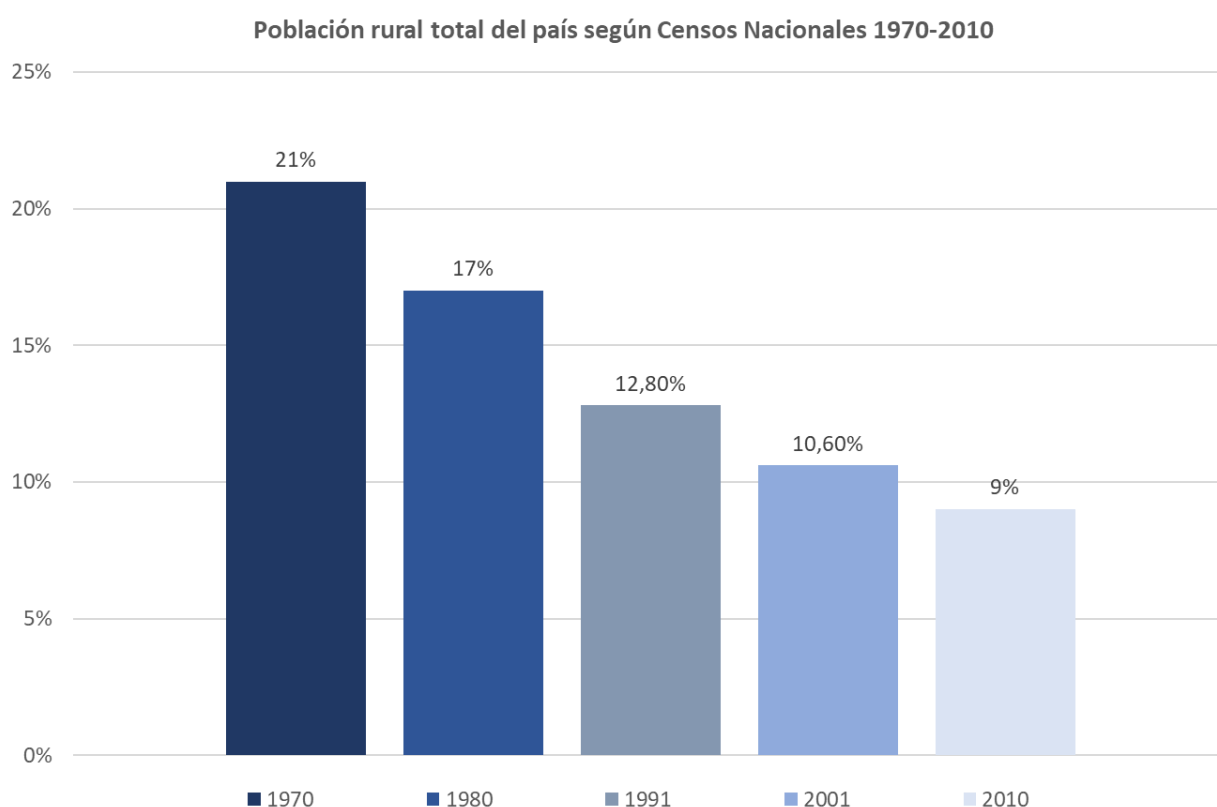
¹⁴ Fuente: “Programación del desarrollo territorial. Diagnóstico preliminar y líneas de acción para la discusión” Tomo III. Ministerio de Economía de la Provincia de Buenos Aires. 2014.

¹⁵ Este es el dato más actual que brindan las estadísticas oficiales.

Información demográfica

La localidad de Pipinas es identificada, en términos de registros sociodemográficos, como una localidad rural¹⁶. Según los últimos relevamientos censales, la población rural del país ha evidenciado un proceso de continuo decrecimiento: el Censo de 1970 muestra que el 21% de la población total era clasificada como rural, mientras que para el año 2010 ese valor fue de 9%. Esto se vincula con el creciente proceso de urbanización que ha experimentado el país al calor de los cambios en la estructura productiva, impulsada por el pasaje del modelo agroexportador al de industrialización por sustitución de importaciones de la primera mitad del siglo XX (INDEC, 2015).

Gráfico 1. Población rural total del país según Censos 1970-2010



Fuente: Elaboración propia en base al INDEC (Censo Nacional de Población, Familias y Vivienda, 1970; Censo Nacional de Población y Vivienda, 1980; Censo Nacional de Población y Vivienda, 1991; Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda, 2001; Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda, 2010).

Entre los años 2001 y 2010 la población total de Argentina registró un aumento de 10,6%, la población urbana aumentó un 12,8%, mientras que la población rural decreció 7,4%. Es decir que el aumento en la población total, a nivel país, se verificó en espacios urbanos, evidenciando un fenómeno de migración de las personas del campo a la ciudad (Busso, 2007;

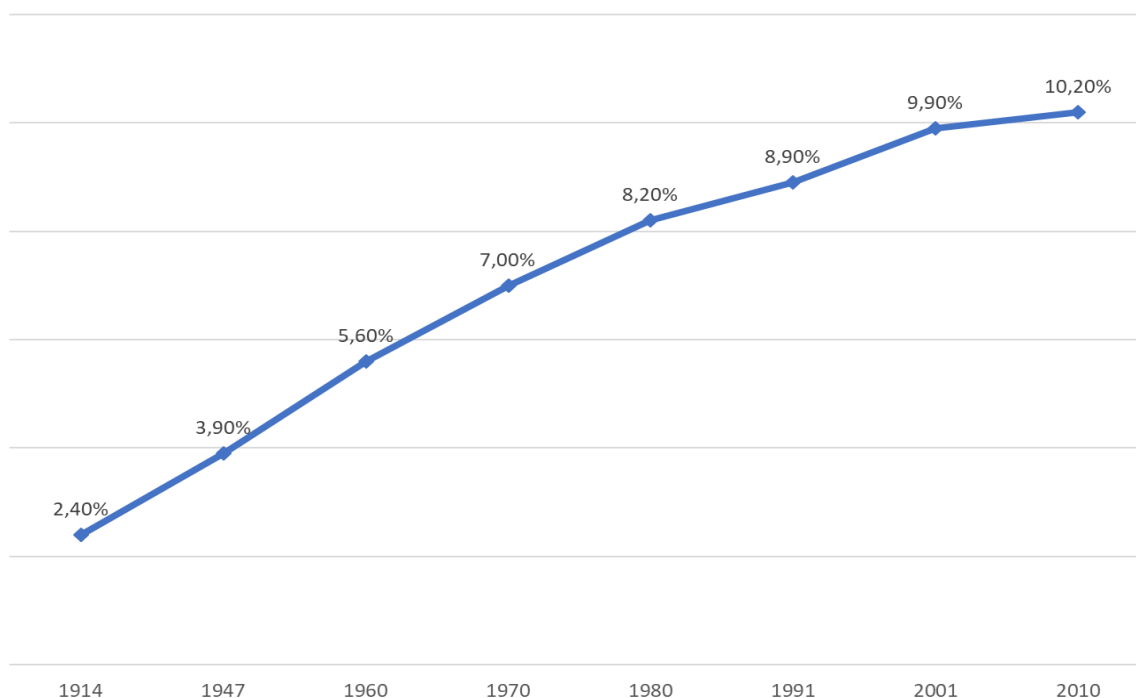
¹⁶ El INDEC identifica como localidad rural a las que cuentan con menos de dos mil habitantes.

Rodriguez y Busso, 2009). Esto es referido por Sili (2019) quien sostiene que estos movimientos migratorios coinciden con los procesos de impulso productivo a nivel nacional:

“en la Argentina la población rural tuvo un notable crecimiento desde fines del siglo XIX hasta mediados de siglo XX (...) Luego comenzó un lento pero inexorable proceso de despoblamiento que coincide con los procesos de industrialización y urbanización, y posteriormente con procesos de modernización tecnológica en el sector agropecuario” (Sili, 2019, p. 91).

También se da, a nivel nacional, un crecimiento de la participación de las personas adultas mayores en el total de habitantes, esto, como veremos, es una característica demográfica presente en Pipinas. Al respecto, el INDEC (2015) señala que entre los años 2001 y 2010, se da un proceso de envejecimiento por la base, expresado por la menor participación relativa de las personas de 0 a 14 años de edad (pasa del 28,3% en 2001 al 25,5% en 2010), articulado con un proceso de envejecimiento por la cúspide dado por el mayor peso relativo de las personas de 65 años y más (9,9% en 2001 al 10,2% en 2010). Estos cambios son consecuencia del descenso sostenido de las tasas de fecundidad (envejecimiento por la base) y de la mortalidad en las edades avanzadas (envejecimiento por la cúspide).

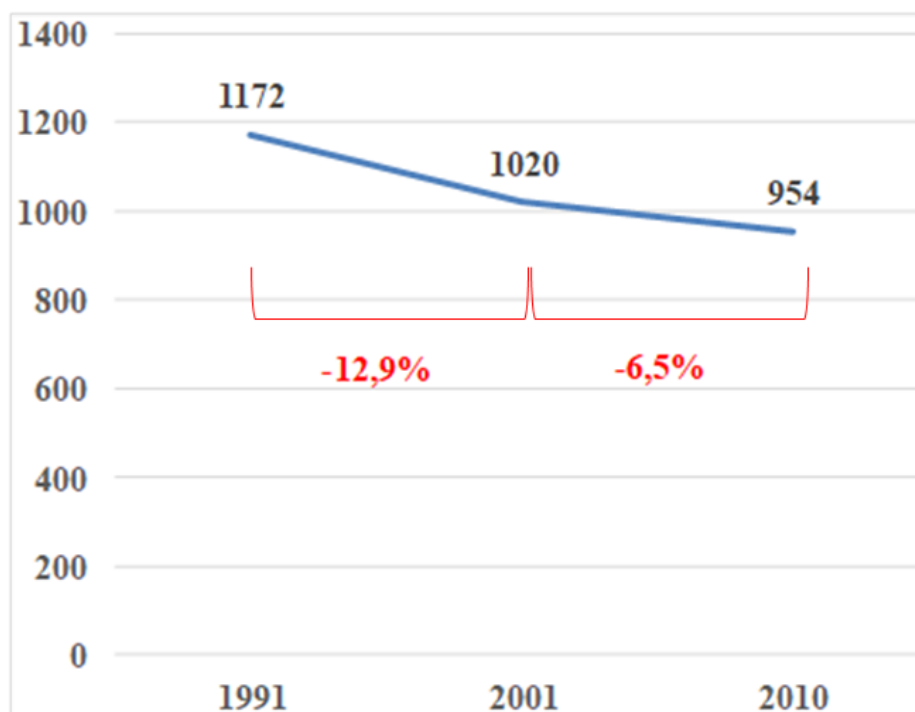
Gráfico 2. Población de 65 años y más según censos nacionales de población 1914-2010



Fuente: Elaboración propia en base a los datos del INDEC. Censos nacionales de población 1914, 1947, 1960, 1970, 1980, 2001, 2010.

En ese contexto, la localidad muestra un decrecimiento sostenido en cuanto a la cantidad de población a lo largo de los últimos tres registros censales. Entre los años 1991 y 2001 la cantidad de habitantes descendió un 13%, y entre el 2001 y el 2010 un 6,5%. Considerando la amplitud total, la reducción poblacional en esos 20 años es de un 18,6%.

Gráfico 3. Pipinas: cantidad total de habitantes según censos nacionales de población 1991, 2001, 2010

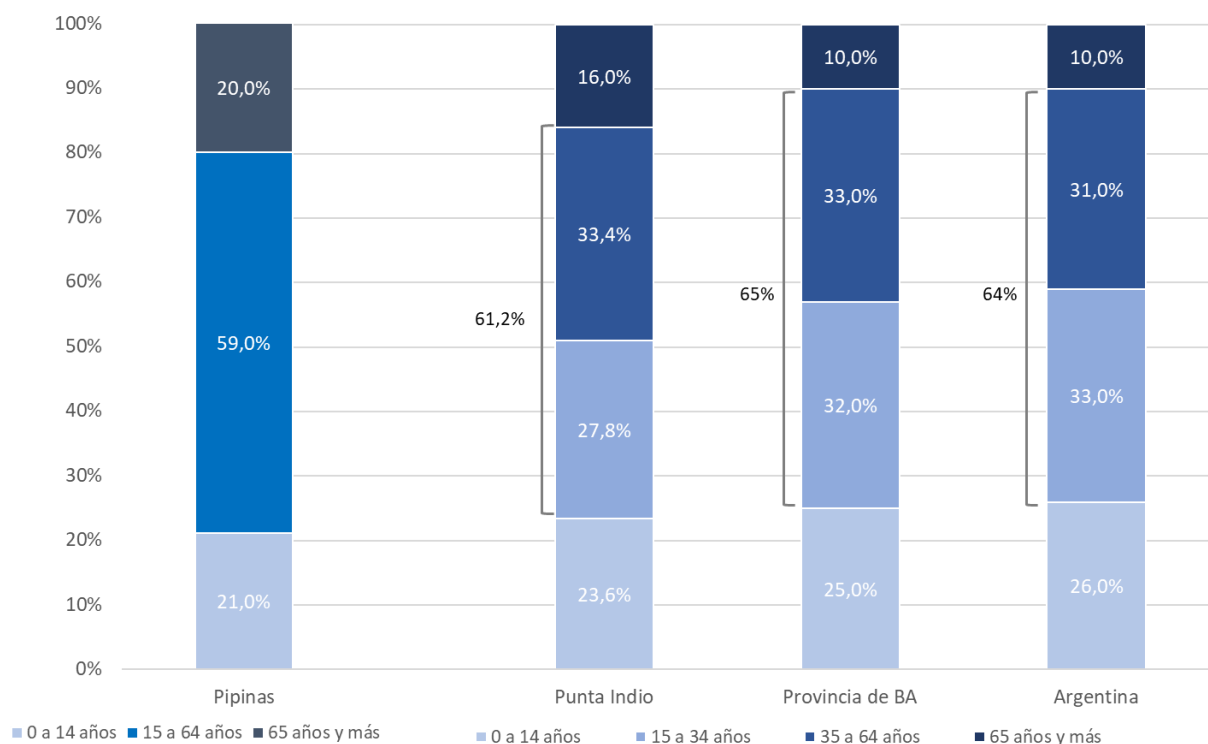


Fuente: Elaboración propia en base a datos del INDEC (1991, 2001, 2010).

Según el último censo nacional, la población asciende a 954 habitantes, y la distribución según sexo es de 47,8% varones y 52,2% mujeres.

Al observar la división por grandes grupos de edad se presenta una concentración mayor en el grupo entre 15 y 64 años (59,1%), mientras que quienes tienen entre 0 y 14 años representan el 21,1% y los mayores de 65 años el 19,8%. Es interesante comparar estos datos con los que se dan a nivel provincial y nacional ya que se puede observar en Pipinas una mayor cantidad de personas en el grupo de mayor edad respecto a la media nacional, lo que da cuenta de un proceso de envejecimiento poblacional:

Gráfico 4. Comparación de la distribución de la población en grandes grupos de edad en Pipinas, Punta Indio, Provincia de Buenos Aires, y Argentina



Fuente: Elaboración propia en base a los datos del INDEC (2010) y de la Dirección de Estadísticas de la Provincia de Buenos Aires (2010).

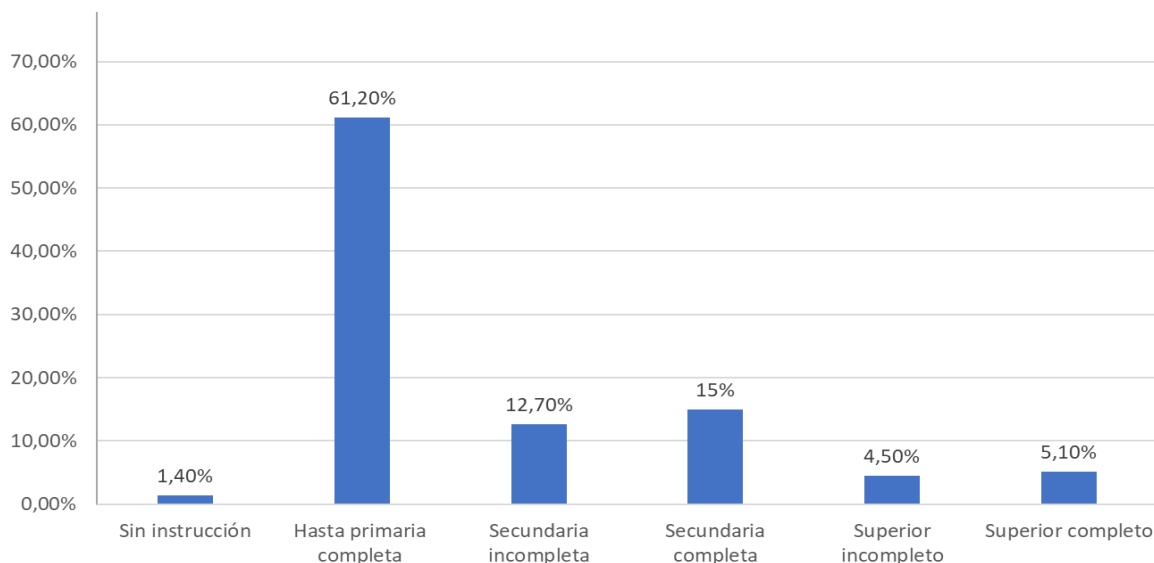
Vale aclarar que no ha sido posible conseguir el dato desagregado de la cantidad de personas de entre 15 y 34 años y de entre 35 y 64 años para la localidad de Pipinas, sino que la desagregación de la variable edad alcanza los niveles nacional, provincial y municipal, es por eso que se presenta la variable edad distribuida en cuatro grandes grupos etarios para Argentina, Provincia de Buenos Aires y Municipio de Punta Indio, y en tres grupos para la localidad de Pipinas. Esto obedece a que las fuentes estadísticas no son las mismas: para los primeros tres universos se pudieron recuperar datos del INDEC, mientras que a nivel localidad hemos hecho uso de las fuentes de la Dirección Provincial de Estadísticas de la Provincia de Buenos Aires. No obstante, a los fines de facilitar la comparación, se presentan los datos consolidados de los grupos etarios 15 a 34 años y 35 a 64 años, para Punta Indio (61,2%), Buenos Aires (65%) y Argentina (64%).

A pesar de esta falta de homogeneidad en la presentación de los datos, el gráfico ilustra claramente que el nivel de población envejecida en Pipinas supera la media nacional y provincial, y que también se evidencia en la localidad un mayor nivel de envejecimiento por la base.

En términos de condición de ocupación, la población de la localidad se distribuye de la siguiente manera: ocupadas/os 56,9%, desocupadas/os 2,9%, inactivas/os 40% (INDEC, 2010)

Del total de Jefas/es de hogar el 61,5% son varones, mientras que el 38,5% son mujeres. Respecto al máximo nivel de estudios alcanzado por el/la jefe/a de hogar, la distribución que resulta puede observarse en el siguiente gráfico:

Gráfico 5. Distribución de la población de Pipinas según máximo nivel de estudios alcanzado



Fuente: elaboración propia en base a datos del Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda, INDEC 2010. Como puede observarse, la mayor cantidad de habitantes cuenta con educación primaria completa como máximo nivel de estudios alcanzado (6 de cada 10). Ese valor desciende al 15% en el nivel secundario completo, y a 5% en estudios superiores completos.

Teniendo en cuenta los datos del Censo Nacional del año 2010, en cuanto al indicador Necesidades Básicas Insatisfechas, el 4% de los hogares de Pipinas presentan esta situación.

A partir de lo señalado, podemos resumir que Pipinas muestra un nivel de población envejecida por encima de las medias provincial y nacional. El máximo nivel de estudios alcanzado es en su mayoría el primario (concentrando al 60% de la población de la localidad), cuenta con un bajo porcentaje de NBI y un alto porcentaje de población económicamente inactiva.

Reseña histórica y descripción de la localidad

La localidad de Pipinas se fundó en el año 1913 con la inauguración de la estación ferroviaria, ubicada 25 km al sur de Álvarez Jonte, y que adoptó el nombre de Las Pipinas en honor a las mellizas integrantes de la familia Diehl, que residían allí y eran apodadas de esa

manera¹⁷. El tendido ferroviario de la línea General Roca conectaba a Pipinas con las localidades de La Plata, Bartolomé Bavió, Magdalena y Alvarez Jonte. Este ramal tenía la característica de ser colector de la producción lechera de la zona.

Imagen 1. Escultura de “Las Pipinas”, en la plaza de la localidad



Fuente: Registro de campo, enero 2019.

Pipinas fue fundada al calor del proceso de consolidación del modelo agroexportador¹⁸ y en este período contaba con algunas residencias familiares y un almacén de ramos generales que proveía al pueblo. Durante estos primeros años su principal actividad productiva era agraria y ganadera.

En el año 1938, en los inicios de la etapa de industrialización sustitutiva, se instala allí la planta de la empresa CORCEMAR (Corporación Cementera Argentina S.A) que no sólo ocupó mano de obra pipinense sino que se tornó demandante de fuerza de trabajo de otras localidades, por lo que varias personas decidieron instalarse allí. La cementera llegó a ocupar

¹⁷ Antecedentes fundacionales de Pipinas. Sitio del Municipio de Punta Indio <http://www.puntaindio.gob.ar/>

¹⁸ La periodización adoptada corresponde a la propuesta por Rapoport (2007).

500 personas en esta planta, que explotaba conchilla extraída de canteras localizadas en la zona.

CORCEMAR se involucró en la vida social del pueblo por medio del Club Corcemar, un centro recreativo que brindó a los/as empleados/as, sus familias e invitados/as, canchas de fútbol, una pileta de natación de 25 metros de largo y un polideportivo techado que albergaba, además de facilidades atléticas, espacio para proyecciones cinematográficas y una confitería. Asimismo, contaba con un hotel para los/as empleados/as no residentes en Pipinas. Se forjó así una comunidad que vivía al amparo de la fábrica y cuyos jefes y jefas de hogar habían sido ocupados por la empresa.

Imagen 2. Vista aérea del establecimiento CORCEMAR. Década de 1960¹⁹



Fuente: fotografía proporcionada por un entrevistado, julio 2017.

El período rentístico-financiero iniciado en 1976 impacta negativamente en Pipinas: en el año 1980 se clausura el ramal ferroviario que unía a la localidad con la ciudad de La Plata. Para ese momento, según la investigación llevada adelante por Diez Tetamanti (2012), la cantidad de pasajeros/as transportados/as semanalmente por el ramal que unía La Plata con Las Pipinas era de entre 3.000 y 6.000. Pueden inferirse las consecuencias negativas que traerían aparejadas la ausencia de ese flujo de personas hacia la localidad, junto con el impacto desfavorable de la clausura del ramal ferroviario para la distribución de productos, principalmente lácteos, de la región.

¹⁹ Como puede observarse en la imagen, se trataba de un establecimiento de importantes dimensiones. Allí se destaca la chimenea de la fábrica, un hito significativo en el paisaje de la localidad. En el ángulo inferior derecho de la imagen puede observarse la pileta que es parte de las instalaciones de la fábrica destinadas a los/as trabajadores/as y sus familias.

En 1991, en pleno auge del régimen de acumulación neoliberal que generó un gran proceso de desindustrialización y fortaleció dinámicas de concentración económica de grandes conglomerados de capital, la empresa CORCEMAR es comprada por el grupo Loma Negra y comienza un proceso de reestructuración productiva que la llevaría de la producción de cemento a la producción de cal, seguido por un proceso de despido masivo de mano de obra, dejando activos a 28 empleados de la planta. A la vez, dejaron de funcionar las actividades sociales y recreativas creadas y organizadas por la fábrica (las más paradigmáticas eran el club deportivo y el hotel).

Imagen 3. Estación de tren Las Pipinas



Fuente: registro de campo, septiembre 2017.

Esta serie de hechos dieron como resultado más relevante la acentuación del éxodo poblacional de Pipinas, como mostramos en el gráfico 3. Esta es una situación similar a la de las pequeñas localidades de la provincia: emigración hacia las principales aglomeraciones y, con ello, el despoblamiento de estos espacios.

Este fenómeno de despoblamiento como consecuencia de la implementación de las políticas neoliberales de fines de siglo XX ha sido recuperado por Díaz y Serfelippe (2006) quienes afirman que

“El modelo económico neoliberal que empezó a deslizarse con fuerza en aquellos años oscuros de la Argentina moderna, y que se consolidó durante la década del '90, significó para los pueblos del interior de la provincia de Buenos Aires el éxodo de sus habitantes signado principalmente por dos etapas, producto de las políticas acordes a ese modelo.

En una primera etapa, el cierre de los ramales del ferrocarril, como consecuencia de la ecuación “ramal que da pérdida, ramal que se clausura”. Ecuación que deja de lado la utilización del ferrocarril para fortalecer los lazos sociales y como factor de desarrollo (...) La segunda etapa responde al desmantelamiento de las unidades productivas alrededor de las cuales se movilizaba la economía local de los poblados” (Díaz y Serfelippe, 2006, p. 54, citado en García Germanier, 2018).

En el año 2001 cesa definitivamente la actividad de la planta de Loma Negra en la localidad.

A partir del inicio del período de posconvertibilidad, comienza a gestarse en la Pipinas un conjunto de iniciativas tendientes a contrarrestar los efectos negativos de la crisis, lo que va de la mano con el crecimiento de la actividad económica a escala nacional en el marco de un nuevo modelo de acumulación fortalecido por políticas de estímulo al mercado interno.

En este contexto, varios/as pipinenses llevaron a cabo la instalación de emprendimientos comerciales que ofrecían bienes de producción local a la vera de la ruta 36, los denominados “carritos”, y la recuperación del antiguo hotel perteneciente a CORCEMAR que pasa a denominarse Hotel Pipinas, a cargo de la cooperativa de trabajo Pipinas Viva, como apuesta a la actividad turística en la localidad.

Imagen 4. Carritos de la Ruta 36 en horario de cierre, durante un día de semana, fuera de período turístico. Fotografía tomada de frente al parador, sobre la ruta.



Fuente: registro de campo, septiembre 2017.

Imágenes 5 a 7. Carritos de la Ruta 36 en actividad, durante un fin de semana turístico. Fotografía tomada desde el ingreso a Pipinas.

Imagen 5



Fuente: registro de campo, noviembre 2019.

Imagen 6



Fuente: registro de campo, noviembre 2019.

Imagen 7



Fuente: registro de campo, noviembre 2019.

Imagen 8. Hotel Pipinas



Fuente: registro de campo, septiembre 2017.

Por su parte, los gobiernos provincial y nacional incorporaron a Pipinas en algunas de sus políticas. En el año 2013 la provincia incluye a Pipinas en el programa Pueblos Turísticos, iniciativa pensada para promover la actividad turística en pequeñas localidades. El requisito para la inclusión de las mismas dentro de esta iniciativa turística es que sean poblaciones rurales que cuenten con menos de dos mil habitantes. Al momento en que se desarrollaba esta investigación, la intervención de este programa en Pipinas está vinculada a la colocación de señalética en los accesos y en las calles internas, dando cuenta de su pertenencia al programa.

Imagen 9. Señalética informativa del programa “Pueblos Turísticos”, sobre la Ruta 36



Fuente: registro de campo, enero 2019.

En el año 2014, en el marco de políticas de promoción científica y tecnológica nacional, se inauguró el Polo Espacial de Punta Indio, un puerto espacial ubicado en Pipinas, utilizado para testear y fabricar los prototipos del Proyecto Tronador II de la Comisión Nacional de Actividades Espaciales (CONAE). El lugar concreto donde se emplaza este proyecto es el predio donde funcionaba CORCEMAR.

Imágenes 10 y 11. Centro de control de lanzamiento y area de integración de montaje y de vehículos (CONAE, proyecto Tronador II). Ex predio CORCEMAR.



Fuente: Registro de campo, noviembre 2019.



Fuente: <http://www.conocelaprovincia.com.ar/las-pipinas>. Recuperado en marzo 2018.

Tronador II es el nombre que recibe la segunda etapa del proyecto de desarrollo de lanzadera espacial o cohete en el marco del Plan Nacional Espacial de Argentina²⁰. Comenzó a desarrollarse en la segunda mitad de la década pasada a pedido de la CONAE, siendo la empresa VENG S.A. (sigla de Vehículo Espacial de Nueva Generación), sociedad de capitales públicos (51%) y privados (49%), la contratista primaria.

Imagen 12. Prototipo del cohete del Proyecto Tronador II, emplazado en el acceso a la localidad.



Fuente: registro de campo, noviembre 2019.

De esta reseña puede concluirse que Pipinas atravesó un período de auge dado por el crecimiento de CORCEMAR con una modalidad de tipo paternalista en la relación empresa-territorio; un período de crisis, producto del cierre de la empresa; y un momento, actualmente

²⁰ Esta lanzadera espacial es un cohete multietapa de un solo uso, proyectado para colocar satélites en órbita polar y para enviar cargas a órbitas bajas. En este Polo Espacial se encuentra emplazado el modelo en escala de dicho lanzador que anteriormente había sido exhibido en la feria Tecnópolis.

en desarrollo, en el que convergen diferentes acciones e iniciativas de distintos actores que se gestaron como respuesta a esa coyuntura crítica. Entre éstas podemos mencionar la iniciativa de los “carritos” instalados sobre el acceso a la localidad, que comenzaron con su actividad de manera informal y como estrategia de supervivencia ante la crisis no solo del modelo de acumulación de la convertibilidad (Varesi, 2012) sino también ante la crisis local que significó el cese de la actividad fabril y, con ella, de la demanda de mano de obra.

Luego, a partir de la intervención del Estado municipal, se regularizaron estos emprendimientos, no solo transformándose en locales comerciales (lo que implicaba mejoras estructurales), sino también en tanto contaron con habilitación para la comercialización de los productos, pasando de ser acciones de supervivencia a fuentes de ingresos principales para las familias que en ellos trabajan.

Otra de las iniciativas señaladas es la instalación de la empresa VENG SA en el predio donde funcionaban CORCEMAR primero y Loma Negra después. No sólo tendiente a emplear mano de obra local sino a generar un dispositivo de atracción turística en Pipinas.

Pipinas vivió un momento de esplendor social motorizado por el impulso productivo que tuviera la planta productora de cemento, instalada allí hacia fines de la década de 1930, volviéndose el principal dinamizador del mercado laboral en la región, lo que combinado con el recorrido ferroviario a partir del trazado vial de la línea Roca imprimía un flujo y un movimiento a la localidad que hacia fines del siglo XX y principios del XXI perdería por la clausura del ramal ferroviario que se había dado durante los 80, y el cese definitivo de la producción de la planta de cemento que desde 1991 había adquirido el grupo Loma Negra, convirtiéndola en una calera. Junto con ella también se fue *apagando* el ritmo social que imprimía la fábrica en la localidad a partir de iniciativas destinadas a sus residentes como la colonia de vacaciones para jóvenes, el club de fútbol CORCEMAR, el centro de atención sanitario, y eventos sociales que fortalecían el lazo de pertenencia.

Como respuesta a esta situación, un conjunto de pipinenses deciden ofrecer en la ruta productos de elaboración propia, lo que se vería potenciado con la incipiente construcción de Pipinas como pueblo turístico, y con la instalación allí de la fábrica de cohetes en el marco del Proyecto Tronador II.

A partir de esta reseña esbozamos algunas características de Pipinas para que quien lea esta tesis cuente con una aproximación a la localidad que le permita imaginarse cómo es transitar por sus calles, qué elementos saltan a la vista en el paisaje del pueblo, que aspectos históricos

atraviesan hoy en día la socialización entre sus habitantes. Es allí donde iremos a buscar respuestas a nuestras preguntas de investigación.

CAPÍTULO 1. Visiones sobre (sub)desarrollo

Visiones sobre desarrollo a partir de la segunda posguerra

A partir de la segunda guerra mundial surgieron lecturas sobre el desarrollo que proponían un *deber ser* para aquellas sociedades que pretendieran desarrollarse (Narodowski, 2007; Lopez, 2015) cuyos preceptos fueron elaborados desde la perspectiva hegemónica, con los parámetros hegemónicos. En este sentido estamos ante lo que llamamos *desarrollocentrismo*, que puede entenderse como la extrapolación de los propios parámetros de desarrollo hacia diversas comunidades de manera descontextualizada y desatendiendo los procesos políticos, culturales, espaciales, y económicos de esas (otras) sociedades.

En la segunda posguerra los países industriales consolidaron su posición hegemónica: constituyeron y administraron los organismos internacionales reguladores del comercio y las finanzas (Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial y Organización Mundial del Comercio), y promovieron las ideas destinadas a reproducir las desigualdades existentes en el orden mundial, con especial hincapié en la desregulación económica (Ferrer, 2015).

Esta caracterización de un enfoque de desarrollo con un fuerte sesgo de los países del centro fue retomada por Arocena y Marsiglia (2017) quienes historizaron la elaboración del concepto de desarrollo a partir de la segunda posguerra, recuperando críticamente la clasificación hegemónica de sociedades que pertenecerían a un denominado primer mundo, y otras que se encolumnarían detrás del llamado tercer mundo. Los autores sostienen que luego de la Segunda Guerra Mundial, las naciones primermundistas advirtieron la necesidad de reconstruir sus países, mientras que las sociedades tercermundistas debían iniciar el camino del desarrollo (*development*),

“en castellano, tendríamos que hablar de desenvolvimiento. No se está ante una sociedad cuyos miembros intentan construirla, sino ante un conjunto humano que debería pasar por un proceso natural y desenvolverse, como una larva se desenvuelve y da lugar a la mariposa [...] No es un proceso construido en el que se supone que existen constructores, sino un proceso sometido a determinadas leyes metasociales que están referidas a procesos contruidos por otros” (Arocena y Marsiglia, 2017, pp. 46-47).

Detengámonos un instante en estas ideas y compartamos una reflexión: siguiendo con la lógica que plantean los autores citados, las naciones potencia de mediados del siglo XX, luego de la segunda guerra mundial, encararon un proceso de reconstrucción. Esto nos permite pensar que no se trata de países que debían desarrollarse, sino que ya lo habían hecho, y que la segunda guerra mundial fue una interrupción, “un traspie” (Arocena y

Marsiglia, 2017, p. 47) a partir del que se volvió necesario reconstruir lo que la guerra había destruido. Por otro lado, estaban los países agrupados bajo el rótulo de tercer mundo, o subdesarrollados, o (lo que parece más políticamente correcto) en vías de desarrollo. En el primer caso se trataba de países desarrollados tratando de recuperarse de ese traspié, en el segundo caso de países subdesarrollados, o en vías de desarrollo, o del tercer mundo, pero en ningún caso desarrollados.

Esta idea es perceptible si consideramos que uno de los principales objetivos del Plan Marshall fue “la reconstrucción de Europa en la posguerra” (Rapoport y Spiguel, 2009, p. 5). No nos interesa aquí hacer un análisis pormenorizado de este plan, sino más bien demostrar que las formas de nombrar a los distintos países en determinados contextos nos hablan de los preceptos subyacentes que sustentan las políticas de desarrollo en cada sociedad: si como afirma Chiriguini (2006) el que domina nomina, entonces no debe extrañarnos que el concepto de tercer mundo haya sido acuñado por quienes ostentan, por supuesto, ser parte de un primer mundo dominante.

Tercer mundo es una categoría diseñada en su forma y contenido por el primer mundo con fines político-ideológicos. Según Arrighi y Silver (2001) es una manera de legitimar y perpetuar la diferencia entre las principales potencias económicas del mundo y el resto de las naciones sometidas a los avatares que aquellas diseñan para mantener esa condición de hegemonía. En este sentido, los/as autores/as identifican simbólicamente la muerte de ese tercer mundo a través de dos coordenadas: la primera, de matiz temporal, ubica el colapso tercermundista en los años 70 y 80, con las dictaduras cívico militares a cargo de los gobiernos que instrumentaron modelos de acumulación predominantemente financieros en detrimento de la modelos productivos-industriales que se había intentado levantar en períodos anteriores, generando crecientes procesos de concentración de la riqueza y como consecuencia altos niveles de desigualdad en estas sociedades, que comenzaban un largo camino de empobrecimiento. En paralelo, la segunda coordenada está vinculada a una causa geopolítica: se inició en un momento en el que las naciones de ese tercer mundo estaban experimentando un real proceso de industrialización, crecimiento económico, y protagonismo político en el concierto mundial sin precedentes.

Esa destrucción se llevó a cabo esgrimiendo poderío económico financiero como punta de lanza del proceso: los/as autores/as observan una retirada del capital desde la producción hacia la intermediación y la especulación financiera, iniciativas que encontraron asidero en el Consenso de Washington, que venía a reivindicar la supremacía estadounidense a nivel

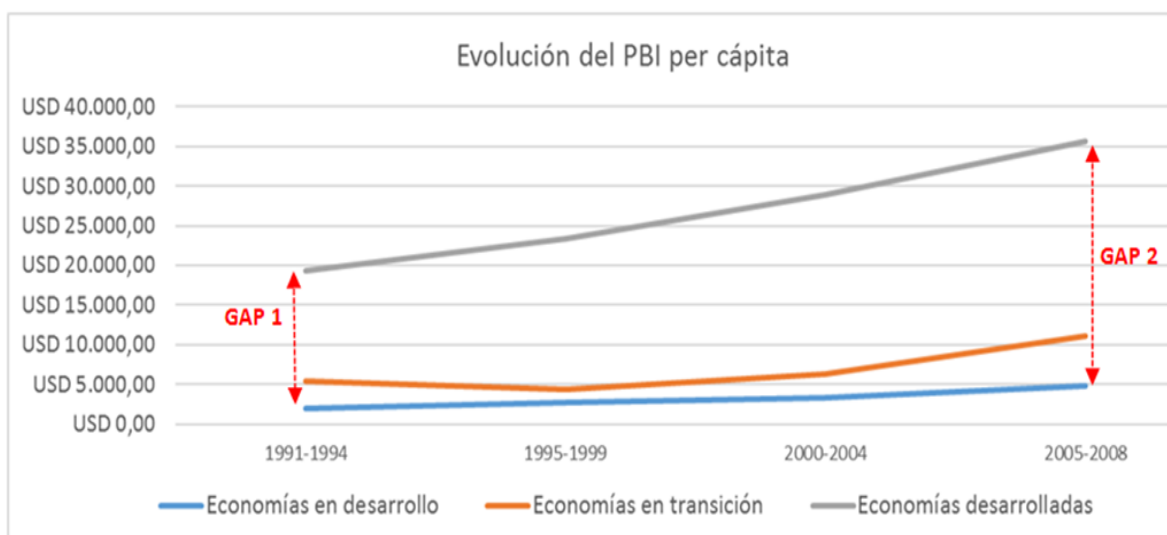
mundial (Arrighi y Silver, 2001). Como proceso articulador de esta dinámica se daba la extinción del paradigma del Estado de Bienestar y de los estados en desarrollo, que habían encontrado en el proteccionismo un eje para el crecimiento. Este desmantelamiento estuvo avalado e incitado por las elites del tercer mundo, que veían en el Estado benefactor un modelo agotado que debía ser superado. Esta desigualdad global se perpetuó a lo largo de todo el período considerado, e incluso en la actualidad.

Boisier (2001) sostiene que durante las décadas de 1970, 1980 y 1990

“el desarrollo continuó siendo casi un sinónimo de crecimiento y el PIB agregado y sobre todo, el PIB per cápita fue la medida corriente del nivel de desarrollo. Esto contribuyó a consolidar el dominio profesional de los economistas en el tema del desarrollo, algo que generó una suerte de circularidad viciosa de reduccionismo económico, que poco ha ayudado a entender la verdadera naturaleza del fenómeno y al diseño de formas eficaces de intervención promotora” (p. 1).

Veamos cómo se ilustra esto en el siguiente gráfico, que muestra las distancias entre el indicador PBI per cápita de los países según sean desarrollados, en desarrollo o en transición para el período 1991-2008.

Gráfico 6. Evolución del PBI per cápita de las economías en desarrollo, en transición y desarrolladas



Fuente: Elaboración propia en base a Lucero, Mutubería y Narodowski (2012, p. 279).

Estas cuestiones son incorporadas en esta tesis para que sirvan de plañ sobre el que recuperar las ideas sobre desarrollo elaboradas desde América Latina, porque existe una vinculación teórica entre estas visiones hegemónicas a nivel global y buena parte de los desarrollos conceptuales que se dieron en la región durante la segunda mitad del siglo XX.

Visiones latinoamericanas

El objetivo de este apartado es elaborar un mapa teórico y conceptual que recupere las principales ideas y lecturas sobre el proceso de desarrollo en América Latina. A modo ilustrativo y esquemático, presentamos el siguiente cuadro que muestra, para el recorte temporal seleccionado, las visiones que recuperamos aquí sobre las conceptualizaciones del desarrollo en América Latina teniendo en cuenta el momento en el que emergen, lo que quiere decir que no se clausuran en los períodos siguientes, sino que continúan con diferente vigencia.

Posguerra. Mediados Siglo XX		Década del 70 a década del 90	Fines de siglo XX	Principios de siglo XXI
Influencia de las teorías europeas en el pensamiento latinoamericano sobre el desarrollo: crecimiento económico y visión “etélica” del desarrollo	CEPAL: teoría centro-periferia. Tesis del intercambio desigual Neoestructuralismo.	Teoría de la dependencia. Perspectiva marxista.	Desarrollo local, desarrollo endógeno, desde abajo.	Economía social y solidaria. Territorio y poder.

Fuente: Elaboración propia.

Comenzamos este recorrido partiendo del conjunto de visiones sobre el desarrollo en América Latina, durante la segunda mitad del siglo XX. Es a partir de la segunda posguerra que el desarrollo se vuelve objeto de debate y reflexión en la región (Ferrer, 2015; Arocena y Marsiglia, 2017). En principio, las ideas que subyacen a esas visiones fueron elaboradas desde los países centrales, en un segundo momento América Latina piensa el desarrollo para sí misma, principalmente a instancias de la CEPAL pero también desde visiones marxistas críticas hacia algunas ideas desarrolladas por este organismo. Hacia fines del siglo XX encontramos iniciativas tendientes a pensar el desarrollo local, endógeno, desde visiones que disputan con el paradigma capitalista hegemónico, y vuelven la mirada para adentro, es decir que se enfocan en las posibilidades y potencialidades de los propios territorios, inmersos en un contexto de globalización.

Influencia de visiones elaboradas fuera de la región

Post segunda guerra mundial el monopolio de las lecturas sobre lo que sucedía en América Latina, en términos de desarrollo, estaba concentrado en teorías elaboradas fuera de la región.

En un esfuerzo de historización de estas visiones, Ornelas Delgado (2008) identifica a las primeras, desarrolladas en esa época, como las teorías metropolitanas:

“diversos economistas de las naciones metropolitanas (Lewis, 1955; Schumpeter, 1958; Kaldor, 1961; Adelman, 1964; Bénard, Kaldor, Kaleki, Leontief y Tinbergen, 1965; Bangs, 1968 y Currie, 1966, entre otros), se propusieron definir el desarrollo al que, en general y con distintas variantes, lo identificaron con el crecimiento del valor de la producción económica, lo que además facilitaba su medición” (p. 6).

El autor señala en estas visiones de fuerte influencia en el abordaje del desarrollo en América Latina, una identificación de este proceso con el crecimiento económico. La preeminencia de esta visión se extendería hasta la década del 70, en tanto los gobiernos de la región se fijaron como principal objetivo el sostenimiento del crecimiento económico a largo plazo. Para ello, la estrategia consistía en generar un proceso de industrialización que tomó forma en iniciativas políticas tendientes a promover la sustitución de importaciones.

No obstante, el crecimiento económico no se traducía en mejoramiento de las condiciones de vida de la mayoría de las personas, tendiendo incluso a profundizar los procesos de desigualdad y empobrecimiento de vastos sectores sociales. En vistas de esta situación se fortaleció una estrategia ortodoxa que independizaba las acciones para el crecimiento económico, vinculadas exclusivamente a la actividad industrial privada y al mercado, y las acciones relacionadas con el sostenimiento del tejido social y el bienestar de la población, atribuidas al Estado (Ornelas Delgado, 2008). Entonces, las teorías metropolitanas reducían el desarrollo a las dinámicas de acumulación material, económica, ligadas a procesos de crecimiento, sin modificaciones estructurales de las relaciones de dominación a nivel global.

En el marco de esta visión metropolitana se ubica la corriente que llamaos *etéapica*, promovida por Walt Rostow (1961), quien sostiene que todas las economías pueden hallarse en alguna de estas cinco etapas: 1) sociedad tradicional, 2) las precondiciones para el despegue, 3) el despegue, 4) la tendencia a la madurez, y 5) etapa del alto consumo de masas. Resumidamente, estos cinco estadios serían el camino natural de todas las sociedades hasta alcanzar el desarrollo, así el proceso sería lineal, histórico y evolutivo, iniciando en una etapa tradicional identificada con una estructura productiva básica con nulos niveles de productividad y tecnificación, avanzando progresivamente hacia fases más complejas en la producción y desarrollo tecnológico, que permitiría arribar al momento del desarrollo donde a partir de los niveles crecientes de productividad y diversificación de la producción el conjunto de la población gozaría de los frutos del progreso por medio de la inserción en el mercado de trabajo. La propuesta de Rostow

“recoge los postulados principales de las teorías metropolitanas: a) el subdesarrollo se concibe como una etapa, b) el subdesarrollo consiste en la carencia absoluta de recursos y, sobre todo, de ahorros, inversión y tecnología, c) el subdesarrollo está determinado por las bajas tasas de ahorro e inversión, d) el subdesarrollo se caracteriza por el elevado peso de las actividades primarias” (Ornelas Delgado, 2008, p. 14).

Según esta perspectiva el motor del desarrollo en los países subdesarrollados, es decir lo que haría que transiten desde la etapa 1 a la etapa 5, es “la transferencia de recursos, ahorro y tecnología desde las naciones metropolitanas hacia los países subdesarrollados” (Ornelas Delgado, 2008, p. 15). El impulso del desarrollo en los países no desarrollados se correspondía con iniciativas de aquellos que sí lo eran, y esto se operacionalizaba por medio de la transferencia de tecnología, modos de gestión de las organizaciones, patentes y marcas, asistencia e investigación.

Advertimos que subyace a esta visión evolutiva del desarrollo, que caracterizamos como etápica, un fundamento positivista que, en Ciencias Sociales, nos traslada al planteo de Augusto Comte sobre las etapas por las que atraviesa la sociedad, que era concebida como un organismo vivo, y por lo tanto evolucionaba desde una etapa teológica (en la que se explican los fenómenos atribuyéndolos a voluntades divinas diversas), atravesando una segunda fase metafísica (aventurando explicaciones racionales sobre las causas de los fenómenos), para culminar en la etapa positiva (en la que no se buscan las causas de los fenómenos sino las leyes invariantes y universales que los concatenan entre sí). Esta concepción positivista encerraba la idea de que en esa línea evolutiva se desenvuelve el progreso de las sociedades.

Junto con estas visiones evolutivas y etápicas del desarrollo, influidas también por las corrientes metropolitanas, se encuentra la teoría de los polos de desarrollo. Básicamente lo que propone esta visión es que a partir de la instalación y fortalecimiento de un polo, que sería el núcleo de un proceso de desarrollo, se transferirían también estas dinámicas a unidades satélites de ese centro. Así se propone una filtración del proceso desde el centro hacia los polos. Según Ornelas Delgado (2008) esta visión emula un conjunto de indicaciones necesarias para generar desarrollo en naciones subdesarrolladas, a partir de la radicación allí de pequeñas iniciativas que en sus sociedades de origen resultaron exitosas en términos de acumulación de capital.

Las propuestas del keynesianismo tendientes a promover la intervención del Estado para apuntalar el mercado interno y proponer dinámicas contracíclicas también son parte de este conjunto de visiones. Identificadas como capitalismo regulado, conciben al desarrollo a partir de estrategias de pleno empleo, mediando la acción estatal entre el trabajo y el capital, abonando así a la construcción de un Estado de bienestar. Sin embargo, hacia fines de los 70

el keynesianismo entra en una triple crisis: de acumulación (disminución del incremento de la tasa de ganancia del capital, en tanto el Estado se vuelve un obstáculo para la mayor acumulación), de racionalidad (en tanto que, para los sectores dominantes al debilitarse la capacidad de acumulación, el modelo pierde su racionalidad instrumental) y de legitimación (porque llegó a límite de sus posibilidades: el desempleo volvió a azotar a las sociedades latinoamericanas, hundiendo la promesa de empleo pleno) (Camacho Monge, 2018).

Estas visiones metropolitanas despertaron la crítica de quienes las acusaban de formas estilizadas de colonización (Coraggio, 1974), pensando la realidad latinoamericana desde ópticas europeas y promoviendo un acoplamiento del territorio dominado al dominante perpetuando la dependencia entre nuestra región y los países desarrollados (Ornelas Delgado, 2008).

La visión estructuralista de la CEPAL

Creada en el año 1948, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe persigue el objetivo de proponer lecturas latinoamericanas sobre procesos latinoamericanos (CEPAL, 1949). En su diagnóstico sostiene que el postulado de que el mercado internacional permite la participación de todas las naciones, de manera tal que todas se beneficien con la obtención de ventajas de esos intercambios, no se cumple: por el contrario, se observa históricamente una constante baja en los precios de los productos primarios (puestos en el mercado internacional por los países periféricos) y una valorización creciente de los productos intermedios, con valor agregado (comerciadados por los países del centro). Esto obedece a los bajos índices de productividad que caracterizan a las economías periféricas. Así, este sistema perpetuaba el orden mundial en el que éstas estaban destinadas a ser subdesarrolladas, en términos de ser básicamente agroexportadoras, por lo que la industrialización parecía la estrategia para dejar esa condición y promover vías para el desarrollo (Prebisch, 1949).

“La realidad está destruyendo en la América Latina aquel pretérito esquema de la división internacional del trabajo que, después de haber adquirido gran vigor en el siglo XIX, seguía prevaleciendo doctrinariamente hasta muy avanzado el presente. En ese esquema a la América Latina venía a corresponderle, como parte de la periferia del sistema económico mundial, el papel específico de producir alimentos y materias primas para los grandes centros industriales. No tenía ahí cabida la industrialización de los países nuevos. Los hechos, sin embargo, la están imponiendo [...] Es cierto que el razonamiento acerca de las ventajas económicas de la división internacional del trabajo es de una validez teórica inobjetable, pero suele olvidarse que se basa sobre una premisa terminantemente contradicha por los hechos. Según esta premisa, el fruto del progreso técnico tiende a repartirse parejamente entre toda la colectividad. Las

ingentes ventajas del desarrollo de la productividad no han llegado a la periferia” (Prebisch, 1949, p. 99).

Así, la premisa de que la expansión del capitalismo a nivel planetario traería consigo el desarrollo del mundo en su conjunto terminó por conformar un mito (Prebisch, 1980), ya que persiste una desigual distribución del progreso técnico y de los ingresos. Así, la CEPAL concluía que el mercado internacional y, en articulación necesaria, el sector externo para los países de la periferia, es una fuente de desigualdad.

El punto de partida de la CEPAL fue la idea del deterioro de los términos de intercambio. Esta tesis sostenía que, a partir de una división global preestablecida donde el centro era productor de manufacturas y bienes con un alto valor agregado, y la periferia era productora y exportadora de materias primas, los países centrales, al incorporar crecientes niveles de sofisticación y tecnologización en sus dinámicas productivas, podían reducir los costos y engrosar sus márgenes de ganancia, mientras que las naciones periféricas no contaban con la posibilidad de ese desarrollo técnico en sus cadenas productivas, lo que las relegaba a una permanente reducción de su rédito, consolidando un déficit comercial sistemático en tanto exportaban materia prima e importaban productos manufacturados. El saldo de este intercambio para las economías de la periferia era siempre negativo. Aldo Ferrer (2015) lo explica claramente:

“¿Qué era el centro? El conjunto de países capaces de gestionar el conocimiento, transformarlo en tecnología y aplicarlo a la producción de bienes y servicios. Esta es la condición céntrica (...) La industria es la vía principal de ese proceso (...) La concentración del desarrollo tecnológico e industrial en un conjunto de países determina la existencia del centro. A partir de allí, este asume, frente al resto del mundo, el diseño de la división internacional del trabajo, las corrientes financieras y las reglas que organizan el orden global” (p. 33).

El deterioro en los términos de intercambio implica que en las economías periféricas el ingreso medio aumenta menos que la productividad del trabajo, por ende esta lógica de disminución de precios es aprovechada por las economías del centro concretando un proceso de expropiación del progreso en las economías periféricas. Asimismo, otro factor que fortalece este proceso de deterioro, es la decreciente capacidad de importación en las economías de la periferia por el fenómeno de la restricción externa, lo que redundará en una limitación estructural para acrecentar los niveles de productividad (Rodríguez, 1980).

En este contexto, la industrialización se volvió la estrategia para superar estas limitaciones y promover el desarrollo en las economías periféricas, sustituyendo con producción nacional

las manufacturas producidas en el centro, sorteando así la limitación que imponía el deterioro de los términos de intercambio.

El proceso de industrialización que proponía la CEPAL debía ser instrumentado mediante las siguientes medidas:

- “a] Una activa y planificada intervención estatal en la economía;
- b] Un proteccionismo dinámico pero con tendencia a disminuir en la medida en que se fortaleciera el aparato industrial; y
- c] Una potencial ampliación de los mercados impulsada por la creciente integración de las economías latinoamericanas” (Ornelas Delgado, 2008, p. 39).

La novedad que introduce la CEPAL es la formulación de la teoría centro-periferia para caracterizar el conjunto de intercambios comerciales que se dan a nivel mundial. Esta teoría se basa en la división internacional del trabajo sustentada durante el siglo XIX que se vincula con la idea de las ventajas competitivas de la economía clásica (Ricardo, 1817) que establecía que cada país debía aprovechar las propias ventajas para apuntalar su producción vinculadas a ellas: así a las naciones de América Latina debía corresponderles la producción primaria. De esta manera la estructura productiva de los países de la periferia era especializada (en tanto se circunscribía a la producción primaria) y heterogénea (en cuanto a los desiguales niveles de productividad). En contraposición las economías del centro poseían una estructura productiva diversificada (por el gran número de sectores que integran la economía) y homogénea (porque su nivel de productividad no posee gran dispersión entre todos esos sectores). En este escenario la periferia exporta principalmente bienes primarios al centro, mientras que importa de él bienes intermedios y de capital.

Posteriormente, hacia finales de la década del 80 y durante los 90, la CEPAL propone una lectura sobre los problemas de la economía latinoamericana identificados con una lógica estructural e histórica, que pretende ser alternativa del paradigma neoliberal (Ornelas Delgado, 2008). En tal sentido señalan un conjunto de elementos que contribuyen a un diagnóstico de las condiciones resultantes de las políticas neoliberales en la región: una especialización productiva empobrecedora, un modelo productivo concentrador, incapaz de absorber el aumento de mano de obra disponible, y una concentración feroz del ingreso, que obstaculiza la distribución y por ende profundiza la pobreza.

Algunas visiones críticas del desarrollo de la CEPAL, de corte marxista, las hallamos en Rodríguez (1980) quien señala que sus postulados denuncian una lógica de dominación sobre las economías periféricas pero sin reconocer la relación básica de explotación entre el capital y el trabajo, lo que le impide al organismo regional ir más allá de un reformismo basado en la

intervención estatal promoviendo la industrialización como la vía de acumulación y de desarrollo. La visión estructuralista cepaliana se constituye así en su principal limitante (Ornelas Delgado, 2008) en tanto no analiza cabalmente la relación de explotación capital-trabajo que se encuentra en la base del proceso de industrialización sugerido. Otra limitación señalada por el autor es que la CEPAL analiza la desigualdad entre centro y periferia a partir de la estructura productiva de cada uno de ellos, subordinando las relaciones de explotación del capitalismo en la relación capitalista-trabajador a esa lógica explicativa.

Las visiones dependentistas

En la década del 60 surge en América Latina la teoría de la dependencia, sienta algunas de las obras de referencia de esta corriente “Dialéctica de la dependencia” (Marini, 1973), y “Dependencia y desarrollo en América Latina” (Cardoso y Faletto, 1967). Allí los autores indagan por la constitución histórica de los países como subdesarrollados (en contraposición con la identificación de otros como desarrollados) y amplían las características vinculadas a una estructura productiva predominantemente primaria, la nula diversificación productiva y una fuerte dependencia del mercado externo, hacia variables que exceden la dimensión productiva:

“las decisiones que afectan a la producción o al consumo de una economía dada se toman en función de la dinámica de las economías desarrolladas con las cuales la economía subdesarrollada mantiene relaciones de dependencia. Las economías basadas en enclaves coloniales constituyen un ejemplo de esa situación extrema” (Cardoso y Faletto, 1967, p. 15).

De fundamentos marxistas, esa teoría considera que la incorporación de la región al mercado internacional fortalece los lazos de dependencia de nuestros países con las naciones desarrolladas (Manzanal, 2014), ya que se incorporan como proveedores de materias primas e importadores de productos manufacturados, y en este intercambio mercantil, el excedente generado originalmente por las economías dependientes es capitalizado por las dominantes, en tanto son proveedores de bienes intermedios, con valor agregado. Esta situación de dependencia atenta contra la conformación de centros autónomos de decisión en las naciones dependientes (Cardoso y Faletto, 1967).

Esta corriente plantea un punto de vista estructural vinculado a la posición que tienen los países en el mercado internacional, lo que genera relaciones entre ellos que reproducen las condiciones materiales que aseguran la perpetuación de ese escenario, que implican directamente condicionamientos al interior de las propias economías nacionales y los

sistemas productivos que enmascaran la influencia de esas dinámicas de dominación que responden a un orden global como imposibilidades estructurales propias (Cardoso y Faletto, 1967).

Asimismo, cuando comienzan a darse en América Latina dinámicas tendientes a un incipiente proceso de industrialización, es recurrente encontrar una recomposición de las importaciones en estos países: pierden terreno los bienes de consumo y aumentan relativamente su participación los bienes de capital e intermedios. No obstante, también es una regularidad en estas latitudes padecer en el sector externo una limitación en la adquisición de divisas con las que se transan esos bienes en el mercado internacional, porque la estructura productiva destinada a la exportación (es decir, generadora de esas divisas) está compuesta preminentemente por el sector primario (sin agregado de valor). Entonces surge la *necesidad* de la importación de capital que se radica en las naciones dependientes como inversión extranjera directa en la industria (Marini, 1973). Esto obedece, una vez más, a la vinculación dependiente que guardan las economías periféricas con las centrales: sucede que a partir de la segunda posguerra, las economías centrales experimentaron un gran desarrollo en bienes de capital, lo que volvió necesario aplicar esos productos al sector secundario de las economías periféricas, entonces es por eso que se motorizan incipientemente los procesos de industrialización de estos países, por la necesidad de las economías centrales de encontrar destino a sus productos. Por ello, Ruy Mauro Marini afirma que las facilidades que América Latina encuentra en el exterior para recurrir a la importación de capital no son accidentales.

“La industrialización latinoamericana corresponde así a una nueva división internacional del trabajo, en cuyo marco se transfieren a los países dependientes etapas inferiores de la producción industrial reservándose a los centros imperialistas las etapas más avanzadas” (Marini, 1973, p. 144).

La visión dependentista introduce en sus análisis del orden mundial la variable de la transnacionalización del capital, ignorada en los postulados de la CEPAL (Ornelas Delgado, 2008: 62):

“En efecto, al tradicional deterioro de los términos del intercambio, enfatizado por la CEPAL, se añadían ahora otros poderosos mecanismos de apropiación externa del excedente económico: directamente mediante los beneficios, regalías, *royalties* e intereses remitidos al exterior e indirectamente por medio de las ventajas que las corporaciones extranjeras extraían por su acceso al crédito interno subsidiado y otros apoyos provenientes, sobre todo, de las políticas industriales todavía vigentes de sustitución de importaciones” (Ornelas Delgado, 2008, p. 62).

En términos históricos, para los dependentistas, el desarrollo y el subdesarrollo guardan entre sí una relación dialéctica. El capitalismo produce el desarrollo en un polo y el subdesarrollo

en otro. En tal sentido, de lo que se trata, si se pretende un cambio radical, es de instrumentar acciones revolucionarias que den por tierra con el capitalismo, porque esta lógica desigual de desarrollo y subdesarrollo es inherente al modo de producción.

Repensar el desarrollo

Hacia fines del siglo XX y comienzos del XXI comienza un proceso de redefinición del concepto de desarrollo que incluye la participación social en tanto ve a los individuos como actores que intervienen en las definiciones y estrategias del proceso. Esto surge de la diversidad de sujetos sociales que emergieron en la escena pública, precisamente, a partir de las consecuencias del régimen de acumulación de los últimos 30 años del siglo pasado en América Latina. Esto implica correr el foco del Estado o de la burguesía nacional como principales actores del desarrollo, y migrar hacia un esquema de articulación con fuerte impulso a las expresiones de base de la sociedad civil, promoviendo una dinámica de desarrollo desde abajo (Ornelas Delgado, 2008). Se trata de una política que tenga como norte el bienestar social, y no solo la acumulación de capital, apuntalando la distribución real del ingreso.

En este marco histórico de visiones y perspectivas desde las que se pensó el desarrollo en América Latina se inserta esta tesis. De alguna manera retoma la posta desde donde culminó esta sistematización, en el sentido de que recupera esa visión del desarrollo que implica repensarlo y redefinirlo. Precisamente, porque queremos discutir aquellas visiones economicistas del desarrollo, proponiendo como alternativa un desarrollo multidimensional, que recupera las iniciativas locales que participan a una multiplicidad de actores a partir de las que entran en contacto, articulan, cogestionan, y en esas vinculaciones generan dinámicas de acumulación material e inmaterial.

Así, en esta tesis nos posicionamos críticamente hacia las posturas que ven al desarrollo:

1) como resultado de un proceso evolutivo, de fundamento positivista, aquí subyace la existencia de un continuo histórico en el que según el grado de desarrollo las naciones se ubican más o menos arriba de esa escala, lo que determina su lugar y su función como parte del engranaje que asegura un reparto de roles que se determinan en función del parámetro de las sociedades desarrolladas: las excluidas de este grupo son bautizadas diferencialmente y (a veces no tanto) como subdesarrolladas, en vías de desarrollo, emergentes, etcétera. Este sesgo evolucionista fue advertido por Arocena y Marsiglia (2017, p. 92) como uno de los “relatos

sobre el desarrollo”, identificando en Rostow (1960) un antecedente ilustrativo de esta visión evolucionista.

2) como homologable a crecimiento económico, en tanto aquí el desarrollo se alcanzaría a partir del derrame que la acumulación material imprimiría en una sociedad. Vale mencionar que también estas teorías son funcionales a una característica de la globalización que es la transnacionalización del capital, lo que si bien implica iniciativas de producción en las naciones no desarrolladas se da en escenarios donde los excedentes y las externalidades son apropiadas por la naciones del centro, fortaleciendo la vinculación de explotación de las naciones subdesarrolladas por parte de las desarrolladas;

3) como consecuencia de la replicabilidad de modelos exitosos en otras sociedades, consistente en la implementación de distintas estrategias que, según cada etapa, encaminarían a las sociedades hacia el desarrollo, lo que se da de manera descontextualizada, perdiendo de vista la singularidad territorial de las comunidades o localidades.

En el camino que comenzamos aquí veremos cómo se irán articulando las nociones sobre desarrollo que iluminarán la importancia de recuperar la dimensión territorial (y que de hecho serán identificadas como desarrollo local y desarrollo territorial), devolviendo la capacidad de agencia a los sujetos sociales y poniendo en consideración las disputas políticas que este proceso implica y que también es constitutiva de los territorios.

CAPÍTULO 2. Aclarando el panorama

Este capítulo persigue el objetivo de trazar un orden en torno de las distintas formas de caracterizar el proceso de desarrollo (endógeno, local, territorial, desde abajo), no sólo porque esa diversidad misma de adjetivaciones exige hacerlo, sino porque también –lo que suma más confusión– con frecuencia son utilizadas indistintamente, como sinónimos. Esta condición es lo que nos lleva a pensar en los abordajes sobre procesos de desarrollo como constituyentes de un panorama conceptual que queremos aclarar.

A su vez, en este apartado volcaremos algunos antecedentes de otros/as investigadores/as cuyos hallazgos e ideas serán de utilidad para la posterior construcción teórica (de nuestro objeto de estudio) y metodológica (de nuestra herramienta de relevamiento). Esto lo haremos en torno a tres ejes que titulamos como “Desarrollo local y Desarrollo territorial”, “Desarrollo y Economía Social” y “Desarrollo y territorio”.

Para finalizar, planteamos la pregunta “¿qué tipo de desarrollo para qué tipo de territorio?” como forma de poner en evidencia que, a partir de esa diversidad de nomenclaturas sobre el proceso, proponemos *aclarar el panorama* y recuperar elementos de esas caracterizaciones que nos permitan llevar adelante nuestro análisis en Pipinas, pero atendiendo a las particularidades del territorio. Avanzamos luego hacia la definición de nuestro punto de partida para la construcción del objeto de estudio y de la herramienta metodológica, que identificamos como el “desacato epistemológico”.

Desarrollo: ensayando un (posible) ordenamiento

La advertencia sobre la diversidad de formas con las que en la bibliografía especializada encontramos que se caracterizan los procesos de desarrollo no constituye una originalidad de nuestra parte, sino que ya fue identificada por Boisier (2001) al notar una “creciente nomenclatura del desarrollo” y advirtiendo que

“hay una adjetivización en aumento del sustantivo “desarrollo” y ello no sólo produce confusión sino que sobre todo, lleva a una verdadera “tautologización” del concepto, ya que el desarrollo es precisamente –si se le entiende bien- exactamente todo aquello que se le atribuye” (Boisier, 2001, p. 1).

También por Fernandez Satto y Vigil Grecco (2007) que detectan durante 1990 y principios de 2000 una serie de “enfoques y marcos teóricos del desarrollo territorial generados en los

últimos quince años en los países centrales y difundidos acríticamente en los países en desarrollo” caracterizados por una “imprecisión conceptual” (p. 859).

Entonces, para comenzar, proponemos un dispositivo de ordenamiento anclado en dos ejes que se identifican con dos agrupamientos de visiones sobre dicho proceso que elaboran Montaña Armendariz (2014), por un lado, y Madoery (2005), por otro.

En el primer caso se trata de lecturas sobre procesos de desarrollo desde corrientes que instrumentan métodos para promoverlo en espacios locales, que además entienden lo local identificándolo con distintos niveles en cada agrupamiento. En el segundo caso, el autor sistematiza visiones que abordan el desarrollo local y endógeno desde distintos marcos interpretativos, como proceso objeto de estudio de las ciencias sociales. Por eso creemos que estas dos claves de lectura, que a su vez ofrecen tres grupos de referencia conceptual cada una, es una alternativa satisfactoria para complejizar los debates en torno al proceso de desarrollo local en nuestra región y país.

Instrumentar el desarrollo

Bajo este primer núcleo encontramos elaboraciones sobre procesos de desarrollo desde corrientes que instrumentan métodos para promoverlo en espacios locales, que además entienden lo local identificándolo con distintos niveles en cada agrupamiento. En este marco, Montaña Armendariz (2014) elabora tres conjuntos de visiones: i) las que recuperan la corriente de los distritos industriales, aglomerados o *clusters*; ii) las que encuentran en la industrialización descentralizada y en el desarrollo local, también llamado endógeno, caminos para el desarrollo a nivel ciudad y región; iii) las que recuperan las denominadas “buenas prácticas internacionales” para el desarrollo local.

Esquema del primer conjunto de lecturas		
Lecturas sobre procesos de desarrollo desde corrientes que instrumentan métodos para promoverlo en espacios locales, que además entienden lo local identificándolo con distintos niveles en cada agrupamiento		
i). distritos industriales, aglomerados o <i>clusters</i>	ii). desarrollo local o endógeno a partir de la potencialidad de estructura productiva local	iii). Buenas prácticas internacionales para el desarrollo local

i). Porter (1998) señala la hipótesis de las ventajas competitivas de las naciones identificando a los *clusters* como aglomeraciones territoriales de industrias estrechamente relacionadas entre sí que coinciden en una etapa histórica.

Esta corriente está relacionada con el enfoque de la teoría de la organización industrial (Marshall, 1963, citado en Bocker Zavarro, 2005), de allí surgió la categoría de *cluster* que propone que la concentración geográfica de empresas de sectores similares permite la existencia de economías de escalas externas y, por ende, se convierte en una fuente de ventaja competitiva para este conjunto industrial. Las razones por las que las unidades productivas se concentrarían en un aglomerado se vinculan, por ejemplo, a las ventajas que pueden obtener de las condiciones climáticas o del suelo de dicho distrito. Esa proximidad también generaría una reducción de los costos. Pensemos, por caso, la posibilidad de que un proveedor se acerque hasta el distrito donde se encuentran varias industrias a las que debe proveer; naturalmente este *único viaje* implica un costo menor que el que se daría si el proveedor debe realizar varios recorridos para acercar sus productos a distintas unidades: lo mismo sucedería con el transporte de las mercaderías.

Los postulados de Marshall fueron retomados por el italiano Giacomo Becattini (1989, 1996), haciendo foco en la articulación economía – territorio – sociedad y señalando que un distrito industrial puede considerarse tal si: forma parte de una red de empresas especializadas en el mismo rubro, comparten un *know how* (Marshall llama a esto atmósfera industrial), y poseen un sentido de pertenencia donde predomina el espíritu de cooperación. Montañó Armendariz (2014) señala que quienes integran esta corriente de desarrollo local ven en el crecimiento económico un factor que definirá el cambio estructural de una localidad.

En nuestro país la corriente de los distritos industriales fue interpretada presentando la importancia de los *clusters* para el desarrollo: Naclerio, Salas y Belloni (2010) y Naclerio (2010) señalan la importancia de fortalecer, por medio de un conjunto de políticas públicas, los *clusters* productivos, pues “pueden constituir una herramienta específica para promover el desarrollo a través de tejidos productivos regionales” (Naclerio, Salas y Belloni, 2010, p. 14).

El concepto *cluster* hace referencia a un grupo que se distingue del resto, es decir, a un conjunto de unidades productivas que se encuentran próximas espacialmente, y se vincula con el enfoque de los aglomerados territoriales (Naclerio, 2010). Los/as autores/as citados/as proponen, a partir de este concepto, la introducción de una nueva categoría: los sistemas nacionales de innovación. Recuperan la idea de aglomeración de las unidades productivas, ya que reconocen la importancia de la atmósfera industrial marshalliana, pero otorgan un papel

decisivo al Estado en tanto promotor de políticas públicas de desarrollo que apuntalen la incorporación y la elaboración de herramientas tecnológicas que redunden en avances de innovación. Así, es a partir de un sistema de instituciones articulado que se logra el desarrollo, entendiendo desarrollo como “aumento de capacidades productivas que posibiliten la independencia tecnológica” (Naclerio, 2010, p. 3).

El espíritu de esta propuesta es que, en un sistema de innovación con fuertes lazos de interacción, el desarrollo tecnológico en un proceso es incorporado por el conjunto de actores del aglomerado, de manera tal que funciona sistémicamente en la apropiación de estos *outputs*, produciendo una suerte de sinergia industrial del distrito.

ii). La dimensión endógena como motora del desarrollo cobra relevancia a partir de la década del 80, cuando comienza a ponerse en cuestión el papel que tienen los factores locales en los procesos productivos, entonces surgen como alternativa los modelos del desarrollo *desde abajo*, también conocido como *desarrollo endógeno* o *desarrollo bottom-up*:

“a principios de los años 80, se produce la confluencia de dos líneas de investigación que van a dar lugar a la formación del paradigma que se conoce como “desarrollo endógeno”: una de carácter teórico, que nace como consecuencia del intento de encontrar una noción de desarrollo que permitiera la acción pública para el desarrollo de localidades y regiones atrasadas²¹, y otra de carácter empírico, que surge como consecuencia de la interpretación de los procesos de desarrollo industrial en localidades y regiones del sur de Europa” (Vázquez Barquero, 2005, p. 134).

Esta corriente caló especialmente en América Latina a partir de las reformas estructurales propuestas por el Consenso de Washington tendientes a promover dinámicas de descentralización en la gestión de los territorios, jerarquizando las funciones en las escalas locales de gobierno. Menéndez y Alonso (2000) han resumido las principales características de esta corriente del desarrollo sosteniendo que el territorio es considerado un agente de transformación social y no simplemente un soporte físico del proceso de desarrollo, en tanto el desarrollo de una localidad depende de sus propios recursos y supone la actuación articulada de gestores públicos y agentes privados.

Este enfoque propone incentivar los procesos de desarrollo por medio de las condiciones y oportunidades endógenas de las localidades, considerando la estructura productiva local, el mercado de trabajo, las capacidades tecnológicas y ambientales de la región, la cultura y la cooperación locales (Alburquerque, 2004).

²¹ Esta adjetivación revela lecturas etnocéntricas expresadas incluso en los referentes ineludibles del estudio del proceso que recuperamos en esta tesis. Estas discusiones han sido esbozadas, pero avanzaremos en ellas más adelante.

En la región latinoamericana, estas iniciativas fueron presentadas por los organismos de planificación del desarrollo, como la CEPAL-ILPES, que sostienen en sus documentos y proyectos la importancia de aprovechar el potencial de los recursos y elementos endógenos de las localidades y economías locales, retomando la línea de Vázquez Barquero (1988) según la que el proceso de desarrollo, cuando es liderado por la comunidad local, puede definirse como endógeno. Esta corriente se postula como contrapropuesta del desarrollo exógeno, de carácter redistributivo por medio de la atracción de capitales para impulsar el crecimiento económico en las regiones no desarrolladas (CEPAL, 2000) produciendo una suerte de efecto derrame desde el centro hacia la periferia.

La hipótesis de esta línea de pensamiento sostiene que

“los territorios cuentan con un conjunto de recursos (económicos, humanos, institucionales, culturales) y de economías de escala no explotadas que constituyen su potencial de desarrollo (...) Cada localidad se caracteriza por una determinada estructura productiva, un mercado de trabajo (...) un sistema social y político, una tradición y una cultura, sobre los que se articulan los procesos de crecimiento económico local” (CEPAL, 2000, p. 5).

Otras interpretaciones académicas sobre el desarrollo endógeno, centradas en Latinoamérica, sostienen los postulados señalados sobre la participación de la comunidad local en términos de liderazgo del proceso, pero señalan también la necesidad del Estado en su rol articulador y regulador de iniciativas antro-po-líticas (Vivas, Rodríguez y Mendoza de Ferrer, 2010). Es decir, sustentadas en la planificación humana, donde aquel actúe como subsidiario, regulador, pero no benefactor, por caso encuentran en las iniciativas de la Economía Social una expresión de estas ideas. En el sistema productivo debe primar lo humano, se debe propiciar la “coexistencia empresarial desde lo local, en una relación de competencia-complementariedad, que forme un tejido interindustrial integrado por las grandes, medianas y pequeñas empresas y que incluya a los microempresarios, así como al sector de la economía social” (Vivas, Rodríguez y Mendoza Ferrer, 2010, p. 9).

Las autoras sistematizan pertinentemente dos corrientes del desarrollo endógeno en América Latina, según la función del Estado en cada una de ellas, que identifican con dos momentos: el primero, que se extiende desde la década del 30 y concluye a fines de los 80, caracterizado por la instrumentación de políticas keynesianas donde el Estado conducía la demanda de bienes y servicios, apostando al desarrollo por medio de la expansión del mercado interno. En esta etapa, el desarrollo era identificado con la industrialización, y ésta era el resultado de un proceso de sustitución de importaciones. El segundo momento se inicia en los 90 con la implementación del Consenso de Washington, allí el desarrollo sería alcanzado por medio de

la libertad de mercado y de los flujos de capitales internacionales (en términos de política externa), y la prescindencia de la intervención estatal (fronteras adentro).

Sin embargo, estas premisas han sido cuestionadas por autores/as que sostienen la idea de que el vaivén en términos de la hegemonía de los modelos de acumulación, característico de la región a lo largo del último siglo, ha impedido el fortalecimiento de las dinámicas de desarrollo en algún sentido, y que, precisamente, al decir de Diamand (1973), esta lógica pendular ha hecho que convivan dinámicas de modelos orientados al libre mercado con modelos vinculados a un mayor intervencionismo. Al respecto, Haldenwang (2002) señala que

“el distanciamiento del Estado intervencionista de los años 70 ha tenido lugar en gran parte del plano macroeconómico, pero no así en el político administrativo. Los mercados se han liberalizado, pero aún no se ha visto una gestión del desarrollo efectiva. En lugar de la promesa no cumplida del Estado de bienestar a través de la intervención pública, ha surgido la promesa del mercado de bienestar a través del crecimiento” (p. 104).

La importancia de recuperar y poner en valor las especificidades locales, de estimular la creación de redes de aprendizaje y de interacción, así como de fomentar la participación y cohesión social, aparecen en varias de las formulaciones más conocidas del desarrollo endógeno, o desarrollo desde abajo, o *bottom-up*.

Aquí se pone el foco en la instancia municipal de la gestión del desarrollo, desde la que, en busca de respuesta a la crisis de fines del siglo XIX y principios del XX, se han asumido “procesos que implicaron un fuerte replanteo de los modelos tradicionales de gestión local y una reorientación de la intervención municipal hacia la promoción más integral del desarrollo local” (Madoery, 2005, p. 2). El autor cuestiona la visión economicista que imperó durante la década de 1990 que, con pretensiones universalistas, ponía todo el peso de la decisión sobre las dinámicas de acumulación en actores internacionales (vinculados al mercado financiero), despojando a las naciones de la capacidad de agencia. Así, la única vía posible para el desarrollo era sumarse a la ola de libre mercado y adaptarse a las características del nuevo sistema global, subyaciendo la visión de que el mercado (considerado el mejor asignador de recursos) se encargaría por medio de su mano invisible a participar a cada nación de una porción de la acumulación global. Madoery cuestiona esta lectura en tanto desconoce el territorio y los actores locales, ignora las lógicas meso y micro económicas, y no logra incorporar las perspectivas de los actores en los procesos locales de desarrollo, “desconociendo la capacidad constructiva e innovadora de la política local” (2005, p. 4).

A partir de una visión integral del desarrollo (Boisier, 2003) la perspectiva endógena (Vazquez Barquero, 2007) implica transformaciones en los preceptos conceptuales del proceso, acercándose a la realidad y reconociendo la diversidad (Arocena, 1995), recuperando el rol activo de los actores locales, las interacciones que construyen y las características del contexto local como componentes para el proceso de desarrollo.

Claramente, el rol del Estado es un eje común que atraviesa las distintas corrientes y lecturas que se presentan dentro de estas categorías, y no es de extrañar que sea así en la región latinoamericana. Con esto queremos decir que, como hemos expuesto anteriormente, las sociedades de nuestra región se apropian de manera desventajosa de los procesos globales de distribución de la riqueza a través de la consolidación de las dinámicas de división de trabajo internacionales, o del sometimiento a organismos de financiamiento externo, entre otros elementos, pero en definitiva siempre por medio de dinámicas hegemónicas que perpetúan el orden establecido, relegando a nuestras comunidades a la condición del subdesarrollo. Estas reglas del juego internacional, en este período histórico, han cuestionado el rol activo del Estado en etapas anteriores, y penetraron en las lógicas nacionales con estos preceptos y, con éxito, lograron volver hegemónico el discurso que sostiene la prescindencia del Estado como gestor y promotor de políticas de desarrollo.

iii). El tercer conjunto de lecturas sobre el desarrollo que elabora Montaña Almendariz (2014) se agrupa bajo el rótulo de “las buenas prácticas” porque distintos organismos de planificación en América Latina (CEPAL, OCDE, OIT) han elaborado una serie de documentos que sistematizan casos *exitosos* de desarrollo endógeno y compendian una serie de pasos a seguir para que nuestras comunidades logren también alcanzarlo²².

A partir de la década de 1990 en América Latina, y más específicamente en Argentina, comienza a tener lugar en la escena académica y de gestión del desarrollo un enfoque sobre el fenómeno orientado a revalorizar las capacidades de los actores locales en términos de su capacidad de cooperación y articulación para generar dinámicas de producción (en sentido amplio, no sólo económico sino también cultural, político, institucional, ambiental) que redunden en acumulación para el conjunto de la comunidad.

Es difícil establecer un límite entre este enfoque y el anterior, pues ambos comparten algunos axiomas sobre el desarrollo, como es el caso de la importancia de lo territorial en tanto

²² Por ejemplo: OCDE (2016) “Compendio de buenas prácticas para el desarrollo local en América Latina. Recopilación de casos de la Summer School International. ‘Comunidad y desarrollo’”; Martínez Ardilla y Cuervo, para la CEPAL (2006) “Sistemas de buenas prácticas en desarrollo económico local: una revisión preliminar de la experiencia”; OIT (2005) “Estrategias de desarrollo local”.

capacidad de movilizar capitales a partir de las condiciones endógenas de una localidad. Así, el recorte espacial es identificado, principalmente, con la escala local, entendiendo por ella el nivel municipal e incluso comunal. Por ejemplo, uno de los principales exponentes de esta corriente, Oscar Madoery (2005), señala que

“durante el proceso de ajuste estructural (es decir, de transformación del modelo de desarrollo y del rol del Estado en la economía), las ciudades argentinas han organizado, planificado y gestionado políticas de desarrollo local, asumiendo el desafío de encarar los retos del desarrollo desde la especificidad de cada territorio” (p. 1).

El autor rescata que el conjunto de políticas y estrategias para la promoción del desarrollo durante los años 90, en América Latina, encontró en los territorios locales su escala de actuación. En lo que denomina *iniciativas de desarrollo de primera generación* identifica el predominio de la articulación de distintas instancias administrativas en los espacios locales, el rol del Estado como planificador a pequeña escala y el fomento de las redes de cooperación y participación ciudadana.

Amparada tanto en experiencias y buenas prácticas internacionales de desarrollo local como en reflexiones de teóricos contemporáneos provenientes de diferentes disciplinas, esta aproximación entiende la necesidad de interpretar de manera sistémica el proceso de desarrollo, impulsando una forma de crecimiento económico que reconoce los desafíos competitivos, pretende dinamizar los recursos locales y aprovechar mejor los recursos exógenos, con el objetivo de generar empleo y mejorar la calidad de vida de la población residente (Madoery, 2005)

Para Tecco (1997), los municipios han comenzado a incorporar capacidades relacionadas con la gestión de políticas sociales, ambientales y de incentivo a la economía local, lo que para Madoery (2005) implica una reorientación de la intervención municipal hacia la promoción más integral del desarrollo local. En tal sentido, el primero propuso una lectura territorial del proceso resumiendo un conjunto de características de experiencias de desarrollo endógeno en Latinoamérica, en las que se entiende al territorio como un conjunto de agentes, instituciones y recursos que interactúan con el entorno, que recuperan la relevancia de la infraestructura local y los servicios e incentivos a la producción, y que consideran los elementos culturales e históricos para el proceso de transformación local.

Esta corriente no sólo imponía un nuevo paradigma metodológico en los estudios sobre el desarrollo, sino que también sistematizaba experiencias a modo de recetas para generar esas dinámicas a niveles locales.

No obstante aún se reconoce cierto sesgo hacia la identificación del proceso de desarrollo con las dinámicas de acumulación material:

“Se ubica al desarrollo local como un elemento de transformación sociopolítica – económica y hace suyo el concepto del desarrollo “desde abajo – arriba”, pero siempre se enfatiza en la importancia o influencia del factor económico y de la organización del tejido empresarial como determinante del desarrollo local” (Montaño Amendariz, 2014, p. 65).

Las formas de interpretar el desarrollo local en el escenario global

Un segundo agrupamiento lo encontramos en lo que Madoery (2005) identifica como las tres formas de interpretar el desarrollo local en el escenario global.

Esquema del segundo conjunto de lecturas		
Visiones que abordan el desarrollo local y endógeno desde distintos marcos interpretativos, como proceso objeto de estudio de las ciencias sociales.		
i). Visión vinculada a la búsqueda de una identidad diferencial en el mercado, preserva fines utilitarios y relación directa con una lógica de acumulación económica.	ii). Comienzan a esbozarse elementos no materiales, no vinculados exclusivamente a la potencialidad económica que tienen, como parte del proceso de desarrollo. Comienza a <i>matizarse</i> la homologación de desarrollo con crecimiento económico.	iii). Se ve lo local en sí mismo, y no como un subespacio dentro de un espacio mayor (la localidad dentro del municipio, el municipio dentro de la provincia, etc)

i). Asumiendo que existe un nuevo orden económico global, que tiende a la globalización de los mercados y la financiarización de la economía, esto debe ser respondido desde iniciativas locales como formas de organización que se adecuen a las exigencias del cambio estructural. Se basa en la búsqueda de una identidad (en términos de diferenciación en el mercado, siguiendo una lógica de competencia y maximización de recursos) que diferencie estratégicamente a la ciudad en el mercado global.

En esta línea también ubicamos aportes de Vázquez Barquero (2001) quien rescata las potencialidades de interpretar los procesos de desarrollo desde esta perspectiva porque implican un posicionamiento competitivo en términos económicos en el escenario mundial de globalización: “la globalización es un proceso vinculado al territorio, [...] porque la dinámica económica y el ajuste productivo dependen de las decisiones de inversión y de localización de los actores económicos y de los factores de atracción de cada territorio” (p. 2). Recupera en esta visión la importancia de la sinergia de las acciones territoriales, motorizando un movimiento multiplicador que redundará en un proceso de desarrollo autosostenido.

ii). Concebir a lo local como elemento de transformación sociopolítica y económica. Aquí se ponen de relieve otras formas (no materiales) del desarrollo: solidaridad, cooperación, fortalecimiento de las redes sociales. Esta interpretación recupera algunas iniciativas alternativas que se vinculan con la acción ciudadana directa, por ejemplo, los movimientos socio ambientales, de promoción de derechos humanos, de valorización de la identidad local, formas de autoorganización para la reivindicación de demandas colectivas, “se promovieron las formas de organización comunitaria y de participación ciudadana como marco necesario para el desarrollo local” (Arocena, 2013, p. 8). Estas iniciativas que se sedimentan en el tiempo son vistas, por los propios actores, como espacios de autodefensa, como lugares de refugio donde encuentran certidumbres en un contexto global incierto.

En estos dos conjuntos se puede observar cómo se hace hincapié en uno de los polos del binomio local-global, en ambos casos omitiendo una reflexión y consideración sobre las escalas nacional y regional. A su vez

“reflejan la histórica tensión en el pensamiento latinoamericano sobre el desarrollo, entre modernización (“ponerse al día” con los modelos emanados de las naciones que se consideran a la vanguardia) e identidad (buscar un modelo de desarrollo en el interior de la propia cultura e historia)” (Madoery, 2005, p. 7).

Entonces, podemos decir que la interpretación del desarrollo como proceso endógeno surge como alternativa a los falsos dilemas del desarrollo que tienden a concentrar la lectura en uno de los polos de los binomios local-global, municipal-provincial o nacional, local-supra local, como intento de aportar una lectura integral del proceso.

iii). La perspectiva endógena del desarrollo local se distancia de las lecturas que ven a lo local en relación a un espacio mayor, que lo abarca, lógica según la que lo municipal sería lo local desde lo provincial, y lo provincial sería lo local desde lo nacional, y así sucesivamente ampliando la mirada o la escala (Di Pietro, 1999 citado en Boisier, 2001). Esta concepción tiene un sesgo espacial.

Esta tercera vía de interpretación del desarrollo propone aprovechar el potencial endógeno local y fortalecer articulaciones en distintas escalas territoriales. Esta visión parte de la necesidad de interpretar de manera sistémica el proceso de desarrollo.

“El camino crítico del desarrollo local es de múltiples dimensiones (económico-productivas, político-institucionales, socio-culturales y urbano-ambientales) [...] Si no es concebida desde esta perspectiva compleja, la práctica del desarrollo local puede limitarse a “compensar” los efectos excluyentes de la situación económica y social general” (Madoery, 2005, p. 8).

Se trata de potenciar las proximidades geográficas, políticas, institucionales y organizacionales (Madoery, 2005) pues son las que dan lugar a dinámicas específicas para la capacidad de las regiones y localidades para dirigir su proceso de desarrollo.

“La política de desarrollo local requiere de la integración de visiones e intereses y de la concertación estratégica de agentes públicos y privados con incidencia en cada ámbito territorial. Ello no implica negar el conflicto social inherente a cada sociedad local, sino el desafío de buscar puntos de encuentro que permitan enlazar los procesos sociales, económicos, tecnológicos, culturales, con las prácticas políticas y las estrategias de los actores. El territorio local entendido no sólo como un lugar de identidad, sino como una construcción política supone poder, relaciones de fuerza contradictorias [...] Enfatizar las lógicas de interacción que se producen en el territorio local ayuda a superar visiones parciales de lo local, basadas en criterios de concentración demográfica, densidad o aglomeración de actividades productivas o integración social y romper, a partir de la diversidad de actores y estrategias, con las visiones “organicistas” y “tecnocráticas” de las sociedades locales como comunidades socialmente integradas, permitiendo un entendimiento más rico y dinámico de la complejidad de las misma” (Madoery, 2005, p. 21).

La visión del desarrollo local endógeno recupera las formaciones en las que se estructura la vida social de un territorio. Aquí es necesario echar luz sobre este último concepto, aunque dentro de los límites que en este apartado se plantean y advirtiendo que la categoría de territorio la abordaremos con mayor profundidad más adelante. A partir de la confusión sobre la identificación de una sociedad o territorio local con la simple subdivisión espacial a menores niveles organizativos que el nacional o regional, Arocena (1995) sostiene que un territorio se identifica con una sociedad local en tanto conforma un sistema de relaciones de poder alrededor de dinámicas locales de acumulación de riqueza o de hegemonía en torno a la definición de una identidad colectiva expresada en valores y normas interiorizadas por los individuos.

Así, las sociedades locales se estructuran en torno a un marco común que incluye reglas formales e informales, pautas de interacción y de organización que tienen sentido para los miembros de la sociedad local y son entendidos en los mismos términos por ellos/as, esto brinda un marco de referencia en el que los individuos se constituyen como miembros de esa comunidad, en tanto en ese marco gozan del reconocimiento que les da tanto el actuar legítimo en función de esas normas consuetudinarias como cuando se sancionan sus acciones por haberse desviado de aquellas. Es por eso que “el desarrollo pasa a ser un proceso de construcción de poder y cambio social en múltiples dimensiones” (Madoery, 2005, p. 22).

Esta lectura endógena del desarrollo nos señala que no es un proceso meramente local sino que en él intervienen distintos niveles de organización y distintas instancias del Estado. En tal

sentido, se despoja del pensamiento binario (local-global, estado municipal-estado provincial/nacional, público-privado) y evita caer en esos falsos dilemas, sostiene que el desarrollo local debe considerar los principios de autonomía y descentralización, pues en los niveles municipales pueden favorecer, por la proximidad que implica esta instancia de gestión y representación, la creación de redes de colaboración entre los distintos actores (Madoery, 2005; Albuquerque, 2001), aunque esto de ningún modo invisibiliza la importancia del estado nacional, más bien amerita la consolidación de instancias de articulación, así como también un escenario macroeconómico sustentable y predecible, y de paliar las desigualdades sociales en el conjunto de la diversidad territorial. “Hay una relación integral, no de opuestos entre lo local y lo supra-local, entre los sectores público y privado, entre la economía y la sociedad, entre la competencia y la cooperación” (Madoery, 2005, p. 23).

Asimismo, el desarrollo asume características de proceso endógeno cuando encuentra en los actores locales iniciativas que lo promueven, “de tal modo que lo local define un compromiso, un conjunto de capacidades y una dirección endógena del proceso de cambio, más que una escala geográfica [...] Es un concepto político antes que geográfico” (Madoery, 2005, p. 23). Aquí lo político no debe ser circunscripto a las iniciativas estatales formales, sino que también hace referencia a los procesos de apropiación y de orientación en algún sentido de un proyecto compartido por los actores.

Así, el desarrollo local desde la perspectiva endógena no implica una sumatoria de iniciativas aisladas sino un proceso articulado por parte de los actores del desarrollo (Arocena, 2013) de construcción colectiva en un marco compartido formal o informalmente que significa las acciones en determinado sentido (para simplificar digamos aprobables o reprobables), marco que al ser de referencia común los identifica como actores locales que más allá de ser residentes o no del lugar son considerados parte de ese proceso local (Boisier, 1997). También supone la participación y articulación con esos sujetos de parte del Estado local y supra local, y otros actores institucionales que, de alguna manera, inciden en la construcción y formación de ese proyecto (por ejemplo organismos no gubernamentales, universidades, etcétera). Es necesario advertir que son actores locales tanto el grupo de personas que se organizan para reclamar determinada gestión que redundará en un beneficio para su vida cotidiana como aquella empresa que, por la iniciativa que fuera, debilita los lazos sociales locales. Esto quiere decir que no todos los actores del desarrollo accionan en un marco compartido o de cooperación, sino que también es parte de este proceso la dimensión del conflicto.

Adherimos a las interpretaciones del desarrollo local como endógeno en tanto se vuelve un proceso participativo y colectivo, que involucra a diversos actores del desarrollo cuyo proyecto se inscribe en el ámbito local.

Ahora bien: ¿con qué antecedentes contamos, en la bibliografía especializada, que hayan analizado procesos de desarrollo en nuestro país? Guiados por esta pregunta, identificamos tres grandes ejes en torno a los que podemos agrupar estos aportes:

El primero de ellos, que llamamos “Desarrollo local y Desarrollo territorial” apunta a recuperar los principales hallazgos a partir de aportes que han trabajado con estas categorías y han plantado posicionamientos críticos en torno a visiones mesiánicas y economicistas del desarrollo, advirtiendo lecturas que lo comprendían como iniciativas de resistencia ante la avanzada neoliberal.

El segundo eje, que titulamos “Desarrollo local y Economía social”, toma distancia de las visiones economicistas y plantea hallazgos en la línea de la revalorización de elementos cooperativos y asociativos en las iniciativas de desarrollo, también pone de manifiesto la importancia de atender los modelos de gestión del territorio, y hallamos una tipología para identificar los perfiles de las localidades, útil para nuestra investigación en tanto nos permitirá complejizar el *perfil* de Pipinas.

Por último, bajo el título “Desarrollo y territorio” elaboramos una sistematización de los elementos con los que conformaremos nuestro abordaje.

Desarrollo local y desarrollo territorial

Desde la Universidad Nacional del Litoral, Fernández Satto y Vigil Grecco (2007) sostienen que los enfoques con los que se estudian los procesos de desarrollo territorial son tomados de las visiones hegemónicas de los países centrales, es decir que son importados. Esto reviste una doble desventaja: primero, que en su origen fueron concebidos para analizar procesos que son ajenos a las sociedades latinoamericanas y, segundo, advierten una serie de fallas de origen en los marcos conceptuales a los que adhieren esas visiones.

Principalmente dirigen su atención a los que identifican como enfoques *cluster*: distritos industriales (Bagnasco, 1977), medios innovadores (Maillat, 1995; Capello, 1999), sistemas regionales de innovación (Braczyk, Cooke y Heidenreich, 1998). Sus bajadas al contexto latinoamericano se popularizaron en los noventa, como trabajos dirigidos a la promoción de *clusters* en contextos poco desarrollados (Nadvi y Schmitz, 1994; Schmitz, 2000 en

Fernandez-Satto y Vigil-Greco, 2007; Altenburg y Meyer-Stamer, 1999). Todas estas visiones basaban sus postulados en las ventajas que implicaría el desarrollo fundado en la economía del conocimiento. Fernandez Satto y Vigil Grecco (2007) critican estos enfoques en tanto plantean un tipo ideal en torno al que las diversas realidades se ajustarían más o menos, lo que implica una lectura normativa.

Estas iniciativas tuvieron lugar en América Latina al calor de los procesos de reforma del Estado y del proceso de descentralización, que ponía de relieve la necesidad de gestión desde niveles locales de organización. Así se abre la puerta a las visiones que sostienen la viabilidad del desarrollo desde abajo (*bottom-up*) que estarían centradas en los actores del desarrollo y las capacidades locales (Arocena, 1995, 1997).

Fernández Satto y Vigil Grecco (2007) retoman estos desarrollos en los países centrales y las apropiaciones que se hacen desde América Latina para distanciarse de ellas, en tanto comparten algunas *fallas de origen*: ambas visiones sostiene la idea de que la obtención de competitividad descansa en las iniciativas locales. También señalan que las visiones europeas del desarrollo territorial son aquellas que nutren, a partir de estudios de caso, formulaciones de lineamientos propositivos de organismos regionales que operan en América Latina (Banco Mundial, Banco Interamericano de Desarrollo) y de instancias gubernamentales de países de la región (el CORFO de Chile, SEBRAE de Brasil, PROMPYME en Perú). Así denuncian un sesgo en las políticas de planificación y de promoción del desarrollo local, basado en la preminencia de esquemas analíticos y conceptuales vinculados a la visión de *cluster* propia de los países centrales: desde debilidades en torno a lo difuso en la identificación del *cluster* propiamente dicho (tanto desde la escala espacial como en cuanto al referente empírico), hasta la ya mencionada descontextualización y desconexión de estas propuestas en la región latinoamericana.

García Delgado y Casalis (2006) sostienen que se produjo una crisis de la visión prometeica del desarrollo local en los 90: se pensaba como formas de resistencia a la avanzada neoliberal, formas de protegerse ante los efectos devastadores y la desigualdad social, es decir como respuesta a un modelo y no como iniciativa genuina. En sus palabras, “ello constituyó en la realidad, más que el desarrollo, la ‘ilusión’ del mismo” (p. 2), asumiendo un carácter voluntarista y reducido a la pequeña escala por considerarla el espacio en el que se puede generar algún tipo de transformación. Esto lo identifican con las perspectivas que propugnaban el desarrollo desde abajo, donde ese *abajo* instrumentaba dinámicas de desarrollo pero en un contexto de desindustrialización, pérdida real del poder adquisitivo,

desempleo, reprimarización de la economía, creciente concentración de capitales, precarización laboral, pobreza y exclusión.

Esto encuentra un marco de aceptación en la nula problematización del vínculo local-global, pues se volvió hegemónica una visión romántica del desarrollo local en la que cada grupo local debía ingeniárselas para insertarse competitivamente en el escenario global del mercado. Si esto no sucedía respondía más bien a una incapacidad de las sociedades locales que a una lógica estructural de dominación y de división internacional del trabajo.

Otro aspecto de esta visión durante los 90 fue el carácter técnico que asumió el desarrollo como estrategia, predominando las iniciativas de planificación del proceso (con elementos como análisis FODA, Planificación estratégica, Planificación participativa) que convocaban a actores de la sociedad civil. Los autores plantean una crítica a estas iniciativas en tanto suponen que la participación es positiva en sí misma, y sería suficiente para sostener proyectos de desarrollo, sin embargo, señalan, la mayoría de los proyectos mentados al calor de esas acciones no fueron concretados.

En suma, el desarrollo local no era definido desde una visión integral sino que se

“presentaba como un desarrollo social y tomaba aspectos institucionales, históricos y culturales para motivar (generar sinergias) y proyectar a mediano plazo el desarrollo deseable pero sin considerar la dimensión productiva y económica en sus variables más duras como precios relativos, existencia o no de crédito, tasas accesibles al capital desconcentrado costos de servicios” (García Delgado y Casalis, 2006, p. 3).

No obstante la crisis de la visión prometeica del desarrollo, los autores rescatan algunos elementos positivos en cuanto al avance de los modelos de gestión municipal, a partir de la introducción de innovaciones. Sin embargo, esas transformaciones obedecieron más bien a la necesidad de dar respuesta ante la municipalización de la crisis (Arroyo, 2004) que a la capacidad de acumulación política del municipio por volverse un actor del desarrollo.

Desarrollo local y economía social

En este apartado agrupamos visiones y hallazgos sobre trabajos que indagan en los procesos de desarrollo en los que, si bien en algunos casos se percibe cierto sesgo economicista, se presentan lecturas que matizan esta cualidad y, aunque la sostienen como variable necesaria para el desarrollo, plantean posturas críticas sobre la identificación de este proceso con la mera acumulación de excedente que redundaría en beneficios colectivos *per se* en una

localidad. Estos posicionamientos esgrimen una crítica desde adentro al orden capitalista pues proponen un cambio de paradigma no en tanto plantear una postura anticapitalista, sino en correr el objetivo de maximización de la ganancia hacia dimensiones más *humanas* que aseguren el buen vivir y la reproducción de todos los actores involucrados en el proceso. Esto lo articulan con una perspectiva local que se circunscribe a localidades, comunas, municipios, donde las iniciativas tendrían como característica el involucramiento de la multiplicidad de sujetos del territorio en el marco de un proyecto local colectivo atravesado por la identidad local.

Así, a inicios del siglo XXI comenzaron a circular lecturas sobre el desarrollo local que, si bien muestran un sesgo economicista, se enmarcan en un conjunto de visiones que tienden a revalorizar las dimensiones no económicas o materiales del proceso, y matizan las visiones estructuralistas volviendo el foco de atención sobre los territorios locales.

A nivel nacional Arroyo (2003) plantea ejes centrales del proceso partiendo del supuesto de que el desarrollo local implica la identificación y puesta en marcha de un motor de crecimiento económico a partir del que, con políticas distributivas de por medio, se genere impacto social en el sentido de mejorar la calidad de vida de la comunidad. El nivel de análisis que ofrece el autor para sus hallazgos se circunscribe a las localidades y municipios, y es en esa escala que propone identificar el perfil de desarrollo para cada caso a partir de una tipología que contempla 1) las localidades con un perfil de desarrollo definido (aquellas que históricamente identifican su estructura económica productiva con una misma actividad); 2) los territorios cuyo perfil de desarrollo se encuentra en crisis, y aquí ofrece una subdivisión según la crisis sea abrupta o paulatina (es interesante rescatar esta clasificación ya que según señala las localidades cuyo perfil de desarrollo se encuentra en crisis abrupta identifican un determinado hito con el quiebre del sistema productivo²³); y, 3) el grupo conformado por las localidades cuyo perfil no está definido.

Ahora bien, ese perfil de desarrollo, afirma Arroyo (2003), debe ser construido en base a la identidad local: no se trata de esbozar ideas desde afuera y de manera descontextualizada históricamente. Por eso decimos que, si bien tiene un sustrato economicista, estas ideas se vinculan con lo que Boisier (1998) llama los *intangibles del desarrollo*: definir un perfil “no es sólo un problema técnico; es un problema fundamentalmente cultural y de identidad para el desarrollo local” (Arroyo, 2003, p. 3).

²³ Veremos, en el capítulo 6, que Pipinas se identificaría con este segundo perfil.

Para el autor, entonces, el desarrollo local es entendido como un proceso que articula distintos ejes: el primero es el perfil del motor económico con impacto social que tendrá en la localidad, el segundo eje implica identificar el tipo de municipio en función de la cantidad de habitantes, concretamente para el caso de aquellas localidades con menos de 2000 habitantes, que identifica como municipios rurales o comunas señala que “difícilmente se vaya a pensar una política de desarrollo local si no es a escala regional” (Arroyo, 2003, p. 5). El tercer elemento a considerar son los circuitos económicos: si predomina la economía formal, informal o de subsistencia. Este eje es interesante porque plantea que el motor del desarrollo no necesariamente debe ser una actividad formal, incluso piensa en situaciones donde iniciativas que en principio son informales, pueden enmarcarse en acciones vinculadas, por ejemplo, a la Economía Social (como el trueque, las ferias de economía solidaria, etcétera). Aunque en este texto es algo impreciso en cuanto a cuál sería la importancia de definir el circuito económico imperante para el proceso de desarrollo local.

El cuarto elemento del proceso es el modelo de gestión en el territorio en el que intervienen desde las acciones y programas concretos que instrumenta el Municipio hasta las formas de gestión centralizada o descentralizada y quiénes son los actores locales que participan de instancias de gestión. Aquí señala una característica de los municipios argentinos y es que poseen un fuerte sesgo ejecutivo, es decir, que abocan principalmente su esfuerzo a instrumentar políticas diseñadas desde niveles superiores de gobierno.

El quinto elemento tiene que ver con las políticas que se generan para motorizar el proceso de desarrollo en tanto “el desarrollo local empieza a articular políticas sociales y desarrollo cuando en el programa de empleo que se genera, los emprendimientos productivos y los programas de capacitación están orientados al perfil de desarrollo” (Arroyo, 2003, p. 10).

Y como último eje señala al desarrollo local como proceso, que implica la concepción, el diseño y la implementación de un programa de desarrollo local atendiendo a todas estas cuestiones.

En otra producción del mismo autor (Arroyo, 2001) se ilustra claramente cómo el desarrollo local es un proceso que articula diversos actores territoriales:

“solo después de que se establezcan articulaciones entre el Estado y la sociedad civil y que se haya probado la eficiencia de ese mecanismo en la implementación de políticas sociales, puede empezar a pensarse en la articulación entre lo económico y lo social que es lo que da pie al desarrollo local” (p. 5).

A modo ilustrativo compartimos el siguiente cuadro que grafica cómo, para el autor, las acciones tendientes a promover el desarrollo local involucran a la totalidad de actores volviéndolo un proceso colectivo.

	Gobierno municipal	Empresas	Comercios	Organizaciones de base	Entidades intermedias	ONG	Vecinos/as activos/as	Vecinos/as pasivos/as
Políticas de asistencia	X							X
Políticas de promoción	X			X	X	X	X	
Desarrollo productivo	X	X	X					
Desarrollo local	X	X	X	X	X	X	X	

Recuperado de Arroyo (2001, p. 5).

Es interesante rescatar cómo el desarrollo local involucra al conjunto de los actores (a excepción de lo que cataloga como “vecinos/as pasivos/as”). Sin embargo, debemos plantear que en este esquema percibimos cierto rasgo teleológico, ya que el desarrollo local se inserta aquí como momento dentro de ese *continuum* que inicia con acciones de asistencia, luego de promoción y un tercer momento de desarrollo productivo. En este sentido el autor señala que “las políticas de desarrollo local aparecen como punto de llegada en el horizonte de las políticas públicas municipales” (Arroyo, 2001, p. 5). En este proceso el factor determinante es el creciente nivel de participación de los actores territoriales en las distintas iniciativas que se impulsan desde la gestión municipal.

Esta visión que, como señalamos, tiene un trasfondo economicista en tanto identifica como motor del desarrollo local al perfil económico y productivo de una localidad, habilita, no obstante, la introducción en este proceso de elementos como la identidad local o la consideración de actividades no formales como variables influyentes en la definición del desarrollo local. En este sentido también se expresan algunas visiones que ven en emprendimientos de la economía social un motor para el desarrollo a nivel local.

Referente ineludible de este conjunto de visiones es Coraggio (2002) quien desde la Universidad Nacional General Sarmiento propone el fortalecimiento de la Economía Social como vía para *otro* desarrollo social, en el que la economía debe estar centrada en el trabajo y no en el mercado. Esta corriente propone pensar a los agentes económicos no escindidos de sus identidades sociales y culturales, se distancia de la concepción de individuos guiados por

una racionalidad utilitaria sino como sujetos que entran en vínculos de reciprocidad en un intercambio que excede lo material. Esta economía es social porque produce sociedad en base a los valores de cooperación y solidaridad.

Las iniciativas que se encuentran dentro de esta corriente no son anticapitalistas, sino que son no capitalistas (Coraggio, 2002) en el sentido de que su fin no es la maximización de las utilidades y la renta, sino la reproducción de la vida de los agentes que las conforman, sus familias y comunidades de pertenencia. La estrategia es que estos emprendimientos, con estos valores, ganen cada vez más terreno y espacios, de manera tal que se inmiscuya en las propias iniciativas capitalistas y allí genere dinámicas de solidaridad y cooperación en línea con la economía social, de manera tal que se gesten dinámicas de esta corriente dentro de organizaciones propias del sistema capitalista.

Si bien muchas de las iniciativas englobadas bajo el rotulo de Economía Social han surgido como respuesta a situaciones de vulneración y exclusión en el marco de modelos de acumulación neoliberal, la apuesta es a extender el concepto y la estrategia más allá de la vinculación directa con una economía para pobres (Coraggio, 2005, Abramovich y Vazquez, 2007). De todos modos, la Economía Social tiene como finalidad, también, la inclusión de estos sectores vulnerados a partir de la construcción de otra economía. Se plantea en términos estructurales, por lo que debe superarse la identificación con las acciones focalizadas a equilibrar y asistir las situaciones particulares de exclusión, para fundar un nuevo sistema inclusivo y democrático.

En el conjunto de visiones que se proponen la redefinición de conceptos centrales, acción que a partir de un cambio de los marcos con los que se interpretan algunos procesos sociales como la acumulación, el intercambio y el desarrollo, Coraggio (2005) advierte la necesidad de elaborar nuevas formas de economía que produzcan otra sociedad no solamente desde espacios mercantiles, sino extendiéndola a la comunidad total y las formas en que se gestiona la vida cotidiana. La premisa del autor es que otra economía es posible (Coraggio, 2004, 2005). Ya Boaventura de Sousa Santos (2002) había planteado la posibilidad de generar dinámicas de producción y de intercambio no guiadas por el principio de maximización de la ganancia, sino por lógicas de igualdad, cooperación y solidaridad.

Abriendo un poco el panorama en torno a las interpretaciones sobre los mercados, Caracciolo (2013) advierte que existen tres tipos: capitalistas, estatales y solidarios. Si en el primero de ellos es el hegemónico, en el último es donde encontramos el germen de esta nueva forma de

economía que los/as autores/as proponen. Estos mercados funcionan con cierta autonomía del mercado capitalista hegemónico.

“En la economía social y solidaria, el mercadeo es una relación social visible entre productores y consumidores, que por cierto implica la compra de algún producto (entendido como bien o servicio). En cambio, en la economía capitalista se trata de un vínculo entre consumidores demandantes y un objeto de deseo; el productor parece estar intencionalmente oculto de modo de resaltar al objeto” (Caracciolo, 2013, p. 10).

La autora plantea así que es necesario fortalecer y generar tramas de valor, que son aquellas vinculaciones que se dan entre los actores de la Economía Social en los mercados solidarios.

Una visión alternativa a ella la encontramos en Abramovich y Vazquez (2007) quienes explícitamente remarcan que “no es una propuesta de creación y promoción de emprendimientos productivos” (p. 123), y engloban dentro de esta corriente a un conjunto muy diverso y heterogéneo de iniciativas, que tienen en común una forma de organización de la producción y la comercialización sustentada en los valores de la cooperación y la solidaridad. En ese sentido, la Economía Social se erige como una forma alternativa al modelo de acumulación dominante, en términos sustanciales: rechaza la desigualdad estructural y la competencia individual que coloca en situación de disputa a los trabajadores/as entre sí, y denuncia la insustentabilidad de la producción y el consumo a nivel global (Abramovich y Vazquez, 2007).

Desarrollo y territorio

En esta tesis adherimos a las líneas de trabajo que abordan al desarrollo desde una perspectiva territorial: atravesado por procesos de lucha y de poder, por ende también de desigualdad y de construcción hegemónica e iniciativas contrahegemónicas. Una referencia de esta corriente la encontramos en la producción de Mabel Manzanal (2007, 2014) y el equipo del Instituto de Geografía “Romualdo Ardissonne” de la Universidad de Buenos Aires de las últimas dos décadas. También se inscriben en esta línea los trabajos del Centro de Estudios Urbanos y Regionales (CEUR) del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

El supuesto del que parten los estudios en el marco de esas producciones sostiene que el desarrollo implica una estructura de poder y de dominación desde dos escalas, una de ellas vinculada a un proceso histórico de consolidación del sistema capitalista que encuentra en el Estado nación moderno un actor que facilita la dominación mundial que pone a América Latina en una situación de subordinación por medio de iniciativas que favorecen la expansión

del capital extranjero por medio de iniciativas extractivistas, de desnacionalización de actividades tradicionales, de promoción de actividades de elevada rentabilidad internacional desatendiendo consecuencias medio ambientales (por ejemplo la expansión del agronegocio), entre otras prácticas (Manzanal, 2007, 2014).

Decíamos, entonces, que esta es una de las escalas en las que se manifiesta la lógica de poder (que se traduce en dominación) a nivel planetario, pero otro nivel en el que desde este grupo de estudio se plantea el desarrollo en clave de poder es el que se da en el nivel local, en los propios territorios.

Manzanal (2014) retoma las concepciones previas sobre el desarrollo, agrupándolas en conjuntos que se identifican con las mismas corrientes que señalamos nosotros antes de este último apartado, y señala que tienen en común la expresión de un deber ser, un discurso prescriptivo, que encuentra en la categoría de territorio un dispositivo conceptual de síntesis de elementos sociales, económicos, políticos, culturales. Ahora bien, según aquellas corrientes los territorios se consolidan como tales a partir de una característica de atraktividad para el mercado: “Tanto se subrayan estas cuestiones que se llega a considerar que sólo son territorios los ámbitos espaciales competitivos a nivel global, mientras que los no competitivos no serían territorios” (2014, p. 7). Para ser territorio deberían ser susceptibles de experimentar desarrollo endógeno por medio de la sinergia de distintos elementos locales.

La visión crítica que señala la corriente de estudios del desarrollo desde el poder y el territorio (Manzanal, 2007, 2014; Villarreal, 2013) a estas consideraciones indica que para subvertir la lógica de desarrollo no debe modificarse la lógica de competencia en el mercado internacional, sino precisamente subvertir el orden de dominación establecido. Es así cómo se introduce la perspectiva del poder en los procesos de desarrollo. Para dar cuenta de esas lógicas de poder y dominación, Manzanal recupera la perspectiva foucaultiana que sugiere el abordaje del poder desde “las modalidades directamente expresadas por los individuos en sus lugares, sus ámbitos de cotidianidad, en lugar de enfocarlo por el lado del edificio jurídico de la soberanía, por el lado de los aparatos del Estado” (Foucault, 2010, p. 38, en Manzanal, 2014). Es por eso que para avanzar en el conocimiento sobre el desarrollo es necesario estudiar la problemática del territorio

“en primer lugar, porque el desarrollo, tanto sea visualizado como una experiencia concreta, un resultado o una política, siempre se materializa a través de ámbitos espaciales que reconocemos como territorio. Asimismo, porque el territorio, desde vertientes críticas de la geografía, expresa también relaciones sociales, relaciones de poder. En otras palabras, desarrollo y territorio están profundamente interrelacionados” (Manzanal, 2014, p. 9).

Por otro lado, García y Herrero (2018) proponen en sus investigaciones al territorio como dimensión de análisis de los procesos de desarrollo en contraposición a las teorías hegemónicas para explicarlos, que adoptan postulados universales y ahistóricos. La consideración de los factores territoriales implica la “incorporación de conflictos de intereses” (p. 11).

En esta misma lógica se expresa Madoery (2016) cuando señala que el territorio es la dimensión de la tensión y la proyección, e implica el ejercicio de poder sobre un espacio físico y social, por ello los estudios sobre los procesos de desarrollo deben priorizar un enfoque situacional donde convergen un determinado tiempo y espacio que hacen a la singularidad del proceso atravesado por lógicas de poder, tensión y dominación. Desatender estas cuestiones, afirma, es una regularidad de los modelos teóricos preestablecidos a partir de la fijación de una distancia entre tipos ideales y situaciones reales.

Pero ¿cuál es, concretamente, la vinculación entre desarrollo y territorio que queremos rescatar en esta tesis? Para desarmar este nudo conceptual necesitamos partir de la idea de trayectorismo que Appadurai (2015) utiliza para caracterizar a las lecturas que sostienen que todas las sociedades transitan por una línea de tiempo a través de la que experimentan crecientes niveles de progreso, ya que en este marco todas las iniciativas tendientes a promover el desarrollo debían enfocarse en la eliminación de obstáculos en esa trayectoria. Así cobra preeminencia la idea de un escenario homogéneo, un futuro común hacia el que caminan las sociedades.

Pues bien, las lecturas críticas de esta visión sostienen la necesidad de recuperar las particularidades de los territorios y contraponen al ideario homogeneizante del desarrollo encarnado en un escenario común universal, la singularidad de la proyección que los sujetos sociales elaboran sobre (y que son constitutivas de) su propio territorio. Sili (2018) señala que son los propios sujetos los que construyen su territorio en un devenir en el que entran en juego (o en disputa) distintas “intencionalidades políticas, sociales, productivas, culturales (proyectos) que se plasman o concretan en función de las capacidades de los actores o los grupos de actores para llevarlas a cabo” (p. 14). Esta introducción invita a pensar el futuro de los territorios como una construcción social elaborada desde la propia realidad, evitando caer en la trampa del trayectorismo. La elaboración de esos escenarios funciona como guía para las acciones de los sujetos sociales pero también como marco regulatorio de las articulaciones cooperativas o conflictivas que se dan entre ellos.

Creemos que en estos postulados que introducen la dimensión del poder en los procesos de desarrollo a través del reconocimiento del conflicto y la cooperación entre los sujetos sociales como constitutivos del territorio, plasmadas en los escenarios que estos actores construyen y elaboran de manera situada, en su tiempo y en su espacio como coordenadas históricas, es donde se cristaliza la articulación entre desarrollo y territorio.

¿Qué tipo de desarrollo para qué tipo de territorio?

Un aporte significativo que pretende esta tesis es ofrecer un estudio desde una perspectiva integral del desarrollo, que no pone el énfasis en el crecimiento económico, aunque lo recupera como una de las dimensiones a considerar. Es por eso que a partir del recorrido trazado en el capítulo anterior, proponemos pasar en limpio algunas cuestiones de las últimas visiones sobre desarrollo que reseñamos en los últimos apartados porque allí se concentran algunas características de las que nos distanciamos y otras que retomamos para la construcción de nuestro objeto de estudio.

Como ya adelantamos, nos posicionamos críticamente ante aquellas visiones que entienden el proceso de desarrollo como crecimiento económico, homologándolos, como resultado de la concatenación de acciones planificadas que redundarán en mayores niveles de acumulación material de una comunidad: “el camino del desarrollo propuesto por la CEPAL venía unido a la idea de elevación de la productividad en toda la fuerza de trabajo” (Marinho, 1988, p. 20) dinámica que encontraba en ese objetivo industrializador su condición de existencia. Para esta forma de concebir el desarrollo, si no son superadas las condiciones estructurales que caracterizan una sociedad con predominio de actividades primarias de baja complejidad, no hay oportunidad de generar el cambio necesario.

Antonio Vázquez Barquero (2000), uno de los principales exponentes del desarrollo local como desarrollo endógeno, afirma que “la noción de desarrollo endógeno constituye un instrumento útil para interpretar la dinámica económica de las ciudades y territorios y para proponer medidas que estimulen los procesos de acumulación de capital” (p. 4). En la misma publicación sostiene que el paradigma del desarrollo local permite generar una suerte de sinergia endógena definida como el resultado de acumulación material para el conjunto de los actores que se da por la visión compartida de un horizonte de desarrollo y la instrumentación de acciones en consecuencia, que estimula el fortalecimiento de rendimientos crecientes y acumulación de capital, permitiendo el crecimiento económico de la población interviniente.

Esto nos muestra una identificación entre desarrollo local o endógeno y crecimiento económico o mejora en los niveles de competitividad a nivel local.

En esta dirección, la CEPAL ha formulado estrategias de intervención para el desarrollo local en comunidades latinoamericanas con el fin de “promover el crecimiento económico de las sociedades locales de la región, a partir de la consolidación de factores de competitividad en el mercado local y regional” (CEPAL, 1999, p. 35)²⁴.

Este sesgo economicista es identificado como una de las principales características de la que dotan al fenómeno que aquí estudiamos los teóricos del llamado paradigma del desarrollo *desde arriba*, predominante entre las décadas de 1950 y 1970 (Michellini, 2008). Esta idea, sostenemos, esconde otra direccionalidad que tiende a perpetuar el orden establecido y la división internacional del trabajo, que tan desigualmente produce réditos a nivel global: *desde arriba* no sólo es de arriba hacia abajo, sino también desde el centro hacia la periferia. En esta línea, las sociedades subdesarrolladas²⁵ deberían poner en marcha un proceso en tres dimensiones, en vías de integrarse a la dinámica de crecimiento mundial: industrialización, urbanización, y crecimiento económico (Boisier, 1974).

También planteamos una lectura crítica sobre los preceptos subyacentes en los modelos de planificación del desarrollo local que promueven los organismos internacionales de crédito para superar la crisis y/o generar desarrollo, pues tienden a perpetuar el orden establecido y la lógica mundial de división del trabajo, promoviendo la hegemonía de los países pretendidamente desarrollados sobre los subdesarrollados²⁶. En este sentido también se expresa David Harvey (2003, p. 152): “el cordón umbilical que une la acumulación por desposesión y la reproducción ampliada es el que está dado por el capital financiero y las instituciones de crédito, respaldado, como siempre, por los poderes del Estado”. Las estrategias de intervención propuestas por estos organismos crediticios fueron fórmulas unívocas para el desarrollo cuyo sustrato conceptual y metodológico implica identificarlo directamente con la lucha contra la pobreza, dando lugar a prácticas asistenciales focalizadas

²⁴ El pensamiento de la CEPAL frente a estas cuestiones ha variado en función de las coyunturas, mostrando en otros documentos una interpretación más integral del desarrollo, es decir, no exclusivamente económica. Por ejemplo, en un documento del año 2013 el Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social (ILPES) aborda el fenómeno del desarrollo territorial a partir de una variedad de factores que van desde la infraestructura física que se identifican como más tradicionales, formas empresariales y productivas, y aquellas corrientes que incorporan nuevos factores como las relaciones de confianza, la creatividad, la cultura, la identidad y la resiliencia.

²⁵ Utilizamos este concepto para referirnos a las sociedades periféricas con una categoría formulada por el paradigma del desarrollo “desde arriba”.

²⁶ Este debate es retomado profundamente en Minsburg (1999) y Anderson *et al* (2003), y recientemente en Merino (2015).

compatibles con el ajuste estructural y reduciendo los vínculos sociales a relaciones mercantiles (López, 2015; Coraggio, 2009).

Durante la década de 1990 organismos internacionales como el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo propusieron una perspectiva de desarrollo de sesgo social o humano que plantea un matiz sobre la idea de desarrollo vinculada al crecimiento económico, asociada a las reformas planteadas por el Consenso de Washington, y a aquellas concepciones del fenómeno que lo identifican con un proceso de industrialización o productivista. En cambio, reivindican la función del Estado como encargado de promover las condiciones para que los individuos desarrollen sus capacidades de acción e iniciativa en un contexto de profunda libertad (BID 2001)

Altschuler y Casalis (2006) critican esta visión sobre el desarrollo humano por considerar al fenómeno en términos individuales:

“no incorpora cuestiones estructurales, desvinculando la producción y el empleo, y por ende, no da lugar a la construcción de un modelo nacional de desarrollo, sino que reduce el papel del estado a garantizar las libertades individuales y el “clima de negocios”, más que a generar los lineamientos para un desarrollo sustentable y consensuado con la sociedad civil y el sector privado” (p. 10).

En suma, las concepciones sobre el desarrollo han ido virando desde mediados del siglo XX desde una posición de corte economicista, donde la vía por excelencia para alcanzar el estatus de país desarrollado era la industrialización y para ello era necesaria la tecnificación de los procesos de producción, hacia la planificación del desarrollo por parte del Estado, en tanto promotor de una situación generalizada de bienestar a partir del estímulo de las políticas de pleno empleo y de la demanda agregada, con especial énfasis en el incentivo al consumo en el mercado interno. Más adelante, las lecturas sobre el desarrollo se volverían sobre el nivel micro social, depositando en la sumatoria de las voluntades y éxitos individuales al desarrollo colectivo.

Queda por mencionar que a partir de la década de 1990 cobraron especial importancia las visiones del desarrollo vinculadas a la promoción del capital social. Esto encuentra explicación, también, en el proceso de reformas estructurales que la década de 1990 institucionalizó. Sobre todo nos referimos al proceso de descentralización del Estado (Pereira Bresser, 2001) y el traslado de funciones hacia esferas subnacionales (municipales e incluso comunales) de gestión (Arroyo, 2001) combinadas con iniciativas de participación ciudadana, fenómeno conocido como reformas de segunda generación hacia fines de la década de 1990

(López, Corrado y Ouviaña, 2005). Entonces los municipios tuvieron nuevas (y más) capacidades, por lo que era esperable que la mirada se centre en lo local como motor del desarrollo, no sólo en las iniciativas públicas y de gestión municipal, sino también en la importancia que tienen los actores locales en tanto componentes de una red de vínculos y relaciones que son identificadas como capital social para el desarrollo.

Organismos como la CEPAL y el BID introdujeron en sus documentos y planes de desarrollo para la región post década del 90 la perspectiva del capital social (Durston, Miranda y CEPAL, 2001; BID, 2001) a la luz de las consecuencias arrojadas por la implementación de los lineamientos indicados por el Consenso de Washington y de los resultados críticos que arrojaron las políticas neoliberales en Latinoamérica.

Asimismo, creemos que con esta introducción estamos siendo justos con la CEPAL, ya que planteamos una visión crítica a la homologación del desarrollo con el crecimiento económico y la acumulación material, concepto presente en los instrumentos más clásicos del organismo, y que se identifican históricamente con modelos de acumulación diseñados en la segunda posguerra y a lo largo de las décadas del 60 y 70 (Merino, 2015). Entonces, la CEPAL ha complejizado su concepción sobre el desarrollo, y ha incorporado a sus análisis y propuestas el capital social para dar cuenta del conjunto de relaciones, redes, intercambios simbólicos entre los actores locales, lo que Boisier identifica en su “Post scriptum sobre desarrollo” (1998) como los intangibles del proceso.

Apoyándonos en algunas ideas teóricas sobre el capital social recuperamos el aporte de Narayan (2001) quien advierte tres formas del capital social: una de ellas es la información, inherente a las relaciones sociales “la información es importante en cuanto a la provisión de bases para la acción” (p. 104, traducción propia). Otra forma de capital social son las normas (por eso quien tiene la capacidad formal o informal de establecer normas, ya sean institucionalizadas o no, también goza de una mayor apropiación de capital social), y una tercera es la integralidad de la red, a partir de la cual los individuos instrumentarán sus acciones de manera tal que los preserve dentro de esa integralidad colectiva, en este sentido los sujetos se atienen a un conjunto de obligaciones y expectativas que hacen a su integración (o no) a la estructura social. La autora señala que la característica intrínseca de este tipo de capital es que es esencialmente relacional:

“Mientras que el capital económico se encuentra en la cuenta bancaria de las personas y el capital humano en sus cabezas, el capital social es inherente a la estructura de sus relaciones. Para poseer capital social una persona debe estar en relación con otras, y es

en esa interrelación donde reside la ventaja de ese capital (...) Simplemente el capital social existe cuando es compartido” (Narayan, 2001, p. 60; traducción propia).

Para Pierre Bourdieu (2001):

“el capital es trabajo acumulado, bien en forma de materia, bien en forma interiorizada o “incorporada (...) El capital es una fuerza inherente a la estructuras objetivas y subjetivas; pero es al mismo tiempo un principio fundamental de las regularidades internas del mundo social” (p. 131).

El capital puede manifestarse de tres maneras: como capital económico (dinero), como capital cultural (institucionalización del conocimiento, concretamente lo ejemplifica con los títulos académicos) y como capital social que es un capital de obligaciones y relaciones sociales. Concentrándonos en esta última manifestación:

“El capital social está constituido por la totalidad de los recursos potenciales o actuales asociados a la posesión de una red duradera de relaciones más o menos institucionalizadas de conocimiento y reconocimiento mutuos (...) se trata de la totalidad de recursos basados en la pertenencia a un grupo. El capital total que poseen los miembros individuales del grupo les sirve a todos, conjuntamente, como respaldo” (Bourdieu, 2001, pp. 148-149).

El autor señala que las relaciones de capital social pueden existir en tanto haya una base de relaciones de intercambios simbólicos y materiales, con la posibilidad de ser institucionalizadas mediante, por ejemplo, la adopción de un nombre común²⁷. Esta institucionalización le confiere al capital social una existencia cuasi real. La existencia de esta red no es algo que se dé de forma natural, sino que es producto de una sucesión de eventos institucionalizantes de la misma, como forma de legitimar el conjunto de vínculos que los individuos y los grupos sociales instrumentan con la finalidad de obtener beneficios por medio de esos intercambios, habilitados por la red a la que pertenecen.

Cuando un sujeto es reconocido como miembro de esa red, de esa estructura social, se vuelve sujeto de intercambios en su interior. Esa posibilidad de ingresar a la red y a los flujos de intercambio es lo que legitima su pertenencia, pues implica conocimiento y reconocimiento mutuos entre los individuos. Esto es lo que Bourdieu llama “la magia de lo consagrado” (2001, p. 152). El intercambio convierte a las cosas intercambiadas en señal de reconocimiento. A la vez que reafirma sus límites, más allá de los cuales se deja de tener reconocimiento como parte de esa red.

²⁷ Ya lo veremos más adelante, pero cómo no pensar aquí, volviendo a nuestro caso de estudio, en los carritos de la ruta 36 o los/as ex trabajadores/as de CORCEMAR, por poner algunos ejemplos.

En el documento de la CEPAL “Entre el ideario y la realidad: capital social y desarrollo agrícola, apuntes para la reflexión” (Dirven, 2003), el autor señala que un enfoque economicista tiene limitaciones para explicar las dinámicas de desarrollo, y por eso recupera la importancia del capital social y el potencial organizativo de las personas y las comunidades. Esto se ve en la relevancia que se les da a grupos históricamente excluidos en los procesos de decisiones y en la instrumentación de iniciativas para las comunidades de las que forman parte, pues prevalece la idea de que éstos son parte de la resolución de sus propios problemas apoyándose en formas de capital social, como sistemas de relaciones socioculturales.

El autor señala que “son pocos los trabajos que tratan de tender un puente entre la mera enunciación de la palabra ‘capital social’ y los tratados más teóricos” (Dirven, 2003, p. 399) y es claro al decir que esta falencia se advierte, sobre todo, en lo que se refiere a los aspectos productivos en pos del desarrollo de las comunidades rurales, y propone notas para la reflexión de este fenómeno como iniciativa para la construcción de esos puentes. Coincidimos con Dirven cuando señala que “entre el ideario (utópico) y la realidad existe una brecha considerable. Desafortunadamente, por ahora, muchas políticas y proyectos de desarrollo se han apoyado más en el ideario que en la realidad” (2003, p. 399). Y propone examinar la solidez del tejido social, las relaciones de confianza, la capacidad de emprender acciones conjuntas.

El autor de la CEPAL, en sintonía con lo desarrollado por Bourdieu (2001), entiende al capital social como las actitudes de confianza y las conductas de reciprocidad y coordinación dentro de una comunidad específica, así como la habilidad de las personas para obtener recursos y emprender acciones de forma mancomunada con el fin de reducir costos en las transacciones por la vía de la asociación, la compra colectiva, el uso compartido de bienes y la socialización de la información.

En estos postulados se sostiene que la confianza, la cooperación y la reciprocidad deben ser pilares fundamentales para que el colectivo emprenda acciones que redunden en un beneficio conjunto, en tal caso se estaría ante un grupo con un alto nivel de capital social. Esta aseveración es llamativa en tanto plantea que el nivel de capital social en una comunidad se conocerá a partir de los resultados, es decir, si finalmente se dio con éxito la apropiación colectiva de los productos de una iniciativa de desarrollo. En este sentido nos preguntamos si no es posible pensar en un análisis de la solidez del tejido social, del capital en cuestión, a priori de los resultados.

El documento de la CEPAL (Dirven, 2003) sostiene que si bien es importante analizar las instituciones y organizaciones presentes en una localidad, para conocer la estructura y la solidez del capital social con el que cuentan, se debe

“avanzar en la caracterización de las organizaciones más importantes de una localidad. Su relevancia se derivará del número de personas involucradas, su trayectoria, el número de vínculos que mantiene con el exterior, la importancia de los actores con los que se vincula, entre otros” (Dirven, 2003, p.408).

Conviene introducir una aclaración, que retomamos de Durston (2000) teniendo en cuenta el contexto rural en el que llevamos adelante nuestro estudio:

“La estabilidad relativa de relaciones interpersonales cruzadas por parentesco, en un espacio local durante toda la vida, promete ser un tipo de precursor del capital social. Pero es importante no caer en un romanticismo bucólico acerca de la vida rural, evitando el «comunitarismo» y el «campesinismo» como visión idealizada. Las relaciones sociales en la comunidad rural son, ciertamente, complejas, pero no necesariamente densas [...] Además, muchas comunidades rurales se encuentran traspasadas por diversas formas de rivalidad entre facciones, a veces producto de la competencia por recursos escasos, a veces exacerbadas por cacicazgos de las élites regionales y por el clientelismo autoritario provinciano, que reprimen o distorsionan las instituciones de base que fomentan la confianza y la cooperación” (p. 27).

Esta aclaración es sumamente relevante en dos sentidos: el primero, tal como nos advierte la cita, para no caer en lo que, tomándonos la licencia de reformular el concepto de Durston, llamamos *romanticismo de la proximidad*, elemento que el sentido común tiende a atribuirle a los vínculos que se mantienen en los contextos rurales. Y en segundo lugar porque en Pipinas veremos cómo algunos actores tienden a identificar dinámicas de gobierno y representación como clientelistas. Pero esto lo analizaremos con detalle en la parte de los resultados empíricos de esta tesis.

Consideramos importante recuperar esos aportes sobre capital social por dos cuestiones. La primera se relaciona con la potencia que guardan algunos de los conceptos de esta corriente, reseñados más arriba, para establecer algunas pistas e ideas germinales que permitan hacer foco sobre los procesos que, en la localidad de Pipinas, serán nuestros referentes empíricos: las articulaciones entre los actores territoriales. Así, cuando se habla de redes, o de flujo de información, de pertenencia a una comunidad, entre otras ideas, creemos que son elementos iniciales que, en una etapa rudimentaria, van allanando el camino para la construcción de lo que posteriormente presentaremos como trama de valor. Recuperamos estas ideas también porque se volvió necesario iluminar algunos de estos aspectos en función de los emergentes del campo vinculados a las articulaciones que observábamos construían los actores locales entre sí, motivados por distintas iniciativas y objetivos. En segundo lugar, es justificable la

introducción de estas corrientes sociológicas en tanto analizan el fenómeno del capital social en el que la CEPAL hace pie al momento de elaborar instrumentos para el desarrollo en la región, desde una perspectiva que recupera este capital como elemento gravitante en la planificación del desarrollo y su análisis.

Cabe mencionar que en este trabajo no es parte de nuestros objetivos problematizar la corriente del capital social para pensar estos procesos en nuestras sociedades. Por ello proponemos esta introducción de la perspectiva de capital social en las producciones de la CEPAL, o del BID, por ejemplo, para evidenciar cómo se matizan algunas ideas tradicionales que vinculan el desarrollo con el crecimiento económico o la acumulación material y se amplía la mirada hacia otras dinámicas como las articulaciones entre los sujetos para promover iniciativas de tipo cultural, identitario, político, entre otras aristas.

Un punto de llegada que es un punto de partida

A partir del recorrido por estas lecturas sobre el proceso de desarrollo, hemos llegado a un punto en el que creemos debemos pronunciarnos: no podemos decir sin correr el riesgo de ser inexactos que nuestro estudio se enmarca dentro de los parámetros de una o de otra visión, por lo que creemos sería más conveniente recuperar un conjunto de características que representan no sólo el espíritu epistemológico y metodológico de esta tesis, sino que también se encuentran en sintonía con las premisas ideológicas que subyacen en estas líneas. En este sentido es importante tener presente que nuestro objetivo es el análisis del desarrollo como proceso social que involucra a distintos actores en una localidad. Entonces, no esbozaremos aquí ideas que tienden a respaldar una u otra forma de generar dinámicas de desarrollo, simplemente porque no es nuestro propósito. Aquí el proceso de desarrollo es nuestro objeto de estudio y no nuestro objeto de planificación.

Con ese horizonte, podemos rastrear algunas caracterizaciones de este proceso que creemos deben prevalecer en nuestro análisis pero también en la construcción epistemológica y metodológica de lo que *observamos* en la localidad: la idea de que es un proceso endógeno en tanto involucra la participación de actores locales, que se vinculan entre sí a partir de iniciativas colectivas, que entran en disputa ya que desde una perspectiva territorial se cristaliza el conflicto que se da entre proyectos antagónicos vinculados a distintas dimensiones (productiva, identitaria, institucional, política, etcétera). Asimismo, adherimos a la “ruptura del nacionalismo metodológico” que señala Beck (1988) para referirse a la demanda exclusiva de instrumentos de planificación del desarrollo al nivel nacional de

gestión. Esta ruptura nos posibilita centrar nuestra mirada en niveles subnacionales de análisis, y esto es sumamente importante en nuestra tesis, en tanto observamos una localidad dentro de un municipio.

Lo local está inmerso en lo global, eso está claro, pero sostenemos que estos dos “polos” se comprenden e implican mutuamente. Arocena (2002) explica que dentro de lo global el concepto de local debe entenderse como un conjunto de elementos, entre los que se presenta el territorio y la sociedad, pero también la idea de colectividad expresada a través de valores y normas interiorizados por sus miembros. La globalización puede ser un proceso de oportunidades para las sociedades locales o bien ser una limitante para su desarrollo. En este sentido, Madoery (2005) propone pensar en la instalación de infraestructuras con un alto nivel de innovación y tecnologización provenientes de actores transnacionales en localidades aisladas, con el espíritu de incentivar dinámicas de desarrollo. Esta imbricación entre lo local y lo global también forma parte de nuestra perspectiva metodológica, en tanto los procesos que se dan en escalas que exceden lo local, como consecuencia de un ordenamiento global de fuerzas, tendrán su correlato en nuestra localidad de estudio.

También entendemos, y este es el posicionamiento ideológico, que crecimiento económico no es homologable a desarrollo, porque la acumulación de capital no es la única dimensión a tener en cuenta (y sobre la que trabajar y fortalecer) para generar dinámicas de desarrollo en una localidad (Casalis, 2008). En este sentido también se pronuncian Altschuler y Casalis (2006 p. 2): “ya no se puede pensar al desarrollo de manera centralizada, ni planificarse de “arriba hacia abajo” haciendo abstracción de las diferencias económicas, culturales, políticas y sociales del territorio y de los actores que las encarnan”.

Habiéndonos posicionado críticamente sobre la homologación entre desarrollo y crecimiento económico es justo señalar que también hay una trayectoria en las discusiones y lecturas del principal organismo de planificación del desarrollo en América Latina, la CEPAL, que muestra la incorporación de la perspectiva del capital social en su agenda de intervención. Y también porque esta corriente del capital social se encuentra en sintonía con lo que vamos a *observar* en la localidad, que son las articulaciones entre los actores de Pipinas, fuente de información para el análisis de las dinámicas materiales e inmateriales que identificamos aquí como desarrollo territorial.

Entonces, no rechazamos de plano las lecturas sobre procesos de desarrollo que se proponen en este organismo, sino que recuperamos esta arista que introduce el capital social no sólo porque creemos que es uno de los componentes del desarrollo en las localidades sino porque

además nos abre la puerta a una complejización metodológica que necesariamente nos sitúa frente al desafío de diseñar un instrumento que permita relevar estas dinámicas no económicas o no materiales del desarrollo. Esta tesis bien podría inscribirse en el conjunto de lecturas contemporáneas de la CEPAL sobre el desarrollo, que a partir de la crisis resultante de la implementación de políticas neoliberales de desarrollo y planificación dieron lugar a la importancia de lo que Boisier (2001) denomina los *intangibles del desarrollo*.

Ahora bien, no podemos dejar de mencionar que ningún desarrollo es posible si no es sobre un mínimo de base material que permita no sólo la subsistencia de los individuos sino también su reproducción. Pero también es necesario aclarar que el desarrollo no puede reducirse sólo a estas dinámicas de subsistencia y reproducción y debe recuperar la complejidad de los tejidos sociales que dan lugar a los vínculos entre los actores, precisamente, del desarrollo. Incluso, dando un paso más, formulamos la hipótesis de que esos vínculos, esas articulaciones entre los actores territoriales, producen dinámicas de desarrollo.

Esto se encuentra íntimamente ligado con nuestra propuesta de recuperar el supuesto metodológico que brinda la categoría de trama de valor: las vinculaciones y articulaciones que se dan entre los actores de una comunidad.

Proponemos, entonces, una lectura del desarrollo que priorice un enfoque integral en base a procesos colectivos que recuperen las herramientas y potencialidades locales, obedeciendo a un doble criterio: en primer lugar, por la practicidad misma que encierra el hecho de trabajar con lo que se tiene a mano, y junto con ello, porque las herramientas locales están impregnadas de esa *localidad* (como adjetivo, no como sustantivo) que se inmiscuye en los procesos de desarrollo.

Ahora bien, corremos el riesgo de que, al calor de estas afirmaciones, se interprete que lo que proponemos aquí es el análisis de un cúmulo de iniciativas locales que, de manera aislada, generarán dinámicas mayores (regionales, por ejemplo) de desarrollo. Pues no. Esa lectura peca de considerar nuestra perspectiva con un sesgo funcionalista. En esta tesis no sostenemos que la suma de iniciativas locales de desarrollo tenderá a una expansión de este proceso en espacios mayores, aquí nos interesa concentrarnos en las dinámicas de desarrollo que se dan en una localidad desde un punto de vista integral y territorial. Integral porque entendemos al desarrollo como instancias de acumulación material (crecimiento económico, rentabilidad, etcétera) e inmaterial (fortalecimiento identitario, posicionamientos políticos, consolidación de lazos de solidaridad y asociativismo, construcción cultural, etcétera), y

territorial porque entendemos que es en las articulaciones entre los actores donde se dan esas dinámicas de acumulación, y porque además el territorio nos permite observar esas dimensiones del desarrollo.

Con articulaciones nos referimos a los contactos y vinculaciones entre los actores, con el objetivo de trabajar o llevar adelante acciones que abren paso a un proceso de transformación concreta de algún aspecto de la realidad local. La mínima unidad que puede presentarse de esto es el encuentro entre dos personas para instrumentar acciones e iniciativas que impactarán de alguna manera en la realidad local. Proponemos una perspectiva multidimensional por dos motivos: el primero de ellos está vinculado a fortalecer la visión integral del desarrollo como proceso que encierra dinámicas de diversas índoles y características que no son exclusivamente materiales o que, cuando lo son, también tienen un impacto en términos inmateriales. El segundo tiene que ver con la inclusión de un criterio ordenador para la presentación del análisis empírico, en términos expositivos

“nuestra opción es por una concepción pluridimensional de geografía centrada en los conceptos de tiempo y territorio, sin desconsiderar el espacio geográfico. Las redes también son importantes en virtud del conjunto de relaciones cotidianas efectuadas por los actores todos los días” (Saquet, 2015, p. 180).

Para su comprensión exige un abordaje holístico, crítico, relacional y pluridimensional. Las articulaciones que observaremos encuentran a los individuos como instrumentadores de prácticas en tanto sujetos históricos y sociales como creadores y transformadores de su vida y su comunidad (Vázquez, 1990 [1977] citado en Saquet, 2015). Prácticas que son “creativas, conscientes y reflexivas, construidas en el proceso de territorialización de experiencias colectivas” (1990 [1977], p. 76, citado en Saquet, 2015). Por lo tanto, comprendemos que existe un proceso de producción del territorio, multiforme y pluridimensional, en cada relación espacio-tiempo.

Tal como se pregunta Tapia Moscoso (2018):

“¿Es el desarrollo un concepto completo, que permite un alcance significativo para los territorios, o es simplemente una aproximación insuficiente que surge bajo premisas que no se ajustan a la realidad de los territorios, y a sus particularidades, a pesar de que se han buscado un sin número de modelos alternativos?” (p. 28).

Consideramos esta cuestión como nuestro gran punto de partida: para pensar el desarrollo y las prácticas que generan estas dinámicas de acumulación que identificamos con él, es necesario tener en cuenta cada localidad y su territorio: su sistema cultural, sus formas de vida, sus entramados productivos.

Por eso, consideramos oportuno retomar la categoría de desarrollo territorial con el objeto de recuperar la complejidad de las relaciones, articulaciones, conflictos, y dinámicas de poder que se establecen en los territorios (García, 2010; Caracciolo, 2013 y 2014; Casalís, 2008, Saquet, 2015), para observar estas cuestiones en Pipinas. Asimismo, creemos que es el concepto adecuado para dar cuenta de un proceso de acumulación integral en una comunidad a partir de las vinculaciones que establecen entre sí los actores. Con “acumulación integral” nos referimos a los intercambios políticos, económicos, sociales, culturales, institucionales que son parte constitutiva de cualquier territorio, y que en este trabajo identificaremos como instancias de acumulación material e inmaterial, es decir instancias de intercambio que incrementan cuantitativa y/o cualitativamente algún tipo de capital.

Nuestra perspectiva de territorio parte de una concepción que lo entiende como proceso complejo de interacción de dinámicas materiales y simbólicas de las que queremos dar cuenta a partir de la propuesta de trabajar con el concepto de desarrollo territorial. Al decir “complejo” estamos poniendo de manifiesto el hecho de que existen actores que articulan entre sí y esto debe ser relevado en nuestro trabajo. Complejidad y articulación son dos caras de la misma moneda: “me voy a referir al origen latino de la palabra *complexus*: lo que está tejido conjuntamente. El conocimiento complejo intenta situar un objeto en el tejido al que está vinculado” (Morín, 2010, p. 146).

Entendemos que es en esas vinculaciones e intercambios donde se gestan y se fortalecen las dinámicas de desarrollo de las que participan los actores territoriales que no se dan como resultado de un proceso natural, más bien son construidas socialmente y esto implica poner en disputa el sentido conceptual y político de lo que se definirá como desarrollo en la práctica concreta y en el intercambio material e inmaterial entre los actores. Es allí donde centraremos nuestra mirada.

Pensar el desarrollo territorial desde una concepción integral amerita aprehender su inherente multidimensionalidad: abordar sus dimensiones social, económica, política, institucional, cultural y espacial. Las dimensiones del desarrollo pueden entenderse como aspectos de un mismo proceso en el que participan actores sociales motivados por iniciativas cuya índole determinará a qué dimensión nos estaremos refiriendo. Es más bien una construcción metodológica que una realidad ontológica. Desde luego que esa construcción encierra criterios propios que podrían relativizarse, en el sentido de que una determinada articulación entre actores de la localidad puede ser leída desde la dimensión A pero veremos que tiene implicancias también en la dimensión B, lo que habilitaría sin inconvenientes su análisis

desde esta última arista. Por eso proponemos un análisis centrado en las articulaciones en torno a las que se entraman los actores, y allí reconoceremos elementos de las dimensiones político institucional, socio productiva y simbólico identitaria.

Entonces, entendemos el proceso de desarrollo territorial como un conjunto de iniciativas que vinculan a los actores locales en pos de cumplir determinados objetivos que producirán impactos en la localidad, pero que también promoverán un fortalecimiento (o debilitamiento) de las posiciones de estos actores allí, que determinará la forma en la que se *desenvuelven* (el sentido más literal de “desarrollo”) en la trama territorial de la que forman parte. Nuestro propósito consiste, a partir de esta perspectiva del desarrollo territorial, en analizar esas articulaciones entre los actores a través de las que buscan desplegar y consolidar sus capacidades de acción en el territorio local.

Hemos construido, hasta aquí, un posicionamiento teórico y conceptual. A continuación, planteamos un punto de partida epistemológico, que servirá de marco para la elaboración de la herramienta metodológica con la que relevaremos las dinámicas de desarrollo en nuestro trabajo de campo, y que también nos servirá de referente para los ulteriores análisis.

El punto de partida epistemológico

El marco de referencia para esta instancia se identifica con los análisis que han reconocido una episteme occidental moderna que primó como esquema de interpretación de la realidad en nuestra región (Argumedo, 2009; de Sousa Santos, 2010) y, parados sobre esta idea, aquellas propuestas que instan a la elaboración de una conceptualización a partir de la realidad específica, distanciándose del análisis eurocentrado (Quijano, 2009).

Este punto de partida epistemológico adhiere a la crítica hacia el orden dominante desde la perspectiva que propone el giro descolonial, en tanto nos sumamos a la denuncia de una configuración hegemónica en la administración mundial del espacio y del tiempo, que

“subsume al giro espacial desde la determinación de los cuerpos marcados por el género y la raza y las geografías vueltas periferia, dimensiones olvidadas y despreciadas por la epistemología occidental, para reflexionar desde ellas no al modo de objetos, sino como lugares de enunciación; reintroduce la coetaneidad y borra el carácter pasivo otorgado al espacio habilitándolo como dimensión compleja, conflictiva, heterogénea, dinámica y activa” (Aguer, 2014, p. 26).

Estas ideas desarrolladas en el marco de lo que Aguer llama el desprendimiento (2014) son elaboradas en base al diseño cartográfico dominante, inspirado en la Proyección Mercator

(1569)²⁸, y partiendo de la referencia de las rutas marítimas europeas y la determinación del meridiano cero (Congreso Internacional del Meridiano, 1884) en Inglaterra: “así como es arbitraria la definición norte-sur, también lo es la elección del meridiano cero y su ubicación en el centro mapa” (Aguer, 2014, p. 30).

Esta administración del espacio cristalizada en el diseño cartográfico del mundo, tiene un correlato en la asignación de un tiempo en la sucesión de etapas cronológicas de la historia de la humanidad. Esta disposición temporal que la autora acuña con la categoría de “cronopolítica” (Aguer, 2014, p. 20) guarda estrecha relación con el planteamiento que hicimos al comienzo de la tesis sobre la idea del desarrollocentrismo: si el desarrollo hegemónico es aquel diseñado por los países centrales, esto se corresponde con una disposición espacial y temporal que también fue instrumentada desde allí y proyectada al resto del mundo. Recuperando una retórica cartográfica, la autora señala que

“así como el mapa es un modo gráfico de narrar el espacio, existe otro elemento discursivo cartográfico que compone pero excede el mapa como instrumento: los topónimos. Los nombres del espacio ofrecen variaciones semánticas que, como modos no gráficos de cartografiar los territorios (valga la contradicción), dan cuenta de un sistema de relaciones territorial. Topónimos en un sentido laxo pueden ser Patria Grande, Suramérica, Latinoamérica, Nuestra-América, Abya Yala, Periferia, Tercer Mundo” (Aguer, 2014, p. 19).

Existe un ordenamiento espacial del mundo, pero también un ordenamiento temporal, es decir, un diseño del flujo temporal de la historia que, por supuesto, coloca a Europa en el presente, mientras el resto de las comunidades están (estamos) en otro tiempo, anterior o primitivo, dentro de esa misma línea temporal. Aquí también opera un sentido de dominación geopolítica: no sólo el resto de las naciones son periféricas, sino que también se encuentran “atrasadas” en términos temporales. ¿Pero dónde se cristaliza ese atraso? Esta pregunta es la que introduce esta línea de reflexión que proponemos en el marco general de nuestro tema de investigación: ese atraso está vinculado a estadios inferiores de desarrollo, y es palpable en las categorías diseñadas desde Europa para nombrar al resto de las sociedades que no son *centrales*: subdesarrolladas, países del tercer mundo, periferia, países en vías de desarrollo. Es que tal como señaló Chiriguini (2006) el que domina, nomina.

La Historia, con mayúscula, es una, y (por supuesto) europea. Aquí se ve, una vez más, el espíritu de modelo a seguir, pero nunca a alcanzar, implícito en el diseño geopolítico europeo. Si bien existe el reconocimiento de esas sociedades-otras como parte del sistema mundo (Soja, 2008) la introducción de una diferenciación en términos temporales revela el

²⁸ Origen del diseño cartográfico del planisferio, como lo conocemos hoy en día.

componente de perversión que guarda esta división, espacial y temporalmente. Entonces, esa otredad es reconocida en términos espaciales, en tanto es cohabitante del mundo, pero se le niega su coetaneidad: comparte el mismo espacio, pero no el mismo tiempo (Aguer, 2014).

A partir de estas ideas vemos cómo opera un nuevo mecanismo de dominación a nivel global: ya no se trata de desposeer a las comunidades preexistentes de los espacios que habitaban por medio de misiones de conquista²⁹, pues esa lógica ya sedimentó en un orden espacial hegemónico, ahora esas iniciativas se articulan con una construcción temporal hegemónica. Esa construcción no se refiere solamente a la elaboración de una línea de tiempo o de un flujo temporal, sino que también se instrumenta a partir de la asignación de las distintas sociedades a un momento, estadio o fase de ese devenir en el tiempo. Como se desprende de lo expuesto anteriormente, estas nominaciones están presentadas generalmente en pares antagónicos: avanzado/atrasado, moderno/tradicional, desarrollado/subdesarrollado, primer mundo/ tercer mundo, centro/periferia.

Esta línea de reflexión es fundamental en el estudio del desarrollo en tanto, como ya establecimos, hay una lógica temporal hegemónica sobre lo que implica que un país, o una comunidad, sea desarrollada: existe un paralelismo entre las formas de nombrar a la otredad: lo que era llamado como bárbaro o primitivo, durante la colonialidad y en base a una matriz temporal, fue reclasificado como subdesarrollado, “expresión que da cuenta del privilegio de la dimensión cronopolítica en el establecimiento de las diferencias entre culturas” (Aguer, 2014, p. 22).

Sostenemos que esta doble configuración hegemónica espacial y temporal, es la que opera detrás de la mentada pregunta, origen de esta investigación: ¿qué desarrollo es posible en un pueblo de menos de mil habitantes? Al inicio de este trabajo, señalábamos cómo esta inquietud llevaba implícito no solamente un conjunto de representaciones sobre lo que es el proceso de desarrollo (en parámetros hegemónicos, eurocéntricos) sino también, y aquí introducimos esta nueva idea, un juzgamiento a la noción de que todo desarrollo *otro*, no eurocéntrico, no hegemónico, no sería relevante o no implicaría en definitiva ser identificado como tal, pero no porque sea algo que no es desarrollo sino porque se encuentra en una posición o etapa previa, anterior en términos temporales: son países, regiones, o comunidades en vías de desarrollo, subdesarrolladas.

²⁹ Y en este sentido, basándonos en los topónimos que señalaba Aguer (2014) nos preguntamos si la figura del desierto, apropiada y esgrimida incluso por personalidades de nuestra propia historia y literatura nacional no va en ese sentido.

Esto no consiste en una originalidad de nuestra parte, junto con los/as autores/as cuyas reflexiones venimos compartiendo en este apartado, encontramos también un pronunciamiento en esa misma línea de Alcira Argumedo, quien advierte una matriz de pensamiento, una episteme europea que se vuelve hegemónica, que se revela como *la* episteme, en una sucesión de elementos que, por ser europeos, se construyeron como universales: “*la* religión, *el* conocimiento, *la* Razón, *la* Ciencia y por lo tanto *la* Verdad”³⁰ (Argumedo 2011, p. 89) y nosotros nos permitimos agregar a esta sucesión *el* desarrollo.

A partir del diagnóstico de una episteme hegemónica, Argumedo (2011) propone darle voz a esas matrices de pensamiento que son otros marcos interpretativos, otras epistemes, que fueron invisibilizadas históricamente:

“La superioridad europea tanto bajo sus formas religiosas como más tarde bajo el Iluminismo y la Razón, la civilización y el progreso, la modernización o el desarrollo) relegaría a la categoría de residuos de la historia (...) a los pueblos que integraban las vastas regiones sometidas a su dominio” (p. 90).

No obstante, la ruptura es geopolítica y no temporal, porque consiste en reintroducir en las cartografías del poder y del saber los lugares invisibilizados por la narrativa moderna colonial europea. En ese sentido, seguimos a Dussel (2014) quien propone instrumentar esta ruptura a partir de la visibilización de las

“subjetividades y los cuerpos ocluidos por la Europa moderno occidental (...) recuperar las geografías, cuerpos y subjetividades exteriorizadas del sistema mundo moderno colonial (el mundo periférico) para reintroducirlos en las cartografías del poder y del saber” (p. 42).

La perspectiva dusseliana pone en el centro a las víctimas y los exteriorizados (Dussel, 2014) en esta línea de pensamiento ese es el recorte hacia el que se dirige nuestra mirada en esta tesis. En definitiva, se trata de pensarnos desde aquí, desde un lugar distinto, recuperando las propias posibilidades que han sido históricamente silenciadas por las visiones hegemónicas, visibilizando, reconociendo y legitimando las concepciones y los valores de los vencidos reivindicando esas otras ideas para que confluyan en una matriz autónoma de pensamiento (Argumedo, 2011). En ese marco, se trata de elaborar respuestas críticas frente a los paradigmas eurocéntricos.

Esta tesis plantea un desacato epistemológico (Aguer, 2014), en tanto considera que ese desarrollo-otro debe ser no sólo abordado como tal, sino recuperado como una pronunciación política de esas víctimas dusselianas (Dussel, 2014), o como una reivindicación

³⁰ Los resaltados en itálica y las mayúsculas en las palabras “razón”, “ciencia” y “verdad” son originales del texto.

epistemológica de esas categorías residuales que señalaba Argumedo (2011). En definitiva, como iniciativas contrahegemónicas alzadas contra un modelo diseñado desde otras sociedades con pretensión universal, pero no para visibilizar procesos de desarrollo en otras latitudes, sino con el espíritu de perpetuar las lógicas hegemónicas de dominación, que en este caso son vehiculizadas por un diseño espacial y temporal que subsume a las sociedades-otras, no centrales, periféricas, tercermundistas, subdesarrolladas, en un patrón de dominación que las relega y las perpetua en esa condición. Esta tesis intenta ser un aporte a la reflexión en ese sentido, reconociendo en estas sociedades actores activos, y pensando estos espacios como lugares de enunciación de esa otra realidad, de ese desarrollo-otro.

Decimos desacato epistemológico porque nos corremos de las formas hegemónicas de recuperar procesos de desarrollo, y proponemos una manera ad hoc de abordarlo en una localidad de menos de mil habitantes. Por ello, a partir de la identificación de las particularidades de esta comunidad, elaboramos una herramienta metodológica que pueda recuperar empíricamente este fenómeno, lo que ciertamente constituye un desafío, y deseamos también sea un aporte.

Asimismo, este desacato epistemológico implica un posicionamiento político: si bien estas sociedades-otras son entendidas como lugares de enunciación, este trabajo también lo asumimos como una iniciativa en ese sentido, es decir, contrahegemónica. Precisamente partimos de la intención de desandar esa construcción sobre desarrollo que lo homologa al crecimiento económico o acumulación material, que se materializa en la pregunta acerca de qué desarrollo es posible en un pueblo de menos de mil habitantes.

CAPÍTULO 3. El qué y el cómo: construcción teórica y metodológica

¿Qué tipo de territorio estamos estudiando?

Este apartado tiene como finalidad ofrecer un punto de partida para pensar el territorio particular que observaremos en el marco de una conceptualización del territorio en general.

Interesa centrarnos, teóricamente primero para construir una propuesta metodológica adecuada después, en las corrientes que conciben al territorio como un producto de interrelaciones sociales (Haesbaert, 2013), que revitalizan las estrategias territoriales desde abajo (Halvorsen, 2020) a partir de categorías como reinención del territorio (Porto Goncalvez, 2012), territorios disidentes (Souza, 2015, citado en Halvorsen, 2020), territorios en resistencia (Zibechi, 2007) o insurgentes (Wahren, 2011) y que involucran intereses, conflicto, poder, dominación, disputa de sentidos, iniciativas contrahegemónicas, que lo entienden como producto histórico y como parte de un proceso dialéctico conformado por un entramado de relaciones que lo modifica y, a la vez, son por él modificadas (Laurelli y Finklelevich, 1990).

Además, estos conceptos ponen de manifiesto la constitución conflictiva y relacional del poder que atraviesa al territorio y lo constituye: lógicas multiescalares, consecuencias de reformulaciones administrativas y jurisdiccionales y la conformación de actores contrahegemónicos son procesos que se desenvuelven al calor de dinámicas de poder.

El territorio como concepto de la geografía y de otras disciplinas de las ciencias sociales, surge en la modernidad junto con la categoría de región, aunque se vuelve superadora ya que ésta se encuentra atravesada por un sesgo economicista. Esto porque a fines del siglo XIX era utilizada por las naciones imperialistas como referente empírico para identificar sus colonias en términos de las ventajas competitivas que se hallaban en esos espacios, en ese contexto los estados nación eran un mosaico de regiones (Llanos Hernández, 2010) cuyas posibilidades para los grupos poblacionales diferían según cada una de ellas. En el siglo XX, a partir de la segunda posguerra, el concepto se volvió central ya que servía para referir a la porción territorial objeto de políticas de desarrollo gestionadas por el Estado. Así la regionalización implicaba el agrupamiento de territorios según el criterio de homogeneidad en cuanto a las condiciones físicas y naturales para el impulso de la economía. De esta manera se articulaban los conceptos de región y desarrollo.

“La influencia de la perspectiva económica durante el desarrollismo se apoyó en las diferencias regionales para avanzar en un proceso orientado por el arribo, tarde o

temprano, a una condición de homogeneidad que permitiera que los integrantes de una sociedad tuviesen el mismo acceso al beneficio del desarrollo económico y social” (Llanos Hernandez, 2010, p. 211).

La aparición del paradigma del desarrollo económico y social en el mundo de la posguerra se articulaba con la función promotora del Estado basada en políticas keynesianas de manera combinada con la producción industrial posfordista. En su doble característica de concepto teórico y referente empírico, la región era el objeto de las políticas de desarrollo.

“Si el desarrollo constituía el futuro de una sociedad y eran perceptibles sus manifestaciones lográndose concretar en salud, educación, servicios e infraestructura, entonces el desarrollo podía planificarse y (...) transformar a las regiones. Una sociedad de tipo capitalista debía ser vista con la óptica del proceso de acumulación de capital y de homogeneización del espacio económico del sistema económico” (Oliveira, 1982, p. 25, citado en Llanos Hernández, 2010, p. 211)

A partir de los años 70 del siglo pasado, el escenario social inició un proceso de transformación que flexibilizaría los procesos de producción capitalista, dando paso a la mundialización de la economía y, en términos ideológicos, a un resurgimiento de las posiciones económicas liberales, que atacarían a los preceptos sostenidos hasta entonces por las políticas de bienestar y, con ello, cuestionarían fuertemente al Estado en tanto gestor de los procesos de desarrollo.

En ese contexto, la categoría de región ya no lograba contener los procesos que se estaban acelerando, pues el sesgo economicista de esa categoría la ceñía a las políticas impulsadas por los estados nacionales con economías de bienestar, y prontamente se hicieron necesarios nuevos instrumentos analíticos para interpretar las renovadas configuraciones de las relaciones sociales, que alcanzaban una escala global.

Así, mientras el concepto de región se mostraba insuficiente para abordar estas cuestiones, la categoría territorio emergía como un concepto más flexible ya que

“no solo continúa representando el soporte geopolítico de los estados nacionales, sino que dicho concepto constituye una manifestación más versátil del espacio social como reproductor de las relaciones de los actores sociales” (Llanos Hernandez, 2010, p. 213).

Si el concepto de región pertenecía disciplinariamente a la geografía, el de territorio tiene la particularidad de ser interdisciplinario: al ir más allá de la perspectiva disciplinaria y del determinismo económico, es capaz de constituirse en una categoría potente para el estudio de los múltiples procesos que surcan el complejo mundo social (Llanos Hernandez, 2010).

Hay una pertinencia histórica en tomar el concepto de territorio como aquel que permite, en el contexto de la globalización, indagar las relaciones sociales que desbordan las fronteras del

pueblo, de la comunidad, de la nación y que se articulan con procesos que suceden a nivel global. Por medio de las acciones sociales los sujetos articulan diversos tipos de procesos: aquellos que se circunscriben al territorio y le dan identidad a ese espacio con aquellos provenientes del ámbito nacional e incluso del internacional (Manzanal y Villarreal, 2014). La visión aldeana ha sido subsumida por una perspectiva global: los procesos que llegan del exterior bajo la forma de mercancías, de información, de cultura, problematizan y ponen en cuestión la vida social existente en esas localidades, les generan nuevos desafíos, pues no pueden permanecer impávidos frente a estos procesos mundiales con anclajes locales.

Esas lógicas que permean los territorios locales implican que en ellos, o mejor dicho junto con ellos, se elaboren dinámicas de poder entre los sujetos que a partir de la puja de intereses que esos procesos implican, tiñen la construcción territorial de esa misma conflictividad. El territorio entonces también es esa puja de intereses, esa dimensión conflictiva, política de las sociedades: “territorio se convirtió en un concepto integrador, en el mismo sentido de región en la geografía clásica, pero acentuando las relaciones de poder” (Capel, 2016, p. 8), un territorio es una región en la que se focalizan las diferenciaciones definidas a partir de las relaciones de poder (Benedetti, 2008).

En este sentido, Giuseppe Dematteis (1967) reconoce que las interacciones territoriales son transescalares y se construyen en un proceso donde intervienen diferentes lugares y sujetos. El autor indica que la territorialización es un proceso que trasciende las características del ambiente natural, supuesto vinculado a una concepción relacional de la geografía y del territorio que está fundado en procesos de comunicación, conflicto, intercambio y cooperación como formas de socialización.

Lo fundamental aquí es retomar la idea según la cual no hay territorio sin una trama de relaciones sociales: ello significa relaciones y redes, articulaciones territoriales o tramas transescalares (Dematteis, 1985). El territorio se construye social y políticamente e indica una realidad material e inmaterial resultante de las relaciones sociales y las relaciones sociedad-naturaleza.

El territorio no hace referencia exclusivamente a un área geográfica o a una circunscripción político-administrativa sino, más bien, a una articulación productiva, redes sociales y económicas, coaliciones sociales, instituciones y construcción de cierto sentido de pertenencia a una localidad determinada (Marsiglia, 2009).

El territorio, por lo tanto, es producto y condición del proceso que envuelve a las relaciones sociedad-naturaleza y la (in)materialidad, o sea, las prácticas espacio-temporales-territoriales.

El movimiento de apropiación y producción del territorio ocurre en un proceso más amplio de territorialización, desterritorialización y reterritorialización (Raffestin, 1993). Ese proceso es histórico y relacional, y contiene, simultáneamente, mudanzas y continuidades en el mismo y entre distintos territorios. La desterritorialización y la reterritorialización son movimientos condicionados por factores económicos, políticos y culturales, siendo influenciados por las territorialidades que están en la base de su formación.

En línea con ello encontramos enfoques recientes como el de Mabel Manzanal (2007) que nos indica que estudiamos territorios de la globalización, de la descentralización, y de la modernidad. Estudiamos territorios de la globalización en tanto instancias donde se condensan procesos de vinculación global económica, social, política o cultural. Esto quiere decir que nuestros territorios están atravesados por lógicas globales, lo que no debe hacernos perder de vista los atravesamientos que se dan en el nivel local y regional. Lo importante aquí es recuperar las huellas de lo global en las interrelaciones que tejen los actores. Las lógicas globales se cuelan en las dinámicas locales conformando un nuevo entramado de vinculaciones que las contiene dando lugar a un tejido multiescalar condensado en la misma localidad.

Que sean territorios de la globalización también implica reconocer ciertas problemáticas comunes con otros territorios. Aquí podemos encontrar, por ejemplo, situaciones conflictivas que comparten los territorios a nivel regional latinoamericano: segmentación social, desigualdad e inequidad en el acceso a la ciudad, por mencionar algunos ejemplos. También implica que sean instancias de síntesis de dinámicas globales y espacios de intervención de agentes multiescales. Un ejemplo de esta dinámica, en nuestro caso de estudio, es la adquisición y cierre de CORCEMAR a manos de un gran grupo económico, como parte de sus estrategias de competitividad global y como resultado de un proceso de concentración económica, vinculado a un modelo de acumulación (Varesi, 2016).

Estudiamos, también, territorios de la descentralización. Esto por una cuestión histórica: durante las últimas dos décadas del siglo pasado, Latinoamérica asistió a procesos de descentralización de funciones estatales desde el nivel nacional a instancias provinciales o municipales. En nuestro país, este proceso tuvo lugar a partir de las llamadas reformas de segunda generación durante la década de 1990 y sucedió en un contexto donde se buscaba reducir el gasto nacional y equilibrar los saldos deficitarios de las cuentas públicas. No obstante, este traslado de funciones no contó con el acompañamiento necesario de fondos para hacerle frente a las nuevas responsabilidades por parte de las instancias subnacionales

que entonces veían en su órbita de gestión nuevas funciones, vinculadas principalmente a la salud y la educación. El argumento que imperó para llevar adelante el traspaso de funciones fue de tipo financiero. Esta lógica imperaría durante la década de 1990 y se extendería a los tempranos 2000:

“es indudable que luego de la crisis del 2001-2002 se han incrementado en nuestros países los recursos volcados desde los niveles nacionales a los territoriales (...) en el marco de una preocupación creciente por fomentar la descentralización, más allá de los escasos avances en esta materia” (Arocena y Marsiglia, 2017, p. 144).

Es importante tener presente este contexto, ya que la localidad que estudiaremos aquí es parte de un Municipio que se constituyó como tal en 1994, al calor de estas reformas señaladas.

Estudiamos, a su vez, territorios de la modernidad. La modernidad implica que lo local se impregna de lo global: la presencia de lo universal en lo local (Touraine, 2005) es un aspecto a tener en cuenta para pensar el desarrollo territorial en una localidad. A partir de los procesos de globalización y descentralización se dan situaciones de contraposición de conflictos, sentidos en disputa, tensiones sociales, que encuentran en la constitución de sujetos colectivos una modalidad de expresión y de lucha. En estos territorios operan actores con intereses y búsquedas que se contraponen o se complementan, generando territorialidades que reconstituyen al territorio en un proceso circular y dialéctico, de permanente transformación.

Estas expresiones encuentran en distintos actores formas de resistencia y de acción contrahegemónica (Touraine, 2005), con capacidad para gestar respuestas locales a procesos hegemónicos globales, buscando construir otra realidad en los lugares donde viven. Santos (1996) afirma que los territorios posibilitan luchas que abren oportunidades centradas en la búsqueda de otras instituciones que implican otras formas de regulación de la realidad, otros esquemas, otras cosmovisiones. Ejemplo de esto en Pipinas es la recuperación del Hotel del pueblo mediante una cooperativa de trabajo.

Silveira (2011) plantea también una caracterización del territorio que permite entenderlo en su historicidad: lo piensa como instancia donde se condensan acciones que han tenido lugar en el pasado o que son llevadas a cabo en el presente: “cada acción le confiere actualidad al territorio (...) y por ello es una permanente reconstrucción de las cosas y las acciones” (p. 3). El territorio no puede ser pensado exclusivamente en términos económicos, sino que debe ser comprendido como un híbrido entre materialidad y vida social. La autora plantea, entonces, al territorio como la instancia de síntesis donde conviven dinámicas temporales: acciones del pasado y del presente que se actualizan permanentemente en la formación territorial, en tanto

“la acción contiene en su intencionalidad una idea de futuro y el territorio se vuelve un híbrido de pasado, presente y futuro, materialidad y acción” (p. 6).

Sumado a la temporalidad, el territorio es expresión de espacialidad y es nuevamente Silveira (2011) quien nos ilumina este aspecto señalando las distintas escalas de manifestación: el lugar, el país, el mundo. Ninguna de ellas puede pensarse aisladamente, ya que su existencia es relacional. La visibilidad de las fronteras entre cada instancia espacial es producto de la selección que realiza el investigador que estudia el territorio. Milton Santos (1996) señala que es preciso definir la especificidad de cada formación espacial, no tanto como mecanismo de identificación por contraposición a las demás, sino más bien como forma de construir una coherencia metodológica que permita la recolección de datos del nivel espacial que al investigador le interesa.

Asimismo, es necesario poner de manifiesto una característica del territorio fundamental para esta investigación: como síntesis de temporalidades, el territorio tiene la posibilidad de condensar dinámicas en tiempos distintos en un mismo proceso de territorialización ¿Qué quiere decir esto? Que el territorio está en continua realización y re-realización, que los actores que operan en y sobre él dejan huellas que perviven y los trascienden, y que contribuyen a la elaboración de nuevos procesos territoriales atravesados por temporalidades pasadas.

El territorio que estudiamos es, también, constituido identitariamente. Esta característica cobrará especial relevancia en nuestra investigación, ya que analizamos cómo Pipinas se encuentra atravesada por una construcción identitaria particular, que también sirve para poder comprender las temporalidades que condensa el territorio, en sintonía con lo desarrollado en el párrafo anterior.

En esta instancia es interesante recuperar las reflexiones de Arocena (1988), quien señala que en todo territorio existe una sociedad local y utiliza este término para referirse al conjunto de actores que se involucran recíprocamente en vínculos materiales o simbólicos a lo largo del tiempo. Señala, también, que para que este concepto pueda tener aplicación se deben dar ciertas condiciones expresadas en dos niveles: socioeconómico y cultural.

Estamos ante una sociedad local cuando el conjunto de relaciones socioeconómicas es de naturaleza local (lo que no excluye la posibilidad de generar vínculos extralocales), esto quiere decir que la producción de riqueza o parte de ella debe darse en la localidad e implicar relaciones entre sus actores. Por otro lado, toda sociedad local construye una dimensión identitaria: cada individuo se reconoce parte de un conjunto bien determinado, “la expresión

‘yo soy de...’ expresa pertenencia a una comunidad determinada, que se caracteriza por conductas colectivas aceptadas, valores, normas, creencias generadas y transmitidas de generación en generación” (Arocena y Marsiglia, 2017, pp. 53-54). Hablamos de sociedad local, entonces, cuando el conjunto de actores territoriales comparte rasgos identitarios comunes, mostrando una manera de ser determinada que la distingue.

Siguiendo en la línea de reflexión que proponen los autores, este componente identitario encuentra su máxima expresión colectiva cuando se plasma en un proyecto común, no necesariamente en términos de planificación institucional, sino también evocando un horizonte compartido como comunidad (Arocena y Marsiglia, 2017). Esto último se visualiza en Pipinas a partir de iniciativas de colectivos que colaborativamente las llevan adelante. Para mencionar algunas que serán retomadas oportunamente: el museo a cielo abierto Pipinas, los murales intervenidos en distintos puntos del pueblo o fiestas locales.

Lo que resulta interesante es entender al territorio como instancia misma de vínculos sociales en distintas escalas temporales y espaciales, como producto de dinámicas de conflicto y de poder territoriales. En este sentido Arocena y Marsiglia (2017) también proponen trabajar con el concepto de escala conceptual, marcando una diferenciación con la categoría de escala técnica que remite a cuantificar el nivel de abstracción que se emplea en un estudio (por ejemplo, las escalas señaladas en la cartografía). Entienden por escala conceptual la configuración analítica con la que se abordarán las dimensiones territoriales que hacen al desarrollo, y que según en cuál de ellas se haga foco aparecerán diferentes niveles y combinaciones posibles de temporalidades. Esto lleva a Reboratti (2001) a hablar de encrucijada de escalas, lo que implica

“buscar los puntos de contacto y las explicaciones cruzadas, un proceso circular que debería ir poco a poco permitiéndonos eliminar el ruido de los fenómenos y acontecimientos con menos significado para centrarnos en los que sí lo tienen” (p. 11).

Esto permite concluir que las escalas son construcciones sociales pero basadas en la existencia concreta de sistemas interrelacionados que tienen dimensiones, temporalidades y dinámicas diferentes (Arocena y Marsiglia, 2017). En consecuencia, nuestro abordaje en la localidad de Pipinas respetará una escala conceptual que implica echar luz en determinadas articulaciones entre los actores territoriales, en concordancia con las dimensiones del desarrollo territorial que planteamos. El hecho de concentrarnos en esas vinculaciones y no en otras es el resultado de identificarlas como aquellas que guardan en sí algún sentido de importancia asignado por el conjunto de sujetos que intervienen en la localidad. Esto se logró

a partir de las primeras visitas a Pipinas, que tuvieron el espíritu de ser de corte exploratorio, en base a las que se diseñó el mapa de actores que presentamos más adelante.

El concepto de territorio implica, entonces, trabajar con estas marcas de lo global que se inscriben en lo local. Es por eso que al adoptar esta categoría también hay un esfuerzo epistemológico por hacer: si el territorio implica relaciones de poder, de dominio, producción identitaria, elaboración cultural, espacio social y espacio vivido, todo aquello que lo identifica como un producto social, será necesario elaborar una herramienta metodológica que dé cuenta de estas dinámicas territoriales. Y es allí, en el territorio, donde observaremos las dinámicas de desarrollo por las que nos preguntamos en esta tesis. No porque el territorio las contenga, pues estaríamos cayendo en la identificación de ese fenómeno como mero continente o soporte físico de la acción de los actores, y en realidad aquí sostenemos que el territorio es producido por los sujetos, y que es en la producción del territorio donde se gestan estas dinámicas de desarrollo. Por eso aquí trabajaremos con la categoría de desarrollo territorial. Si la producción de territorio es una producción social, y esta a su vez se da a partir de vinculaciones de los sujetos, entonces es en esas vinculaciones donde concentraremos nuestra mirada, serán ellas los referentes empíricos de las dinámicas de desarrollo que aquí nos interesa analizar, y que constituyen nuestra unidad de análisis.

Apuntes sobre desarrollo territorial

Hasta ahora hemos hecho un recorrido que comenzó señalando lecturas que, entendemos, ejemplifican la mirada predominante sobre el desarrollo, aquella vinculada al crecimiento económico. Luego abordamos algunas caracterizaciones del territorio como proceso social que nos permitieron organizar metodológicamente la investigación. La propuesta, ahora, es continuar este camino con una exploración sobre autores/as que han abordado específicamente procesos de desarrollo territorial o esta categoría como objeto de reflexión conceptual, lecturas que se encuentran en línea con las cualidades del territorio señaladas anteriormente, y que nos servirán para identificar y delimitar las dimensiones con las que abordaremos el trabajo empírico.

Para Magri y Rodríguez (2017) es importante entender el desarrollo territorial a partir de los procesos de transformación productiva y cambio institucional: el primero de ellos como resultado de la introducción de innovación en los procesos productivos, mientras que el segundo resulta de la capacidad de los actores de conformar coaliciones para la construcción de proyectos colectivos perdurables en el tiempo. Estos elementos obligan a adoptar una

perspectiva que considere la interacción entre los actores, tanto con relación a las actividades productivas como en el intercambio y construcción de capitales simbólico y social. Las coaliciones hacen posible que se genere un ambiente de intercambio de saberes y de fortalecimiento de la socialización como resultado de un proceso de interacción.

La interrelación entre los actores es también importante para Arocena y Sutz (2000), quienes denominan procesos de aprendizaje a instancias de reunión de personas para la resolución de problemas a partir de la interacción entre ellas, proceso en el que se aplica, intercambia y crea conocimiento. Por su parte, Scott y Storper (2003) señalan que la promoción de la acción colectiva en los territorios por medio de la creación de espacios públicos donde diversos individuos se encuentran e intercambian es fundamental para el desarrollo territorial.

Arocena y Marsiglia (2017) señalan que el concepto de desarrollo territorial se ha vuelto superador del de desarrollo local ya que da cuenta de la diversidad en la pluralidad: al utilizar el plural *los territorios* reconocen que cada territorio posee sus particularidades pero que todos comparten características comunes que los hacen territorios modernos, atravesados por dinámicas de conflicto en torno a disputas de intereses que se plasman en los territorios. Así, creemos que para analizar dinámicas de desarrollo territorial es necesario identificar estas relaciones conflictivas y que deben ser observadas en los vínculos que los distintos actores territoriales construyen entre sí. Estos actores son quienes de alguna manera intervienen en la localidad generando procesos de territorialización, entendiendo por ello a las acciones que modifican al territorio y lo reconfiguran permanentemente, siendo a la vez reconfiguradas por él, en un ejercicio dialéctico (García, 2010). Ahora bien, esas relaciones son tejidas conjuntamente por los actores locales. Cravacuore (2006) propone el estudio de determinados actores que entiende como imprescindibles en un abordaje analítico del desarrollo territorial: unidades productivas como pueden ser los comercios, instituciones educativas, organismos estatales en el territorio y residentes de la localidad que puedan reponer la historia del lugar, son actores cuyas construcciones de sentido pueden echar luz sobre las dinámicas de desarrollo a través de la complejidad de los vínculos entre ellos. Según este autor la importancia reside en la posibilidad de que estas vinculaciones entre los actores abran paso a un proceso de sinergia territorial, entendida como la construcción colectiva de dinámicas de acumulación ampliada, es decir, no exclusivamente económica.

De acuerdo a esta argumentación, se vuelve indispensable definir qué es un actor local. Una discusión que puede resultar esclarecedora en este punto es la que retoma Arocena (1988) quien señala que bajo la fórmula actor local entendemos “todos aquellos agentes que en el

campo político, económico, social y cultural son portadores de propuestas que tienden a capitalizar mejor las potencialidades locales” (p. 12). Según el autor, en esta definición es fundamental el acento puesto en la expresión “capitalizar mejor”, ya que se trata de buscar un mayor aprovechamiento de los recursos pero destacando la calidad de los procesos en términos de equilibrios naturales y sociales.

También consideramos oportuno compartir una definición de territorialización: entendemos por ella al proceso de intervención material o simbólica de cualquier actor en el territorio. Esta elaboración responde a la identificación que elabora Raffestín (1993, citado en Haesbaert, 2011) de las dos caras del territorio: como expresión material y como contenido simbólico. Esta distinción la propone para posicionarse en sintonía con la idea según la cual el territorio es producido por los sujetos, evidenciando su aspecto relacional. Esta lectura la complementamos con la de Montañez y Delgado (1998) quienes sostienen que es necesario analizar los procesos de construcción de territorialidad desde una perspectiva espacio-temporal, de manera tal que puedan recuperarse los efectos sobre el territorio de dinámicas de distintas temporalidades. Entonces, entendemos por proceso de territorialización a acciones de los actores que de alguna manera intervengan en el territorio (según la definición que aportamos del mismo) alterándolo en su forma o en su contenido.

Identificamos a los actores territoriales con personas, instituciones, unidades productivas, el Estado mismo, que articulan de alguna manera entre sí, fundando constantemente procesos de territorialización que resultan en acumulación de algún tipo para la comunidad. Caracterizar estas vinculaciones nos ayudará a entender las dinámicas de desarrollo territorial como proceso comprendido por instancias de acumulación social, política, institucional, cultural, económica, identitaria.

Nos interesa complementar esta propuesta con la de Coraggio (2003) para pensar al desarrollo territorial como la puesta en marcha de un proceso dinámico de ampliación de las capacidades locales para mejorar sostenidamente la calidad de vida de la población. Ello incluye componentes económicos (trabajo productivo, ingreso, satisfacción de necesidades, suficiencia y calidad de los bienes públicos), componentes sociales (integración en condiciones de creciente igualdad de oportunidades), componentes culturales (pertenencia e identidad histórica) y componentes políticos (transparencia y legitimidad de las representaciones, mediaciones institucionales de los conflictos territoriales, decisiones colectivas).

Asimismo, es interesante dar cuenta del enfoque de desarrollo territorial con que algunos organismos intervienen en espacios rurales a partir de un proceso de planificación orientada hacia las particularidades de cada comunidad. En este caso retomamos la perspectiva del INTA (2007) que define al desarrollo territorial como un proceso

“implementado por los propios actores del territorio, que procura fortalecer las capacidades locales y aprovechar los recursos propios y externos para consolidar el entramado institucional y el sistema económico productivo local, con el propósito de mejorar la calidad de vida de esa comunidad” (p. 3).

En el mismo documento se ofrece una lectura basada en la interpretación que hace Marcelo Sili (2005) del desarrollo territorial en áreas rurales identificándolo con situaciones que combinan innovación y diversificación productiva que hacen de la localidad un área competitiva, también con dinámicas de fortalecimiento del capital social y cultural en vistas de generar sentido de pertenencia a la comunidad y reducir los niveles de desigualdad y con servicios, infraestructura y equipamiento eficiente para el desarrollo económico y el mejoramiento de la calidad de vida de las personas.

La estrategia apunta a la promoción de desarrollo teniendo presente, entre otros elementos territoriales³¹, la multidimensionalidad. Es a partir de esto que se entiende al desarrollo territorial como proceso donde convergen distintas dimensiones que, en el documento citado, se resumen como económico productiva (que apunta a generar competitividad en todas las actividades que se llevan adelante en la localidad), sociocultural (fortalecimiento de la identidad y del capital social del territorio como camino hacia la equidad en la distribución de recursos) y político institucional (capacidad de promover una gestión democrática asegurando a todas las personas instancias de participación para la toma de decisiones colectiva, esto se ve reflejado en la generación de consensos y articulaciones entre los distintos actores de la comunidad) (INTA, 2007).

En esta tesis sostenemos que todos estos factores que retomamos de las distintas perspectivas no son pre requisitos para el desarrollo territorial; si así fuese estaríamos construyendo un parámetro de lo que entendemos por desarrollo y nuestro aporte sería una comparación entre ello y lo que empíricamente encontramos. Esto fue advertido por Hirschman (1958, p. 129) quien sostuvo que “el estudio intensivo del problema del desarrollo ha tenido un resultado

³¹ Los elementos que se mencionan en el documento son: participación social, la multidimensionalidad, la multisectorialidad, la visión de una economía de territorio, búsqueda de una mayor coincidencia institucional (INTA, 2007).

desalentador: ha producido una lista infinita de factores y condiciones, de obstáculos y prerrequisitos”.

De seguir esa línea, esta tesis correría el riesgo de resultar un estudio que remite más bien a una evaluación valorativa en términos de la cercanía o lejanía de los procesos de la realidad estudiada con respecto a un modelo preestablecido, cuando lo que en realidad pretendemos aportar es un análisis de las dinámicas de desarrollo territorial en Pipinas a partir de su propia complejidad y no en comparación con un modelo establecido a priori.

Hasta aquí realizamos una aproximación conceptual a nuestro objeto de estudio, que sirvió de sustento para la construcción de la herramienta metodológica con la que lo abordamos, que debió ser lo suficientemente efectiva como para permitirnos recabar datos en línea con las particularidades del territorio, manteniéndonos siempre atentos a dinámicas o datos de la realidad emergentes del trabajo de campo.

Entonces: a la luz del desarrollo teórico y conceptual que propusimos al comienzo de este apartado, estamos en condiciones de explicitar que nuestro objeto de estudio es el proceso de desarrollo territorial expresado en las instancias de acumulación política, institucional, cultural, social, económica como resultado de las articulaciones que elaboran entre sí los actores en Pipinas.

Abordaje metodológico propuesto

Esta propuesta metodológica es el resultado de dos instancias: la primera de ellas, de orden teórico, ubica a los territorios locales en el contexto de la globalización, proceso que según Manzanal (2008) implica la operación de lógicas globales en territorios locales, por lo que podemos reconocer huellas de cambios y transformaciones a nivel planetario en las localidades que estudiamos; la segunda es de corte operativo, pues hacemos uso de dos conceptos que nos darán herramientas prácticas para construir nuestro instrumento de relevamiento de las dinámicas de desarrollo territorial: la categoría de trama de valor de Caracciolo (2013, 2014) y la definición multidimensional del proceso propuesta por Altschuler y Casalis (2006). Explicamos, a continuación, estas dos instancias para la construcción de nuestra herramienta metodológica.

Es de común acuerdo que estamos en un mundo globalizado, pero ¿qué quiere decir eso? Retomando lo señalado por Saskia Sassen (1995, 2007) uno de los rasgos principales de nuestra época es el rápido desarrollo de las tecnologías de la información, el flujo de capitales

y su creciente liquidez, articulados con procesos económicos transnacionales. La autora introduce el concepto de ciudad global para pensar cómo las localidades se vuelven actores que emergen en el concierto mundial. Ello porque el proceso de globalización implica una difusión de las fronteras nacionales y, por ende, una apropiación de capitales de diversa índole que redundan en dinámicas de acumulación para las ciudades y los actores locales. Ahora bien, como venimos sosteniendo, el orden mundial es desigual en la apropiación de estos capitales, por eso planteamos también que existe una apropiación desigual de la globalización y los procesos que ella implica³².

Este escenario nos pone ante la obligación epistemológica y metodológica de ajustar los instrumentos de relevamiento de nuestros objetos de estudio, razón por la que tomamos en cuenta lo que Beck (1998) denomina ruptura del nacionalismo metodológico. Con esa idea se refiere a la revisión de la matriz territorial en las Ciencias Sociales, lo que lleva a la consideración de escalas geográficas subnacionales y supranacionales, como ámbitos de interrelación y de relaciones de poder. La *ruptura* se da con una concepción que identificaba en el Estado nacional la usina de las estrategias tendientes a la promoción del desarrollo y también la escala desde la que se estudiaban los fenómenos sociales en la era contemporánea. Entonces emergen nuevos espacios relevantes, “ejes de nuevas interacciones y regulaciones, entre ellas las que atañen al desarrollo” (Madoery, 2005, p. 3).

Esas reflexiones sobre la escala territorial en un mundo globalizado nos habilitan a pensar en la necesidad de una lectura a escalas menores de los procesos sociales, particularmente del desarrollo. Pero debemos operativizar esas concepciones para poder recuperar las dinámicas de las que en esta tesis nos interesa dar cuenta y analizar. Es por eso que, la segunda instancia de elaboración de nuestra herramienta metodológica consistió en la articulación de dos conceptos operacionales. El primero es el de trama de valor, que nos aproxima al análisis de las interrelaciones entre los actores. El segundo, las dimensiones del desarrollo territorial, que nos permiten clasificar las dinámicas de acumulación material e inmaterial.

Asimismo, adoptamos el abordaje analítico planteado por Potoko (2013), quien propone el análisis del paisaje desde tres perspectivas: la primera lo entiende como un objeto de contemplación, lo que nos remite a la observación directa y al análisis de las fotografías que hemos tomado allí para poder ver cómo fue transformándose, esto, según el autor citado, nos permite observar el territorio horizontalmente. En segundo lugar, consideramos al territorio un objeto de interpretación a través de la cartografía y las imágenes satelitales, que habilitan

³² Una forma de ilustrar esta apropiación desigual podría encontrarse en el Gráfico 6 “Evolución del PBI per cápita de las economías en desarrollo, en transición y desarrolladas” (ver página 47).

una visión con mayor grado de abstracción, inabordable con la observación directa. Potoko entiende a esta instancia como de observación vertical. Finalmente, el territorio como construcción social remite a la amplia gama de actores que han dejado y dejan su huella en el paisaje. Esta arista del análisis recupera la perspectiva temporal, que abordamos, fundamentalmente, a partir de entrevistas a informantes calificados.

La importancia de estudiar la trama de valor para analizar las articulaciones entre los actores del desarrollo territorial

Tal como venimos argumentando, nuestro trabajo encuentra su fundamento en la noción de territorio como un proceso dinámico en el tiempo y en diferentes escalas, que recupera vinculaciones conflictivas, relaciones de poder y prácticas de apropiación. Creemos que esta concepción dinámica e integral del territorio y concretamente del desarrollo territorial, puede ser pensada a partir del concepto de trama de valor elaborado por Caracciolo (2013 y 2014)³³ para considerar el valor agregado que generan emprendimientos de la economía social en términos no sólo materiales o económicos, sino también inmateriales, culturales, simbólicos, ambientales y políticos. La autora subraya que, si bien la propuesta es que estas tramas se desarrollen entre los actores locales, es fundamental también considerar las vinculaciones con actores de otras localidades de manera tal que, en un principio, se tome la ventaja que implica la proximidad física de los sujetos locales pero sin perder de vista que la relación con actores de otras localidades pueden generar una vinculación a nivel regional en torno a un proyecto colectivo de construcción de poder.

De esta manera la trama de valor está constituida horizontalmente por el conjunto de emprendimientos vinculados entre sí, verticalmente por los intercambios entre las distintas instancias del proceso productivo, y en diagonal por las vinculaciones con fines de apoyo, asesoramiento o financiamiento.

Resulta pertinente aclarar que la autora desarrolla el concepto de trama de valor pensando en las vinculaciones que se generan entre los distintos actores en el territorio, donde al menos uno de ellos es un emprendimiento de la Economía Social. Si bien en la localidad que estudiamos encontramos cuanto menos un emprendimiento de este subsector económico (el Hotel Pipinas, en tanto cooperativa de trabajo) la importancia que reviste para nosotros el concepto de trama de valor está más vinculado al abordaje territorial que proponemos que al

³³ Propone este concepto para diferenciarlo de cadena de valor y *cluster*, ya que entiende que estos últimos ponen el énfasis en la dimensión económica del desarrollo.

requerimiento de que haya un emprendimiento de dicho tipo formando parte de esas articulaciones. Esto quiere decir que encontramos en la trama de valor la posibilidad de identificar procesos de acumulación política, social, cultural, institucional y económica.

En este sentido nos servimos de este concepto en términos metodológicos, ya que entendemos que nos permite echar luz sobre distintas dimensiones en las vinculaciones entre los actores, que responderían a lógicas de acumulación no exclusivamente económicas, y que al observarlas podemos describir dinámicas de desarrollo territorial en Pipinas. Es por eso que veremos, en los apartados en que se estructura la sección de resultados, una serie de reflexiones y análisis elaborados en torno a este concepto.

Dado que la trama de valor encierra articulaciones horizontales, verticales y en diagonal, se pone en evidencia la necesidad de pensar en distintos actores intervinientes en y constitutivos del territorio y las vinculaciones que existen entre ellos y que permiten ponderar sus conocimientos y reconocer su interacción. Esto se encuentra en sintonía con la idea de Manzanal (2008) que rescata la importancia de las articulaciones y construcción de redes sociales entre los actores del territorio, y su potencial capacidad de gestación de un nuevo proceso de desarrollo.

Cuando decimos “articulaciones” estamos pensando en los términos en que lo plantean Cravacuore, Ilari y Villar (2004, p. 21), es decir

“cuando dos o más organismos acuerdan llevar adelante políticas que se traducen en acciones concretas y en donde cada uno realiza una o más tareas específicas en relación de cooperación horizontal con los otros organismos participantes. Esta horizontalidad no hace referencia a lo cuantitativo de las acciones (siempre unos harán más que otros) sino a lo cualitativo (todos hacen algo con otros y no necesariamente bajo su subordinación)”.

Cabe mencionar que para poder tomar esta definición y que nos sirva como lente para identificar esas articulaciones que observaremos en Pipinas, debemos emplear el concepto de organismo con un nivel de laxitud que nos permita considerar acciones y vinculaciones entre sujetos o colectivos, más allá de su formalización o no como organismos. Por otro lado, aspiramos a que esta construcción sobre el concepto de articulación pueda ser complejizada a la luz de nuestros hallazgos en el trabajo de campo.

Creemos que nuestro trabajo podría enmarcarse dentro de estos enfoques ya que conceptual y metodológicamente abordamos el desarrollo territorial en la localidad teniendo en cuenta las dimensiones político-institucional, socio-productiva y simbólico-identitaria; y concentramos nuestros análisis en las articulaciones que construyen los actores territoriales en Pipinas.

En síntesis, en base a estas reflexiones arribamos a la idea de entender un proceso de desarrollo territorial integral multidimensional, partiendo de un enfoque de territorio que lo entiende como un elemento cuyo rol es activo y estructurante de los procesos sociales (Massey, 2009). Se trata de una idea de territorio que no lo identifica con la plataforma topográfica donde suceden las cosas, sino en tanto proceso social, un entramado de relaciones, tensiones, conflictos entre actores que lo modifican y, a la vez, son por él modificados (Laurelli y Finquelevich, 1990).

Las dimensiones para el estudio del proceso de desarrollo territorial

¿Cómo hicimos para observar las dinámicas de desarrollo territorial en un territorio específico? ¿Cuáles son los diálogos que esta observación nos habilita con algunos hallazgos, en las ciencias sociales, relacionados con lo que nos preguntamos? Para responder a estas cuestiones, comenzamos ofreciendo una opción para operacionalizar la primera de ellas, y a partir de allí (para responder a la segunda) abriremos algunos intercambios y debates desarrollados en nuestra disciplina sobre los procesos y fenómenos que en cada dimensión se retoman.

Entonces, en primer lugar, reponemos la clasificación analítica que encontramos en Altschuler y Casalis (2006) que nos sirvió para la construcción metodológica de las dimensiones que abordaremos en el trabajo de campo: político institucional, socio productiva, simbólico identitaria.

Es importante resaltar que, si bien estas dimensiones se encuentran diferenciadas analíticamente, en la realidad operan articuladamente: veremos cómo a partir de instancias de vinculación dentro de lo que entenderemos como dimensión político institucional, se generan también instancias de acumulación socio productiva o simbólico identitaria. Lo que proponemos de manera separada analíticamente emerge de forma interrelacionada empíricamente. Por ello, más adelante en esta tesis, proponemos recuperar los principales hallazgos del trabajo de campo guiados por la propia experiencia y no de manera fragmentaria en una exposición organizada según estas dimensiones. Justamente, creemos que ese camino atentaría contra la potencia que tiene la misma experiencia en esta investigación, y pone de manifiesto un dato valioso en sí: que, en Pipinas, las lógicas de conflicto motorizan articulaciones entre los actores constituyendo una trama de valor en torno a la que se gestan dinámicas de desarrollo territorial. Analizaremos en cada caso elementos que recuperamos de estas dimensiones para reponer la densidad de esa trama.

Dimensión político institucional

La dimensión político institucional remite al conjunto de articulaciones que pertenecen al campo del conflicto de intereses entre los actores, las distintas mediaciones institucionales que existen en la localidad o fuera de ella pero que tienen injerencia en el territorio y la planificación de políticas públicas destinadas a ser implementadas allí.

Autores como Boscherini y Poma (2006) reconocen la posibilidad de promover procesos de desarrollo a partir del conjunto de proyectos que una comunidad comparte y que son de intervención colectiva tanto en su formulación como en su implementación. Este tipo de iniciativas de carácter comunitario son analizadas como instancias de vinculación entre distintos actores territoriales a partir de las que se gestan articulaciones que vehiculizan procesos de acumulación en algún sentido.

Para el análisis de esta dimensión encontramos en el gobierno local municipal un actor clave. Al respecto, algunos/as autores/as han trabajado la importancia que el gobierno local asumió durante el último cuarto del siglo pasado en nuestro país, lecturas articuladas en torno a lo que identificamos como el pasaje de la municipalización de la política a la municipalización de la crisis. Por un lado los municipios y sus gobiernos fueron caracterizados como eslabones clave en la cadena de fortalecimiento político del régimen dictatorial a partir de la estrategia de municipalización de la política (Canelo, 2015) que consistía en considerar al municipio como “el instrumento político que acompañó el intrincado entramado capilar del control territorial y poblacional” y un espacio de ejercicio de la “ciudadanía municipal, apolítica y local, basada en la convivencia solidaria entre vecinos y orientada a la resolución de problemas cotidianos” (p. 433) y también como espacio privilegiado para la participación ciudadana, lo que tenía como objetivo controlar y promover el orden a nivel comunitario.

Posteriormente, entre las visiones que abordaron el desarrollo local hallamos como punto en común la referencia a la instancia municipal del proceso en correspondencia con un contexto histórico que revitalizó la escala local al calor de la descentralización, advirtiendo un nuevo rol de los municipios hacia la década de 1990. Siguiendo esta idea de Altschuler y Casalís (2006, p. 6):

“el nuevo rol que el municipio debía asumir se sustentaba en los principios de eficiencia, efectividad y participación de la población en los asuntos municipales a partir de la mayor cercanía de los clientes-usuarios con la problemática local”.

No obstante este nuevo rol estaba regido por los criterios de eficiencia y participación de la población, pero careció del sustento material y técnico que la gestión de las situaciones

adjuntas a ese nuevo rol ameritaban, advirtiendo así un pasaje desde la citada “municipalización de la política” (Canelo, 2015) a la “municipalización de la crisis” (Arroyo, 2001).

Altschuler y Casalis (2006) advierten que no solo se traspasaron funciones sino también situaciones de conflictividad social, de demandas que bajo el paradigma del Estado Social o de Bienestar se tramitaban en instancias superiores en las que el Estado municipal no intervenía ni tenía injerencia:

“A partir de 1990, se invirtió el orden y el municipio pasó a ser el primer “filtro” del conflicto. Más aún, el conflicto, que se originaba fruto de políticas públicas que se tomaban en instancias superiores de gobierno (ya sea nacional y/o provincial), repercutían a nivel local, teniendo este nivel del Estado que atender las demandas” (2006, p. 6).

Es al calor de este proceso de descentralización y traspaso de funciones, demandas y conflictos, que Punta Indio se constituye como municipio en el año 1994 a partir de la promulgación de la Ley 11.584 aprobada por la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires que establece la división del partido de Magdalena, al que pertenecían hasta entonces las localidades y centros poblados de Pipinas, Verónica, Punta Indio, Alvarez Jonte, Las Tahonas, Luján del Río, La Viruta, Monte Veloz y Punta Piedras.

Por fuera del registro normativo o político, encontramos interesantes aportes en estudios sociológicos que encuentran en la escala local un espacio de referencia para reestructurar lazos y vínculos, que se vieron erosionados a partir de procesos de crisis: “el barrio aparecía como la base de estructuración de soportes sociales indispensables para quienes iban desenganchándose del empleo, del sindicato y del entramado institucional con epicentro estatal” (Merklen, 2010, p. 14).

En esta dimensión político institucional abordamos las relaciones que se construyen entre los actores de Pipinas que nos permiten analizar qué tipo de entramado se elabora colectivamente a partir de estas articulaciones que abren el juego a dinámicas de interacción en la localidad y que son complejas en el sentido de que son conflictivas y no armónicas. En este sentido es necesario posar la mirada sobre esta trama conflictiva, en Pipinas, ya que “necesita ser descripta en cada coyuntura, en cada lugar, para cada grupo social, es en el conflicto que se la define” (Merklen, 2010, p. 19). Cabe mencionar, en los términos que lo señala también el autor, que en ocasiones esta trama conflictiva responde al choque que se produce entre aquello que se vuelve urgente atender y lo que sería deseable trazar como proyecto colectivo, esto es característico de las sociedades locales post crisis 2001.

Esto se vuelve sumamente importante, ya que en esta dimensión prestaremos atención a las instancias de mediación de intereses conflictivos entre sí, que encuentran al municipio como gestor de esas conflictividades o que se dirimen o cristalizan en espacios de participación ciudadana, a nivel local. En esta línea, veremos cómo siguiendo la lógica de descentralización administrativa que ya mencionamos, donde no sólo se transfieren funciones hacia la administración local sino que, para el caso de Punta Indio, implica la constitución de la localidad como Municipio, se pone en valor la proximidad que implica no solamente este cambio de paradigma sino también el hecho de que se dé en Pipinas como localidad que, por la cantidad de habitantes, facilita aún más los encuentros cara a cara y las gestiones ad hoc a través de las que se procesan demandas, reclamos, quejas y pedidos. Este proceso fue identificado por Perelmiter (2016) con la categoría de burocracia plebeya, que “se caracteriza por estar orientada a la producción de vínculos de apego, a salvar distancias [...] Sus prácticas habituales asignan valor positivo a objetos, personas o actividades no valorados socialmente, y lo hacen, precisamente, por eso” (p. 19). Sin embargo, complejizando esta situación, la autora también encuentra como hallazgo en su trabajo que, como toda burocracia, tiende a mantener cierta distancia. Es así que el Estado se vincula con los actores del territorio de manera no monolítica ni exenta de complejidades y conflictos.

¿Por qué es importante analizar las vinculaciones conflictivas entre los actores al estudiar el desarrollo territorial? Primero, porque en esos espacios de disputa de intereses se dan disputas también por los sentidos: las expectativas, por ejemplo, alrededor de lo que se puede esperar del Estado construyen una representación de lo que es o debería ser este actor. A partir de esas acciones se va sedimentando un camino por el que transitan los sujetos elaborando un entramado que perdura en el tiempo y a partir del cual se generan dinámicas de acumulación territorial, entendidas como un proceso de fortalecimiento local que redundará en capital económico, social, político.

Así decidimos que el abordaje de esta dimensión sea principalmente a través del Estado y, debido a la accesibilidad con la que contamos sobre las voces de quienes entrevistamos, nos centramos en el ámbito local municipal aunque tangencialmente abordamos otro nivel del Estado (el nacional) a partir del Proyecto Tronador II de la Comisión Nacional de Actividades Espaciales.

Dimensión socio productiva

Esta dimensión remite a los actores económicamente productivos de la localidad. Aquí comprendemos a todos los sujetos que de alguna manera contribuyan con sus actividades a generar lazos productivos con otros actores de la comunidad a partir de iniciativas de producción, comercialización o aprovisionamiento de sus espacios comerciales. Con esto queremos decir que no solamente tomamos la definición de trabajo como actividad remunerada, sino que también pretendimos observar las vinculaciones que los sujetos construyen entre sí desde la producción en sentido amplio: en términos de actividad remunerativa o colaborativa.

Para ello partimos del supuesto de que algunos de los actores en quienes referenciamos esta dimensión surgieron y encontraron su actividad socio productiva en Pipinas a partir de un punto de quiebre, identificado con el cese definitivo de la actividad productiva de CORCEMAR/Loma Negra, lo que hizo del pueblo una localidad en crisis (Arroyo, 2002), empujándolo hacia un proceso de reconversión (Altschuler y Casalis, 2006) de su perfil socio productivo. Para problematizar algunos elementos en estas articulaciones identificaremos “activos intangibles como los saberes aprehendidos, la cultural y la tradición de la población [que] se convierten en insumos para un proceso endógeno” como respuestas a la crisis que constituyen “una alternativa de acción, producción, reproducción y representación colectiva” (Altschuler y Casalis, 2006, pp. 11-12) que son característicos de unidades productivas y organizaciones que en su accionar combinan el doble objetivo de servir a su comunidad y generar excedente económico (Elgue, 2003). Nos preguntaremos, también, si en estas articulaciones subyace un espíritu cooperativo y en tal caso con qué objetivos instrumentan los actores esta cooperación: si persiguen una finalidad instrumental (Lattuada, 2016) o bien buscan fortalecer lazos de pertenencia y generar procesos de inclusión (Angélico, 2005). Asimismo, relevamos situaciones de conflicto y escenarios de disputa de intereses, ya que nos interesa dilucidar si se dirimen esos intereses contrapuestos en un espacio común que, por habilitar ese conflicto, es en sí colaborativo (Mutuberría Lazarini, 2008). En este sentido indagamos en: el Hotel Pipinas, los comercios de la localidad (comprendiendo tanto a los locales de venta de productos regionales que se encuentran sobre la Ruta Provincial 36, en el acceso a Pipinas, como los comercios que están en el pueblo), analizando las características en términos socio productivos que asume la trama de valor en la localidad.

Aquí es importante entender que las vinculaciones materiales y económicas que construyen entre sí los sujetos de un territorio son también instancias de intercambio no material: es

necesario advertir que abordamos cuestiones vinculares entre los actores de Pipinas que remiten a las actividades de fomento y apoyo a la producción y comercialización de los/as trabajadores/as de la localidad, lo cual también abre el juego para la contraposición de intereses, lo que será recuperado.

Es relevante detectar las iniciativas locales para el fortalecimiento de las redes productivas y de comercio y, en este sentido, es fundamental analizar si estas iniciativas están atravesadas por procesos participativos donde intervienen varios actores de la comunidad, imprimiéndole al proceso un componente de complejidad territorial. Esas instancias implican un proceso de articulación entre los individuos y es importante rescatar si estas experiencias de intercambio suceden hacia el interior de la localidad, hacia el exterior, o ambas, y de qué forma implican dinámicas de acumulación inmaterial.

¿Por qué es importante en una investigación sobre desarrollo territorial estudiar las articulaciones entre los actores a partir de la dimensión socio productiva? Porque a partir de esas dinámicas de acumulación material, por medio del trabajo entendido en un sentido amplio como describimos más arriba, también se generan instancias de acumulación inmaterial, lo que Boisier (2001) identifica como intangibles del desarrollo, en las vinculaciones en que entran los actores proveyéndose de insumos, trabajando colaborativamente y comercializando su propia producción.

Dimensión simbólico identitaria

Esta dimensión está relacionada con todos los dispositivos culturales que interpelan a los actores de la comunidad desde la historicidad de Pipinas, su construcción identitaria y su pertenencia. En este sentido apelaremos a las construcciones que distintos actores de la localidad elaboran sobre el *ser de...* (siguiendo a Arocena y Marsiglia, 2017 y siendo en este caso *ser de Pipinas*), que a partir de los primeros diálogos con los/as entrevistados/as nos proporcionaron algunas pistas para construir esta dimensión y la dotaron de importancia. Así, es nuestra intención recuperar a partir de este eje simbólico identitario la conformación de la localidad en su historicidad y cómo, a partir de elementos territoriales presentes, se apela a un pasado que sigue operando y a un futuro que se construye en las representaciones de los propios individuos sobre el horizonte deseado como comunidad.

¿Por qué es necesario abordar la dimensión simbólico identitaria en un estudio sobre desarrollo territorial? Porque, como veremos, la intervención de varios actores en la historia

del pueblo ha servido para generar articulaciones entre ellos, que hoy en día están vigentes y operan en el sentido que describimos anteriormente sobre la capacidad de acumulación cultural-identitaria. Y porque la apropiación de los significantes y la elaboración de los significados entrará en conflicto según qué actor estemos mirando y ese encuentro conflictivo también es parte de una dinámica de desarrollo, pues en ese choque de significados se plantean y replantean instancias de realización social, de forma tal que no se presentan interpretaciones monolíticas, hecho que enriquece la dinámica de desarrollo territorial.

Por otro lado, es importante retomar lo que Arocena y Marsiglia (2017) llaman la identidad territorial para entender que cada proceso de desarrollo es único, donde lo fundamental no es el punto de llegada transformado en modelo sino el punto de partida. Este enfoque pondrá en evidencia los perfiles regionales específicos que a lo largo de la historia fueron generando una identidad territorial cuyos rasgos son compartidos por los habitantes de la localidad. Los autores señalan que el éxito de un proceso de desarrollo dependerá de la capacidad de los actores para tomar en consideración esos perfiles, en tanto “no hay proceso de desarrollo territorial si no se tienen en cuenta los condicionantes que vienen del pasado” (Arocena y Marsiglia, 2017, p. 96).

En este sentido nos interesa relativizar esta lectura, advirtiendo que no entenderemos necesariamente a ese pasado como condicionante, sino que nos interesará recuperar la complejidad que encierra esa historia en tanto formas construidas que operan sobre la elaboración de un horizonte, compartido o no, hacia el cual se orienta la comunidad.

Arocena y Marsiglia (2017) sostienen que la crisis de identidad territorial es la base de las crisis de desarrollo, por lo que nos proponemos explorar si esa identidad es construida y resignificada en forma armónica por los distintos actores de Pipinas y de qué manera entran en vinculación entre sí a partir de esa construcción.

Algunos antecedentes que iluminan las reflexiones en este capítulo los encontramos en los estudios que han abordado procesos de identificación de las comunidades con sus lugares de residencia, localidades y pueblos atravesados por la dinámica laboral y productiva que los había anclado a ellos. En este sentido, Herrera (2017) indaga desde la perspectiva de la memoria cómo una comunidad de inmigrantes y sus descendientes se piensa a sí misma a partir de la elaboración de un evento festivo conmemorativo. En este marco, estudia la configuración identitaria que construyen los/as trabajadores/as de frigoríficos y detecta que a partir del derrocamiento del peronismo en 1955 se da un “pasaje de “la sociedad del trabajo a la crisis del trabajo” [que] implicó la desarticulación progresiva de las identificaciones

sociales ligadas al mundo obrero” (Herrera 2017, p. 92) que junto con dinámicas de persecución política representarían un elemento erosionante de las redes de identificación de la comunidad. Como respuesta a esa desarticulación, la comunidad encontró en la celebración un dispositivo a través de que imaginarse de forma armónica, re-articulando las lógicas de identificación.

Vinculado con los procesos que en esta dimensión simbólico-identitaria estudiamos, Muñiz Terra (2007) afirma que “la construcción de fuertes identidades laborales fue un proceso que vivieron gran parte de los trabajadores asalariados latinoamericanos hasta la década del 90, cuando sus países experimentaron la implementación de un conjunto de reformas estructurales de fuerte inspiración neoliberal” (p. 92). La autora señala para su caso de estudio, la unidad de YPF instalada en la localidad de Ensenada en la Provincia de Buenos Aires, cómo la planta ofrecía a su personal no sólo trabajo estable, sino también atención sanitaria y la posibilidad de acceder a una vivienda propia: “la vida familiar y social del trabajador de YPF empezó, entonces, a girar en torno de la empresa, quienes compartían cotidianamente con sus esposas e hijos el fuerte sentimiento de pertenencia que los unía a la compañía petrolera” (p. 96). Muñiz Terra sintetiza esta dinámica bajo el nombre de “modelo de integración ligado al trabajo”. Así, advierte dinámicas de identificación entre el pueblo y sus pobladores/as a partir de su anclaje laboral como núcleo de un conjunto de iniciativas que funcionan como articuladores sociales, en ocasiones generando lógicas paternalistas (Muñiz Terra y Frassa, 2018).

Centrándonos en Pipinas, García Germanier (2018) propone un estudio de esta comunidad “afectada visiblemente por las consecuencias de la aplicación y el desgaste de políticas neoliberales en la Argentina de las últimas décadas del siglo XX y comienzos del XXI” (p. 12). Concretamente aborda los procesos identitarios y las estrategias de transformación en Pipinas como respuesta a la crisis de principios de siglo. Entiende que dos hitos fundamentales han resquebrajado el tejido social sobre el que se apoyaba la construcción identitaria pipinense: la clausura del ramal ferroviario que conectaba la localidad con La Plata y otras comunidades entre estas dos, y el cierre de la planta de Loma Negra en 2001 que desde 1938 y hasta 1991 había pertenecido a la empresa CORCEMAR.

Tal como señala Muñiz Terra para el caso de YPF en Ensenada, CORCEMAR se había convertido en el articulador laboral y social de la comunidad pipinense. García Germanier (2018) analiza las estrategias de resistencia y de reconversión identitaria de los sujetos en Pipinas ante la erosión social que implicó la combinación de estos dos hitos señalados.

La importancia de recuperar estos antecedentes reside en que resultan iluminadores para pensar cómo el caso de Pipinas no representa una situación aislada de este tipo de procesos en las comunidades que han atravesado procesos de crisis productivas que implicaron una fuerte erosión en sus configuraciones identitarias ligados a la principal unidad productiva de la localidad. Además sostenemos que esos intentos por resistir simbólicamente para reconvertirse identitariamente son fenómenos que guardan en sí lógicas de acumulación inmaterial, que identificamos en esta tesis con uno de los aspectos del desarrollo territorial.

Para articular los hallazgos en torno a esta dimensión nos valemos de entrevistas en profundidad a ex trabajadores de CORCEMAR/Loma Negra, y a pipinenses residentes y ex residentes, análisis de fuentes secundarias (principalmente del Boletín Corcemar), registros fotográficos del Museo a Cielo Abierto Pipinas (MAPI) y de señalética informativa instalada en la localidad.

Eje espacial

A partir de nuestro trabajo en la localidad de Pipinas para la recolección de datos, en articulación con el momento de análisis de los mismos, advertimos que los discursos que recuperamos (no solo los hablados) están atravesados por una lógica espacial que opera en las características que asume la trama de valor en la localidad. Por eso, para complejizar este aspecto proponemos un análisis transversal en clave espacial de las tres dimensiones señaladas previamente. Partimos del supuesto según el que las representaciones espaciales de los actores operan en las vinculaciones territoriales entre ellos. Entendemos las representaciones espaciales en los términos de Ortega Valcárcel (2000) quien retoma las perspectivas sobre espacio subjetivo y espacio vivido y las define como las representaciones vinculadas a la experiencia práctica y mental con el espacio como dimensión social: “La materialidad del espacio, desde estas perspectivas, es inseparable de las diversas interpretaciones que la sociedad construye para aprehenderla. El espacio no es una categoría ajena ni un objeto contrapuesto al sujeto social” (pp. 345-346).

En este sentido será necesario abordar la construcción espacial en torno a distintos aspectos de la localidad como su historia, su identidad, su funcionamiento comercial cotidiano, que hayan elaborado los referentes que consultemos, pues allí también podremos vislumbrar aspectos del orden del poder y de los conflictos de intereses.

Esto aporta una nueva caracterización sobre el tipo de territorio que estamos estudiando: en acuerdo con Silveira (2009) creemos que es pertinente identificar al territorio como espacio apropiado en el cual se elaboran representaciones que influyen y atraviesan la vida de las personas que habitan esos lugares y por ende de las vinculaciones que construyen entre ellos: el espacio es esencialmente social (Santos, 1986; Haesbaert, 2013), es una instancia que contiene a las demás y a la vez es contenida por ellas. Decimos que se resuelve en formas espaciales de expresión territorial cuyo contenido es construido-deconstruido-reconstruido socialmente.

Milton Santos (1986) sostiene que a partir de las interacciones territoriales recuperamos la totalidad espacial, descubriendo así la interdependencia entre los elementos, “cada acción no constituye un elemento independiente, sino un resultado del proceso social” (p. 5). En este sentido nos interesará rescatar esas formas espaciales que condensan procesos sociales a partir de un entramado relacional de elementos territoriales. Es importante tener presente que estos elementos pueden ser leídos como variables, en el sentido metodológico del término: su significado no es inalterable y permanente, sino que adoptan distintos valores conforme evoluciona la historia y en relación a su contexto, Santos (1986) recupera esta característica bajo el nombre de mutabilidad del significado: “si bien cada elemento del espacio mantiene su nombre, su contenido y significación están siempre variando” (p. 7). Veremos, más adelante, cómo esto puede leerse en distintas operaciones practicadas sobre la espacialidad de la localidad.

Nos interesa destacar que estos autores otorgan un lugar de relevancia a la temporalidad con el propósito de superar la disociación tiempo-espacio que ha dominado en la geografía tradicional. Las temporalidades están asociadas a las inserciones sociales de los actores y una lectura del territorio en el presente permite dar cuenta de la convergencia de escalas temporales diferenciadas (Silveira, 1995).

Las formas materiales incluidas en la dimensión espacial son resultado y condición de los procesos sociales, posibilitan el despliegue de las distintas actividades, por caso los equipamientos y las infraestructuras. En palabras de Milton Santos (1986, p. 3), “el espacio no puede estar formado únicamente por las cosas, los objetos geográficos, naturales o artificiales (...) el espacio es todo eso más la sociedad: cada fracción de la naturaleza abraza una fracción de la sociedad actual”.

Así, pensando en la dimensión político institucional, veremos cómo opera en las características de la trama la ubicación espacial de la localidad, alejada de Verónica, cabecera

de partido. Si nos concentramos en la dimensión socio productiva, advertiremos que la preponderancia que asume el acceso a la localidad a partir de la institucionalización de los “carritos” como atractivo turístico y el área de servicios emplazada allí. Por otro lado, haciendo foco en la dimensión simbólico identitaria veremos cómo la apropiación espacial de distintos dispositivos materiales en la localidad opera en términos de fortalecimiento identitario.

Actores

Al sistematizar los actores que habíamos entrevistado o registrado, se volvió claro que era necesario establecer el criterio con el que habían sido seleccionados, surgió así la pregunta: ¿qué hace a la voz de un actor pertinente para esta investigación sobre desarrollo territorial? Según Arocena y Marsiglia (2017, p. 40) “la capacidad de acción de los actores territoriales constituye uno de los desafíos más importantes para la construcción del desarrollo territorial”. Este proceso los autores lo identifican con la autoproducción social, como dinámica contrapuesta y novedosa frente a la reproducción social, en la que los actores tendían a reproducir las estructuras económicas, culturales e institucionales que habían heredado, y agregan que

“hay una especie de gran corte entre una sociedad de la reproducción y otra de la autoproducción. Se trata de una interacción permanente entre actor y sistema. En este juego, el actor desarrolla sus márgenes de acción ganando o perdiendo oportunidades, logrando disminuir las limitaciones que le vienen del sistema o (...) quedando más o menos paralizado por estas” (p. 41).

Carlos Matus (1987) identifica al actor social como productor de la sociedad:

“los actores sociales son fuerzas (...) que controlan centros de poder [que] se formalizan muchas veces como instituciones. Las fuerzas sociales existen en la medida que representan y organizan una parte de la población en torno a objetivos comunes” (p. 287).

En esta línea señala Pedro Pérez (1995):

“los actores sociales son las unidades reales de acción en la sociedad: tomadores y ejecutores de decisiones que inciden en la realidad local. Son parte de la base social, son definidos por ella, pero actúan como individuos o colectivos que, además, están sometidos a otras condiciones (culturales, étnico-culturales, políticas y territoriales). De acuerdo a lo anterior, llamamos actores locales a los sujetos (individuales o colectivos) cuyo comportamiento se identifica en función de una lógica local y/o su comportamiento determina los procesos locales” (p. 3).

Desde luego que estas cuestiones vuelven a los actores locales cambiantes. Es decir, un sujeto que hoy es considerado un actor, en el sentido en que lo venimos abordando, en una localidad

puede no serlo en el futuro o no haberlo sido en el pasado. Esto es importante aclararlo ya que cristaliza la dimensión temporal del desarrollo territorial, y en esta tesis será fácilmente identificable³⁴: incluso puede suceder que un actor que físicamente ya no existe aún siga operando en las dinámicas de desarrollo.

Arocena y Marsiglia han comprobado que no todos los actores locales pueden considerarse tales por el simple hecho de estar en el territorio. Los autores introducen aquí el concepto de “sentido de la acción” (2017, p. 142) para vincular el aporte que el actor en cuestión realiza al desarrollo territorial, retoman la definición realizada por Barreiro (1988) según la que los actores locales son simultáneamente motor y expresión del desarrollo, e identifica tres categorías de actor local: aquellos ligados a la toma de decisiones (político-institucionales), los ligados a las técnicas particulares (expertos-profesionales) y los relacionados con la acción sobre el terreno (la población y todas sus expresiones activas).

Entonces, no todo actor en la localidad puede ser considerado un actor local por el solo hecho de encontrarse allí, en el espacio que estudiamos. Esto implicaría que nuestro criterio de selección esté identificado con la localidad, cuando en realidad nuestro interés se centró en las acciones, iniciativas, que redundarán en articulaciones entre los actores, pues es allí donde dirigimos nuestra mirada para analizar las dinámicas de desarrollo territorial en los términos en que aquí las entendemos.

Decíamos que debemos correr nuestra mirada del lugar donde se encuentran estos actores para redirigirla hacia lo que Arocena (1988) identifica con el

“sentido de la acción: bajo la fórmula actor local entendemos todos aquellos agentes que en el campo político, económico, social y cultural son portadores de propuestas que tienden a capitalizar mejor las potencialidades locales. Es fundamental en esta definición el acento puesto en “capitalizar mejor”. En efecto, se trata de buscar un mayor aprovechamiento de los recursos pero destacando la calidad de los procesos en términos de equilibrios naturales y sociales” (p. 12).

Ese sentido de la acción generará las articulaciones que los actores territoriales construyan entre sí, y es en ellas donde se dan las dinámicas de acumulación material e inmaterial a las que aquí nos referimos.

En suma, construimos un criterio teórico-epistemológico que nos permitió identificar a nuestros actores en Pipinas, de manera tal que se volviera legítima la selección de voces y fuentes que recuperamos en esta tesis. Esto combinado con dos cuestiones de corte

³⁴ El ejemplo más claro se verá cuando retomemos la dimensión simbólico identitaria y veamos cómo sigue operando en la localidad la planta de CORCEMAR, en tanto actor territorial, aunque ya no esté allí.

metodológico identificadas con: la accesibilidad con la que contamos para consultar esas fuentes en cada caso, y el criterio con el que contactamos y determinamos los sujetos que entrevistamos, en este caso un muestreo no probabilístico siguiendo la técnica de bola de nieve y aplicando la lógica de saturación. Además, resaltamos que hemos recuperado también datos a partir de contactos informales, casuales, que se dieron en el contexto de nuestras visitas a la localidad. Estas voces no fueron registradas a partir de una entrevista, pero sí a través de notas de campo.

En efecto, presentamos a continuación un mapeo de los actores que nos proveyeron datos durante el trabajo de campo. Para ello consideramos, primero, la definición y algunas características de la estrategia.

Mapa de actores

Entendemos por el mapeo de actores una herramienta que permite identificar sujetos, organizaciones, grupos y comunidades, reconociéndolos como parte de un escenario social y que posibilita análisis en torno a sus posicionamientos en relación con diferentes dimensiones de lo social que los atraviesan (Algranati, Bruno y Iotti 2012). Consideramos actor a un otro con quien nos encontramos en una relación de interacción en un escenario concreto (Robirosa, 2004), siendo lo que caracteriza a un actor social

“su posición particular en ese escenario, su papel o rol -lo que hace o podría hacer en él- y sus propósitos o intereses respecto de ese escenario o lo que se procesa en él. En consecuencia, esperaríamos que ese actor social se comporte de una manera particular en ese escenario de interacción, probablemente diferente, en todo o en ciertos aspectos, con respecto a los otros actores sociales que identificamos” (Robirosa, 2004, p. 1).

Siguiendo a Algranati et. al. (2012) el actor puede ser individual o colectivo: un individuo, un grupo, una institución u organización. Este mapeo puede tomar como punto de partida un recorte espacial en el que se advierten interrelaciones entre distintos elementos:

“un texto o narrativa que se fue configurando históricamente y que le confiere diferentes papeles a los actores, quienes producen “tramas” que le dan sentido a una escena particular y están mediados por los significados que socialmente circulan en ese escenario. Al intervenir en un territorio es preciso considerar que ese escenario supone siempre un “detrás de escena”, una serie de discursos y prácticas que condicionan el modo en que los sujetos se mueven y se representan la realidad” (Algranati, et. al. 2012, p. 9).

Otro elemento que señala el autor para la elaboración del mapa de actores es la posibilidad de partir desde una problemática en particular que constituye el objeto del trabajo (en nuestro

caso, el proceso de desarrollo territorial en la localidad de Pipinas) con la finalidad de relevar aquellos actores con intereses, poder e influencia en dicho objeto de estudio.

En esa línea, elaboramos un mapa de actores que nos permitió recuperar la palabra de cada uno de ellos, contando así con un total de veintiuna entrevistas. Para instrumentar este mapeo segmentamos esquemáticamente las tres dimensiones que retomamos de Altschuler y Casalis (2006) y a partir de las primeras visitas a la localidad identificamos actores para cada una de ellas. Aquí reponemos ese procedimiento pero advertimos que en el análisis mostraremos un solapamiento de actores entre las distintas dimensiones, es decir que un actor bien podría hablarnos desde una, dos o las tres. Esto lo desarrollaremos mejor más adelante, porque incluso se constituyó en uno de los hallazgos y elementos enriquecedores del proceso de investigación.

En términos políticos e institucionales, cabe mencionar que el período de elaboración de esta tesis atravesó dos gestiones municipales: casi la totalidad de la gestión 2015-2019 (ya que iniciamos la investigación en 2016) y un período muy corto que inició con la reasunción en diciembre de 2019 del Intendente reelecto Hernán Y Zurieta. En ambos períodos la gestión municipal fue llevada adelante no solo por el mismo signo político (Frente para la Victoria en el 2015 / Frente de Todos en el 2019), sino también por la misma persona al frente del Municipio. En este marco, entrevistamos al Delegado Municipal en Pipinas, al Director de Turismo y al Secretario de Gobierno de la Municipalidad de Punta Indio, y a una concejala local residente de Pipinas.

En el año 2014, en el marco de políticas de promoción científica y tecnológica nacional, se inauguró el Polo Espacial de Punta Indio, un puerto espacial ubicado en Pipinas, utilizado para testear y fabricar los prototipos del Proyecto Tronador II de la Comisión Nacional de Actividades Espaciales (CONAE). Tronador II es el nombre que recibe la segunda etapa del proyecto de desarrollo de lanzadera espacial o cohete en el marco del Plan Nacional Espacial de Argentina. Comenzó a desarrollarse en la segunda mitad de la década pasada a pedido de la CONAE, siendo la empresa VENG S.A. (sigla de Vehículo Espacial de Nueva Generación), sociedad de capitales públicos (51%) y privados (49%), la contratista primaria. Entrevistamos al gerente de VENG S.A., quien generosamente también nos permitió acompañarlo durante toda una jornada de trabajo, lo que se volvió una fuente de información y de material muy valiosa sobre todo teniendo en cuenta que resultó imposible concretar entrevistas con otros/as trabajadores/as de la empresa.

Para robustecer el material empírico con el que contamos para analizar esta dimensión, participamos de una jornada comunitaria de puesta en valor del Club Pipinas que contó con la presencia de funcionarios/as municipales locales (incluido el Intendente) y vecinos/as pipinenses. Esta iniciativa la enmarcamos en la estrategia metodológica de observación participante.

El acercamiento a la dimensión socio productiva lo iniciamos a partir del relevamiento de testimonios de quienes son encargados/as de los “carritos” de la ruta 36: a partir del inicio del período de posconvertibilidad, comienza a gestarse en la localidad un conjunto de iniciativas tendientes a contrarrestar los efectos negativos de la crisis (el de mayor impacto fue el cierre de la fábrica de Loma Negra en la localidad como culminación de un proceso de desempleo que había comenzado a gestarse diez años antes, durante la década del 90). Esto va de la mano con el crecimiento de la actividad económica a escala nacional en el marco de un nuevo modelo productivo fortalecido por políticas de estímulo al mercado interno. En este contexto, principalmente incentivados por las acciones de promoción turística (como la instauración de los feriados puente, la inclusión de Pipinas en el Programa “Pueblos turísticos de la Provincia de Buenos Aires”, la recuperación del Hotel Pipinas por la Cooperativa Pipinas Viva), varios/as pipinenses llevaron a cabo la instalación de emprendimientos comerciales que ofrecían bienes de producción local a la vera de la ruta 36, los denominados “carritos”. Hoy son doce locales que siguen comercializando productos regionales, principalmente a turistas de paso por la ruta, fortaleciendo la identificación de Pipinas con una *parada obligada* para quienes transitan por allí. También recuperamos la palabra de otros comerciantes de la localidad, y veremos cómo se elaboran articulaciones conflictivas entre estos y los “carritos”, y cómo el estado local es interpelado como mediador en este escenario.

En cuanto a la dimensión simbólico identitaria resulta ineludible la vinculación de Pipinas y del *ser pipinense* con la historia relacionada directamente con la etapa de auge productivo asociada a la planta de CORCEMAR que se instaló en la localidad en la década del 30 del siglo pasado.

Recorriendo Pipinas pudimos observar y registrar *marcas* que recuperan permanentemente ese pasado. Aquí, de manera articulada también se encuentran dispositivos para analizar la espacialidad, porque es a través de la intervención del espacio, y de su significación, que se gestan esas dinámicas de acumulación (inmaterial) tendientes a fortalecer la identidad de Pipinas con CORCEMAR. Concretamente, además de las entrevistas a ex trabajadores de la planta y sus familiares, abordaremos la dimensión simbólico identitaria a partir del MAPI

(Museo a Cielo Abierto Pipinas) que consiste en un conjunto de murales elaborados en distintos espacios de la localidad que aluden permanentemente a la historia de Pipinas vinculada a la fábrica o a sus pobladores/as originarios/as. También consultamos el diario de tirada local “El colono”, recorrimos el paseo turístico “Un gigante, cenizas del recuerdo”, analizamos señalética informativa del lugar y el producto audiovisual “Pueblos que laten” que dedica un capítulo a Pipinas.

¿Qué traman en Pipinas?

Como mencionamos anteriormente, lo que nosotros planteamos separado analíticamente se encuentra entramado empíricamente. ¿Qué queremos decir con esto? Que en nuestro mapa de actores está delimitado qué actor nos habla desde qué dimensión, pero luego en el trabajo de campo nos dimos cuenta que es difícil entender la palabra de un actor desde una dimensión sin ver solapamientos con otra. Lo que creímos una debilidad analítica se volvió una potencialidad empírica, ya que este entramado es el que, precisamente, nos interesa recuperar como dispositivo, como red de vinculaciones y articulaciones a través de las que fluyen estas dinámicas de desarrollo territorial: articulaciones teñidas por construcciones, conflictos, demandas, intercambios materiales y simbólicos que de alguna manera generan instancias de acumulación en todos esos sentidos. Todas ellas imbuidas de territorio, de significaciones sobre el espacio, sobre la identidad de Pipinas y de los/as pipinenses, teñidas también de materialidad.

Ciertamente, segmentar el análisis en torno a las dimensiones político institucional, socio productiva y simbólico identitaria aparece como un eje ordenador de los principales hallazgos de esta investigación. No obstante, preferimos evadir esa tentación y hacer un esfuerzo por presentar los análisis atendiendo sí a esas tres dimensiones y a las distintas dinámicas que se visibilizan a través de los elementos que encontramos en ellas, pero preferimos que el factor de ordenamiento sea la propia experiencia: así es que encontramos tres grandes núcleos de lo que llamamos “articulaciones conflictivas” protagonizadas principalmente por el Estado local, los “carritos” de la ruta, y CORCEMAR. Esas articulaciones surgen a partir de distintas iniciativas de los actores pipinenses en las que generan procesos de acumulación. Según nos detengamos en uno u otro de estos núcleos de conflictos, veremos que emergen otros actores de la localidad que se entraman con alguno de estos tres *protagonistas* complejizando nuestros hallazgos. Sin embargo, aquellos tres actores adquieren una particular centralidad para la vida local porque son los que motorizan estas articulaciones a través de su actividad,

convergiendo en una trama de valor (Caracciolo, 2013 y 2014) como dispositivo que sustenta el proceso de desarrollo territorial. Cuando decimos “actividad” no lo hacemos como sinónimo de tarea, trabajo o iniciativa, sino más bien para reponer la capacidad activa (como antónimo de “pasiva”) de estos actores para aportarle densidad a esa trama y teñirla de “localidad”. Esto en contraposición a identificaciones del desarrollo como objeto de planificación que ven en los actores locales piezas necesarias para llevar adelante el plan elaborado con los fines de desarrollarse.

Y aquí es necesario introducir algunas ideas sobre ese conflicto que en nuestro caso se vuelve motor de iniciativas que se constituyen como nuestros objetos empíricos de análisis. Trazando algunas lecturas sobre ello llegaremos a explicar, después, por qué *vemos* desarrollo allí donde *vemos* conflicto, entendido como contraposición de ideas o de proyectos, escenario en el que intervienen distintos actores que instrumentan estrategias de posicionamiento para prevalecer en ese marco de tensión (Reboratti, 2010). Complejizando esa definición³⁵, encontramos que el abordaje de estos conflictos resulta pertinente para indagar cómo la estructura social, política y territorial "toma forma en el espacio", lo que quiere decir que a partir del posicionamiento de los actores ante esa situación de tensión, se muestra también "la capacidad de resistir, de enfrentarse y, a partir de ello, proponer soluciones" (Bouza, Monnet, Tapia y Venegas, 2019, p. 3). Por eso es que las lógicas de conflicto no deben interpretarse desde una visión pesimista, sino más bien leerlas como escenario ante el que se despliega un abanico de acciones.

Insistimos: en Pipinas existe un proceso de desarrollo porque los actores locales intervienen territorialmente a partir del entramado que construyen allí, y en el que se desenvuelven en torno a distintos escenarios que en nuestro caso entendemos como conflictivos. Es en ese desenvolvimiento donde se gestan instancias de acumulación alrededor de distintos objetivos, según el actor en que nos detengamos, fortaleciendo o debilitando su posicionamiento en la trama de valor.

Esta decisión vinculada a la presentación de los hallazgos es un desafío en sí mismo, porque implica correr un poco de la propuesta esquemática de Altshuler y Casalis (2008) sobre las dimensiones del desarrollo territorial que ellos proponen, pero creemos que el análisis segmentado en torno a esos tres ejes podría resultar en una elaboración forzada para que la realidad *encaje* en esos compartimentos. Por eso es que, más bien, tomamos elementos de

³⁵ Aunque es justo mencionar que lo plantean desde un lugar de desacuerdo con esa lectura de Reboratti (2010) de contraposición de ideas o proyectos, ya que, señalan, iguala intereses económicos y derechos de las personas, concediéndoles la misma legitimidad e importancia (Bouza, Monnet, Tapia y Venegas, 2019).

esas dimensiones y los vinculamos entre sí a partir de la experiencia. En Pipinas no *observamos* articulaciones entre actores de la dimensión político institucional, socio productiva o simbólico identitaria; observamos, en cambio, articulaciones entre actores que se encuentran atravesadas simultáneamente por lógicas político institucionales, socio productivas o simbólico identitarias. Sí nos valemos de elementos y pistas que aportan esas dimensiones para visibilizar algunos aspectos de esas vinculaciones para complejizar el análisis y, sobre todo, ofrecer resultados empíricos en línea con una idea no hegemónica de desarrollo (es decir, no exclusivamente como acumulación económica).

Así, veremos que en esas articulaciones entre los actores se gestan dinámicas de acumulación que son el resultado de conflictos nutridos de: estrategias de asociación para optimizar recursos disponibles o para viabilizar reclamos, especulaciones sobre el momento oportuno para tramitar esas demandas, acciones de resistencia ante la sospecha de iniciativas que diluirían la identidad local, que se cristalizan en intervenciones territoriales y apropiaciones espaciales. Decimos que estas dinámicas *sucedan todas juntas* para dar cuenta del forzamiento al que someteríamos a nuestros hallazgos si intentáramos ordenarlos taxativamente de modo tal que pertenezcan a una u otra dimensión del desarrollo territorial. Es por eso que presentaremos estos análisis ordenados por la experiencia. Esto es, que aunque de hecho siempre que propongamos un eje ordenador estaremos forzando la realidad para presentarla de tal o cual forma, la estrategia de compartir los hallazgos a partir de las articulaciones que protagonizan los principales actores de la localidad, nos permite jugar con la complejidad de esos vínculos atravesados simultáneamente por lógicas político institucionales, socio productivas y simbólico identitarias, enriqueciendo así el análisis, desarmando la propuesta teórica que aquí retomamos y proponiendo un nuevo esquema analítico, apoyado originalmente en ella. Es por eso que en los próximos capítulos presentamos los hallazgos de esta investigación, ordenados en torno a tres ejes de articulaciones que implican al estado local, a "los carritos" y a "la fábrica" (CORCEMAR/Loma Negra), encontrando en ellos de forma transversal el conflicto como eje que atraviesa esas asociaciones, especulaciones, resistencias, intervenciones espaciales y territoriales, de las que estos actores junto con otros forman parte.

Por eso, decimos que el proceso de desarrollo excede lo exclusivamente económico y también implica acumulación en instancias políticas, institucionales, simbólicas, productivas, identitarias, pero que, además (como se desprenderá de los hallazgos) esas lógicas de acumulación son resultado de vinculaciones que los actores construyen para hacer prevalecer su posición en un escenario de conflicto, fundado en intereses contrapuestos en torno a

situaciones que se dan en la localidad y que hacen a la vida política, productiva e identitaria de Pipinas.

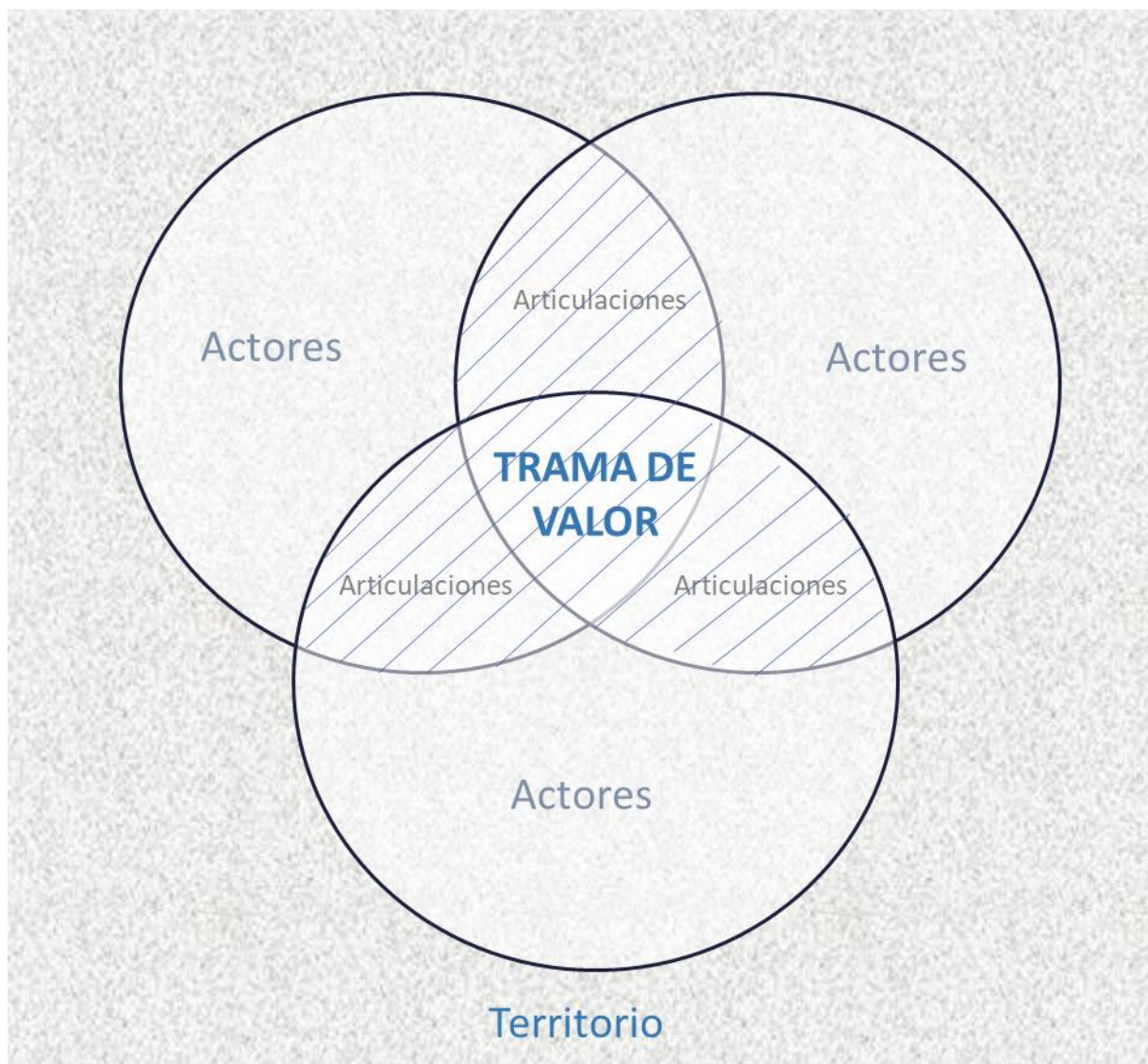
Como los actores traman esos vínculos, en esas articulaciones sus posiciones se fortalecen o se debilitan, accediendo a mayores o menores niveles de acumulación material o inmaterial. El proceso de desarrollo territorial entendido como el conjunto de iniciativas que los actores del territorio llevan adelante con el objetivo de intervenir en términos políticos, productivos, e identitarios, se encuentra estructurado, en Pipinas, en torno a lo que denominamos una serie de articulaciones conflictivas que, a partir de esas iniciativas, contraponen aspectos y elementos desde tres registros: el primero espacial, el segundo temporal, y el tercero vinculado al perfil de desarrollo de la localidad.

Es a partir de este esquema que caracterizamos el proceso de desarrollo territorial que investigamos como fundamentalmente conflictivo. Ahora bien ¿por qué podemos *ver* desarrollo allí donde *vemos* conflicto? Porque, precisamente, en torno a esos escenarios conflictivos, los actores territoriales articulan entre sí disputando por la prevalencia de sus posiciones en esos escenarios y para ello adoptan distintas estrategias: plantean contrapuntos, se asocian, cooperan, sopesan posibilidades, especulan cómo lograr mayor eficiencia en el planteo de sus reclamos, entre otras iniciativas que se entraman en una red de articulaciones que abordamos a partir de la categoría de trama de valor.

Es desarrollo en el sentido más literal del término: porque esa trama se constituye en un dispositivo a partir del que podemos observar cómo esos actores se *desenvuelven* en esos escenarios. Pero lo interesante aquí es analizar qué características asume ese desarrollo, ese desenvolvimiento, que es territorial precisamente porque los actores que retomamos intervienen el territorio, pero además porque lo hacen desde su propia posición territorial: recuperando su historia, su identidad, su peso político, productivo e institucional en esas negociaciones. Este proceso se trama, en Pipinas, en torno a lo que llamamos núcleos de articulaciones conflictivas.

A continuación, presentamos un diagrama que permite, gráficamente, representar el proceso conceptual y metodológico que elaboramos hasta aquí.

Gráfico 7. Diagrama metodológico.



Fuente: elaboración propia en base a criterio teórico-metodológico adoptado.

Este esquema muestra que, partiendo de la categoría desarrollo territorial, encontramos que para dar cuenta de las dinámicas constitutivas de ese proceso se dan en las articulaciones que instrumentan entre sí los actores territoriales, que se soportan en lo que llamamos, siguiendo a Caracciolo (2013 y 2014) trama de valor, y cuyo concepto retomamos porque se encuentra en sintonía con la posición heterodoxa de concepción de los intercambios entre sujetos como generadores de valor en sentido ampliado y no solo en referencia exclusiva a acumulación económica. Ahora bien, adelantamos que esas articulaciones, en Pipinas, se dan de forma conflictiva y que precisamente en torno a esos escenarios conflictivos los actores que conformarán nuestro mapa elaborarán estrategias, asociaciones, contrapuntos, discordancias, acuerdos, desacuerdos, resistencias, etcétera, que nos permitirán *ver* cómo se *desenvuelven* en el proceso.

CAPÍTULO 4. “La Municipalidad”, “la ruta” y “el pueblo”: una trama de articulaciones conflictivas

*“Hoy en día Pipinas se volcó hacia la ruta, ahí hay que mirar”
(Gustavo, Secretario de Gobierno de la Municipalidad de Punta Indio, septiembre 2017).*

Presentación del capítulo

El primero de estos núcleos de articulaciones conflictivas es el que se da atravesado por una lógica espacial identificada con lo que conceptualizamos, retomando un emergente del campo, como "la ruta" y "el pueblo". De las entrevistas que realizamos se desprende que el sector de “la ruta” se identifica principalmente con los “carritos” ubicados en el acceso a la localidad, precisamente sobre la ruta 36. Por otro lado, “el pueblo” hace referencia al conjunto de comercios que funcionan en el “interior” (es decir, ni en el acceso ni en la ruta) junto con residentes de la localidad que participan de actividades sociales o recreativas, implementadas por el Club o convocadas por la Municipalidad.

Entre estos dos grupos de actores el Estado municipal juega un rol de mediador y articulador de demandas y respuestas que veremos se traducen en diferentes intervenciones según se trate de iniciativas dirigidas a "la ruta" o al "pueblo", y cómo precisamente esa intervención diferenciada se traduce en lógicas de conflicto. Según Villar (2007) el análisis del proceso de desarrollo en una localidad implica detenerse en

“la articulación, coordinación, mediación y asignación de recursos entre la red de actores locales cuyas acciones influyen en las dinámicas del territorio [...] Así, la articulación, en sentido político, significa coordinar y mediar para resolver las tensiones y conflictos que la interacción público-privado y la dinámica del entramado de las instituciones y los actores locales generan” (p. 18).

La importancia que, en base a nuestro trabajo de campo, percibimos tiene el Estado local en el desarrollo territorial en Pipinas, se encuentra en línea con algunas visiones teóricas que abordan este proceso en nuestro país. Por ejemplo, Altschuler y Casalis (2006) señalan la necesidad de reconocer en el municipio un actor clave y activo en las dinámicas de desarrollo, y no meramente un agente administrativo de su instrumentación en base a la planificación diseñada desde otras escalas: “en las estrategias de desarrollo local juega un papel clave el gobierno local, como actor político fundamental, y esto en la medida en que encarna el rol de promotor y concertador de ideas, intereses y acciones” (p.16). Esto también es señalado por Tecco (1997) al indicar que los municipios, hacia fines del siglo XX, se han

vuelto promotores del desarrollo integral de las comunidades locales. Así se han expresado también otros/as autores/as u organismos que recuperan la importancia de detenerse, en los análisis sobre desarrollo en localidades, en el rol y las iniciativas del Estado local (Vázquez Barquero, 1993; Tecco, 2002; Bernazza, 2008; Diez y Urtizberea, 2015). Sin embargo, el caso de Pipinas aporta un elemento original que no hemos encontrado en la bibliografía especializada sobre desarrollo: no sólo es una localidad dentro de un Municipio, sino que se encuentra alejada del tejido urbano central, es decir que desde el palacio municipal o el centro administrativo local hasta Pipinas se hallan extensiones territoriales con una baja densidad poblacional y prácticamente nula infraestructura (la distancia entre la Municipalidad y Pipinas es de 16 kilómetros). Para hallar algunas conceptualizaciones en torno a esta cuestión, y dialogar con ellas, debemos detenernos en autores/as que abordan la distancia institucional (Merklen, 2010; Perelmiter, 2016), las mediaciones entre Estado y ciudadanía (D'Amico, 2017), o bien la cuestión de la proximidad en las instancias de participación (Díaz *et. al*, 2020).

Mapa 3. Localidades de Verónica y Pipinas. Rutas provinciales 11 y 36.



Fuente: elaboración a partir del software QuantumGIS (QGIS), utilizando como mapa base Google Satelite. La lejanía de la que hablamos se plasma en expresiones de los propios funcionarios municipales:

“salir a la ruta para ir a Pipinas para la gente de acá, y para nosotros mismos te digo eh, es como si tuvieras que agarrar un puente para cruzar un río y recién del otro lado está Pipinas. Con decirte que en la gestión anterior le decían ‘la isla’” (Gustavo, Secretario de Gobierno de la Municipalidad de Punta Indio municipal. Septiembre 2017).

Estas cuestiones desafían los principales lineamientos de la bibliografía especializada, ya que hay un acuerdo generalizado en torno a la importancia del Estado local en el proceso de desarrollo territorial basada principalmente en el factor de proximidad (Arroyo, 2002; Bernazza, 2008; Albuquerque, 2011; Díaz *et. al.* 2020). Entonces ¿qué sucede con el Estado municipal en esta localidad que era percibida como una “*isla*”? ¿Qué dinámicas habilita el Municipio para salvar esas distancias, y qué características asumen? ¿Cómo son percibidas por los actores de Pipinas?

Ciertamente desde el Estado local se generan iniciativas que intentan achicar esa distancia que, a simple vista, es espacial pero que se traduce en una lejanía simbólica: la cuestión no es que quede lejos el palacio, sino “*la Municipalidad*”. La idea de proximidad fue retomada por Perelmiter (2016) para elaborar algunos hallazgos sobre las vinculaciones entre gestores estatales ministeriales y ciudadanos/as asistidos/as por este organismo³⁶. También es útil en este sentido el aporte de Merklen (2010) sobre el proceso de distancia institucional³⁷ para dar cuenta de una característica original del Estado hacia fines del siglo XX y principios del XXI: está presente pero ausente. En palabras del autor:

“el Estado sigue estando presente masivamente entre las clases populares como un desorganizador de la vida más que como un órgano de protección y de integración social. No se trata tanto de una ausencia del Estado, no es que la escuela o la policía no estén allí. Están y bien presentes, pero muchas veces están allí contribuyendo a que

³⁶ En su obra “Burocracia plebeya” (2016) Luisina Perelmiter se aboca al estudio del Estado “desde adentro” (Sollazzo, 2016, p. 232) proponiendo un enfoque micropolítico para dar cuenta de sus principales hallazgos. Encontramos una línea de continuidad de nuestro trabajo con esta propuesta en tanto allí la autora despliega una serie de hallazgos en torno a la dinámica institucional de agencias estatales que llevan a cabo políticas de asistencia por las que los/as efectores/as del Ministerio de Desarrollo Social de la nación pretenden estrechar la distancia y subvertir la relación de jerarquía con las personas beneficiarias de esas políticas. Sin embargo encuentra que, lejos de eliminarse, la dinámica institucional de esas agencias estatales revela una reproducción de ese efecto de distancia. En esta línea veremos cómo en Pipinas también opera esa distancia simbólica pero con el agregado de que allí es fortalecida por una distancia real, física, reflejada en el hecho de que la Municipalidad se encuentra en Verónica, a 16 km de distancia.

También observaremos cómo los/as funcionarios/as de Punta Indio buscan, a partir de distintas estrategias, estrechar esa distancia yendo a la localidad y proponiendo instancias de participación para la concreción de objetivos comunitarios.

³⁷ El autor retoma la idea de “distancia institucional” para expresar esa desafiliación que experimentaron las clases populares con respecto al Estado como organizador de la vida y promotor de condiciones básicas de bienestar (veremos cómo en Pipinas se da también esa distancia institucional y cuáles son las estrategias que los actores locales instrumentan para reducirla y canalizar sus demandas).

el mundo siga siendo vivido como inestable, arbitrario, injusto e irremediable” (p. 24)³⁸.

En este sentido, encontramos antecedentes que han abordado cómo la distancia que separa a los sujetos y sus barrios de residencia de oficinas del Estado implica que ellos/as cuenten, de ante mano, con una situación de desventaja que radica en la necesidad de trasladarse hacia esas oficinas para gestionar sus demandas o ejercer sus derechos (D’Amico, 2017). Otros trabajos han abordado estos encuentros entre el Estado y la ciudadanía recuperando la idea de que aquel no actúa de manera unitaria y coherente (Perelmiter, 2016), o advirtiendo el carácter contradictorio de su funcionamiento, asumido como un elemento constitutivo (Oszlak, 1979).

Entonces, nos preguntamos: ¿cómo opera la distancia (física y simbólica) entre el Estado y otros actores de la localidad? ¿Esa distancia es percibida de manera unívoca por todos los actores o diferencialmente según en qué actor nos concentremos?

Otro elemento original en este caso lo identificamos a partir del cuestionamiento a instancias de mediación entre la Municipalidad y los/as pipinenses: ¿qué rol asume la delegación municipal en Pipinas?, ¿cómo es construido ese rol por parte de los/as ciudadanos/as que allí residen?, ¿cuál es su aporte a esta trama, si es que existe? Es extraño encontrar en la bibliografía algunas reflexiones o hallazgos en torno a este nivel de análisis que se corresponde con el de la delegación, sin embargo abundan trabajos que centran su mirada en la escala municipal (García Delgado, 1997; Bernazza, 2004; Iucci, 2016; Cravino, 2018). Veremos que la figura del delegado y de otros/as funcionarios/as, son consideradas elementos clave de la gestión municipal en Pipinas, lo que nos permitirá analizar cómo se dan las articulaciones entre el municipio y otros actores de la localidad a partir del procesamiento, gestión y articulación de demandas, pedidos y reclamos.

³⁸ Si bien Denis Merklen (2010) analiza en contextos urbanos lo que llama repertorios de acción de las clases populares, nos parece interesante aportar algunos elementos de su trabajo en esta tesis para dialogar con ellos a partir de nuestros hallazgos en Pipinas. Así, encontramos ciertas continuidades entre nuestra investigación y la de Merklen, por ejemplo:

1. las clases populares en las que se enfoca el autor experimentan procesos de empobrecimiento como consecuencia del modelo de acumulación neoliberal que produjo un profundo proceso de desindustrialización (lo que se refleja en Pipinas con el cierre de CORCEMAR/Loma Negra, en el año 2001).

2. A partir de ese empobrecimiento las clases populares experimentan un proceso de desafiliación política que las lleva a refugiarse en lo local y reconstruir su sociabilidad a partir de su “inscripción territorial” (2010, p. 14) donde organizan su participación política y sus lazos de solidaridad. Así, argumenta su idea de que los sectores populares pasaron de una politicidad centrada en el mundo del trabajo a una centrada en la inscripción territorial, recuperando la escala local (el barrio) como escenario de organización (veremos cómo en Pipinas esta organización política que se da en el espacio local próximo, que aquí podríamos llamar “el pueblo” -en vez de “el barrio” de Merklen- se encuentra atravesada por estos lazos de solidaridad y cooperación, pero también de conflicto).

Como marco general, retomamos la propuesta de Perelmiter (2016) quien, para analizar las mediaciones entre Estado y ciudadanos/as, sugiere tomar distancia de miradas prescriptivas que redundan en conclusiones que afirman el éxito o fracaso de las iniciativas estatales, lo que limita la comprensión de lo que realmente sucede en las instituciones del Estado. Así, optamos por analizar los procesos que tienen lugar en nuestro trabajo de campo desde sus propios parámetros, en este sentido es que trabajamos con lo que el campo nos ofrece. Por eso, una de las iniciativas que se volvió un insumo para aportar algunas reflexiones en este análisis fueron los espacios de participación que el gobierno local implementó en Pipinas y que, durante el tiempo que se extendió nuestra visita a la localidad, se concentraron en tres acciones: la jornada comunitaria para la puesta en valor del Club Juventud de Pipinas, el Conversatorio Feminista y la organización de la segunda edición en el 2016 de “La fiesta del cordero”.

Para problematizar la estrategia participativa de gestión municipal, hallamos un interesante aporte de Díaz *et. al.* (2020) que aquí es sumamente pertinente ya que aporta análisis sobre la cuestión de la proximidad a partir de instancias de participación institucionalizadas y no institucionalizadas en pequeñas localidades. En esta línea también retomamos los aportes de Pagani (2007)³⁹ sobre las consecuencias políticas y sociales de esta iniciativa. A partir de una sistematización de hallazgos de otros/as autores/as rescata la posibilidad de analizar las consecuencias positivas de esta iniciativa: “mejorar el sistema democrático, socialización de la política (Cunill Grau, 1991), construcción de sujetos activos, control del clientelismo, fortalecimiento en la organización de la comunidad (Ruiz, 2004; Montero, 2004), un medio técnico que disminuye conflictos” (Pagani 2007, p. 79). Sin embargo, junto con ella, otros/as autores/as ven en la participación un medio para contribuir a la construcción ficticia de consensos y manipulaciones políticas, o dispositivos de disciplinamiento social (Boisier, 1997; Pérez, 2000; Pagani, 2007).

Entonces, otras cuestiones que guiarán este capítulo son: ¿cuáles son las instancias de participación que instrumenta la gestión municipal, qué características asumen y desde qué lugares se interpela a la participación en estas iniciativas?

³⁹ En otra producción más reciente (Pagani, 2016) la autora se posiciona críticamente respecto a estas visiones que rescatan dicotómicamente aspectos positivos o negativos de la estrategia participativa, problematizando estas visiones “en bloque” (p. 57) y proponiendo una perspectiva que recupere los matices, ponderando las interrelaciones entre las trayectorias, las dinámicas políticas, las experiencias y las representaciones de los actores involucrados, devolviéndole así a estos sujetos un rol activo en el proceso participativo, que debe ser tenido en cuenta en el análisis.

A la luz de los interrogantes que fuimos planteando, veremos cómo se desenvuelve este núcleo de articulación que vincula a “la ruta”, “el pueblo” y “la Municipalidad”, como parte del proceso de desarrollo territorial en Pipinas. Sostenemos que a partir de esas vinculaciones, estos actores gestan iniciativas que resultan en algún tipo de impacto en torno a su posición en la trama: en este caso veremos cómo la posición de los “carritos”, asociados a “la ruta” termina fortaleciéndose en esta articulación con el Estado local, mientras que “el pueblo”, experimenta un proceso de debilitamiento. No obstante, esta dinámica se da si restringimos nuestra mirada a lógicas de intercambio material, de comercialización, ya que según el trabajo de campo existen matices cuando nos concentramos en el aspecto político de estas intervenciones. Veremos cómo a partir de instancias de participación en una jornada comunitaria y de formación política en el marco de un conversatorio feminista, las percepciones entre quienes participan de esta instancia tienden a coincidir en cuanto a que resultan en un fortalecimiento de su posición en la trama. Entonces el proceso de desarrollo territorial se complejiza en tanto no redundan linealmente en instancias de acumulación, sino que más bien estas se darán según el actor en el que nos concentremos, incluso hay actores que se fortalecen si miramos un aspecto de su inserción en la trama, pero se debilitan si nos concentramos en otro.

Para profundizar en esos tópicos, nos valemos de entrevistas en profundidad realizadas a: el Secretario de Gobierno de la Municipalidad de Punta Indio, un funcionario del área de Turismo de la Municipalidad de Punta Indio, el Delegado Municipal en Pipinas, comerciantes de los “carritos” y “del pueblo”. También contamos con registros de intercambios informales con vecinos/as, con una participante del conversatorio feminista organizado en una institución de la localidad, análisis de fuentes secundarias (como archivos audiovisuales o la estructura programática de la Municipalidad de Punta Indio) y una observación participante realizada en el marco de una jornada comunitaria, convocada por la Municipalidad, para el reacondicionamiento del Club Pipinas.

Intervención diferenciada

Como emergente del campo hallamos que los comercios que se encuentran emplazados en el parador del acceso a la localidad, sobre la ruta 36, cuentan con un protagonismo excepcional tanto en la historia local como en la dinámica política y comercial actual: son los llamados “carritos”. Desde el año 2005 un conjunto de familias de la localidad de Pipinas que se dedicaban a la producción casera y artesanal de dulces, quesos, chacinados, y productos de

pastelería, encontraron en la intersección entre la ruta provincial 36 y la calle 5 de acceso a la localidad un sitio donde ofrecer sus productos. Como la ruta era (y es) una vía de tránsito para las personas que viajan hacia o desde la costa atlántica, ese espacio se tornó un lugar donde ofrecer productos locales y de la zona. Las primeras soluciones con las que contaban estas familias pipinenses para disponer su producción consistían en “carritos” que acercaban y estacionaban de manera dispersa y aleatoria al costado de la ruta. En el año 2012 la Municipalidad construyó doce locales en el acceso a Pipinas que fueron proporcionados a estos comerciantes para poder llevar a cabo formalmente su actividad de venta a cambio del pago de un canon anual. En el año 2019, durante nuestra últimas visitas a la localidad para el trabajo de campo, los carritos que funcionaban con fines comerciales eran diez: “El buen gusto”, “Carrito el 22”, “Artesanías Flopy”, “De mi tierra regionales”, “Beto’s”, “Mahonna”, “Degustando”, “Dulce Jazmín, artesanías y regalos”, “Rincón de la dulzura”. Uno de los espacios era utilizado como delegación de la oficina de información turística del Municipio. El “carrito” restante se encontraba desocupado.

Imagen 13. Carritos “Beto’s” y “Flopy”



Fuente: registro de campo, octubre 2019.

Imagen 14. Carrito “El 22”



Fuente: registro de campo, diciembre 2019.

Estos puestos siguen siendo reconocidos por los pipinenses como “carritos” aunque ya no lo sean:

“se llaman carritos porque eran casillas rodantes que estaban todas ahí desparramadas en un sector, en una situación bastante irregular, sin ningún tipo de... no había mucho control de eso. [...] Hoy sí, lo que se hizo se concentró en ese lugar que vos ves, esa construcción que le hicimos nosotros. Obviamente que esos son como locales que el municipio le da la tenencia, digamos, la concesión y pagan un canon anual” (Gustavo, Secretario de Gobierno de la Municipalidad de Punta Indio, septiembre 2017).

El Estado municipal les brindó a los comerciantes de los “carritos” una solución a su situación de irregularidad y precariedad, proveyéndoles la infraestructura donde organizar su comercialización y diseñando un plan de pago anual en forma de canon por la ocupación y uso del espacio. Incluso, ante la situación percibida de una baja en los volúmenes de venta vinculada a la eliminación de varios feriados⁴⁰ que generaban un flujo mayor de personas por

⁴⁰ En el año 2010, la gestión de la entonces presidenta Cristina Fernández, estableció por decreto 1584/10 días no laborables para complementar algunos feriados de manera tal que la cantidad de días consecutivos no hábiles fueran cuatro y fomentar así la actividad turística. En el año 2017 durante la presidencia de Mauricio Macri se promulgó el decreto 54/17 que dejó sin efecto la resolución anterior, eliminando este sistema de feriados puente, aunque luego el mismo gobierno presentó al cuerpo legislativo la Ley 27.399, que fue aprobada y que restablece aquel formato de días no laborables con fines turísticos.

esa ruta y una mayor demanda de los productos que allí se comercializaban, el Estado municipal elaboró respuestas posibles a esta situación:

“ahora estamos revisando [el pago del canon] y se lo vamos a... por lo menos a buscar la manera de no cobrárselo. Están muy complicados, porque obviamente la gente... digamos, nos quedamos sin los fines de semana largo” (Gustavo, Secretario de Gobierno de la Municipalidad de Punta Indio, septiembre 2017).

Si bien podemos pensar esta respuesta como una dinámica de fortalecimiento de la producción local, el mismo funcionario relativiza la eficacia de la iniciativa de la Municipalidad desde una perspectiva más integral: pensando desde el Estado, entiende que “no existe una articulación real” con estos emprendimientos que se traduzca en una mayor acumulación económica para ellos, ni tampoco en términos de acumulación inmaterial, por ejemplo, fortaleciendo los vínculos institucionales entre el gobierno local y los “carritos”. Más bien se reconocen iniciativas focalizadas, y no un plan de acción que favorezca a la actividad de los carritos de manera sostenida en el tiempo.

“nos falta... nos falta que siempre respondemos ante una demanda o un problema particular, no les decimos “para ustedes pensamos esto” sin que ellos nos vengan con algún problema en particular. Ahora está el problema del pago del canon, respondemos a eso, antes era el problema de que no tenían locales como la gente, respondimos a eso...quizás de nuestro lado apuntar a generar un plan de acción” (Gustavo, Secretario de Gobierno de la Municipalidad de Punta Indio, septiembre 2017).

Por otro lado, desde la gestión municipal consideran que sería beneficioso si los/as comerciantes de la ruta apuntaran a un mercado que no se restringa a lo local.

“no hay una articulación real con el emprendedor en términos, por ahí, concretos. El emprendedor necesita que vos lo ayudes a comercializar el producto, porque casi siempre le falta la pata de encontrar el mercado para poner su producto” (Esteban, Director de Turismo de la Municipalidad de Punta Indio, enero 2018).

En otro momento de la misma entrevista donde consultamos si estas iniciativas son llevadas a cabo por un número significativo de pipinenses, nos dijo:

“No, no hay muchos, pero los que lo tienen, tienen un mercado local. Lo venden en los nuevos puestos que están sobre la ruta. Eso vendría a ser el canal de comercialización local. No están preparados para tener mayor producción ni tener la posibilidad de transportar... quizás, no sé, una repostera como Mahonna⁴¹ vende tortas que hace acá en Verónica⁴². El artesano solamente tiene un puesto dentro de los puestos regionales que tenemos nosotros acá en Pipinas, y ellas exportan a Verónica, que es el pueblo cabecera del distrito, y puede vender en los supermercados y en los almacenes todas

⁴¹ Es el nombre de uno de los “carritos”.

⁴²Verónica es la localidad más poblada y cabecera del Municipio, allí se encuentra la Municipalidad de Punta Indio.

las cosas dulces que ellas realizan (...) pero bueno, los emprendedores realmente necesitan que les resuelvas la articulación con la comercialización, y también necesitan tener líneas crediticias, para poder hacer que sus emprendimientos compren lo que la ley les marca”(Esteban, Director de Turismo de la Municipalidad de Punta Indio, enero 2018).

Estos aportes nos permiten caracterizar la articulación que se construye entre el Estado y los “carritos”, en este sentido si bien reconocemos una iniciativa estatal para brindarles apoyo a estos/as comerciantes, también percibimos que, desde la Municipalidad, se les plantea que deberían desarrollar una comercialización más allá de ese espacio.

El soporte que el Estado les brinda a los “carritos” se encuentra condicionado por las percepciones que circulan entre los propios pipinenses que no son comerciantes de estos “emprendimientos” en la ruta, pues de las entrevistas se desprende que muchos vecinos y vecinas ven con recelo el hecho de que la Municipalidad les brinde herramientas a los “carritos” para potenciar su actividad, sintiéndose relegados/as. No es de extrañar la importancia que estos comercios revisten para Pipinas según la perspectiva de los funcionarios consultados, que reconocen un doble rédito vinculado a los “carritos”: como lugar de comercialización que redundaría en un beneficio directo para las personas que trabajan allí y como una puerta de entrada de visitantes a la localidad, como un “enganche” turístico. Ello se pone en evidencia tanto en el siguiente extracto de entrevista como en el hecho de que en uno de los carritos funcione una oficina municipal de orientación turística donde asesoran y comparten folletería con información sobre alojamientos, comercios gastronómicos, teléfonos de utilidad, y un mapa de la localidad donde se referencian actividades de interés y servicios.

“Hoy en día Pipinas se volcó hacia la ruta, ahí hay que mirar... porque no sólo están los que pasan y compran, sino los que también pasan, compran y dicen ‘che, mirá este pueblito, a ver...’ y se mandan a recorrer, entran a Pipinas, y capaz te compran una gaseosa en el kiosco, o ven el Hotel y saben que está el Hotel por si quieren venir un fin de semana. Es como un enganche, una ventana al pueblo” (Gustavo, Secretario de Gobierno de la Municipalidad de Punta Indio, septiembre 2017).

Imagen 15. Folleto brindado en la oficina de información y promoción turística que funciona en uno de los carritos, en el acceso a Pipinas



Fuente: registro de campo, julio 2019.

Lo que vuelve complejo el entramado en la que participa el Estado junto con otros actores de la localidad es esta percepción de que para algunos/as pipinenses la Municipalidad les otorga mayor importancia a los “carritos” que a los que no se encuentran sobre la ruta, los comercios “del pueblo”. Según el testimonio de una comerciante, así como la Municipalidad les brinda ese tipo de soluciones a los “carritos” también podría implementar acciones que fortalezcan la comercialización de los negocios del interior.

–“Yo entiendo que estaba todo esto de los feriados puente y que el turismo había repuntado bastante, pero con la gente que entra al pueblo no alcanza... acá vivimos de la gente del pueblo, y en la ruta viven con la gente de la ruta... el delegado dice que eso beneficia a todos porque la gente entra a Pipinas... pero no es así, de 10 entra 1, o 2... y no compran facturas acá, las compran en la ruta. Entonces, yo le dije: “¿por qué no suman 4 o 5 carritos a la ruta para que vayamos los que tenemos negocio adentro? Porque el de la ruta no entra, pero el de Pipinas se acercaría a la ruta a comprar, le queda cerca” (Elvira, comerciante pipinense, enero 2018).

En el relato de Elvira el Estado municipal es interpelado, concretamente, como mediador de intereses, rol que es rescatado por Villar (2007) y por Altschuler (2006) como parte del proceso de desarrollo en una localidad. Además, este testimonio nos invita a considerar cómo opera lo espacial en torno a la diferenciación que implica “la ruta” y “el pueblo”, simbolizado como *afuera* y *adentro*, respectivamente.

Desde la gestión municipal reconocen que cada actor de la localidad amerita un tipo de intervención diferente que responda a sus intereses específicos, cuando indagamos sobre esta disputa en torno a las soluciones ofrecidas a los “carritos”, un funcionario respondió:

“Es que cada uno tiene su problema propio: el carrito necesita un lugar lindo para atraer al que pasa por la ruta, si los que pasan por la ruta entran capaz te compran algo, en realidad también es un beneficio para los comerciantes de acá, indirecto si quieres” (Esteban, Director de Turismo de la Municipalidad de Punta Indio, enero 2018).

Así, advertimos que el municipio no responde de manera unívoca sino que interviene diferencialmente en función del actor con el que dialogue y de la demanda que éste plantee. Este proceso revela que las respuestas del Estado local, los circuitos y las formas en que se tramitan las cuestiones que los actores le acercan no transitan idénticos caminos, tejiendo una trama compleja no exenta de conflictividad.

A priori, uno de nuestros supuestos consistía en que esta intervención diferenciada por parte del Estado municipal se correspondía con el tipo de actividad que los actores llevaban adelante y también con la cantidad de comercios que nucleaba el espacio destinado a los “carritos”. Es decir, al construir el espacio para que estos funcionaran se les dio solución a doce emprendimientos (y doce familias) a partir de la ejecución de una sola acción que implicaba la construcción del parador, en contraposición con la respuesta focalizada que debía dar el municipio a cada comercio que se encontraba disperso en el interior del pueblo, que reclamaban lo mismo con lo que fueron beneficiados los carritos: “un local lindo para ofrecer mis productos”, según las palabras de Elvira, comerciante del pueblo.

Entonces, hallamos que lo que el funcionario municipal entiende como una situación donde “cada uno tiene su problema propio”, lo que implicaría una intervención diferenciada (que de hecho se da) entre los “carritos” y los comercios, entre “la ruta” y “el pueblo”, en realidad no responde a una situación problemática diferencial entre estos dos actores, sino más bien a un objetivo propio del Estado municipal, que tiene que ver con la construcción de los carritos y el parador como “enganche”, y “ventana al pueblo”. En conclusión, la intervención diferenciada no responde a que cada comercio tiene su “problema propio”, sino a objetivos de la gestión local municipal. Entonces, si bien hallamos un proceso coincidente con las ideas según las que el Estado no actúa de manera unitaria y congruente hacia el conjunto de la ciudadanía (Perelmiter, 2016), en esta primera articulación que analizamos en Pipinas esto aparece vinculado a dar respuesta a objetivos programáticos y de gobierno más que a un elemento constitutivo, propio del Estado.

Es más, esta intervención diferenciada, según los actores, se encuentra atravesada por una cuestión espacial y no comercial: se identifica con el lugar en el que desarrollan la actividad. Así, se distinguen acciones vinculadas a los/as comerciantes que están sobre la ruta, por un lado, y acciones destinadas a quienes se encuentran en el interior del pueblo, por otro. No obstante, esta distinción no se hace sobre la base de intervenciones concretas, sino sobre las ideas que circulan en torno a ellas, ya que no se desarrollaron iniciativas para los/as comerciantes “del pueblo”, solo prevalece la idea de que serían objeto de “otro tipo de intervenciones” (sin especificar cuáles, ni si se han dado), que, como veremos a continuación, en realidad son acciones destinadas a la comunidad en general por lo que los comerciantes terminan participando de ellas, pero no se da una iniciativa directamente vinculada a los emprendimientos “del pueblo” como sí sucede, en cambio, con los “carritos” de “la ruta”. Y esto sucede, precisamente, por el lugar en el que se encuentran, que no es la ruta o el acceso. En este sentido, las consideraciones de los funcionarios municipales coinciden en que se da lugar a otras iniciativas que promueven dinámicas de acumulación que no se restringen a lo económico.

Emerge así otro eje de análisis: la contraposición de las miradas sobre el desarrollo, que parecen construirse también de forma diferenciada al referirse a unos u otros actores. Por eso, a continuación veremos cómo desde el Estado se generan espacios de participación para comerciantes (“del pueblo”, es decir no de “la ruta”) y vecinos/as pipinenses como instancias para potenciar actividades comerciales pero también para fortalecer vínculos comunitarios, lazos sociales, sentidos de pertenencia y trabajos colectivos. Estos elementos son ponderados por los funcionarios consultados como resultados de acciones destinadas al “pueblo”, que es interpelado a partir de la posibilidad de “participar en estos espacios de trabajo y de decisión que involucran a toda Pipinas”.

La participación como estrategia para empatar y como espacio para reclamar

Como adelantamos, desde el gobierno local se generan espacios de participación tendientes a reforzar las articulaciones entre actores locales pero también con la finalidad de ofrecer nuevos mercados donde algunos/as de ellos/as puedan comercializar sus productos, guiados por la premisa de que “cada uno tiene su problema específico”. Así, la Fiesta del cordero, que en 2016 tuvo su segunda edición, es una instancia participativa en torno a la que desde varios meses antes se dan cita los/as pipinenses, junto con funcionarios municipales, para su organización.

Compartimos a continuación un extracto de la entrevista realizada al funcionario encargado del área de Turismo, dependiente de la Subsecretaría de Desarrollo Económico y Productivo, donde repone esta experiencia:

“Sí, otra vez este año vamos a tenerlo (...) Lo bueno de la fiesta del cordero es hacer participar a todas las instituciones que quieran (...) a la cooperadora de la escuela, a la cooperadora de la salita, a la institución del club donde estamos hoy (...) los jubilados, y demás. ¿Quién va a vender hielo? ¿Quién va a vender gaseosa? ¿Quién va a vender bebidas? ¿Quién va a vender ensaladas para el cordero? ¿Quién va a vender helado? ¿Quién va a vender cosas dulces? Bueno, y a cada uno se le da un rol dentro de la fiesta. Entonces de esa manera por lo menos hay una experiencia de toda la comunidad, dentro del turismo” (Esteban, Director de Turismo de la Municipalidad de Punta Indio, enero 2018).

En la voz del funcionario municipal la iniciativa implica el trabajo articulado de diferentes actores de la localidad en base a una determinada división de funciones, aunque dentro de esta “experiencia de toda la comunidad” lo que prima es el beneficio económico, ya que todas las actividades que enumera remiten a la comercialización de productos en el marco de la fiesta. Por otro lado, la visión del delegado de la localidad complejiza un poco más los procesos que genera esta instancia: en este sentido rescata este evento como consolidación de un espacio colaborativo y de participación colectiva, en el que se fortalecen los lazos de reciprocidad entre los y las pipinenses, y se ponderan los beneficios no económicos que surgen de él:

“No es que solamente te haces de unos pesos, sino que además compartiste el día con el vecino, con los pibes de la escuela, con turistas que se vienen de otras ciudades, promocionaste Pipinas. Es como que todos ganan (...) primero, plata, y... no es en joda, pero lo primero que ganas es plata, y después la gente ve que en conjunto es mejor, además de ganar más plata, se divierten, pasan un buen rato y trabajan entre varias instituciones que si no estarían estos eventos no trabajarían juntos” (Manuel, Delegado Municipal en Pipinas, septiembre 2017).

En esa sintonía se expresa una entrevistada, participante de la edición 2016 del evento:

“Estuvo bueno porque me acuerdo que me encontré con gente que conocía, pero no sabía que estaba en la misma, y así, por ejemplo, con una vecina de acá nos encontramos en la charla de organización y empezamos a cocinar juntas mermeladas que les vendemos a un carrito de la ruta [...] No sólo me encontré una ocupación, también me hice una amiga” (Graciela, residente de Pipinas, participante de la Fiesta del Cordero 2016, septiembre 2017).

Sin embargo, algunas voces recuperaron este tipo de prácticas como iniciativas estériles ya que las identifican con un evento aislado que tiene lugar sólo una vez al año, no promoviendo una dinámica sistemática de venta de productos que permita una sustentabilidad económica

en el tiempo. Estos relatos ponen el acento en la capacidad de generar acumulación económica y material como base de dinámicas de desarrollo territorial:

“Lo de la fiesta del cordero es muy lindo, sí... es un evento que nos convocan una vez por año, y estamos capaz varios meses antes preparándolo, toda esa parte es lo más lindo. Pero imagínate que para nosotros eso se da una vez por año, la posibilidad está toda concentrada ahí, en cambio si soy uno de los carritos tendría todos los fines de semana para vender” (Elvira, comerciante pipinense, enero 2018).

“Vos podes vender uno o dos corderos en la fiesta, o cincuenta kilos de helado, pero eso es una vez cada año, yo no puedo estar todo el año pensando en que en diciembre voy a vender eso. El tipo necesita vender un cordero por semana, no uno en el año. [...] Después sí, te viste con el vecino, te vino a ver uno de Verónica que hace mucho no ves, el pipinense trabaja en conjunto, pero para trabajar en conjunto tiene que comer todos los días” (Pedro, comerciante pipinense, enero 2018).

Así, se matiza la ponderación en torno a los intangibles del desarrollo (Boisier, 2001) como la cooperación, el espíritu de trabajo colectivo, el reforzamiento de los lazos comunitarios, con la falta de más espacios de comercialización de sus productos. Por el contrario, vemos cómo esos intangibles son valorados de forma positiva, sin matices, cuando se dan en el marco de un proyecto donde la posibilidad de comercializar productos no entra en juego, como es el caso del conversatorio organizado por un grupo de referentes del oficialismo en el Concejo Deliberante de Punta Indio junto con el Hotel Pipinas, y que llamaron “Conversatorio feminista Mujeres Políticas”⁴³, que tuvo lugar en las mismas instalaciones del hotel.

Imagen 16. Flyer del Conversatorio feminista “Mujeres políticas”

⁴³ El encuentro estaba orientado a la participación mujeres, por lo que no asistí a él.



Fuente: registro de campo, julio 2019.

Una de las consultadas, integrante del panel, señaló que este tipo de iniciativas tienden a aportar una forma de conocimiento práctico que en las pequeñas localidades se encuentra vedado: aquel que, en tanto mujeres, las “empodera políticamente para gestar dinámicas de expresión de su resistencia al sistema patriarcal”. Según la consultada, esto tiene un significado especial en localidades rurales con un fuerte contenido de lógicas hegemónicas, machistas, misóginas y patriarcales.

“Esto se ve expresado no sólo en términos del empoderamiento femenino en el territorio, sino también vierte algo de ese empoderamiento en las diversidades sexuales e identidades de género. Imaginate que en un pueblo chico, o un infierno grande, como dicen, esto tiene un impacto muy fuerte. Vos, que estudias desarrollo, tenés que pensar que esto es desarrollo también. Es participar para intervenir” (Gabriela. Funcionaria Municipal participante de la organización del conversatorio, septiembre 2017).

La actividad del conversatorio feminista, en tanto instancia de formación política, es susceptible de ser entendida como un momento de acumulación, política en este caso, y por ende aquí la consideraremos como una dinámica de acumulación inmaterial, y de desarrollo. Esto también es reforzado por las palabras de una de las participantes del encuentro:

“Me gustó, yo me enteré de un montón de cosas que no sabía... formas que tenes de defenderte o de hacer que alguien te defienda si te están llevando por delante. Acá en el pueblo es muy difícil pensar que una mujer pueda decidir algo, pero hablábamos con una amiga que también fue a la charla y decíamos que en realidad tenes a Patricia por ejemplo, que todos la conocemos hace años acá, y bueno...ella es concejal, ¡concejala! [se corrige] como le gusta decir a ella, y ella está en un lugar de decisión, capaz es chiquito, pero es un lugar de decisión. Y nosotras no nos dábamos cuenta de eso, de que había mujeres de Pipinas en lugares de decisión” (Fernanda, participante del conversatorio feminista, julio 2019).

Vemos que en el relato de Fernanda el encuentro feminista no sólo sirvió en términos de acumulación de capital político en relación a los contenidos que abordó, sino que también cristalizó realidades que estaban presentes pero que no habían sido apropiadas, como el hecho de que Patricia, miembro del Concejo Deliberante del Municipio de Punta Indio, sea reconocida en su rol político en tanto mujer. Este tipo de reflexiones se articulan con las instancias de formación política de la que es expresión el conversatorio, generando una dinámica de acumulación inmaterial que fortalece los vínculos políticos atravesados por las cuestiones de género, elemento advertido por Caracciolo (2013) en la constitución de la trama de valor.

Otra iniciativa participativa fue la jornada comunitaria promovida desde la Municipalidad con el objetivo de reacondicionar el Club Juventud de Pipinas. A partir de nuestra participación en dicho evento notamos un fortalecimiento de los vínculos interpersonales de los y las asistentes: con frecuencia observamos situaciones donde dos o más personas descubrían, intercambiando materiales, mates, e historias, que sus familias se conocían o que transitaban espacios comunes o compartían intereses:

“Una persona le pregunta si es de Verónica o de Pipinas, éste le responde que es de Bavio, pero que tiene a sus tíos y padrinos en Verónica. Cuando le menciona su apellido descubren que son ahijados del mismo matrimonio, con residencia en Verónica, se abrazan y antes de despedirse prometen juntarse para comer un asado”. (Nota de campo del 23 de septiembre de 2017, en el marco de la observación participante de la Jornada de trabajo comunitario para el reacondicionamiento del Club Juventud de Pipinas).

Sin embargo, algunos/as vieron en estas iniciativas una intención de “marcar la agenda” o de “distracción” con respecto a las verdaderas prioridades en la comunidad. Por ejemplo, en relación con el conversatorio feminista, un entrevistado (varón) nos dijo:

“No sé, yo entiendo que ahora el feminismo es lo que está de moda, digamos, pero acá tenes una población en la que no pega tanto estos temas... acá en el pueblo es todo más tradicional... en el Hotel podrían pensar en cómo comprar más cosas de producción local, eso sumaría mucho más” (Pedro, comerciante pipinense, enero 2018).

Respecto a la jornada de trabajo comunitario para la puesta en valor del Club, un comerciante expresó:

“Yo no estoy de acuerdo con que nosotros tengamos que colaborar en el arreglo del club, eso le corresponde a la Municipalidad o, en todo caso, a la comisión directiva. Te lo venden como una jornada comunitaria para adornarlo, ¿pero a alguien le consultaron de qué color pintar? ¿si hay que hacer un vestuario más? ¿un lugar para guardar las pelotas? No” (Carlos, comerciante de Punta Indio, octubre 2017).

En otro pasaje de la misma entrevista:

“Acá lo que pasa es que la Municipalidad, con estas actividades, lo que busca es desviar el foco, distraer a la gente... tenemos calles sin asfalto, acá se presentó un plan de repavimentación que lo hicimos en la campaña, y no nos lo aceptaron... está bien, el que está en el gobierno te marca la agenda, pero no sé si el pueblo está muy de acuerdo” (Carlos, comerciante de Punta Indio, octubre 2017).

Así, vemos cómo son valorados los aspectos intangibles del desarrollo (Boisier, 2001) en estas instancias por parte de los funcionarios municipales y algunos/as pipinenses asistentes a ellas, argumentando que esos espacios fortalecen dinámicas de participación, gestión colectiva y solidaridad. En este tipo de iniciativas, y en palabras de los funcionarios, lo que parece predominar es una lógica de la participación como un fin en sí mismo. El vínculo entonces se complejiza: desde la mirada del Estado municipal se ponderan este tipo de dinámicas, mientras que desde la visión de los/as vecinos/as y comerciantes hay voces disímiles: algunos/as valoran estos elementos intangibles mientras que otros denuncian, en estas iniciativas, espacios de pseudoparticipación (Cortazzo, 1996) o de construcción ficticia de consensos (Pirez, 2000).

Esta instancia de participación en la jornada de trabajo comunitario para la puesta en valor del Club Pipinas, nos permite compartir algunos hallazgos en torno a lo que en la introducción planteamos como la homologación entre la distancia espacial y la simbólica entre pipinenses y Estado municipal. Esa jornada comunitaria fue utilizada para *salvar distancias* por algunos/as vecinos/as, principalmente comerciantes, y hacerles llegar a las autoridades municipales sus reclamos de manera directa.

“Uno de los comerciantes se acerca al intendente y le reclama que deberían tener con ellos el mismo trato que con los carritos, porque en realidad todos son comerciantes. El intendente lo invita a charlar de este tema con el delegado municipal porque es “quien mejor conoce la realidad de Pipinas”” (Nota de campo, septiembre 2017).

Estos reclamos se vinculaban concretamente con la asistencia diferencial que la Municipalidad les brindaba a los carritos y que no se extendía hacia los comerciantes “del pueblo”.

Luego de presenciar ese intercambio entre el intendente y el comerciante consultamos a este último si tenía una relación fluida con el delegado, ante lo que respondió que

“sí, acá nos conocemos todos desde hace mucho tiempo, pero a la delegación te acercas y te bicicletean con este tema, ya lo hemos charlado varias veces y nunca nada, por eso fui directamente al intendente, ya que vino...” (Registro de dialogo con un comerciante que participó de la jornada, septiembre 2017).

En otro momento de la conversación, el mismo consultado nos señaló que:

“la verdad no podemos decir que acá no haya nada: está la delegación, hicieron la salita, ahora entre el micro...pero si querés que hagan algo tenés que ir a la Municipalidad” (Registro de dialogo con un comerciante que participó de la jornada, septiembre 2017).

En el primer registro, cuando indagamos sobre el vínculo con el delegado, recuperamos lo que señala Pagani (2007) al detectar que, en ocasiones, la instalación de delegaciones municipales tiende a borrar al Estado a partir de una nueva instancia de intermediación, lo que a priori parecería como mayor presencia estatal en la localidad sería visto como una instancia burocrática más donde llevar las demandas, la mediación en este sentido diluiría la responsabilidad del Estado, y esto es percibido por los y las pipinenses.

Sin embargo, un contrapunto interesante para complejizar esta cuestión lo hallamos a partir de lo que Perelmiter (2016) advierte en los espacios de encuentro entre el Estado y la ciudadanía, que generan una proximidad y un sentido de apego que estrecha las distancias burocráticas, fluyendo el intercambio en un entorno de intimidad entre las partes. En esta línea, creemos que la iniciativa que tuvo el comerciante al acercarse al intendente y reclamarle el mismo trato que tienen desde la Municipalidad con los “carritos”, fue habilitada por el encuentro participativo cuyo objetivo nada tenía que ver con el traslado de demandas o quejas a las autoridades, sino la puesta en valor del club, y también por el hecho de que hayan sido los funcionarios los que se trasladaron hacia Pipinas (y no al revés), suspendiendo ocasionalmente la distancia (física y simbólica) entre pipinenses y autoridades, lo que queda evidenciado en la expresión del comerciante: “ya que vino”.

En el segundo registro vemos cómo es reconocida la presencia del Estado a partir de distintos actores y acciones que son percibidos como dispositivos de presencia municipal allí: la propia delegación, la unidad sanitaria, el hecho de que el colectivo ingrese a la localidad. No obstante, también vemos cómo el entrevistado afirma que para que se den resultados sustanciales es necesario acercarse a Verónica. Subyace aquí aquella idea que expresa la paradoja de un Estado ausente aunque esté presente, desdibujándose sus funciones de facilitador de gestiones ante la ciudadanía (Merklen, 2010).

Por otro lado, recuperando la iniciativa de la convocatoria a la jornada de trabajo comunitario para poner en valor el club, advertimos que algunos relatos relativizan la importancia de los intangibles del desarrollo (Boisier, 2001), en este caso encarnados en la posibilidad de “trabajar en conjunto”, donde queda supeditado a las condiciones materiales de vida de los/as vecinos/as de Pipinas y a la posibilidad de viabilizar exitosamente sus propias demandas. Este tipo de percepciones nos permiten reflexionar sobre lo conflictivo que resulta la articulación del Estado en su nivel municipal con los otros actores territoriales de la localidad. Éstos perciben las iniciativas estatales tendientes a fortalecer las dinámicas de comercialización de productos dirigidas predominantemente a los carritos de “la ruta”, mientras que ellos no se sienten objeto de iniciativas de este tipo. En cambio, desde la Municipalidad se reconoce una dinámica de intervención diferenciada para cada actor, y se plantea para el conjunto de los/as vecinos/as algunas iniciativas que desbordan lo exclusivamente económico y comercial, y que precisamente por eso no son valoradas de igual modo por los vecinos y comerciantes “del pueblo”.

Notamos que este conjunto de iniciativas destinadas a la participación en “espacios de trabajo y de decisión que involucran a toda Pipinas”, que son promovidas como acciones destinadas “al pueblo” en esta lógica de intervención diferenciada, se corresponden con instancias aisladas y no como parte de un plan articulado, en el que participen de forma institucionalizada los/as ciudadanos/as (Díaz et. al., 2020). Más bien se corresponden con iniciativas de participación que las autoras conceptualizan como no institucionalizadas, en el sentido de que no se identifican con una política pública, sino más bien con acciones concretas que incluso en el campo nos permitieron relevar acciones de impugnación, por ejemplo, hacia el rol del delegado municipal en Pipinas, quien, como nos reveló un vecino, “te bicicletean”. De esta forma se pone en tensión las virtudes que parecería tener el elemento de proximidad entre el Estado y la ciudadanía en una pequeña localidad, evidenciando que ésta no puede homologarse linealmente con la sola cercanía social, sino que intervienen otros elementos como las interacciones regulares y frecuentes, la fluidez de la comunicación y el sentido de pertenencia común (Schulmaister, 2008, citado en Díaz, et. al. 2020).

En la voz de los propios funcionarios municipales, estas acciones que llevan adelante están orientadas especialmente “al pueblo”. Las reponen como respuesta ante el reclamo de los/as comerciantes por un trato igualitario en relación con los “carritos”. Por eso es que percibimos que estas iniciativas de participación que abordamos y analizamos son construidas por los funcionarios locales como acciones que *empatan* con aquellas vinculadas a los “carritos”. Entonces, ni “la ruta” ni “el pueblo” serían destinatarios exclusivos de acciones del Estado

local, sino que ambos serían objeto de diferentes iniciativas: si a los carritos los eximen del pago del canon, a los comerciantes les facilitan un evento donde vender sus productos; si la Municipalidad les construyó el parador a los “carritos”, a los/as vecinos/as del pueblo los invita a poner en valor el Club local.

Asimismo, vemos cómo los actores instrumentan diferentes estrategias para estrechar esas distancias y visibilizar su demanda, apoyados en las iniciativas de participación: por ejemplo el comerciante que le comunicó su reclamo al intendente aprovechó la instancia de trabajo comunitario en el Club para hacerlo, basándose en la idea de que para que esos reclamos surtan efecto es necesario plantearlos directamente a la Municipalidad, y ¿quién mejor que el mismo Intendente representa esa instancia de gobierno? Para este comerciante, el hecho de que el Intendente se haya acercado hasta Pipinas le evita tener que trasladarse hasta Verónica para viabilizar su demanda, lo que implicaría costos (materiales e inmateriales) aún con la incertidumbre sobre la efectividad del reclamo.

Observando a los carritos advertimos también una idea similar en torno a la comunicación directa de las demandas y necesidades a “la Municipalidad”, sin embargo la estrategia que adoptan para estrechar la distancia con ella es diferente, ya que asume un espíritu colectivo: una vez por mes se reúnen todos/as los/as encargados/as de los “carritos” y, entre otras cuestiones, construyen un conjunto de demandas que luego, en grupo, acercan a la Municipalidad en Verónica y son recibidos por algún funcionario del gobierno local.

Esta iniciativa de petición conjunta fue formalizándose con el correr de las reuniones. En principio, no había un acuerdo de reunión preestablecido entre los funcionarios y los/as comerciantes, sino que estos/as lograron un primer contacto informal con el Secretario de Gobierno municipal, que dio inicio a una serie de encuentros esporádicos. Con el correr del tiempo se estableció que los primeros miércoles de cada mes sería el espacio de encuentro entre los funcionarios y los “carritos”:

“la primera vez que tuvimos la reunión fue porque una maestra de acá de la escuela conocía a Gustavo (Funcionario Municipal) y ella le pidió que cuando venga a Pipinas nos haga un lugarcito para vernos. La segunda vez nos mandamos directamente a la Municipalidad y nos atendió (...) como siempre íbamos los miércoles ya nos decían “miércoles de carritos” (ríe) pero en chiste, ya se había dado una relación casi de amistad, bah... porque a la Municipalidad le conviene que estemos acá también, así muestran el trabajo y a Pipinas” (Mirta, encargada de carrito, febrero 2017).

Estas dos estrategias que instrumentan “la ruta” y “el pueblo” para achicar la distancia con la Municipalidad dan cuenta de la capacidad de acción que tienen, diferencialmente, estos actores: para los carritos es más viable acercar sus demandas al gobierno local ya que, a partir

de una lógica de organización colectiva, lograron instituir “los miércoles de carritos” como encuentros regulares con las autoridades locales, sin embargo los actores “del pueblo” deben sopesar los costos y beneficios de trasladarse hasta Verónica o, como hicieron en la jornada comunitaria de acondicionamiento del club, esperar que quien vaya a Pipinas sea “la Municipalidad”.

Conclusiones del capítulo

Si el desarrollo territorial es un proceso complejo que pone en vinculación distintas capacidades e iniciativas de los actores locales para promover acciones colectivas de transformación del territorio en pos de obtener un mejoramiento en las condiciones de vida de las personas (Alemany *et. al.*, 2014), y si entendemos que este mejoramiento no se limita a lo estrictamente material y consideramos también la creciente capacidad de participación y de decisión, el fortalecimiento de los lazos sociales y del sentido de pertenencia, el análisis de la trama a partir de la articulación entre “la ruta”, “el pueblo” y “la Municipalidad” que proponemos en este capítulo algo tiene para decirnos en torno a ese proceso.

Para abordar los hallazgos que aquí presentamos, nos pareció oportuno hacerlo a partir de la recuperación de un emergente del campo que identifica a dos actores principales de esta primera articulación: los “carritos” del acceso a la localidad que son asociados con “la ruta”, y los comercios que se encuentran dispersos en el interior de la localidad, “el pueblo”. Entre ellos emerge “la Municipalidad” como actor mediador y receptor de demandas, y también como promotor de iniciativas de participación en Pipinas.

Por momentos las vinculaciones se dan entre alguno de los dos primeros actores y el Estado y por momentos éste oficia como articulador de intereses que se despiertan en “el pueblo” a partir de las acciones que desde el gobierno local destinan a los comercios de “la ruta”. En este sentido, hallamos una estrategia de intervención diferenciada por parte de la Municipalidad en Pipinas, según el actor al que se interpele. Esta diferenciación se fundamenta, según los funcionarios, en que “cada uno (de estos actores) tiene su problema propio”, sin embargo a partir del trabajo de campo advertimos que esa intervención diferenciada responde más bien a objetivos programáticos del gobierno local que a la situación problemática en la que se encuentra tal o cual actor. Así, los “carritos” son destinatarios de iniciativas de mejoramiento de la infraestructura donde comercializan sus productos porque el Estado local encuentra allí “un enganche” o “una ventana al pueblo”, funcionando como una primera aproximación de los/as visitantes a Pipinas, y argumentan

que en función de ese “enganche” las personas se sienten invitadas a recorrer “el pueblo”, lo que redundaría en un beneficio para el resto de los emprendimientos comerciales de “adentro”, ya que estos/as visitantes son vistos/as como potenciales consumidores. No obstante, esta relación visitante-consumidor/a es relativizada por los/as comerciantes de la localidad, que demandan al Estado municipal el mismo trato que éste tiene con los “carritos”, como vimos, una entrevistada reclama concretamente “un local lindo para ofrecer mis productos”.

Sin embargo, escudado en la premisa de que “cada uno tiene su problema propio”, el Estado municipal esgrime que se generan distintas iniciativas destinadas al resto de los actores de la localidad (que no son los de “la ruta”), refiriéndose a la generación de espacios de participación, de formación y de encuentro en Pipinas, a partir de los que se fortalecen los aspectos intangibles del desarrollo (Boisier, 2001) como el lazo social, el sentido de pertenencia, el trabajo colectivo y la formación política. En este grupo de iniciativas vale la pena introducir una diferenciación: aquellos eventos que no se encuentran atravesados por la posibilidad de comercializar productos, son bien recibidos por el conjunto de la comunidad pipinense, que retoma aquellos intangibles y considera que habilitan un proceso de acumulación y fortalecimiento de la posición de los actores que participan de ellos en la trama. Ahora bien, cuando esas iniciativas se prestan para la comercialización de productos (como por ejemplo la Fiesta del cordero) la ponderación positiva de los intangibles se matiza con el reproche sobre la sostenibilidad de instancias donde estos/as comerciantes puedan acumular materialmente, ya que este evento se realiza una vez por año.

Entonces: según podemos reconstruir, “el pueblo” es un sector constituido por los/as comerciantes de Pipinas junto con el resto de la comunidad que participa de iniciativas como la jornada comunitaria de puesta en valor del club, o el conversatorio feminista; mientras que “la ruta” se identifica con los comercios del ingreso a la localidad, particularmente con los “carritos”. La vinculación entre el Estado local y “el pueblo” se encuentra atravesada por el conflicto cuando éste último es identificado con los/as comerciantes, y el conflicto no reside por el vínculo en sí mismo que tienen estos dos actores, sino por la distancia física y simbólica que percibe “el pueblo” respecto a “la Municipalidad”, no solo por encontrarse en Verónica, localidad cabecera del partido, sino porque esa distancia espacial se traduce en una lejanía simbólica que obstaculiza el flujo de comunicación de demandas y reclamos. Esta distancia se profundiza por la estrategia de lo que identificamos como una intervención diferenciada que perciben en comparación con las respuestas que la Municipalidad les brinda a los “carritos” de “la ruta”, y que se traducen directamente en un fortalecimiento de su

capacidad socioproductiva y de comercialización. Sintiendo así los/as comerciantes del “pueblo” relegados y debilitados en su posición dentro de la trama.

Un elemento que complejiza aún más esta articulación, y que cristaliza el peso que tienen “la ruta” y “el pueblo” en la trama, lo hallamos en la capacidad de viabilizar demandas y reclamos (y a lo mejor también esto incide en la efectividad de la respuesta del Estado local ente unos y otros): mientras los “carritos” se organizan colectivamente para consensuar un conjunto de pedidos y acercarlo a la Municipalidad, dinámica que además se encuentra institucionalizada por el hecho de que lograron construir un espacio legítimo en la agenda municipal local (“los miércoles de carritos”), “el pueblo” se da como estrategia estrechar la distancia que lo separa de la gestión del gobierno local a partir de los esporádicos encuentros cara a cara que se dan a propósito de iniciativas que el propio municipio implementa en Pipinas, dando respuesta al “problema que cada uno tiene”. Así, estas iniciativas de acercamiento y de participación gestadas por la Municipalidad, son entendidas por ella como una acción de empate en comparación con las iniciativas destinadas a los carritos, mientras que para “el pueblo” no solo son consideradas insuficientes sino que cumplen más bien otro objetivo: volverse espacios de comunicación directa de los reclamos. Lo que refleja cierta invisibilización de la delegación municipal como espacio legítimo a través del que tramitar reclamos y demandas.

Comprobamos, entonces, que en el vínculo entre “la ruta”, “el pueblo” y “la Municipalidad” tiene lugar un complejo entramado atravesado por una lógica conflictiva donde los “carritos” experimentan un proceso de acumulación tanto material como inmaterial: no solamente ven potenciados sus niveles de venta por la solución que les brindó la Municipalidad en cuanto a los locales que funcionan como un parador en el acceso a la localidad, que se percibe rápidamente en los flujos de vehículos y personas que transitan por este sector de “la ruta”, sino que también los “carritos” lograron transformar una instancia de participación no institucionalizada en una institucionalizada (Díaz, et. al. 2020) al formalizar un espacio en la agenda de gestión local que una entrevistada menciona como “los miércoles de carritos”, volviéndose una conquista simbólica que cristaliza el peso que posee este actor en la trama de valor como soporte de las dinámicas de desarrollo territorial en la localidad.

Mientras tanto, “el pueblo” transita por un proceso matizado entre la acumulación y la desacumulación, o entre el fortalecimiento y el debilitamiento de su posición en la trama: si nos concentramos en la comunidad de Pipinas, las instancias de participación diseñadas por la Municipalidad son bien recibidas y se vuelven espacios de acumulación en términos

políticos, ideológicos, y de fortalecimiento de lazo social, del sentido de pertenencia y del espíritu colaborativo; también son adoptados como espacios donde anular la distancia entre la ciudadanía y la Municipalidad y trasladar allí directamente los reclamos y demandas. Ahora bien, cuando una de esas instancias de participación implica la posibilidad de comercializar productos y por ende de fortalecer la acumulación material, las percepciones sobre la efectividad que estas iniciativas poseen para la acumulación material se relativizan, sobre todo porque no aseguran una sostenibilidad del proceso de comercialización.

Como quedó demostrado, este núcleo de conflictos se vuelve una usina a partir de la que los actores generan iniciativas que se vuelven instancias de acumulación tanto material como inmaterial, y que resultan en un mayor o menor fortalecimiento de su posición en la trama, lo que puede identificarse y caracterizarse a partir de los márgenes de negociación, de legitimidad en los reclamos, o de apoyo por parte del estado local a sus proyectos. Esto lo analizamos a partir de los referentes que recuperamos en este capítulo: las intervenciones diferenciadas, las estrategias de comunicación de demandas y los espacios de participación, atravesados por una lógica espacial que tiende a diferenciar “la ruta” de “el pueblo”. Los actores encuentran en estas instancias escenarios que implican su desenvolvimiento de cara al núcleo de conflictos que en cada caso emerge, ese desenvolvimiento se cristaliza en las acciones concretas que cada actor instrumenta y que, a partir de su accionar en cada caso, resultan procesos de acumulación o desacumulación, de fortalecimiento o debilitamiento de su posición en la trama.

CAPÍTULO 5. El choque de temporalidades: articulaciones conflictivas entre un pasado que resiste y un futuro que promete

*“(...) el día que dejó de salir humo... un golpe al corazón”.
(Antonio, ex trabajador de la fábrica CORCEMAR, julio 2017).*

*“Ustedes deberían pensar que este va a ser el lugar donde van a trabajar sus hijos, no que es el lugar donde trabajó tu papá”.
(Gastón, trabajador de la gerencia del Proyecto Tronador, VENG S.A., noviembre 2017)*

Presentación del capítulo

Si en el capítulo anterior las articulaciones conflictivas estaban estructuradas en torno a un sesgo espacial que diferenciaba “la ruta” de “el pueblo”, en éste veremos cómo las dinámicas conflictivas se dan también cuando las articulaciones entre los actores se instrumentan en torno a un eje temporal, que en esta parte identificaremos como un choque entre el pasado y el futuro, vinculados con la identidad pipinense fuertemente arraigada a la industria cementera y la fábrica CORCEMAR que funcionó allí desde la década de 1930, y el horizonte de desarrollo de la industria satelital que se expresa en la planta de fabricación de cohetes emplazada en el mismo predio donde funcionaba la cementera. Veremos cómo a partir de prácticas de los actores locales por fortalecer esa identidad local en torno a CORCEMAR se producen instancias de resistencia para que aquella no se vea diluida por la novedad de la industria satelital.

Asimismo, recuperaremos las visiones que desde la empresa de fabricación de cohetes tienen sobre la utilidad de su instalación allí y cómo se obturan vías de articulación con otros actores e instituciones pipinenses, lo que redundará en una falta de circulación de la información que alimenta, a su vez, un sentimiento de desconfianza sobre la presencia de esta fábrica en Pipinas asociado a una percepción de amenaza sobre la identidad cementera. Esto despierta diversas especulaciones que motorizan iniciativas de la comunidad local para resistir esa configuración identitaria. Todo este proceso se encuentra atravesado por una lógica de conflicto desatado en torno a lo que llamamos el choque de temporalidades entre un pasado que resiste y un futuro que promete.

Siguiendo a Arocena y Marsiglia (2017) la construcción identitaria es un elemento del proceso de desarrollo en los territorios locales en tanto recupera el sentido de pertenencia y el universo de significados ligados a él, lo que se cristaliza, según los autores, en la expresión “yo soy de...”. En este caso, veremos cuáles son los significados asociados a la expresión “yo soy de Pipinas”, develando qué supuestos hay detrás de esa identificación, pero también recuperando las vinculaciones conflictivas que esa construcción identitaria implica, pues como veremos se encuentra motorizada en respuesta a la amenaza de sustitución de una identidad cementera por una satelital.

Algunas pistas para reconstruir los cimientos del “ser de Pipinas”

En el año 1938 se instaló en la localidad de Pipinas la segunda planta de la Corporación Cementera Argentina S.A (CORCEMAR)⁴⁴ aprovechando los yacimientos de conchilla de la región para la producción de cemento. La fábrica se tornó rápidamente en demandante de mano de obra, lo que motivó a muchas personas a acercarse y residir en la localidad, recuerda un vecino: “todo el que llegaba a Pipinas tenía trabajo”⁴⁵. Además, la gerencia de la planta instaló en el pueblo la primera bomba de agua potable y proveyó de energía eléctrica a las pocas casas que había entonces. En los años posteriores se incrementó progresivamente la cantidad de personas empleadas en la fábrica, llegando a contar con 350 trabajadores y trabajadoras. A partir de este crecimiento se llevó a cabo la construcción de viviendas para las familias de las personas empleadas que querían residir en la localidad, construcciones a cargo de CORCEMAR que fueron facilitadas a los/as trabajadores/as por medio de créditos que la misma firma les otorgaba.

La empresa también instaló un club de fútbol, un salón de actos y una enfermería en el interior de la planta, que hacía las veces de unidad sanitaria del pueblo.

Imagen 17. Fotografía aérea, proporcionada por un entrevistado de la planta en actividad de CORCEMAR en Pipinas

⁴⁴ La primera data del año 1932 en Córdoba y la tercera comenzará a producir en 1962, en Mendoza.

⁴⁵ Registro de campo de una conversación informal con un residente, enero de 2018.



Fuente: registro de campo, julio 2017.

Pipinas fue adquiriendo una dinámica como localidad al calor del crecimiento de CORCEMAR, incluso la fábrica logró imprimir en el pueblo un sentido de identidad que es una referencia ineludible en nuestro trabajo de campo.

No contamos con ningún testimonio en nuestras entrevistas que no haga referencia a CORCEMAR y al modelo de civilización territorial (Rofman, 1999) que supo construir en Pipinas y, sobre todo, al momento bisagra que se identifica de manera unánime en todos los relatos con el cierre de la fábrica en 2001, adquirida diez años antes por el grupo Loma Negra y experimentando a partir de entonces una reconversión productiva que la orientaba hacia la producción de cal y ya no de cemento, momento a partir del que se produce también un achicamiento progresivo de su planta de trabajadores y trabajadoras. El hecho de la adquisición de CORCEMAR por Loma Negra se inscribe en un proceso general y en una característica estructural durante el último cuarto del siglo pasado en nuestro país. En este sentido destacamos los aportes de Gaggero (2015) en torno al proceso de consolidación del grupo Loma Negra en la fabricación de cemento en Argentina, en el que convergieron prerrogativas instrumentadas a nivel macroeconómico durante los años 80 y 90 (por ejemplo, a través de la implementación del seguro de cambio en 1981, estrategia de la que el grupo se

favoreció⁴⁶, o la eximición del pago de distintos gravámenes entre 1987 y 1995⁴⁷), junto con un proceso de “alta concentración en la actividad cementera” (Gaggero, 2015, p. 39). Así, luego de haber adquirido la planta de CORCEMAR en Pipinas en 1991, Loma Negra cesó su actividad en la localidad en el 2001, constituyéndose ambos acontecimientos en hitos dentro de la historia del pueblo y cuyo efecto fue, a nivel local, lo que Muñiz Terra (2007) identifica en sus investigaciones sobre trayectorias laborales de trabajadores de YPF como la erosión de un modelo de integración ligado al trabajo

El objetivo de este capítulo es analizar las articulaciones que producen los actores en Pipinas en torno a iniciativas y acciones ligadas a la (re)construcción de la identidad local que se han organizado alrededor de la fábrica CORCEMAR como “alma del pueblo” y la intervención y apropiación espacial en clave histórica, vinculada al papel de la fábrica allí, que veremos tiene un fuerte componente de resistencia ante la percepción de que esta identidad cementera se ve amenazada por lo que representa la instalación, en la localidad, de la empresa VENG S.A., con el objetivo de desarrollar allí la industria satelital. Entendemos que el análisis del proceso de desarrollo territorial en una localidad implica recuperar las vinculaciones y articulaciones que los actores instrumentan entre sí persiguiendo un objetivo común, que en este caso se vuelve comunitario: resistir la configuración identitaria vinculada a la actividad fabril cementera que se sustenta en la organización social comunitaria que la planta de CORCEMAR imprimió en Pipinas a lo largo de casi siete décadas. Los dispositivos a través de los que elaboraremos ese análisis son respuestas a la percepción de que esa identidad cementera se ve reemplazada por una identidad satelital. Este temor es reforzado por un dato clave: la fábrica de cohetes funciona en el mismo predio, y ocupando parte de las mismas instalaciones, donde funcionaba la cementera.

Las formas a través de las que los individuos recuperan y (re)construyen su identidad vinculada a los procesos laborales es entendida por Dubar (2002, p. 14) como la “narración de la identidad”, y refiere al conjunto de discursos por los que circula ese constructo, y señala que estas identidades narradas no pueden encerrarse en el individuo, sino que deben ser tejidas conjuntamente en un proceso de co-construcción. En línea con lo que planteamos en esta tesis, las articulaciones que se gestan entre los actores alrededor de las iniciativas que se enmarcan en esta tarea de construcción identitaria en torno a estos elementos en la localidad,

⁴⁶ A través del seguro de cambio el Estado argentino canceló de forma anticipada las deudas que las firmas locales poseían con acreedores externos, en contrapartida los beneficiarios de esta medida se volvían deudores del Estado nacional, pasivo que entonces se nominó en pesos, y dados los pero altos índices inflacionarios de los años sucesivos esa deuda terminaría licuándose.

⁴⁷ Por ejemplo la exención del pago de derechos de importación hasta 2.500.000 dólares (Gaggero, 2015).

generan una trama de valor (Caracciolo, 2013 y 2014) consolidando procesos de acumulación en términos de fortalecimiento de la identidad, del lazo social y de la pertenencia a la localidad. Esas iniciativas tendientes a recuperar la historia local vinculada con la fábrica son los referentes en los que *observamos* esa trama de valor.

Al respecto retomamos una serie de interpretaciones y antecedentes que nos servirán de guía para enfocar nuestro análisis pero también para profundizar, complejizar y discutir con hallazgos que se han suscitado en el campo de las ciencias sociales al estudiar estos procesos.

La cuestión de la identificación de los/as trabajadores/as y habitantes de una localidad con una fábrica funcionando allí fue retomada por otros/as autores/as como por ejemplo Rofman (1999), quien detecta en la instalación de una refinería petrolera hacia mediados del siglo XX un modelo particular de civilización territorial que no se limita solamente a la extracción de recursos naturales sino que también crea una red de servicios sociales, recreativos y residenciales para el personal permanente. En la misma línea Muñiz Terra señala, en su investigación sobre trayectorias laborales de trabajadores/as de YPF a partir de una perspectiva biográfica, que “la vida familiar y social del trabajador empezó a girar en torno a la empresa” (2007, p. 96), cuyo vínculo descansaba sobre la promoción de derechos sociales, protección social y bienestar (Svampa y Pereyra, 2003).

Desde la perspectiva de memoria, en una reciente publicación Mirta Lobato (2021) comparte sustantivos hallazgos de su trabajo en torno a la reconstrucción identitaria que realizan sujetos en una localidad bonaerense vinculada al mundo laboral fabril, partiendo de la identificación de lo que llama “hitos de desindustrialización” y tomando como unidades de observación “objetos culturales y experiencias de recordación” (2021, p. 2) como portadores de sentimientos producidos colectivamente, y su transmisión de generación en generación.

Para la operacionalización del análisis retomamos dos hitos locales del proceso de desindustrialización: el primero de ellos en 1991 cuando Loma Negra adquiere la planta de CORCEMAR en Pipinas y comienza un doble proceso de reconversión productiva de cemento a cal y de reducción de la planta de empleados/as, principalmente por medio de la estrategia de retiros voluntarios. El segundo hito se identifica diez años después, en 2001, con el cierre definitivo de la producción de la planta.

El primer hito dio comienzo en Pipinas a un proceso que se consolidaría con el segundo, caracterizado por una articulación entre, por un lado, dinámicas de desafiliación identitaria vinculada a lo laboral (pues ya la reconversión productiva hacia la cal fue referida por un entrevistado como “un cambio del alma del pueblo”, identificada con el cemento), por otro (y

como si operara un *efecto espejo*) este hito comenzó a motorizar una dinámica de creciente resistencia simbólica a partir de la puesta en marcha de iniciativas que reponían (reponen) permanentemente esa identidad comunitaria vinculada a lo que en las entrevistas se identifica frecuentemente como “la época de CORCEMAR”. Entonces, a medida que se profundizaba el proceso de desindustrialización y se iba *apagando* la actividad fabril de CORCEMAR/Loma Negra, se fortalecían las estrategias de resistencia simbólica en Pipinas por parte de (ex)trabajadores/as de la planta. Estas iniciativas a partir de las que los/as pipinenses recuperan su pasado fuertemente vinculado a la actividad fabril cementera son las que analizaremos como instancias de articulación entre los actores locales.

Este escenario de crisis local vinculado a proceso de desindustrialización fue repuesto por Arocena y Marsiglia (2017) al indagar sobre la escena territorial del desarrollo, asumiendo que la pérdida de puestos de trabajo en las localidades dejó de operar como dispositivo de proximidad en el que se encuentran los sujetos que compartían esa labor, generando así un proceso de pérdida de comunidad que lleva a esos sujetos a “buscar formas de proximidad alternativas, que algunas veces parece encontrarse en el retorno al pasado” (p. 70).

En Pipinas, este proceso de rearticulación identitaria con ese pasado fue advertido por García Germanier (2018), quien propone un estudio de esta comunidad “afectada visiblemente por las consecuencias de la aplicación y el desgaste de políticas neoliberales en la Argentina de las últimas décadas del siglo XX y comienzos del XXI” (p. 12). Concretamente aborda los procesos identitarios y las estrategias de transformación en Pipinas como respuesta a la crisis de principios de siglo. Entiende que el cierre de la planta Loma Negra (2001) que desde 1938 hasta 1991 había pertenecido a CORCEMAR, constituye un hito fundamental en el resquebrajamiento del tejido social sobre el que se apoyaba la construcción identitaria pipinense. La autora encuentra en iniciativas locales vinculadas a la reposición de la identidad de la localidad, como el “Museo a Cielo Abierto Pipinas” o el paseo “Un gigante, cenizas del recuerdo”, instancias a través de las que la comunidad se reinventa a sí misma desde una posición de resistencia hacia un modelo de acumulación. Sin embargo, lo que planteamos a partir de este trabajo sumaría un análisis desde una lectura novedosa que implica retomar esas acciones de configuración identitaria como respuesta al sentimiento de amenaza latente y presente en la localidad a partir de la instalación de la industria satelital.

Precisamente esa interacción, esa articulación constitutiva de los procesos identitarios, es lo que nos proponemos observar en este capítulo: analizaremos las articulaciones que se dan entre los actores alrededor de la evocación de lo que fue la fábrica y cómo ésta opera en las

vinculaciones actuales entre ellos, de manera tal que podremos avanzar hacia una complejización de las dinámicas de acumulación que, como vemos, exceden lo material o económico y también se dan desde una lógica identitaria, de fortalecimiento del sentido de pertenencia y la construcción de un *ser pipinense* que implica articulaciones no exentas de conflicto entre distintos actores locales y, la originalidad de este capítulo, entre temporalidades.

¿Por qué sostenemos que estas cuestiones señaladas convergen en un proceso de desarrollo territorial? Porque, como sostienen Arocena y Marsiglia (2017), en los procesos de construcción y reposición identitaria en las sociedades locales los actores encuentran espacios de concertación y de disputa que los llevan a vincularse y articular para fortalecer su posición y así lograr hegemonía en torno al contenido de “la identidad territorial” (p. 97).

Preguntarnos qué hicieron los actores locales con su propia historia es una invitación a pensar esas dinámicas de desarrollo que se observan en las vinculaciones que ellos instrumentan conjuntamente para promover su propia historia. En el caso de Pipinas, la reconstrucción identitaria tiene un dejo de *cicatrización histórica* de la herida que la desindustrialización dejó allí. Y esos intentos de cicatrización, que poseen un sesgo identitario, ponen en diálogo a actores locales, los instan a trabajar colectivamente en pos de un proyecto común: fortalecer la identificación del *ser pipinense* con la industria cementera representada en CORCEMAR y en el modelo de civilización territorial (Rofman, 1999) que construyó a su alrededor.

Por otro lado, recuperar las iniciativas locales sobre la construcción identitaria se encuentra en sintonía con la perspectiva de localidad a la que adherimos desde este trabajo: retomar la identidad que los actores le imprimen al territorio y construir desde allí con ese material. En este sentido seguimos trabajando, tal como sucedió en el capítulo anterior, con los emergentes del campo: aquí recuperaremos la identidad local que proponen los propios actores en Pipinas. Asimismo, esta mirada sobre las iniciativas de fortalecimiento identitario se vuelven constructos que en esta tesis adquieren una importancia particular en tanto en ellos *observamos* una convergencia de las tres dimensiones del desarrollo territorial que recuperamos de Altschuler y Casalis (2006): en esta construcción identitaria en torno al *pasado que resiste* vinculado a la industria cementera encontramos lo simbólico identitario, pero también lo socio productivo (en cuanto se pone de manifiesto la contraposición entre la industria cementera y la satelital y las dinámicas que, en Pipinas, ambas generan) pero también lo político institucional (cómo la empresa VENG S.A. no promueve espacios de

encuentro con otras instituciones locales, que tenderían a despejar fantasmas en torno a su posición de amenaza a la identidad cementera local).

Por otro lado, Abramovay (1998) advierte que el territorio representa una trama de relaciones con raíces históricas y configuraciones identitarias y políticas que ejercen su poder en el proceso de desarrollo. En cuanto al estudio de la vinculación entre territorio y fábrica, coincidimos con Russo (2011) cuando señala que “dicho vínculo se manifiesta tanto en una dimensión material como también en una inmaterial” (p. 369), por lo que proponemos observar no solamente las condiciones materiales y concretas donde se llevan (o llevaban) a cabo las actividades productivas vinculadas a CORCEMAR, sino también aquellas ideas, dinámicas y procesos del orden de lo intangible, de lo inmaterial, que se vinculaban a ella y que conformaban una identidad industrial (Scott y Urry, 1994) como soporte de una civilización territorial (Rofman, 1999) que a partir de iniciativas tendientes a su permanente reposición, aún resiste (García Germanier, 2018).

Las cuestiones que guiarán el análisis en este capítulo son: ¿Qué actores articulan entre sí, formando una trama de valor, a partir de las iniciativas en Pipinas que tienden a fortalecer la identidad de la localidad vinculada con CORCEMAR? ¿Con qué elementos y de qué manera tiene lugar el proceso de producción identitaria en Pipinas? ¿Cómo se da el proceso de conflicto y de disputa en torno a la identidad local y en qué proyectos o iniciativas se cristalizan las posiciones encontradas?

Para abordar estas cuestiones nos valemos de entrevistas en profundidad a ex trabajadores/as de CORCEMAR/Loma Negra, comerciantes del pueblo y encargados/as de “carritos” que se desempeñaban en la fábrica. También acudimos a nuestro registro fotográfico del Museo a Cielo Abierto Pipinas, análisis de fuentes secundarias (como por ejemplo el Boletín CORCEMAR y fotografías que fueron generosamente compartidas por un entrevistado que trabajaba en la fábrica, ediciones de El colono, el afiche conmemorativo del centenario de la localidad y material audiovisual compartido en la página web del Municipio).

Cenizas del recuerdo

Como adelantamos, ninguno/a de los/as entrevistados/as pasó por alto la referencia a CORCEMAR y lo que significaba para la localidad:

“La fábrica era, esto [señalando el mandala que tiene sobre la mesa], el centro. Todo giraba en torno a la fábrica (...) todo se movía ahí. La fábrica... yo, no sé... para mí

que parecía ser que todos pertenecíamos a la fábrica” (José, ex trabajador de CORCEMAR, julio 2017).

“Nadie va a decirte otra cosa de CORCEMAR, fíjate vos que acá, al pueblo, a Pipinas, le decíamos CORCEMAR, barrio CORCEMAR” (Ana, ex residente de Pipinas, julio 2017).

A partir de estos relatos observamos la vinculación que los/as pipinenses construyeron con la fábrica: no sólo quienes estaban empleados y empleadas en ella sino también el resto de los/as residentes de la localidad, como Ana, percibían un vínculo de pertenencia a CORCEMAR: “parecía ser que todos pertenecíamos a la fábrica”, nos dijo el ex trabajador entrevistado. Esto puede explicarse a partir de lo que la cementera generaba en el pueblo. Quizás aquí resulte ilustrativo el relato de José, arriba citado, donde identifica a la fábrica con el centro de una circunferencia y señala que todo giraba en torno a ella. Pero, concretamente, ¿qué era ese “todo” que giraba a su alrededor?: la dinámica laboral junto con la social, conformando así una civilización territorial (Rofman, 1999). Porque CORCEMAR no sólo se tornó rápidamente en una fuente de empleo tanto para Pipinas como para las localidades aledañas, sino que también marcaba el ritmo social de la comunidad:

“Mirá, esto que vamos a ver acá era.... mirá, ves que dice “Boletín CORCEMAR”. Esto lo hacía la fábrica” (Antonio, ex trabajador de CORCEMAR, julio 2017).

El “Boletín CORCEMAR” era una publicación mensual que diseñaba y editaba la propia fábrica, que contaba con información relativa a eventos, celebraciones, fallecimientos, situaciones que de alguna manera se encontraban vinculadas a la empresa o a sus empleados y empleadas. Esta publicación nucleaba información de las tres plantas de CORCEMAR

“Era de las tres empresas: Mendoza, Córdoba y CORCEMAR de Pipinas. La información, tanto social, empresaria, de cada uno, del nacimiento, de los cumpleaños” (Antonio, ex trabajador de CORCEMAR, julio 2017).

Imagen 18. Extracto del Boletín CORCEMAR (números 107-108 del año 1970) donde se difunde la experiencia de la Colonia de Vacaciones Pipinas, proyecto impulsado y coordinado por la fábrica



Fuente: registro de campo, julio 2017.

Imágenes 19 y 20. Extractos del Boletín CORCEMAR (números 107-108 del año 1970). En uno de ellos se difunden los nombres de las ganadoras del certamen “Reina del cemento”, organizado por la fábrica. En el otro se comunican mensualmente los cumpleaños de los trabajadores de cada una de las plantas



Fuente: registro de campo, julio 2017.

Imagen 21. Extracto del Boletín CORCEMAR (números 107-108 del año 1970) donde se comparte la noticia por la graduación universitaria de la hija de uno de sus trabajadores



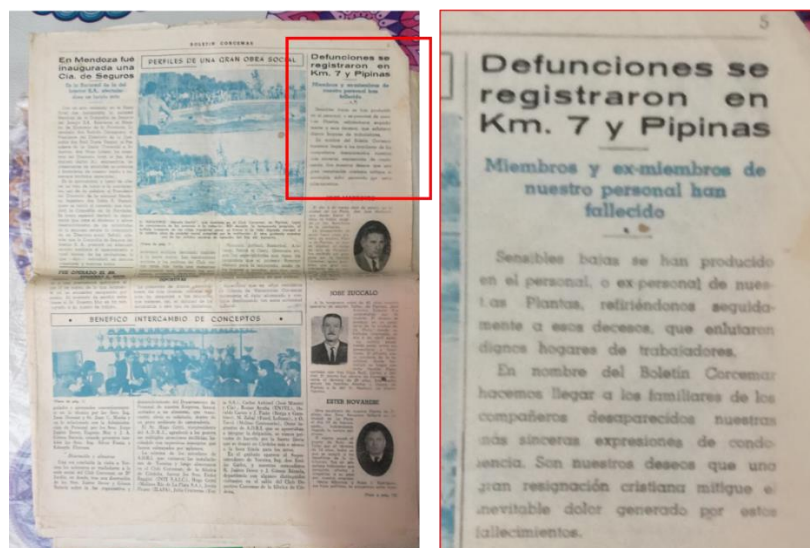
Fuente: registro de campo, julio 2017.

A continuación transcribimos el texto:

"Meritoria.

La Srta. Olga Beatriz Guillén hija de nuestro operario de la sección Horno , de Pipinas, Sr. Pedro Guillén, ha culminado una encomiable carrera universitaria. La Srta. Guillén, que cursó sus estudios primarios en la localidad de Pipinas, pasó luego al Instituto "Esteban Echeverría", de Verónica, donde completó 1°, 2° y 3° año, obtuvo el título de docente en el Normal 2, de la ciudad de La Plata y, finalmente, el de Licenciada en Administración de Empresas, de la Facultad Nacional de Ciencias Económicas de la ciudad de La Plata. Nuestras sinceras felicitaciones por el notable éxito de sus estudios y augurios de un venturoso futuro".

Imagen 22. Difusión de fallecimientos en el Boletín CORCEMAR (números 87-88) año 1968.



Fuente: registro de campo, julio 2017.

En esta imagen puede verse cómo el Boletín Corcemar difundía, también, fallecimientos de sus trabajadores/as o ex trabajadores/as:

“Defunciones se registraron en Km. 7 y Pipinas.

Miembros y exmiembros de nuestro personal han fallecido.

Sensibles bajas se han producido en el personal o ex - personal de nuestras plantas, refiriéndonos seguidamente a esos decesos que enlutaron dignos hogares de trabajadores.

En nombre del Boletín Corcemar hacemos llegar a familiares de los compañeros desaparecidos nuestras más sinceras expresiones de condolencia. Son nuestros deseos que una gran resignación cristiana mitigue el inevitable dolor generado por estos fallecimientos”.

Imagen 23. Difusión de torneo de fútbol interfábrica y de adjudicación de viviendas en el “Barrio CORCEMAR”. Boletín CORCEMAR (números 107-108) año 1970.



Fuente: registro de campo, julio 2017.

Recuadro 2:

“Ya se han adjudicado las viviendas ubicadas en el Barrio Corcemar de Yocsina, mediante un contrato entre el Instituto Provincial de la Vivienda y los adquirentes, quienes han tomado posesión de dichas viviendas, hasta la entrega oficial. En otro número ampliaremos la información.”

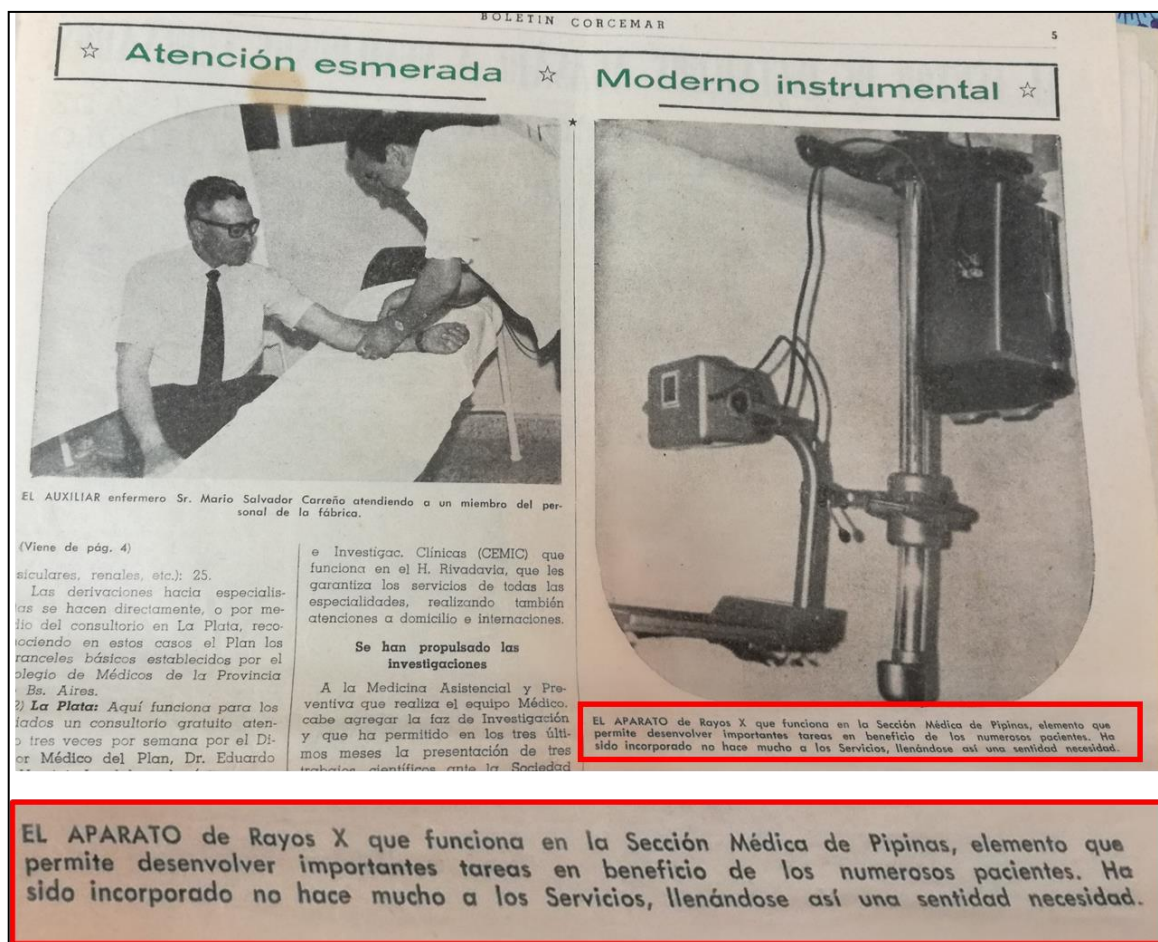
Imagen 24. Boletín CORCEMAR (números 87-88 del año 1968): difusión de remodelaciones en el Hotel



Fuente: registro de campo, julio 2017.

En esta imagen del boletín, donde se puede leer en su título “El Hotel Corcemar será orgullo de Pipinas y del Partido de Magdalena” se difunden las remodelaciones que se han llevado a cabo en las instalaciones del edificio, expresando una preocupación de CORCEMAR “por dotar a Pipinas de un hotel a tono con su crecimiento”.

Imagen 25. Difusión en el Boletín CORCEMAR (números 107-108, del año 1970) de la incorporación de un aparato de Rayos X a la unidad Sección Médica de la Planta de Pipinas.



Fuente: registro de campo, julio 2017.

Una de las entrevistadas incorpora a su relato un matiz crítico sobre esta dinámica general que se da en Pipinas a partir de la fábrica:

“es el enganche que tenían las fábricas, te organizaban toda la vida, no solo el trabajo: te ponían el club de futbol para que vayan tus pibes, te daban una casa al lado de la fábrica, te ponían la colonia de vacaciones, entonces sin darte cuenta tu vida giraba alrededor de la fábrica, te enganchaban así. Pero bueno, imaginate que venís con algo así a un pueblito perdido, es como Disney acá [ríe]” (Mirta, encargada de un “carrito”, su marido es ex trabajador de CORCEMAR, febrero 2018).

No obstante esta interpretación, la dinámica social que generaba CORCEMAR fue recuperada como un valor por todos/as los/as entrevistados/as. Hoy en día, habiendo cesado su actividad, se transformó en un dispositivo de referencia identitaria alrededor de lo que fue la fábrica y el ritmo que le imprimía a la localidad. En este sentido es que nos referíamos, al inicio de este capítulo, al momento bisagra, el hito de desindustrialización (Lobato, 2021) identificado en el cierre de la planta en 2001 al calor de los procesos sociales y económicos críticos que se habían dado durante la década de los 90 en nuestro país.

Lo que pervive en la localidad no es la fábrica como planta de producción de cemento o de cal, sino lo que se generaba alrededor de ella en términos laborales y sociales:

“Yo creo que en Pipinas era el único lugar donde siempre había más puestos de trabajo para ocupar que gente ocupada, porque CORCEMAR siempre tenía un nuevo puesto de trabajo para cubrir, era un monstruo, por eso mucha gente se venía a buscar trabajo, porque sabía que lo conseguía (...) Fijate que hasta odontólogos trabajaban en una fábrica de cemento, porque como tenía la salita de salud, una vez por semana venía un odontólogo, y ahí se atendían todos también (...) Y después tenías todo lo otro, que no era trabajo, de eso disfrutaban también las familias, y los hijos de los que trabajan ahí, organizaban carnavales, la fiesta de la reina del cemento, partidos de fútbol, la colonia [de vacaciones]” (Ana, ex residente de Pipinas, julio 2017).

Habiendo señalado las dinámicas que CORCEMAR generaba en la localidad y que al inicio de este capítulo fue caracterizada por José como el centro alrededor del cual “giraba todo”, hallamos que la fábrica era un actor a partir del que se generaba una fuerza centrífuga que circulaba a través de distintos dispositivos por toda la comunidad, imprimiendo a su paso su fuerza identitaria: el Club de fútbol CORCEMAR, el certamen para la elección de “La Reina del cemento”, la unidad de atención sanitaria de la fábrica, el Boletín CORCEMAR, la constante fuente de trabajo que representaba. Esta fuerza centrífuga dejó de funcionar progresivamente a partir de la compra de la fábrica por el grupo Loma Negra en 1991 hasta finalmente apagarse al momento del cese total de actividades diez años después, lo que hemos caracterizado como uno de los hitos locales del proceso de desindustrialización (Lobato, 2021), un antes y después en la historia de la localidad y, sobre todo, en las dinámicas sociales que se daban allí:

“No extraño vivir en Pipinas (...) Ahora, como está ahora no, extraño cuando vivíamos nosotros, así sí. Está muy triste, no hay nadie... desde que cerró la fábrica” (Ana, ex residente de Pipinas, julio 2017).

El cierre de la fábrica en la localidad lo identificamos como uno de los hitos a partir de los que, en Pipinas, comenzaron a gestarse algunas iniciativas que ponen en vinculación a distintos actores locales entre sí y a estos con el pasado y la construcción identitaria de la localidad, lo que le da contenido a la expresión “yo soy de Pipinas”. Esta trama que se gesta en torno a la recuperación de la identidad cementera encuentra en elementos pertenecientes a la fábrica o relacionados de alguna manera con ella, dispositivos susceptibles de intervención y reapropiación con el objetivo de fortalecer esa referencia identitaria.

Es por eso que en iniciativas como la elaboración de un cartel conmemorativo del centenario de Pipinas, la puesta en marcha del paseo “Un gigante, cenizas del recuerdo”, la defensa del sostenimiento de la chimenea (ante el rumor instalado de que sería demolida por peligro de

derrumbe), el Museo a cielo abierto Pipinas (MAPI), encontramos distintas piezas que, entramadas entre sí a partir de vinculaciones que instrumentan distintos actores locales, conforman un *rompecabezas* de la identidad pipinense referida permanentemente a su pasado cementero que, como vimos, sostenía no solo una actividad productiva sino también una red de sociabilidad en la localidad.

El rompecabezas de la identidad cementera

Para comenzar caracterizando este rompecabezas no podemos hacerlo de otra manera que no sea a partir de una pieza clave: la chimenea. Tanto por la referencia con la que cuenta en nuestras entrevistas, como porque en términos paisajísticos cuenta con una presencia total en la localidad: puede verse desde cualquier lugar, incluso se vuelve un elemento identificador, cuando uno transita la ruta hacia Pipinas, de la inminente llegada a la localidad. También porque en torno a este elemento, emergen una serie de disputas y conflictos sobre qué hacer con él, lo que demuestra la importancia que tiene como símbolo identitario.

Imagen 26. Chimenea de la fábrica de cemento.



Fuente: registro de campo, septiembre 2017.

El protagonismo que adquiere esta pieza en la historia local se encuentra fortalecido por el hecho de que la chimenea aún se encuentra allí:

“Cuando nosotros íbamos llegando, ya veíamos la chimenea, decíamos, ‘ahí está’”
(José, ex trabajador de CORCEMAR, julio 2017).

“...el día que dejó de salir humo... un golpe al corazón (lleva su mano al pecho)”
(Antonio, ex trabajador de CORCEMAR, julio 2017).

Imagen 27. Vista de la chimenea desde la ruta 36, antes de llegar a Pipinas.



Fuente: Registro de campo, noviembre de 2018

En una de las entrevistas, al detenernos en este significativo y preguntar qué representaba, Antonio profundizó:

“Y... todo, es como la identidad de... a mí me decís “Pipinas” y pienso en esa chimenea, en ese humo que te digo... yo siempre digo que vos en Bariloche tenes las casas con nieve en el techo y sabes que estás en Bariloche, en Pipinas tenías ceniza en los techos, y eso te daba a entender que era Pipinas” (Antonio, ex trabajador de CORCEMAR, julio 2017).

Estos discursos se complementan y fortalecen con otros no orales que fueron relevados en nuestro trabajo de campo como es el caso del Museo a Cielo Abierto Pipinas (MAPI)⁴⁸, otra de las piezas de este rompecabezas de la identidad cementera que consiste en un proyecto comunitario de intervenciones artísticas en la localidad, cuyo objetivo principal “es retratar la historia de la población, resaltando los valores identitarios de lo que fue la consolidación de Pipinas como localidad fabril, y aportar al fortalecimiento de este espacio como instancia de

⁴⁸ En algunos registros los actores identifican a este proyecto como “Museo a cielo abierto Pipinas” y en otros como “Museo Abierto Pipinas”. Nosotros tomaremos como referencia la primera opción ya que es aquella con la que nos encontramos primero en nuestro trabajo de campo.

participación colectiva”⁴⁹. El MAPI consiste en una serie de murales de la localidad que fueron intervenidos con la intención de representar distintos hitos y características de Pipinas.

Imagen 28. Uno de los murales del MAPI, sobre una de las paredes del Club Pipinas

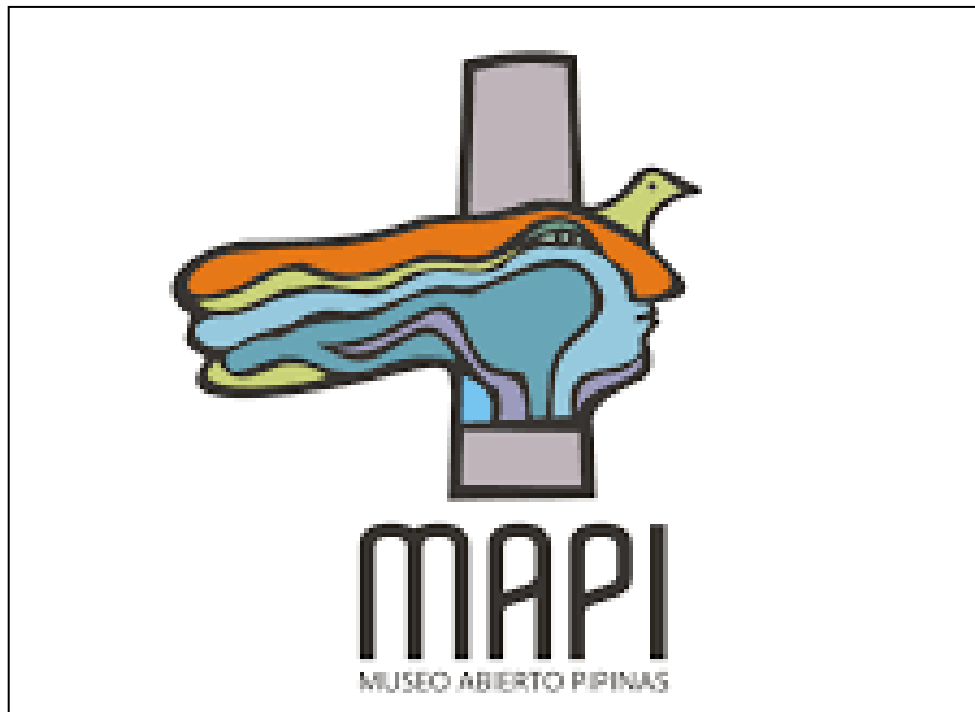


Fuente: registro de campo, enero 2019.

En el logotipo de este proyecto puede advertirse la centralidad que tiene la chimenea como significativo identitario de la localidad vinculada a la actividad fabril productora de cemento y cal:

Imagen 29. Logotipo del Museo a cielo abierto Pipinas, también llamado Museo Abierto Pipinas (MAPI)

⁴⁹ Sitio web Municipalidad de Punta Indio.



Fuente: www.fecootra.coop/articulo/0001466/pipinas_viva_avanza_con_su_proyecto_de_museo_abierto.
Recuperado en marzo 2019.

Algunos de los murales que conforman este proyecto también muestran esta centralidad de CORCEMAR, ilustrada con la chimenea:

Imagen 30. Mural del Museo a Cielo Abierto Pipinas (MAPI)



Fuente: registro de campo, septiembre 2017.

Al indagar por el significado de este mural para un comerciante de la localidad, nos dijo:

“Está la chimenea de la fábrica y de arriba se ve como que sale humo y es una persona mirando al norte con un pájaro, yo entiendo... mi interpretación es que sería como que Pipinas avanza con la fuerza de la fábrica” (Pedro, comerciante pipinense, enero 2018).

El MAPI revela una forma de intervención en la localidad, instrumentada como proyecto comunitario que fue ideado originalmente por el Hotel Pipinas, pero que cuenta con la participación de vecinos y vecinas en las jornadas donde se elaboran estos murales, guiados/as por profesionales muralistas que se encargan de la supervisión del proceso y del diseño habiéndose reunido, previamente, con estos actores locales para determinar el contenido del mural: a qué situación histórica va a aludir, con qué elementos y colores se va a realizar, entre otras cosas.

Cuando decimos que en estas iniciativas encontramos espacios de promoción del proceso de desarrollo es porque en ellas entran en vinculación y articulación actores que activamente participan de la elaboración, en este caso, de su propia identidad pipinense. Ese rol activo que los encuentra participando de una misma trama genera dinámicas de acumulación en tanto fortalecen su identidad, su lazo social y los vínculos sociales entre sí. Además, la intervención que realizan encuentra un eje articulador que hace que el MAPI no sea un conjunto de murales dispersos en la localidad, sino que se articule en torno a un relato, hay un hilo conductor entre estas intervenciones artísticas culturales que conceptualizamos como *imbricación espacio-temporal*.

Según el director del área de turismo:

“vos entras y es como un viaje en el tiempo, porque al principio tenes lo actual, los carritos, la parrilla, a medida que te vas metiendo más adentro empezas a ver cosas más antiguas, hasta que, al final, llegas al Hotel que era de la fábrica, ahí es como el inicio de la historia de Pipinas... es un viaje del presente al pasado” (Esteban, Funcionario Municipal del área de turismo, enero de 2018).

Los distintos murales que se encuentran en el pueblo acompañan en un recorrido desde el presente al pasado, o desde el acceso de la localidad hasta la fábrica, mostrando los hitos significativos.

Imagen 31. Mural perteneciente al Museo a Cielo Abierto Pipinas (MAPI), alegórico de los Querandíes, primero pobladores de la zona



Fuente: registro de campo, julio 2016.

Imagen 32. Mural perteneciente al MAPI, en el que se ilustran las reuniones sociales que tenían lugar en la confitería que estaba instalada allí



Fuente: registro de campo, febrero 2018.

Esta apropiación del espacio en clave histórica viene a reforzar la elaboración identitaria sobre lo que es ser pipinense, ya que este pasado compartido parece operar en las relaciones que tejen entre sí los residentes de hoy:

“Hay algo del pueblo, de Pipinas, que si vos sabes que el vecino está mal o estaba enfermo, al otro día vas y le preguntas cómo sigue, si necesita algo... en la ciudad no pasa eso, ¿vos le vas a preguntar al del departamento de al lado si sigue enfermo o no? (...) Y eso te lo da el ser pipinense” (Graciela, residente de Pipinas, julio 2019).

Al indagar sobre qué es ser pipinense, la entrevistada nos dice:

“Haber compartido la misma historia, la misma dura historia, el cierre de la fábrica, la mudanza masiva de todos a la ciudad, haberle hecho el aguante, como dicen ahora, a Pipinas, por eso sentimos que el pueblo es nuestro, las calles son nuestras, la estación, la fábrica, porque lo defendemos” (Graciela, residente de Pipinas, julio 2019).

Estos discursos muestran cómo existe una apropiación del espacio y la construcción de un relato a partir de la historia compartida, apropiación que es enunciada en términos colectivos: “las calles son nuestras, la estación, la fábrica”. Esta empresa colectiva de defender lo que se asume propio, vinculada a una permanencia en la localidad ante los diversos contextos percibidos como adversos, les permite elaborar un sentido de pertenencia y de apropiación del espacio que se vincula con las iniciativas por fortalecer la identidad de Pipinas a partir de, por ejemplo, el Museo a cielo abierto Pipinas, o el paseo “Un gigante, cenizas del recuerdo”.

En esta línea, un sector del predio donde funcionaba la fábrica fue intervenido por un proyecto de la escuela secundaria de la localidad en el marco de la materia Turismo, que se propone ofrecer un espacio de recreación recuperando la identidad del pueblo a partir de lo que fue CORCEMAR. El proyecto adoptó la forma de paseo turístico llamado “Un gigante, cenizas del recuerdo” y consiste en la reposición de la historia local articulada en torno a distintos hitos de la vida de la cementera (incluso, el punto de partida es el año 1938, cuando se instaló allí la fábrica) y desde el recorrido que propone este paseo puede apreciarse la chimenea.

Imagen 33. Señalética indicativa del paseo “Un gigante, cenizas del recuerdo”



Fuente: registro de campo, septiembre 2017

Imagen 34. Láminas del paseo “Un gigante, cenizas del recuerdo”



Fuente: registro de campo, septiembre 2017.

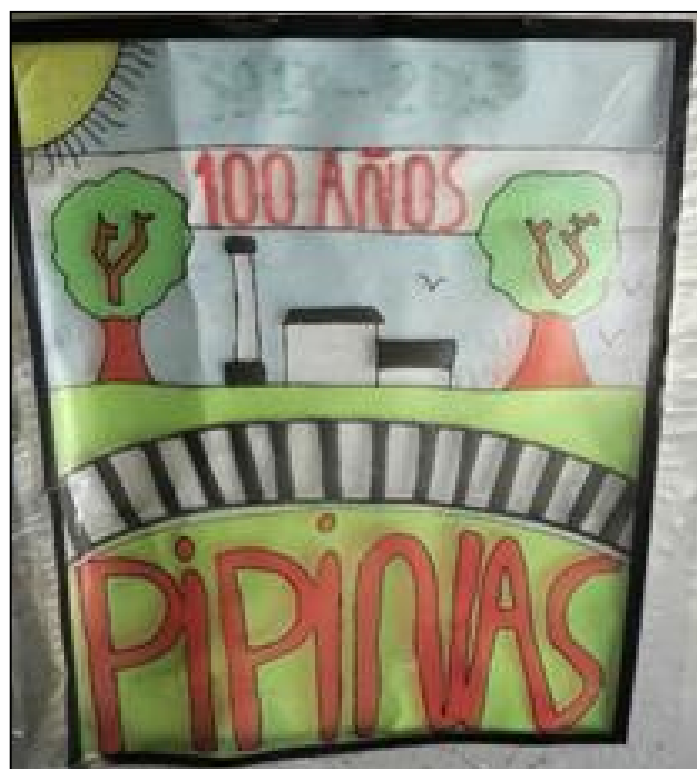
Imagen 35. Paseo “Un gigante, cenizas del recuerdo”



Fuente: registro de campo, septiembre 2017.

En el año 2013, cuando Pipinas cumplió 100 años desde su fundación, se elaboró un cartel conmemorativo de este aniversario para que los comercios de la localidad lo tuvieran exhibido, con el espíritu de recuperar la identidad del pueblo:

Imagen 36. Cartel conmemorativo del centenario de la localidad (2013) exhibido en varios comercios del pueblo



Fuente: registro de campo, julio 2017.

Sobre la ruta provincial 36, a pocos metros del ingreso a la localidad se puede apreciar una obra indicativa de la inminente llegada a Pipinas, la que también configura la identidad de la localidad en torno a la fábrica, materializada en la chimenea (siempre despidiendo humo, es decir, en funcionamiento) que se forma a partir de la letra “N” de la señal:

Imagen 37. Señal indicativa de la llegada a la localidad



Fuente: registro de campo, febrero 2018.

Como vemos, encontramos un conjunto de elementos en Pipinas que remiten a la historia local vinculada con la fábrica CORCEMAR, su funcionamiento y su fuerza identitaria que le imprimía un particular ritmo social a la localidad. Así, este *rompecabezas* de la identidad cementera se encuentra conformado por distintas iniciativas que tienden a recuperar ese pasado de cenizas y que implican acciones de intervención en la localidad que entran actores y que se vuelven instancias en las que los sujetos *hacen algo con su historia*. Ese *hacer algo*, que se da a partir de vinculaciones y articulaciones nos permiten pensar que encuentran a los sujetos participando de dinámicas de desarrollo territorial, no solo porque, como hemos visto, esta dimensión identitaria y la participación que en ella tienen los actores, es recuperada por la bibliografía especializada sobre procesos de desarrollo en localidades, sino por la evidencia más directa de que estos actores se vuelven sujetos activos que le imprimen a la localidad un espíritu identitario vinculado con un recorte de su historia.

Al intervenir con el objetivo de que prevalezca un determinado aspecto de esa historia ponen en juego su propia pertenencia (e incluso la de sus antepasados), están llenando de contenido la expresión “yo soy de” (Arocena y Marsiglia, 2017) y eso implica procesos de acumulación en términos identitarios, culturales, históricos, políticos. Los actores se entran entre sí, la escuela, los/as participantes del Museo a cielo abierto, los/as ex trabajadores/as de CORCEMAR que atesoran fotografías y documentos, en definitiva piezas de ese *rompecabezas* de la identidad cementera de la que estas mismas iniciativas son constitutivas.

El choque de temporalidades

La fuerza que tienen estas piezas en el rompecabezas de la identidad cementera se evidencia con toda claridad a partir de una situación conflictiva que identificamos en el trabajo de campo y que tiene que ver con el temor percibido por los/as pipinenses en base a la sospecha de que, con la instalación del proyecto Tronador en el predio donde se encontraba CORCEMAR, se determine la demolición de la chimenea (que se encuentra en el predio). Esto es recuperado en el relato de nuestro informante de la gerencia de la fábrica de cohetes:

“yo tengo discusiones ahora del tipo de “¿qué van a hacer con la chimenea?”, no sé qué vamos a hacer con la chimenea. La van a voltear (...) yo entiendo la importancia de los símbolos, yo también tengo una remera de “Salven a las ballenas” que no la tiro porque le tengo cariño. A esta gente le debe pasar lo mismo con la chimenea. Ahora bien ¿viste? estamos tratando de hacer una fábrica de alta tecnología. Ustedes deberían pensar que este va a ser el lugar donde van a trabajar tus hijos, no que es el lugar donde trabajó tu papá” (Gastón, trabajador de la gerencia del proyecto, noviembre 2017).

Lo interesante de este discurso es que ilustra el encuentro conflictivo entre intereses y representaciones que responden a dos órdenes distintos: uno de ellos a una posibilidad de desarrollo fabril de alta tecnología y otro a la elaboración identitaria de la localidad.

Estas dos cuestiones se relacionan de manera conflictiva en todos los relatos que hemos logrado recuperar. El conflicto parece traducirse en una puja entre dos momentos temporales, el pasado y el futuro: “deberían pensar que este va a ser el lugar donde van a trabajar tus hijos, no que es el lugar donde trabajó tu papá”. En este sentido los/as entrevistados/as ofrecen interpretaciones unánimes: el pasado es CORCEMAR y el futuro es el Proyecto Tronador, el conflicto sucede en la apropiación de cada uno de estos términos. Para unos el pasado es la identidad de Pipinas, la fábrica como fuerza centrífuga que describimos anteriormente, para la gerencia del Proyecto Tronador el pasado es algo a superar a partir de las posibilidades que ofrece el nuevo proyecto.

Esta contraposición se ve exacerbada por un hecho que no es menor: el actual proyecto está emplazado en el predio donde funcionaba CORCEMAR, entonces se puede identificar una intención, por parte de la gerencia y también del gobierno municipal, de resignificar el espacio a partir de este hecho, mientras que los/as residentes de la localidad y más aún los/as ex trabajadores/as de CORCEMAR, resisten a este intento de resignificación, pues ven amenazada su identidad como pueblo:

“lo que dice el intendente es que nosotros tenemos que lograr que Pipinas busque su propia identidad (...) Quizás este proyecto, el Tronador, pueda generar algún tipo de identidad en el distrito. Se va a poblar con gente sin duda vinculada al proyecto en gran medida, en ese sentido apunta a ser la nueva CORCEMAR, la CORCEMAR del siglo XXI” (Gustavo, Secretario de Gobierno municipal, septiembre 2017).

En línea con estas afirmaciones, recuperamos un episodio del programa Turismo Argentina del año 2016 que promociona a Pipinas como destino turístico. En un momento de la emisión se relata que la instalación de la empresa que llevaría a cabo el proyecto Tronador II en la localidad imprimiría una dinámica que había sido interrumpida por la desaparición de CORCEMAR, basada en una triple lógica de promoción turística, generación de excedente económico y promoción de espacios de socialización. Todo ello bajo la consigna de “devolverle las esperanzas al pueblo”.

**Imagen 38. Retrato de la Conferencia con motivo de los diez años de la Cooperativa Pipinas
Viva**



Fuente: <https://www.youtube.com/watch?v=b07E9e8YWYs>

Lo que se ve en la imagen es una conferencia que tuvo lugar en el Hotel Pipinas como exposición de cierre de las actividades de celebración del primer decenio de la cooperativa Pipinas Viva, que se cumplió en el año 2013.

A partir de nuestro trabajo de campo, logramos contactar a una persona que participó como orador del encuentro y a la que, a partir de la aseveración que figura en el *graph* de la imagen, le preguntamos:

Entrevistador: -¿Por qué hablaban de devolver las esperanzas al pueblo?

Entrevistado: -Porque en su momento con CORCEMAR esto estaba muy pujante, parecía que no tenía fin el crecimiento, siempre había más gente, más empleados, más familias que disfrutaban la colonia, el club de fútbol, y después, con Loma Negra eso empezó a mermar, hasta que desapareció. Ahora con el Tronador II es como vuelve a encenderse esa esperanza y eso implica estar a la altura de las circunstancias también...porque la gente va a esperar que pase ahora lo que pasaba con CORCEMAR, y la verdad no sé si se podrá hacer eso, lleva mucho tiempo.

Registro de conversación telefónica con Claudio, orador en la actividad de cierre de los 10 años de la Cooperativa Pipinas, 2017.

En otro intercambio con un funcionario municipal:

Entrevistador: “- ¿Qué perspectivas tienen, desde la Municipalidad en términos de desarrollo para Pipinas?”

Entrevistado: “Y... hay un plan de desarrollo en sentido turístico, la verdad hay que apuntalar el tema de los feriados puente. Eso impactó mucho, se nota que es la diferencial: cuando los pusieron fue impresionante la circulación que había en la entrada y cómo trabajaban los carritos y todo el cordón comercial del ingreso, y cuando los sacaron se notó cómo se vinieron a pique”.

Entrevistador: “¿Pero desde la Municipalidad? ¿están pensando algo? Porque eso sería una iniciativa a nivel nacional”.

Entrevistado: “Ah, sí. Nosotros sostenemos un fuerte trabajo con el [Proyecto] Tronador. Ahora vamos a tratar de hacer unas charlas en la escuela, pero como la gerencia no quiere eso lo que vamos a hacer es llamar a funcionarios del Ministerio de Planificación, para que puedan dar charlas, es más, estamos pensando en hacerlas virtuales. Imaginate lo que es para un pibe de acá que le digan desde Buenos Aires que si quiere puede trabajar en una fábrica de cohetes (...) Es que ese es nuestro desafío: poder decirles a los pibes que si quieren, no tienen por qué hacerse cargo del carrito de la ruta de su papá, o de cuidar el campo del abuelo, dedicarse al agro... ahí tenes el principal desarrollo, que puedan imaginar otros horizontes” (Gustavo, Secretario de Gobierno municipal, agosto 2019).

A partir de este relato vemos cómo los intangibles del desarrollo (Boisier, 2001) vuelven a emerger: ampliar el mundo de posibilidades de los más jóvenes se vuelve un objetivo de desarrollo posible y factible para la gestión municipal. Esto es interesante en dos sentidos: en principio en términos simbólicos, “imaginar otros horizontes” es un ejercicio necesario para las comunidades que encaran procesos de desarrollo, tal como señalan Arocena y Marsiglia: “la comunidad que se piensa a sí misma, como desarrollada, tiene entre sus objetivos ampliar el mundo de posibilidades más allá de los escenarios que la lógica de la globalización había predeterminado para ellas” (2017, p. 136).

Por otro lado, este incentivo a esas expectativas tiene un correlato en la realidad: la fábrica de cohetes se encuentra allí mismo, en Pipinas, no es necesario que migren hacia otras ciudades.

“El desarrollo también está ahí: en diversificar las posibilidades acá” (Gustavo, Secretario municipal, agosto 2019).

Este anhelo de que el Proyecto Tronador sea la CORCEMAR del siglo XXI choca con las iniciativas de vecinos/as y ex trabajadores/as de la cementera que ven en la instalación de la lanzadera una amenaza a su identidad local fuertemente vinculada con la inserción laboral en la fábrica, cuyo estandarte es la chimenea que aún permanece en Pipinas.

“Y si bien a todos nosotros ver la chimenea ahí apagada, nos hace pensar que eso ya no está funcionando, nos da tristeza... pero a la vez nos parece bien que esté ahí, para que los chicos de acá sepan qué fue esto antes de ser como lo conocen ellos, dónde trabajaba tu abuelo, tu papá incluso, es importante que sepan de dónde vienen” (José, ex trabajador de CORCEMAR, julio 2017).

Así, uno de los hallazgos a los que arribamos es la evidencia de un choque de temporalidades que se da entre lo que llamamos *un pasado que resiste* y *un futuro que promete*. Según centremos la mirada en aquellos actores que resisten para preservar su identidad industrial comunitaria (lo que había sido advertido por la investigación de Germanier -2018-) o en quienes defienden la instalación de la fábrica de cohetes con lo que ello implica (por ejemplo la demolición de la chimenea), observamos la elaboración de articulaciones entre actores e iniciativas para que prevalezca una u otra mirada.

Esas articulaciones para fortalecer una u otra posición abren el juego a dinámicas de desarrollo en tanto implican que actores locales se pongan en diálogo y lleven adelante un trabajo colectivo para dotar de fuerza a su posición en la trama, mientras se da, precisamente por esos esfuerzos, acumulación en cuanto al fortalecimiento del sentido de pertenencia y del lazo social. La imaginación de horizontes posibles, como parte del proceso de desarrollo en una localidad (Arocena y Marsiglia, 2017) no se muestra, en Pipinas, como un espacio de disputa, es decir, no contamos con voces que declaren explícitamente que lo que podemos llamar el perfil industrial de la localidad deba ser recuperado de su antecedente cementero/calero o fortalecido desde su actual carácter satelital. El conflicto emerge cuando se percibe una como amenaza identitaria hacia la otra, es decir cuando los actores locales vinculados a la historia de CORCEMAR (porque han sido trabajadores/as allí, o familiares de empleados/as, o simplemente por el hecho de residir en Pipinas cuando aquella era “el alma del pueblo”) detectan que la identidad cementera es potencialmente reemplazable por la identidad satelital. Y esta situación se da no sin fundamento: el hecho de que el funcionario manifestara que desde la Municipalidad aspiran a que la fábrica de cohetes sea “la CORCEMAR del siglo XXI”, o la amenaza latente de que demuelan la chimenea, o el desinterés por la historia local vinculada a CORCEMAR que muestra el trabajador de la gerencia de VENG, conforman un sentimiento de amenaza hacia esa identidad cementera.

Ahora bien ¿qué espacios de encuentro se dan entre los actores referentes de la fábrica de cohetes emplazada en Pipinas y los actores vinculados a CORCEMAR? ¿Podría pensarse que ese sentimiento de amenaza se vincule con la falta de información sobre el propósito de la instalación de esa fábrica allí? Indagamos, entonces, de qué manera los y las pipinenses se apropian del proyecto Tronador como un proyecto colectivo y en esa línea nos preguntamos si existen intentos por parte del gobierno local y de la misma fábrica de cohetes de generar instancias de apropiación, ya que los/as vecinos/as perciben en ella un hermetismo que obstaculiza la circulación de conocimiento en relación a lo que sucede allí ¿Habría instancias

de diálogo y discusión en torno a intereses que son compartidos, como es el caso de qué hacer con la chimenea?

En la edición del 2 de marzo de 2013 del diario local El Colono, se indica que la planta de fabricación de cohetes sería “un actor clave para poder organizar visitas guiadas con los alumnos de la Escuela Primaria de Pipinas” e incluso sumar a la iniciativa a los “colegios de localidades próximas”. Esto tendría un doble valor: en principio el fortalecimiento de la trama entre actores institucionales en la localidad y segundo mostrando a los/as estudiantes de la escuela un conjunto de disciplinas que podrían despertar su interés por formarse en ellas. Aunque por parte de la escuela hubo un acercamiento para poder organizar visitas con los/as estudiantes, desde la fábrica de cohetes muestran un rechazo a esta iniciativa, argumentando la necesidad de preservar el ambiente y las herramientas de trabajo:

“Hay tecnología sensible. Entonces no es que vos podes agarrar libremente, meter gente a pasear y a que conozca. Porque no es una fábrica de soda. Quieras o no estás tocando intereses internacionales, de alguna manera” (Gastón, Gerente de VENG S.A., noviembre 2017).

La articulación entre estos dos actores se vuelve compleja si es abordada sólo desde la posibilidad de que la escuela *visite* la fábrica ya que no sólo resultaría inviable que los/as estudiantes transiten por la planta, sino que tampoco consideran la posibilidad de acercarse ellos a la escuela para brindar algún taller o charla informativa:

“Yo pongo la energía en hacer caminar un proyecto que es fabricar cohetes. O sea, no me queda soya para ir a la escuela y decir “miren chicos, a ver, les cuento”. No tengo... no da” (Gastón, Gerente de VENG S.A., noviembre 2017).

Advertimos cómo la fábrica de cohetes obstaculiza la posibilidad de generar dinámicas de articulación con otro actor de la localidad y en esa obturación imposibilita también la circulación de información, porque lo que en la fábrica se hace no es dado a conocer a otros actores imposibilitando que los y las pipinenses se apropien del proyecto que es pensado, también, como punto de referencia para una identificación colectiva de la comunidad. En cambio, el acento está puesto en las externalidades económicas que genera la instalación de la planta allí: el hecho de que se realicen compras en comercios de la localidad. Aunque este aporte comercial resulta acotado si pensamos en términos económicos, ya que la principal compra que hacen los trabajadores es la comida que almuerzan a diario y para ello encargan viandas semanales que son elaboradas por uno de los carritos de la ruta. En este sentido las compras que hacen los/as trabajadores/as en los comercios de la localidad son más bien casuales. Sin embargo, consideramos que el efecto comercial que señala el entrevistado no puede pensarse como *la articulación que sí se da*, en reemplazo de la ausencia (aunque sería

mejor decir, la obturación) de espacios de encuentro y de circulación de la información sobre los propósitos de la fábrica de cohetes allí, o sobre qué espera el gobierno local acerca de esta fábrica y su vinculación con la comunidad, porque el objetivo de que “sea la CORCEMAR del siglo XXI”, responde, (como vimos en el capítulo anterior) a un objetivo programático, de la Municipalidad, más que a una prioridad para los/as pipinenses.

Conclusiones del capítulo

En este capítulo demostramos cómo un conjunto de articulaciones conflictivas funcionan como dispositivos de generación de iniciativas que promueven instancias de encuentro entre actores locales a partir de las que se instrumentan acciones y estrategias que tienden a fortalecer una posición determinada en la trama de valor en la localidad. Asimismo, advertimos que estas articulaciones conflictivas se vieron atravesadas por una lógica temporal, que caracterizamos en torno a un choque de temporalidades que contraponen una idea de pasado fuertemente vinculada a la identidad pipinense, y un proyecto de futuro asociado a la posibilidad de superación de ese pasado industrial extinguido por la crisis de desindustrialización que, en Pipinas, se vio reflejada en el cese de las actividades en el 2001 de la ex cementera CORCEMAR, devenida en calera en manos del grupo Loma Negra desde 1991.

Advertimos cómo en torno a ese pasado que resiste su identidad cementera ante la amenaza de verse reemplazada por una identidad que llamamos satelital, se gestan esas articulaciones entre actores locales para reivindicar y fortalecer el recuerdo de la fábrica de cemento no solo como principal fuente productiva y de empleo en Pipinas, sino sobre todo como motor social de la localidad.

La intención de que la planta de VENG S.A. “sea la CORCEMAR del siglo XXI” despierta vínculos conflictivos entre los actores de la localidad; creemos que esto es alimentado por una falta de articulación entre esta iniciativa y el resto de la comunidad, que quedó plasmada en los discursos recuperados anteriormente, en los horizontes no compartidos y en la falta de reconocimiento del peso identitario que tienen los diferentes significantes *cementeros* en la localidad. Este proceso conflictivo lo recuperamos simbólicamente como un *choque de temporalidades* cristalizado en una relación conflictiva entre lo que definimos como *un pasado que resiste y un futuro que promete*.

Lo cierto es que la ausencia de los espacios compartidos de diálogo no sólo genera construcciones en términos de expectativas y sospechas de los/as pipinenses, sino que los/as lleva a adoptar una actitud de resistencia ante la amenaza directa sobre sus significantes, que en última instancia se corresponden con su propia construcción identitaria y lo que han podido hacer con su historia. Según Arocena y Marsiglia (2017, p. 70) “en estos casos la proximidad se logra por la afirmación de la diferencia propia, que no quiere verse contaminada por elementos extraños a ella misma”.

Esta percepción genera instancias de resistencia por parte de distintos actores de la localidad, que encuentran en los espacios de intervención oportunidades de manifestación de su identidad como pueblo. Un claro ejemplo es el Museo a Cielo Abierto, donde se evoca, a través de la elaboración colectiva de murales en distintos puntos de la localidad, ese pasado vinculado a la fábrica CORCEMAR, o la elaboración del cartel conmemorativo de los 100 años de Pipinas que muestra la centralidad de la chimenea.

A este tipo de movimientos nos referíamos en el capítulo 3 de esta tesis, en dos instancias de nuestra elaboración teórica: la primera cuando abordábamos el proceso de globalización y cómo las lógicas globales operan en los territorios locales, principalmente a través de la concentración económica y la división internacional del trabajo (Manzanal, 2014), pues no debemos perder de vista que la crisis productiva por la que atravesó Pipinas se enmarca en un proceso de desindustrialización que se da a nivel nacional (Varesi, 2013; Gaggero, 2015; Lobato, 2021) y a partir del que distintos/as autores/as reflexionan sobre sus impactos en las localidades en procesos de desarrollo territorial (Arroyo, 2002; Altschuler y Casalis, 2006; Arocena y Marsiglia, 2017). Por otro lado, cuando nos referíamos a territorios de la modernidad: a partir de la intervención de lógicas regionales o globales que tienen impactos locales (como la compra de CORCEMAR por Loma Negra, o la instalación del Proyecto Tronador en el predio donde estas funcionaban), se gestan iniciativas territoriales que pueden entenderse como contrahegemónicas y contestatarias a procesos que estas intervenciones generan: en este caso, una amenaza a la identidad del pueblo. Así, hallamos que el caso de Pipinas establece un contrapunto en relación con lo que Herrera (2017) identifica como la desarticulación de identificaciones sociales con el mundo obrero a partir de la crisis del trabajo. En nuestra localidad de estudio, este proceso de crisis implicó, por el contrario, un fortalecimiento de la identificación de Pipinas con ese mundo obrero a partir de la instrumentación de iniciativas que tienden a reforzar ese vínculo de la localidad ligada directamente a la fábrica CORCEMAR, como forma de mantener vigente su historia pero también como trinchera de resistencia ante ese futuro satelital que promete, pero que en esa

promesa amenaza con barrer los contenidos simbólicos y los significantes que mantienen viva la identidad de Pipinas relacionada con la cementera. En el pueblo, esa crisis del trabajo más que desarticular las identificaciones sociales con el mundo obrero, parece más bien reforzarlas.

Creemos que esto debe interpretarse desde la perspectiva de desarrollo territorial que proponemos: como una instancia de acumulación identitaria para la comunidad a partir de las vinculaciones que se dan entre los actores locales, porque esta dimensión del desarrollo territorial manifiesta visiones contrapuestas en torno a los proyectos comunitarios y hacia donde encaminarse como sociedad local (Arocena y Marsiglia, 2017), y es a partir de ese horizonte imaginado que se instrumentan, en la trama de valor (Caracciolo, 2013 y 2014), iniciativas en torno a las que articulan los actores para poner en marcha acciones e iniciativas que tienden a fortalecer la identidad local en base a determinados elementos de su pasado.

Por medio de prácticas de apropiación e intervención, atravesadas por la historia y la configuración cultural de Pipinas, el espacio se vuelve un escenario de reposición identitaria atravesado por un registro temporal que es acompañado por un recorrido espacial: cuanto más *adentro* de la localidad, más antiguas son las referencias temporales que se encuentran.

Asimismo, podemos notar cómo opera el principio de mutabilidad del significado (Santos, 1986) en distintos espacios de la localidad: por ejemplo, la intervención en los muros de Pipinas o la instalación del paseo “Un gigante, cenizas del recuerdo” en un terreno lindero al predio donde funcionaba la fábrica implica que estos espacios resignifican su función y por ende reconfiguran su significado en la localidad: “si bien cada elemento del espacio mantiene su nombre, su contenido y significación están siempre variando” (1986, p. 7).

Así, recuperando el contenido sobre el *ser pipinense* encontramos una articulación conflictiva que conceptualizamos como *choque de temporalidades*: en torno a uno u otro tiempo (pasado o futuro) los actores locales articulan entre sí para instrumentar iniciativas tendientes a fortalecer su posición dentro de esta trama conflictiva, evidenciando cómo las temporalidades están asociadas a las inserciones sociales de los actores y una lectura del territorio en el presente permite dar cuenta de la convergencia de escalas temporales diferenciadas (Silveira, 1995).

Nuevamente emerge el conflicto como rasgo característico de este proceso de desarrollo territorial en Pipinas, no porque sea necesariamente constitutivo sino porque alrededor de ese núcleo conflictivo se agrupan distintos actores que articulan entre sí para hacer prevalecer su posición sobre el objeto que se disputa, y en esas instancias generan dinámicas de

acumulación, en este caso inmaterial, fortaleciendo el *rompecabezas* de la identidad cementera como respuesta a una amenaza por parte de una latente identidad satelital.

CAPÍTULO 6. Una (des)articulación conflictiva: el perfil de desarrollo *a mitad de camino*

*“Nosotros vamos a Costa del Este siempre, venimos de La Plata,
y ya tenemos como parada obligada Pipinas (...)
necesitas parar una o dos veces en el camino”.*
(Ramiro, turista, noviembre 2017)

“Un oasis en el camino”
(Leyenda exhibida en el menú de la parrilla ubicada en el área de ingreso a Pipinas)

Presentación del capítulo

Este capítulo tiene el objetivo de elaborar un análisis sobre lo que Arroyo (2002) denomina el perfil de desarrollo de una localidad, pero proponemos retomar una de las clasificaciones del autor, la que llama “perfil en crisis” (p. 2), que se ajustaría a Pipinas, para desarmarla y ofrecer un análisis que recupere la complejidad del proceso que con aquella denominación queda invisibilizado. Aunque matizaremos esta interpretación evidenciando la desarticulación que hallamos entre distintas iniciativas que dificultan el delineamiento de un perfil de desarrollo para la localidad, lo que queremos demostrar a partir de la denominación *a mitad de camino*: nos interesa exhibir la complejidad que encontramos entre la elaboración parcial de un perfil distintivo y el fortalecimiento de la identificación de Pipinas como un lugar de parada intermedia para quienes transitan la ruta 36.

Aquí también el Estado tiene una posición que refuerza este diagnóstico: “a Pipinas le falta un plan de desarrollo pensado integralmente”, decía un funcionario entrevistado. No sólo se dan iniciativas dispersas sino que no se encuentran imbricadas entre sí y eso se traduce en una ausencia de articulación o, más bien, en una desarticulación. Por eso creemos que en esta dimensión del análisis es conveniente hablar de una *desarticulación conflictiva*, para diferenciarla de las conceptualizaciones con que trabajamos en los dos capítulos precedentes, y para dar cuenta de incipientes acciones en torno a las que se articulan distintos actores y que con la denominación de “perfil en crisis” se verían invisibilizadas como componentes de un proceso de desarrollo territorial, pero que no se fortalecen construyendo una vinculación integral que las aúne.

Sucede que en Pipinas no se percibe un claro horizonte hacia el que se encamine la comunidad, ni tampoco instancias de encuentro en las que se lo defina, es decir que no cuenta con lo que Arroyo (2002) llama un perfil de desarrollo territorial, o mejor dicho se identifica

con lo que el autor define como “perfil en crisis”, que es típico de aquellas localidades en las que el agotamiento de un modelo productivo generó una crisis a partir de la que los actores afectados directamente por ella reconvirtieron sus actividades comerciales y productivas. En esta misma línea se pronuncian Altschuler y Casalis (2006):

“Encontramos infinidad de casos de situaciones de crisis, relacionadas a la pérdida de competitividad y rentabilidad de sectores tradicionales por el quiebre de las economías regionales durante los '90 (...) inciden en ello la privatización y el cierre de empresas públicas y fábricas industriales que motorizaban a la localidad. En la etapa postdefault, dada la nueva macro economía, muchos de estos sectores retoman un fuerte impulso, y vuelven a convertirse en el “motor” de la localidad o región, pero claramente se da aquí un crecimiento económico que no derrama en desarrollo local. (...) En algunos casos las actividades tradicionales se han reconvertido y modernizado, convirtiéndose en verdaderas islas y “enclaves” económicos” (p. 22).

Esta reconversión que señalan los autores es lo que detectamos que se produce en Pipinas a partir de un proceso constituido por la iniciativa de instalación de los “carritos” por parte de ex trabajadores/as de CORCEMAR/Loma Negra. Los “carritos” le imprimirían un perfil comercial a la localidad, combinado con dos elementos: la referencia identitaria a la que aluden por ser, precisamente, comercios que emergieron en el escenario local a partir de la crisis experimentada por el cierre de la cementera reconvertida en calera; y ciertas lógicas de concertación y acuerdos para el funcionamiento operativo que elaboran entre los propios “carritos” pero también entre ellos y otros comercios del acceso a la localidad, privilegiando un accionar asociativo, colaborativo, o *en bloque*. Así, se esbozaría un perfil comercial matizado con rasgos colaborativos entre los actores de la trama.

Por otro lado, Pipinas es promocionada y construida desde distintos relatos como una localidad vinculada al turismo, pero también en torno a este *perfil turístico* percibimos un débil desarrollo. Por ejemplo, la localidad forma parte del programa “Pueblos Turísticos”, iniciativa de la Secretaría de Turismo de la Provincia de Buenos Aires a la que Pipinas se incorporó en el año 2014, y que implica la promoción de localidades de menos de dos mil habitantes como lugares de destino para turistas y excursionistas. Esa promoción consiste en la inclusión de un breve desarrollo de la historia y características locales en la página web del programa⁵⁰ y la instalación, en el pueblo, de señalética de promoción de la localidad.

Imagen 39. Cartel indicativo del programa Pueblos Turísticos, Ruta 36.

⁵⁰ <https://www.buenosaires.tur.ar/Pipinas/>



Fuente: registro de campo, enero 2018.

Imagen 40. Cartel instalado en las proximidades del acceso a Pipinas, Ruta 36.



Fuente: registro de campo, enero 2019.

Imagen 41. Cartel del programa “Pueblos turísticos”. Hacia el fondo puede verse la chimenea de CORCEMAR.



Fuente: registro de campo, noviembre 2019.

Imagen 42. Cartel del programa “Pueblos turísticos”, indicativo de la Estación de ferrocarril “Las Pipinas”



Fuente: registro de campo, noviembre 2019.

En resumen, hallamos que Pipinas por momentos parece un destino turístico y por momentos una parada intermedia, de tránsito hacia el destino final. Percibimos una prevalencia de esta última identificación, que se encuentra fortalecida por la dinámica comercial que se centraliza en torno al acceso de la localidad y los productos y servicios que allí se ofrecen. Entendemos así que el potencial que podría tener el perfil turístico en los hechos se percibe como subsidiario de un perfil comercial que se encuentra fuertemente desarrollado por las posibilidades y características del entramado que se encuentra en el acceso a Pipinas, explotando el perfil de desarrollo que conceptualizamos como *a mitad de camino*.

Por eso, en este capítulo proponemos desandar la categoría planteada por Arroyo (2002) de “perfil en crisis” con la que rápidamente podemos identificar a Pipinas, y ofrecer una lectura que recupere las complejidades de un perfil que, creemos, podría pensarse como comercial con rasgos colaborativos, potenciado por la ubicación de Pipinas *a mitad de camino* en los recorridos que con fines generalmente turísticos realizan las personas por la ruta 36. Fundamentalmente porque creemos que en torno a estas características que planteamos se dan vinculaciones entre actores al interior de cada dimensión (turística o comercial) que motorizan dinámicas de acumulación (material e inmaterial), pero que entre sí no elaboran una articulación que potencie esos perfiles desde una propuesta integral.

Algunos elementos del perfil de desarrollo comercial con matices colaborativos

Como indicamos anteriormente, los “carritos” de la ruta 36 pueden ser entendidos como emprendimientos que fueron parte de un proceso de reconversión en los términos que señalan Altschuler y Casalis (2006) como respuesta a la crisis desatada por el quiebre de economías regionales hacia fines del siglo pasado y principios del actual. Estos comercios llevan casi veinte años de actividad ininterrumpida y se convirtieron en una referencia ineludible de Pipinas. Para indagar sobre este perfil comercial retomamos algunas características sobre la dinámica de funcionamiento de este parador pero también las articulaciones que teje con otros actores comerciales del acceso a la localidad: la estación de servicio y la parrilla “El carrito de la 36”.

Encontramos algunos elementos desde la perspectiva de la economía social para el desarrollo que nos sirven para echar luz sobre procesos que se dan en esta dimensión y que ponen de relieve acciones y dinámicas entre los actores que se inscriben en la visión integral del proceso (es decir no homologable a crecimiento económico) que proponemos aquí. Uno de esos elementos, como ya fue expuesto, es el de trama de valor (Caracciolo, 2013 y 2014), porque encontramos en él una afinidad con la posición que sostenemos en este trabajo en torno al desarrollo como proceso multidimensional: la trama de valor no solamente recupera el valor agregado en los intercambios en términos económicos sino también culturales, simbólicos, y políticos. Esto cobra especial relevancia en esta dimensión, en tanto

“los mercados locales de relaciones más bien directas entre productores y consumidores, por oposición a las cadenas largas- parecen ser los más apropiados para generar tramas de valor agregado en lo económico, lo social, lo cultural, lo simbólico, lo ambiental y lo político” (Caracciolo, 2013, p. 28).

Advertimos así una afinidad entre esta postura y la distinción que realiza Boisier (2001) sobre los tangibles e intangibles del desarrollo, lo que conceptualmente nos permitirá, como lo hizo en el capítulo anterior, elaborar algunas reflexiones a propósito de ello.

En este sentido, encontramos en Altschuler y Casalis (2006, pp. 11-12) la identificación de “activos intangibles como los saberes aprehendidos, la cultura y la tradición de la población [que] se convierten en insumos para un proceso endógeno” como respuesta a la crisis que surgió “a la sombra de las políticas económicas neoliberales” y que constituyen “una alternativa de acción, producción, reproducción y representación colectiva”. Estos elementos son propios de un conjunto de organizaciones o unidades productivas que tienen por objetivo el servicio a la comunidad y el aporte al bien colectivo junto con la generación de excedente económico, y tienen un nivel de autonomía con respecto al Estado, lo que les permite negociar con él e interpelarlo como mediador de demandas e intereses (Elgue, 2003; Villar, 2007).

Veremos cómo los “carritos” de la ruta 36 sostienen acciones colaborativas en tanto encuentran en lo que llamamos su *accionar en bloque* una estrategia de la que todos/as se ven beneficiados/as, adoptando una actitud cooperativa de corte instrumental (Lattuada, 2016), movidos/as no por el fin mismo de la cooperación sino por la idea de que el actuar colectivamente les reportará beneficios en tanto comercios autónomos.

En este capítulo analizaremos cómo se dan en nuestro caso de estudio algunos hallazgos que fueron elaborados por otros/as autores/as que han investigado el mismo proceso, en otras localidades. Por ejemplo, Henríquez (2019) aporta un interesante análisis sobre cómo la forma en que se instrumentó un régimen de co-gestión en un mercado municipal de San Carlos de Bariloche propició prácticas solidarias y colaborativas que motorizaron estrategias de desarrollo territorial basadas en la transmisión de estos valores en las vinculaciones humanas, pero también utilizando capitales como el *know how*, los aprendizajes cotidianos y el fortalecimiento del vínculo productor-consumidor. En ese mismo sentido Bonfanti y Falcón (2021) concluyen a partir de su trabajo de investigación en mercados locales de las ciudades de Resistencia y Corrientes que estos espacios construyen su principal capital a partir de la “recuperación de habilidades y capacidades de las personas, en tanto han favorecido el desarrollo de la creatividad y la autonomía en el trabajo autogestivo con poder de decisión” (p. 91), que se ve reflejado en la capacidad de negociación que adquieren en el intercambio con otros actores locales. Por otro lado, indagaremos si en este mercado local los/as comerciantes y productores/as encuentran una instancia dialógica con el Estado, en

línea con lo que Drago (2016) encuentra en su investigación sobre un mercado de economía social en la ciudad de La Plata.

Motorizados por esas cuestiones, en este capítulo demostraremos que conviven estrategias colaborativas entre los distintos comercios o unidades productivas junto con iniciativas contrapuestas que tensionan aquellas dinámicas de cooperación, y que se cristalizan en articulaciones entre los actores de esta dimensión en torno a la concreción de sus objetivos. Es necesario advertir, siguiendo a Angelico (2005), que las prácticas colaborativas se constituyen en un medio no sólo para la generación de ingresos sino también para la inclusión y para el fortalecimiento del lazo social. Y en esta línea: cuando los actores entran en conflicto entre sí no quiere decir que esa tensión vaya en detrimento del colectivo sino que se dirimen esos intereses contrapuestos en un espacio común que, precisamente por habilitar ese conflicto, es en sí colaborativo (Mutuberría Lazarini, 2008). Sin embargo, esta idea merece ser matizada ya que no siempre las articulaciones conflictivas se dirimen, ni tampoco lo hacen exclusivamente en espacios que, justamente por esa anulación del conflicto, se vuelven colaborativos y exentos de disputas. Por caso, veremos aquí que en función de acuerdos construidos entre distintos actores de la zona comercial del acceso a Pipinas se logra la disipación del conflicto, no obstante, como advertimos en el capítulo 4, en ocasiones el conflicto persiste y no se diluye, aun promoviendo espacios colaborativos y participativos.

Estas ideas son sumamente importantes al calor de los hallazgos que venimos compartiendo, ya que (como quedará demostrado) el conflicto, que en nuestro caso se encarna en la contraposición de ideas, proyectos e iniciativas, es un elemento constitutivo de las dinámicas de desarrollo territorial en Pipinas, y esa dimensión conflictiva de la trama de valor (Caracciolo, 2013 y 2014) no anula las posibilidades de cooperación, de fortalecimiento del lazo social, de la identidad local, en una suerte de juego de suma cero, sino que, por el contrario, ese conflicto se vuelve el motor de iniciativas que los actores instrumentan y que son ellas mismas elementos del proceso de desarrollo territorial.

Algunos interrogantes que guían este capítulo son: ¿cómo organizan su producción y comercialización los “carritos” y los demás comercios?, ¿se dan situaciones de conflicto entre *grupos de actores*, y en tal caso qué características asumen?, ¿cómo son las dinámicas de colaboración entre los actores socio productivos de la localidad?

Para ello nos valemos de entrevistas a encargados/as de los “carritos”, trabajadores/as de comercios que se encuentran sobre la calle de acceso a la localidad, observaciones y registros fotográficos.

Un perfil de desarrollo *a mitad de camino*

Para indagar sobre estas iniciativas que, creemos, podrían ser propias del perfil de desarrollo de la localidad y que son la actividad comercial del acceso y la actividad turística, proponemos esta conceptualización de *mitad de camino* como juego de identificación en torno a la ubicación de Pipinas como lugar de parada intermedia hacia otro destino, que parecería fortalecerse a partir de la diversidad de oferta comercial, de servicios y gastronómica que se encuentra en el acceso a la localidad y que se vuelve un espacio atractivo para que quienes se trasladan en sentido a las capitales federal o provincial o desde éstas hacia la costa atlántica, realicen una parada para distenderse, descansar, o proveerse de insumos y productos para el resto del viaje.

Como ya señalamos, los carritos surgieron como iniciativas de pipinenses enfrentados/as a la necesidad de generar ingresos para su propia subsistencia, y encontraron en la zona próxima a la ruta, en un espacio delimitado por ella, la calzada de acceso y las calles 18 y 5, un sitio adecuado para la venta de productos regionales de elaboración casera. También sobre la calle 18 se encuentran una estación de servicio y un restaurant parrilla.

Mapa 4. Localidad de Pipinas.



Fuente: elaboración a partir del software QuantumGIS (QGIS), utilizando como mapa base Google Satelite.

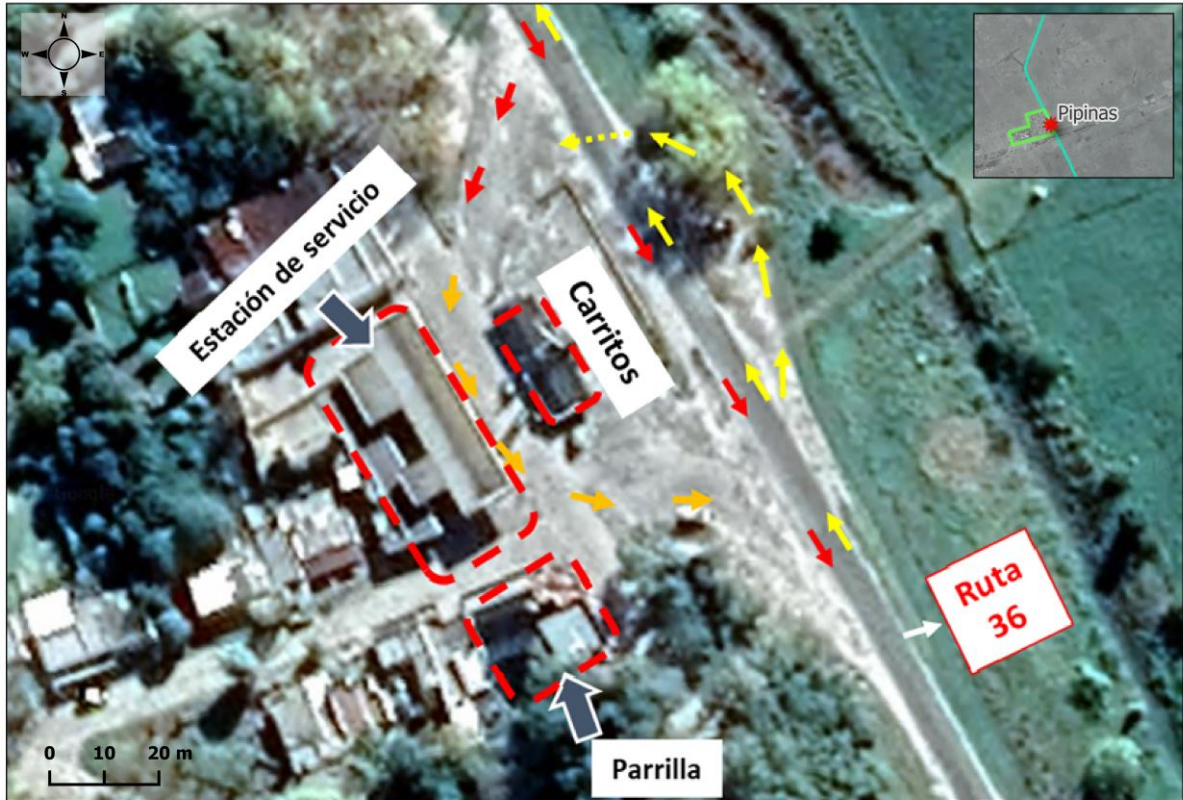
Imagen 43. Parador de la ruta 36. Aquí pueden verse los carritos, hacia la derecha la estación de servicio y, más atrás, el restaurant parrilla



Fuente: registro de campo, noviembre 2018.

Lo primero a señalar es que la instalación en ese espacio de los “carritos” implicó que se comenzara a gestar una dinámica de flujo vehicular que encontraba en estos locales un motivo para detenerse y recorrerlos. En este sentido, la presencia de estos emprendimientos contribuyó a hacer de este lugar un parador que fue fortalecido con la puesta en actividad de la estación de servicio (sobre todo por contar con sanitarios) y la parrilla “El carrito de la 36”. La siguiente imagen ilustra el flujo vehicular por la ruta 36, y cómo quienes transitan en ambos sentidos cuentan con accesos desde la ruta al parador.

Mapa 5. Zona de acceso a Pipinas, Ruta 36.



Fuente: elaboración a partir del software QuantumGIS (QGIS), utilizando como mapa base Google Satelite.

Imagen 44. Concentración vehicular que se genera en el parador de los carritos. Fotografía tomada durante un fin de semana.



Fuente: registro de campo, diciembre 2018.

Imagen 45. Restaurante parrilla “El carrito de la 36”, en el acceso a Pipinas.



Fuente: registro de campo, agosto 2016.

Imagen 46. Carta del menú de la parrilla “El carrito de la 36”.



Fuente: registro de campo, enero 2019.

Esta combinación de oferta gastronómica, regional, artesanal y de servicios hicieron del acceso a la localidad *un oasis en el camino*, una parada frecuente para muchas personas que transitan la ruta 36 en dirección hacia las capitales provincial o federal, o en sentido contrario hacia la costa atlántica, es por eso que se revela la importancia que guardaba la iniciativa de

implementación de feriados con fines turísticos como posibilidad de incrementar los volúmenes de venta de estos negocios.

“Paré acá para cargar agua [en la estación de servicio] mi esposa llevó a la nena al baño, y yo fui con el nene a comprar unos sanguchitos a la parrillita. Nosotros vamos a Costa del Este siempre, venimos de La Plata, y ya tenemos como parada obligada Pipinas. Sobre todo con los nenes, necesitas parar una o dos veces en el camino” (Ramiro, turista, noviembre 2017).

En el relato de Ramiro puede verse cómo opera cierta sinergia o lógica de complementariedad entre los distintos negocios que se encuentran emplazados en el acceso a Pipinas, haciendo de este espacio un parador con una múltiple oferta de bienes y servicios.

Aquí puede rastrearse un elemento distintivo de los *clusters* o distritos⁵¹. Si bien esta corriente basaba sus premisas en los aglomerados industriales de la segunda mitad del siglo pasado, obviando esa distancia nos aporta elementos para pensar que esta sinergia comercial que se da en el acceso a la localidad de Pipinas, en tanto parador, implica que los distintos comercios y unidades productivas de este espacio encuentren allí una dinámica de acumulación material asentada en una lógica colectiva donde todos se benefician, pues la ecuación *utilizar los sanitarios – proveerse de agua – comer– visitar los “carritos”* hace de ésta una experiencia que implica atender varias demandas en una sola parada de camino al destino fijado. Esto se revela en las articulaciones que instrumentan entre sí los actores de este espacio, que apuntan a emprender acciones colaborativas (Altschuler y Casalis, 2006) como horarios de apertura y cierre comunes, acuerdos de no competencia o de complementariedad en la venta de productos:

“Acá podes venir al mediodía y tenés la tarde hecha: venís a la parrilla a almorzar, después vas a cargar agua a la estación de servicio y en los carritos te compras una pastafrola o bizcochitos para el mate, todo en menos de una cuadra y ahí sí... seguís tu camino, feliz y con la panza llena” (Rubén, parrillero del parador, noviembre 2017).

En este sentido, indagamos sobre las condiciones materiales que se desprenden del trabajo en los “carritos”: todos ellos son iniciativas laborales que se complementan con otras fuentes de ingreso, en general pensión o jubilación de uno/a de los/as encargados/as de los comercios, o salario percibido por ser trabajador/a en relación de dependencia en la Municipalidad de Punta Indio. Esta función de complementariedad es interesante para pensar cómo es percibido el nivel de dispersión de ingresos que se generan a partir de estos emprendimientos

⁵¹ Por supuesto salvando las distancias, aquí no se observa un proceso de crecientes niveles de innovación, como señala Naclerio (2010) ni tampoco las particularidades que la teoría marshalliana le adjudicaba a estos distritos industriales. Pero nos pareció oportuno encuadrar lo observado a partir de una de las principales ideas de esta corriente: la sinergia productiva (comercial en el caso de Pipinas) que se da a partir de la proximidad física de las unidades.

mensualmente, es decir si bien se manifiesta como un ingreso necesario, los períodos donde se nota una merma importante del flujo vehicular y por ende de la actividad comercial, en palabras de quienes fueron entrevistados/as, se perciben como “no tan dramáticos”.

“Y, de alguna manera te acostumbras... mi marido es jubilado de la fábrica, él era capataz...no te digo que estamos en una posición de abundancia pero hay meses en los que no hay tanto movimiento acá, porque no hay feriados o porque llueve el fin de semana, y lo que ingresa de acá del carrito lo usamos más para ahorrar o darnos un gusto de vez en cuando” (Mirta, encargada de carrito, febrero 2018).

El relato de Mirta nos permite reflexionar sobre el destino que tiene, en su caso, el excedente producido por la actividad comercial que lleva adelante en el “carrito”: como ahorro o como un ingreso extra que le permite un gasto considerado suntuoso o prescindible.

Es interesante notar este desplazamiento en torno a la función que cumplían los “carritos” en su origen con respecto a lo que se espera hoy en día de estos emprendimientos:

Entrevistador: “Al comienzo los carritos eran como el trabajo fijo de ustedes, cuando se quedaron sin la fábrica digo, y por lo que me contas hoy es más bien una actividad que les representa un ingreso más”.

Entrevistada: “Claro, sí... y sí, porque hace 15 o 20 años era algo que inventamos para sobrevivir... ahora la verdad es un pasatiempo, ojo que somos muy responsables y queremos mucho nuestro trabajo acá, pero ¿cómo te explico? Ya es una vocación... no lo hacemos por la plata... lo hacemos por Pipinas, en parte, porque los carritos de Pipinas hay que sostenerlos, es como sostener la historia del pueblo” (Mirta, encargada de carrito, febrero 2018).

Cuando Mirta señala que, más allá del ingreso económico que les representa la atención de los carritos, sostienen esta actividad “por Pipinas” porque “es como sostener la historia del pueblo”, está haciendo referencia a que estos comercios son *hijos de la crisis*, nacieron como respuesta a una coyuntura de pérdida de trabajo a partir del cese de la fábrica CORCEMAR/Loma Negra en la localidad, ya que los primeros “carritos” fueron instalados por extrabajadores/as desempleados/as de la fábrica. Esto es un elemento que no se identifica con ese proceso de acumulación material que le produce un excedente de dinero para destinar a actividades de ocio o para ahorrar, sino que revaloriza un aspecto intangible (Boisier, 2001) de esta actividad que se vincula con el reforzamiento de la identidad local a través del sostenimiento de estos comercios que remiten a la historia pipinense, en línea con lo que señalan Altschuler y Casalis (2006) en torno a cómo en las estrategias de colaboración y cooperación entre estos actores se cristalizan activos intangibles como los saberes, la cultural y la tradición locales.

Esto también es advertido por Caracciolo (2013 y 2014) quien, a partir de la categoría de trama de valor, encuentra en los mercados locales (que caracteriza como de relaciones directas entre productores/as y consumidores/as) espacios de intercambio que permiten: abastecimiento de productos cuyo origen es conocido, disminuir los traslados de mercaderías, mejorar las condiciones de negociación al vincularse directamente con el/la consumidor/a, fortalecer la formación de capital social, rescatar los valores culturales de la localidad, motorizar la producción local a través del dinero que entra en el circuito local, fortalecer la seguridad alimentaria e involucrar a los municipios en modalidades de gestión asociadas del territorio con los actores que trabajan allí, y ampliar la participación de las mujeres (Caracciolo, 2013: 28).

La lógica de acumulación material que en los orígenes de la instalación de los “carritos” era la que primaba para instrumentar estas iniciativas comerciales, con el tiempo fue dejando lugar a la revalorización de una lógica identitaria: “sostener la historia del pueblo”. Los “carritos” se vuelven un engranaje fundamental de la trama identitaria de Pipinas, de modo tal que el espíritu de generación de excedente económico convive junto con el del sostenimiento de la historia local en la actividad de los “carritos”, como señala Mirta en su relato.

La experiencia común que implicó en el pueblo el cierre de la fábrica junto con la pérdida de puestos de trabajo generó el fortalecimiento de lazos sociales al interior del grupo de desempleados y desempleadas que encontraron en los “carritos” una estrategia de subsistencia:

“Bueno, muchos aprovecharon las indemnizaciones o retiros y dijeron ‘ahorro unos manguitos y me pongo un puestito acá sobre la ruta con lo que gané y me voy a mantener’. Pensaron eso” (Alberto, encargado de carrito y ex trabajador de CORCEMAR, febrero 2018).

“Todos habían vivido la misma experiencia, los habían dejado sin trabajo ¿cómo no te va a unir eso? si bien fue una noticia malísima, muchos se deprimieron, pero otros nos pusimos la tarea al hombro de salir a rebuscárnosla, y ahí nos juntamos cinco... y dijimos “che, salgamos a la ruta, vos vendé pastafoflas, vos pastelitos, vos conservas”, hace más de 10 años estamos” (María, encargada carrito, julio 2017).

Lo que María relata como haberse puesto “la tarea al hombro de salir a rebuscárnosla”, luego del cese de la actividad de la fábrica en 2001 y la consecuente falta de trabajo que muchos/as experimentaron, refiere a la iniciativa de gestionar su propio medio de generación de ingresos a partir de la instalación de los “carritos”.

Esta iniciativa de los y las pipinenses por “rebuscárselas” es reconocida en la voz de un funcionario municipal que ve en ellos/as a “emprendedores” en tanto personas que instrumentaron soluciones ante la situación de desempleo en la localidad.

Esta reconversión de trabajadores/as en emprendedores/as fue abordada críticamente por Palermo y Rivero (2011) en tanto estrategia discursiva de legitimación de políticas de precarización y flexibilización laboral. No obstante, de nuestro trabajo de campo emerge como una actividad que no solamente permitió dar respuesta al objetivo original de esta iniciativa, que era la generación de ingresos para la subsistencia, sino que logró “sostenerse en el tiempo”, y volverse una marca identificatoria de Pipinas. Es así que los/as entrevistados/as destacan la importancia de estos comercios como rasgo distintivo pipinense e incluso como “motivo para visitar la localidad o parar en la ruta”. Entonces, si bien estos “carritos” surgieron como una actividad informal e improvisada ante un contexto de crisis, la permanencia en el tiempo y el mejoramiento de los emprendimientos incluso en lo relacionado a su infraestructura, hacen de los “carritos” un actor central en Pipinas. Esta centralidad se pone en juego, además, con un rasgo característico de estos emprendimientos: aunque sean comercios autónomos, el hecho de estar ubicados espacialmente en un mismo parador les otorga una identidad colectiva, que se articula con la identidad compartida al origen de este proyecto en tanto personas que eran ex trabajadores/as desempleados/as de CORCEMAR/Loma Negra, como indicaba María en su relato: “Todos habían vivido la misma experiencia, los habían dejado sin trabajo ¿cómo no te va a unir eso?”.

Así, comercialmente los “carritos” funcionan como unidades independientes, pero organizativamente gravita la identidad colectiva como “los carritos de la ruta”. Por ello, en este sentido, hallamos que al momento de generar acuerdos operativos y productivos del funcionamiento del parador, o para viabilizar alguna petición a las autoridades municipales, instrumentan una lógica de acción en bloque que se encarna en prácticas y acuerdos colectivos, como por ejemplo no vender lo mismo que ofrece otro “carrito”, poner en valor la producción local a través de la comercialización de productos de elaboración propia, o establecer un horario de apertura y de cierre común para todos, juntar dinero conjuntamente para que los “carritos” sean publicitados en diarios y revistas de la zona y promocionar los productos en eventos locales.

“Nosotros somos ‘los carritos de la ruta’, cada uno tiene su nombre, su producto específico, pero la gente nos conoce como ‘los carritos’” (María, encargada de un carrito, julio 2017).

Imagen 47. Los carritos cerrados por acuerdo colectivo de los y las comerciantes encargados/as de cada uno de ellos, durante el horario de la tarde de un día de semana, fuera de temporada turística



Fuente: registro de campo, agosto 2019.

Imagen 48. Productos de elaboración propia comercializados en los carritos



Fuente: registro de campo, noviembre 2018.

Uno de los acuerdos colectivos que sostienen los “carritos” es el de comercializar productos que principalmente sean elaborados de forma casera o por productores/as de la región. Vale mencionar que al inicio de su actividad (durante ese período de informalidad que se dio al comienzo de la instalación de estos “carritos” en la ruta), lo que vendían era en su totalidad de producción casera. Si bien esto es considerado como un elemento diferenciador y un valor

local, con el correr de los años se vieron en la necesidad de flexibilizar esa *condición de localidad* en la producción de alimentos empujados/as por la demanda de quienes se detenían en el parador y solicitaban productos que no se comercializaban allí.

No obstante, según mencionan los/as entrevistados/as, el hecho de que los alimentos que venden sean en su mayoría de producción casera y/o regional es “algo en lo que todos estuvimos de acuerdo: tratar de sostener lo más posible lo casero, que las personas vean que lo que van a comer lo hicimos en nuestras casas, acá en Pipinas, en mi cocina” (entrevista a María, encargada de un carrito. Julio 2017). Esto es interesante a la luz de lo que indica Caracciolo (2013 y 2014) en torno a cómo a partir de los mercados locales se fortalece la trama de valor potenciando la producción local, ponderando el saber hacer de las personas que viven en el pueblo (que en este caso se traduce en las recetas con que elaboran los alimentos, y que cobran un valor especial en tanto son “transmitidas de generación en generación” (entrevista a María, encargada de un carrito. Julio 2017). También esta situación descrita resuena en las palabras de Altschuler y Casalis (2006, pp. 11-12) al señalar que, como respuesta a situaciones de crisis “los activos intangibles como los saberes aprehendidos, la cultural y la tradición de la población se convierten en insumos para un proceso de desarrollo endógeno”, y que constituyen “una alternativa de acción, producción, reproducción y representación colectiva”.

También es ilustrativa de esta dinámica la organización colectiva para plantear demandas y problemas a las autoridades municipales. Por ejemplo una vez por mes se reúnen todos/as los/as encargados/as de los carritos y plantean un pliego de demandas que luego, en grupo, acercan a la Municipalidad en Verónica y son recibidos por algún/a funcionario/a del gobierno local.

Como vimos en el capítulo 4, esta iniciativa de petición conjunta fue formalizándose con el correr de las reuniones. En principio, no había un acuerdo de reunión preestablecido entre los/as funcionarios/as y los/as comerciantes, sino que estos/as lograron un primer contacto informal con el Secretario de Gobierno municipal, que dio inicio a una serie de encuentros esporádicos. No nos detendremos aquí en lo que implica en términos analíticos la institución de los “miércoles de carritos”, porque fue objeto del capítulo 4, pero sí diremos que estas reuniones entre los/as comerciantes y el gobierno lograron concretar objetivos de importancia para estos emprendimientos. Por ejemplo, en el año 2012 la Municipalidad construyó doce locales donde hoy funcionan cada uno de los “carritos” y les otorgaron facilidades administrativas para gestionar las correspondientes habilitaciones. Desde entonces han

funcionado de manera ininterrumpida, principalmente, con el consumo a partir del flujo vehicular de la ruta vinculado al turismo. En este sentido es importante rescatar que en el año 2017 las disposiciones que modificaron la política de feriados puente, que implicó una reducción sustantiva de la cantidad de días al año destinada a fines turísticos⁵² (Decreto 54/17) perjudicaron los rendimientos de los productores y comerciantes.

Una línea de lectura que nos aporta interesantes elementos para problematizar estos procesos la hallamos en la perspectiva de Coraggio (2002, 1998) quien se pregunta por las dinámicas de desarrollo por fuera de los parámetros capitalistas hegemónicos señalando como punto de partida la economía del trabajo, en oposición a la economía del capital, para observar que dentro de los parámetros capitalistas el fin último es la maximización de la ganancia y el acrecentamiento de los niveles de rentabilidad, encontrando su unidad micro económica en la empresa capitalista. En contraposición, la economía del trabajo, que propone el autor, pone en el centro de la escena a la actividad productiva y reproductiva, ya que en este paradigma el fin último es la reproducción ampliada de los/as trabajadores/as, afirmando la primacía de los intereses del conjunto de ellos/as, sus identidades y movimientos. Aquí, el referente micro socio económico es la unidad doméstica.

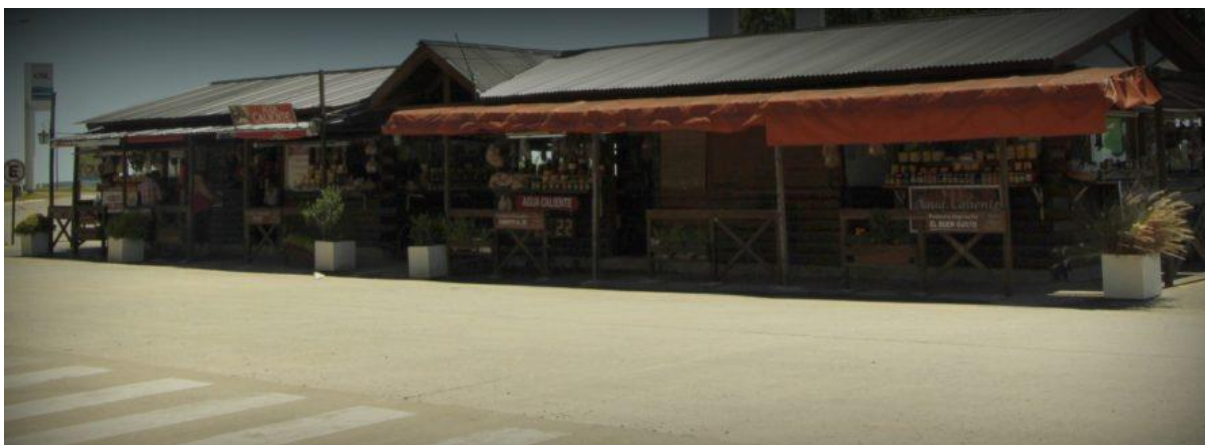
Este aporte problematiza el caso de los “carritos” de Pipinas, porque en ellos conviven: a) una lógica capitalista de maximización de ganancia en tanto son comercios, de hecho cada uno de ellos podría pensarse como la unidad micro económica del sistema capitalista (la empresa o unidad productiva) que señala el autor; y b) acciones y estrategias de asociación, colaboración y cooperación que se emparentan con el corazón de la estrategia cooperativista. Además, como se desprende del trabajo de campo, el hecho de que los “carritos” hayan permanecido como iniciativas comerciales de la localidad durante los últimos 20 años implica también un proceso de reproducción ampliada de la vida de los/as trabajadores/as y sus familias (Coraggio, 2002).

Asimismo, el autor señala que estas organizaciones “pueden desarrollar meso sistemas de auto regulación, de planificación estratégica o de representación de sus intereses” (Coraggio, 2002, p. 3). Y resulta que estos sistemas de regulación son los que encontramos en los “carritos”, que las propias unidades domésticas encargadas de su gestión han instrumentado en pos de garantizar el homogéneo funcionamiento del parador, instrumentando un proceso de acción *en bloque*. Sin embargo, no podemos decir que se dé una democratización de la

⁵² En octubre de 2019 se restituyeron algunos. Así, bajo el decreto número 717, se establecieron para el año 2020 tres feriados con fines turísticos (conocidos como feriados puente), los días 23 de marzo, 20 de julio y 7 de diciembre.

gestión del espacio, ya que no se dan instancias de asamblea o dinámicas cooperativas de distribución equitativa del excedente.

Imagen 49. Carritos de la ruta 36



Fuente: <http://pueblitos.com.ar/> Recuperado en abril 2020.

Durante el año 2018 la principal demanda de los/as comerciantes de los “carritos” al gobierno municipal giró en torno a la posibilidad de eximirlos/as del pago anual del canon que le corresponde a cada uno por la ocupación del local.

“No podían llegar ni siquiera a pagar el canon. Me contaron que había días que en todo el día vendían \$300” (Esteban, Funcionario Municipal del área de turismo, enero 2018).

“Cuando sacaron los feriados puente nos mató, nos mató. Este año fue... Este año (2017) fue re tranqui, demasiado, diría yo” (Mirta, encargada carrito, febrero 2017).

Alrededor de los “carritos” también se generan prácticas de cooperación al interior de la localidad con los/as comerciantes, asociándose para viajar hasta La Plata y adquirir los insumos necesarios en un hipermercado mayorista de la ciudad capital, comprando en conjunto para aprovechar los precios de los productos al por mayor y luego dividiéndolos entre los comercios, funcionando con una dinámica de cooperación en el consumo.

“Voy a La Plata a comprar las cosas, a Nini. Vamos con una comerciante del pueblo, compramos entre los dos para aprovechar el precio de las cosas y después dividimos” (Alberto, encargado de “carrito”, febrero 2018).

En los testimonios vemos cómo vuelve a operar aquella diferenciación espacial que advertimos en el capítulo 4 entre “la ruta” y “el pueblo”:

“principalmente vivimos del turismo, del turismo y del pueblo...mucho gente, como ya me conoce y conoce lo que vendo, me hace encargue para cumpleaños y cosas así (...) Lo que pasa que en el pueblo no hay repostería, entonces si quieren una pastafrola, o algo dulce, lo vienen a buscar acá” (María, encargada de “carrito”, julio 2019).

“los carritos están abiertos todos los días, y a veces algunos llaman a pibes del pueblo que quieran ganarse unos pesos y se los atienden en el horario de la siesta, o si tienen que ir a Verónica, como no pueden cerrar así se aseguran que estén abiertos” (Esteban, Funcionario Municipal del área de turismo, enero 2018).

Estas dinámicas pueden ser leídas a través la propuesta de Lattuada (2016) sobre las formas de organización de los actores en el territorio, aunque el autor introduce estas reflexiones pensando en asociaciones vinculadas a la actividad rural, nos permitimos tomar prestada esta perspectiva porque nos permite analizar este fenómeno organizativo que vemos en los comerciantes de los carritos de Pipinas. Según Lattuada, existe una heterogeneidad de agrupamientos que están en permanente movimiento ya que no tienen la formalización de cooperativa, por lo que los identifica como organizaciones cooperativas en estado embrionario, y que son instrumentadas de manera no formal por los actores para el mejoramiento de su posición en términos de acumulación material. La tipología que elabora el autor propone un modelo de organización cuyos vínculos en su interior son de corte instrumental (como sucede con la compra colectiva de los “carritos” en el hipermercado platense, o en los acuerdos en torno a los horarios de apertura y cierre de los distintos locales).

Estas articulaciones en torno a la experiencia colectiva informal, las llama “protoasociativas”, que implican que los/as productores/as y comerciantes se unen para obtener algún beneficio que no obtendrían si prescindieran de esa trama colectiva. Así, sostiene que

“en el caso de los pequeños productores y la población rural vulnerable (...) constituye un mecanismo de bajo grado de formación para la organización. Suelen ser sociedades de hecho, con la ventaja de la rapidez y simplicidad para su conformación inicial, pero con limitaciones para su crecimiento organizacional” (Lattuada, 2016, p. 52).

Siguiendo la argumentación de este autor, en el desarrollo de esas experiencias organizativas, el objetivo tiende a mutar desde la obtención de un beneficio directo material hacia un horizonte de consolidación de una forma de trabajo colectivo para avanzar en asuntos comerciales y de transformación de la producción. Este paso no se da entre los/as comerciantes de los “carritos”, sino que quedan en aquel estado embrionario que propone el autor y que identifica como protoasociaciones.

Hasta ahora analizamos instancias de cooperación principalmente entre los “carritos” a partir de su acción en bloque, y también en ocasiones entre éstos y los/as comerciantes del pueblo para proveerse de insumos para la venta instrumentando traslados y formas de compra colectivos y así reducir los costos, y también cierta lógica de sinergia comercial entre los negocios de la calle 19. Sin embargo, a partir del trabajo de campo hallamos también

situaciones de tensión y conflicto entre los “carritos” y la estación de servicio, en el ingreso a la localidad. El conflicto surge a partir del ofrecimiento por parte de estos comercios de productos para la venta que también se podían encontrar en la estación. Es interesante poner de manifiesto las argumentaciones que planteaban algunos/as de los/as encargados/as de los “carritos”, vinculadas a que quienes trabajaban y gerenciaban la estación no eran de Pipinas, lo que parecía invalidar su reclamo.

“Me acuerdo que [el encargado de la estación de servicio] vino a hablar con Martín, que es el chico del carrito de acá al lado, y le planteó que no vendamos más galletitas [en referencia a galletas industriales, no caseras] porque él ya las venía vendiendo, que él no vende pastafrolas ni budines, entonces que nosotros deberíamos no vender las galletitas. Te digo, para mí tenía razón, no lo hicimos de mala leche, es que no nos dimos cuenta la verdad. [...] pero acá algunos decían “que se vaya a cagar, si él no es de Pipinas, lo que gana con las galletitas no lo deja acá, en el pueblo”, y no sé...yo cuando me voy de vacaciones tampoco dejo la plata en el pueblo, qué se yo” (Alberto, encargado de un “carrito”, febrero 2018).

Las instancias de diálogo y discusión al interior del grupo de los “carritos” produjeron como resultado el acuerdo en torno a la idea de que no deberían vender los mismos productos que ofrecen otros/as comerciantes de la zona próxima (refiriéndose a los comercios que están en el acceso a Pipinas), de manera tal de priorizar la complementariedad en la oferta de productos o servicios, potenciar el comercio y la venta y no entrar en una lógica de competencia entre sí.

Aunque hemos observado que sí existen productos que se ofrecen por igual en ambos espacios comerciales, este proceso de acuerdo en torno a la no competencia evidencia, una vez más, cómo los “carritos” funcionan en base a acuerdos generales surgidos de diferentes instancias de diálogo y que, si bien son comercios independientes, lograron construir una lógica de comportamiento colectivo que se refleja en estos consensos generales o en el acuerdo por el horario de atención que ofrecen o las demandas que elaboran conjuntamente para presentar ante autoridades municipales. Además, se ha extendido esta lógica de acuerdo colectivo a otras unidades comerciales de la localidad y jugando en cada caso con una identidad colectiva: como “*carritos*” cuando los consensos se limitan al funcionamiento que les incumbe solo a ellos, como *comercios* cuando implican a negocios del pueblo, o como *comercios del acceso* cuando responden por una lógica colectiva junto con la estación de servicio y la parrilla.

Las articulaciones que tejen los “carritos” pueden ser leídas tanto desde una lógica intralocal como desde una extralocal: con respecto a la primera, hallamos productos que se comercializan en estos locales de la ruta y que son provistos por productores pipinenses (por

ejemplo, los chacinados que son elaborados en el emprendimiento “El paisanito”, fábrica ubicada en la localidad). Mientras que las vinculaciones extra locales se generan tanto en la etapa de producción (algunos de los “carritos” venden quesos producidos en Verónica o Alvarez Jonte) como en la de comercialización (el “carrito Mahonna” vende su producción de repostería también en comercios de Verónica).

Si bien algunos de los “carritos” comercializan la producción propia, otros se proveen de productos que son elaborados en otras localidades de la región.

“Yo, principalmente, lo que tengo acá que son quesos y confituras se los compro a una familia productora de Magdalena que se dedica a esto hace 30 años. Mi viejo [ex trabajador de CORCEMAR] les compraba cada vez que tenía que ir a trabajar a la planta de Mendoza, para llevar un regalo, como una atención para su jefe de allá. Y bueno... y ahora también les compro yo para tener acá en el carrito” (Martín, encargado de un carrito, julio 2019).

Este hecho revela una dinámica de acumulación material en tanto Martín entra en un intercambio económico con su proveedor de Magdalena, pero también implica una instancia de acumulación inmaterial por el valor que para él tiene el hecho de sostener la tradición que comenzó su padre de comprarle estos productos a la familia magdalenense, un vínculo de intercambio que se sostiene hace 30 años.

“Y vos dirás ‘este está loco’, pero sostener esa tradición que hace 30 años mi viejo empezó al comprarle a esta gente de Magdalena, es importante... porque acá si no nos ayudamos entre nosotros no nos va a ayudar nadie... y Magdalena en ese momento éramos nosotros también, ahora nos separamos...en los 90, pero antes no existía la Municipalidad de Punta Indio, era todo lo mismo... yo creo que mantener esas tradiciones es importante... en el campo las tradiciones se valoran y se respetan” (Martín, encargado de un carrito, julio 2019).

En este relato es notable la importancia simbólica que reviste el intercambio material que señala Martín, importancia que está vinculada con la tradición de mantener ese vínculo de intercambio durante tantos años.

Estos ejemplos revelan la mixtura que nos interesa recuperar en esta tesis en cuanto a las dinámicas de desarrollo entendidas como lógicas de acumulación material e inmaterial. Los intercambios económicos saltan fácilmente a la vista, pero también queremos destacar el aspecto simbólico, inmaterial, de esas transacciones cuyo espíritu de cooperación en un caso o de fortalecimiento de las tradiciones en otro, contienen. Quizás es en estos ejemplos donde más claro se ve el funcionamiento de la trama de valor y las articulaciones que esta habilita, y por ende se vuelve reconocible no solo la importancia sino también la pertinencia metodológica que dicho instrumento representa para esta tesis.

A partir de lo expuesto vemos cómo abundan en cantidad y complejidad las articulaciones que los “carritos” y los comercios del acceso a la localidad elaboran entre sí y para sí, es decir para fortalecer y sostener una actividad comercial que cuenta con matices colaborativos pero que también se encuentra atravesada por lógicas del orden de lo identitario, recuperando las tradiciones, capacidades e historia locales. En este sentido notamos que esta actividad desarrollada hace ya casi veinte años en la localidad y fuertemente identificada con los “carritos” de la ruta, se vuelve la iniciativa protagonista del perfil de desarrollo de Pipinas, en los términos en que lo plantea Arroyo (2002), explotando para su fortalecimiento la condición de Pipinas como lugar que se encuentra a mitad de camino en el tránsito que por la ruta 36 realizan principalmente los/as turistas.

En ese sentido notamos una convivencia entre un conjunto de iniciativas tendientes a construir un perfil turístico de desarrollo en la localidad, y otro grupo de acciones que se orientan a explotar el perfil *a mitad de camino*. El primero se vincula directamente con la promoción de Pipinas como pueblo turístico, y el segundo con acciones tendientes a fortalecer la oferta de productos de elaboración casera y regional y la provisión de servicios (uso de sanitarios, agua caliente, gastronomía) que hacen de este espacio del acceso a Pipinas, “un oasis en el camino”.

Imágenes 50 y 51. Oficina de promoción turística de la Municipalidad de Punta Indio, que funciona en uno de los “carritos”.



Fuente: registro de campo, enero 2019.



Fuente: registro de campo, enero 2019.

Este conjunto de imágenes evidencia esa convivencia entre ambos perfiles de desarrollo: por un lado aquel vinculado a promocionar y construir a Pipinas como un lugar de destino turístico, a partir de la difusión de su incorporación al programa “Pueblos turísticos”. Vemos también cómo, en articulación con ello, se explota el parador de los carritos como “ventana al pueblo”, lo que mostramos en el capítulo 4, ya que uno de los locales es utilizado como oficina de información turística. Por otro lado, en la carta de la parrilla podemos leer la leyenda “un oasis en el camino”, lo que nos invita a pensar en la localidad como una parada, un espacio de descanso y distensión en el camino hacia otro destino final. En esta convivencia advertimos cómo ambos conjuntos de acciones se dan de forma desarticulada, incluso apuntando a objetivos distintos: por un lado aparecen aquellas iniciativas que buscan mostrar a Pipinas como un destino para turistas y excursionistas, mientras que por otro lado se pone en valor la condición de la localidad como parada intermedia hacia otro destino final, y entre estos conjuntos de iniciativas no se da una real articulación.

Conclusiones del capítulo

En este último capítulo indagamos sobre el perfil de desarrollo de Pipinas, retomando la propuesta de Arroyo (2002) y su elaboración sobre estos perfiles. Allí, identificamos que el que mejor se ajustaría a nuestro caso es el de “perfil en crisis”, ya que el autor lo utiliza para dar cuenta de aquellas comunidades que experimentaron un proceso de desmembramiento del lazo social y pérdida de puestos de trabajo como producto del cese o la desaparición del motor productivo y principal demandante de mano de obra en la localidad. Este punto de partida nos parece pertinente porque nos permite mostrar la complejidad que se da en la trama de valor de la que participan distintos actores locales, en torno al perfil identificador que se le imprime o se le intenta imprimir a Pipinas.

En ese sentido, ciertamente es útil la pregunta por el perfil de desarrollo que retomamos de Arroyo (2002) pero creemos que nos invita a dar un paso más para visibilizar dinámicas, asociaciones, prácticas e iniciativas que bajo el título de “perfil en crisis” quedarían invisibilizadas. En ese marco, mostramos cómo ese perfil de desarrollo que busca hacer de Pipinas un destino turístico queda limitado a la inclusión en el programa Pueblos Turísticos, lo que redundó en la instalación de señalética informativa en la localidad, y cómo, por otro lado, se advierte una articulación más densa en torno a la explotación del perfil de Pipinas como parada intermedia a partir de la diversidad de productos y servicios que se ofrecen en el acceso y en el parador.

En ambos casos estamos ante un perfil de desarrollo *a mitad de camino*: por un lado porque ese perfil turístico no termina de realizarse, y por otro porque es precisamente esa construcción de Pipinas como “un oasis en el camino” lo que motoriza un conjunto de articulaciones entre actores en torno a esa condición de localidad a mitad de camino en el recorrido que se extiende entre el lugar de origen y el de destino turístico.

En torno a esta idea de parada *a mitad de camino* se encuentran articuladas algunas prácticas e iniciativas que instrumentan los comercios que se encuentran en la zona del acceso a Pipinas y que la potencian. Por eso caracterizamos esas estrategias como componentes de un perfil comercial con matices colaborativos.

A partir del testimonio de turistas y viajantes que utilizan los servicios y compran los productos que en el acceso se ofrecen vimos cómo esta oferta funciona con cierta lógica de complementariedad y de sinergia: la estación de servicio ofrece combustible y uso de los sanitarios, los “carritos” se vuelven un parador que invita a ser recorrido y donde se puede comprar productos de elaboración casera (dulces, quesos, chacinados, productos de pastelería), y la parrilla ofrece servicio de gastronomía. Vimos también que esta lógica de complementariedad no solo involucra a los productos y servicios que los distintos comercios y la estación ofrecen, sino que también se traslada al plano organizativo en la construcción de acuerdos sobre la no competencia en cuanto a los productos a comercializar, y los horarios de cierre y apertura en el caso de los “carritos”.

Así se gesta en el acceso un lugar donde la *parada intermedia* en el viaje por la ruta se vuelve un momento en el que descansar y distenderse pero también un atractivo en sí mismo. Atractivo que se potencia al identificar en estos “carritos” comercios que surgieron como estrategias de generación de ingresos para familias golpeadas por el cierre de la fábrica CORCEMAR/Loma Negra. Esa experiencia crítica común, junto con la iniciativa de vender su producción en la ruta como respuesta a ella, generó un sentido de pertenencia estrechando los vínculos entre quienes habían “vivido la misma historia”, y encuentran en el sostenimiento de esta actividad comercial en el acceso a la localidad no solamente un medio de subsistencia sino una iniciativa desde la que “sostener la historia” del pueblo. Objetivo que también es soportado en la transmisión de conocimiento entre generaciones (sobre todo vinculados a recetas y procedimientos en la elaboración de los productos que ofrecen en los “carritos”).

En este capítulo intentamos mostrar un elemento innovador en el recorrido que venimos haciendo en esta tesis: avanzamos en algunos análisis a partir de *ausencias*. Con esto

queremos decir que, si bien en los capítulos anteriores el corazón de nuestros análisis se identificaban con las articulaciones que tejían entre sí los actores que en cada caso fuimos vislumbrando, aquí nos concentramos más bien en la falta de articulaciones en torno a este perfil de desarrollo. Por eso es que propusimos incorporar la idea de desarticulación y cómo puede leerse también en términos conflictivos, no sólo porque incluso en las vinculaciones que se dan entre los comercios del ingreso (que en todo caso sí pueden pensarse como articulaciones pero dentro de una misma dimensión) existe el componente de conflictividad que rastreamos en los capítulos precedentes, sino también porque esa desarticulación que no se vuelve un escenario propicio para la contraposición abierta y expresa de ideas, proyectos y reclamos, también motoriza dinámicas de conflicto que se homologan con un desdibujamiento del perfil de desarrollo de Pipinas. En este sentido, también, proponemos leerlo como *a mitad de camino* porque es una expresión que funciona para expresar la parcial realización de su perfil como destino turístico y también un conjunto de iniciativas (que combinan una lógica comercial e identitaria) que se instrumentan en torno a su posición intermedia en el camino hacia otro destino, fortaleciendo también en esta dimensión, la posición que ocupan en la trama de valor los actores comerciales dispuestos en el área de ingreso a la localidad.

FINAL. “¿Qué desarrollo es posible en un pueblo de menos de mil habitantes?”

Este título recupera aquella pregunta que formularon compañeros y compañeras de la Maestría en Políticas de Desarrollo cuando estábamos cursando el Taller de tesis, que fue retomada al comienzo de esta tesis, dentro del preludio. El hecho de que esa pregunta haya sido formulada, digámoslo, desde el sentido común, fue el motor que impulsó la búsqueda de respuestas.

Aquí presentamos las principales conclusiones a las que arribamos en base al trabajo empírico, al recorrido teórico y al posicionamiento epistemológico. También, habilitamos un espacio dedicado a una serie de reflexiones que, desde un lugar explícitamente personal (y por eso el uso, en esa última parte, de la primera persona del singular) indaga sobre lo que estudiar este proceso de desarrollo implicó en términos epistemológicos, metodológicos y desde mi formación en ciencias sociales. Asimismo, comparto algunos pensamientos vinculados a la tensión existente entre el estudio de una realidad de la que también uno, como investigador, forma parte. A sabiendas de que esta idea no es nada original en el campo de las disciplinas sociales, expresada comúnmente en la imposibilidad de la neutralidad valorativa en nuestro campo de estudio, recupero el lugar de enunciación que pretende este trabajo para compartir ideas, reflexiones y lecturas que buscan concluir esta investigación pero no ser concluyentes en cuanto al abordaje de los temas aquí tratados.

Aquí vamos.

Conclusiones

Como señalamos en la presentación, en esta investigación propusimos realizar un aporte teórico, metodológico y empírico para el estudio del proceso de desarrollo territorial en una pequeña localidad de la Provincia de Buenos Aires. En primer lugar, fue necesario establecer cuáles son las características de esta localidad, una elaboración situada de sus principales rasgos como “territorio de la globalización”, retomando la propuesta de Mabel Manzanal (2008). En esa línea, fue imperioso reponer las lógicas globales que impactaron en los territorios locales.

En la primera parte de la tesis, de carácter teórico, introdujimos algunas ideas y reflexiones sobre lo que implican estas dinámicas globales: en principio una agrupación entre países desarrollados y no desarrollados, o subdesarrollados, o en vías de desarrollo o del tercer

mundo. Esta división de las naciones bajo una u otra etiqueta implica dos cuestiones fundamentales: primero que aquellos países “no desarrollados” presentan condiciones estructurales que se vuelven obstáculos para generar mejoras en el nivel de vida de su población. Segundo, que esos flujos globales implican una pérdida de la centralidad del rol de los Estados, lo que Saskia Sassen (2007) llama proceso de desnacionalización, que coinciden con la crisis del Estado de Bienestar y la emergencia de un modelo de acumulación neoliberal que, particularmente en nuestro país, fue instrumentado originalmente por un gobierno de facto en articulación con las principales elites económicas (Rapaport, 2007; Basualdo, 2010). Este modelo de acumulación daría por tierra con las políticas de promoción y fortalecimiento de la industria que se venían implementando desde mediados de siglo, para darle paso a un modelo de especulación y valorización financiera que implicaba, junto con un proceso de desindustrialización, el acrecentamiento de dinámicas de concentración económica, instrumentada, en algunos casos específicos, por la adquisición de unidades productivas por parte de grandes empresas de la escena industrial a los fines de reducir los actores de la competencia en el mercado configurando, un escenario de monopolios y oligopolios (Kulfas y Schorr, 2003).

Junto con este proceso de desnacionalización lo que se da, en términos metodológicos, es también un corrimiento del Estado como unidad de análisis para quienes estudian los procesos de desarrollo en distintas comunidades. Entonces la realidad que muestra fronteras nacionales difusas a partir de este fenómeno de flujos globales también nos pone ante la necesidad de innovar en herramientas metodológicas que se correspondan con esa difuminación de las fronteras. Por eso aquí proponemos un relevamiento metodológico que considera a los actores territoriales de la localidad, entendiendo al Estado como uno más de ese conjunto. Es decir que nos distanciamos de abordajes que lo recuperaron como el actor central, gestor del desarrollo, y lo abordamos como parte de una trama cuyas articulaciones nos habilitarían el material empírico sobre el que basamos este análisis. Entonces: las pequeñas localidades de hoy y de acá, es decir, de los países subdesarrollados, también se encuentran teñidas por esas dinámicas globales y por las contradicciones y conflictos que generan.

“A mediados de los '70 sobreviene el fin de la etapa de sustitución de importaciones. La dictadura militar argentina propició la liberalización total de la economía, política que no hizo sino intensificarse en años posteriores (...) Es el inicio de la globalización con grandes cambios en la división internacional del trabajo, procesos de descampesinización, precarización del trabajo rural, fortalecimiento de las

corporaciones transnacionales agroindustriales, entrada de grandes capitales en el agro que acapararon tierras y generaron las llamadas megaempresas.

Entre nosotros se pasaron a cultivar especies nuevas, como la soja, mayoritariamente exportable. Es el fin de la regulación fordista de las relaciones sociales de producción. El mercado pasó a ser el patrón regulatorio omnipresente, no sólo en el plano comercial, sino en todos los aspectos de la vida” (Ratier, 2002, pp. 30-31, citado en García Germanier, 2019)

Pensemos en Pipinas:

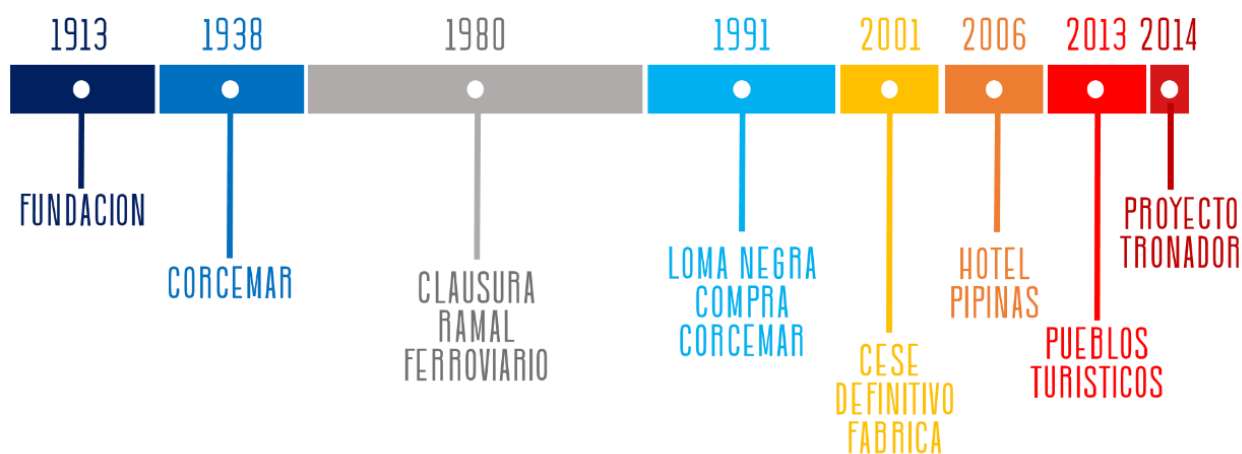
- ¿no puede pensarse en el marco de estas lógicas de creciente concentración económica, que la empresa Loma Negra haya adquirido la planta de CORCEMAR en la localidad, con el fin de reducir los niveles de competencia, pues incluso, luego de la adquisición, la llevó a un proceso de reconversión productiva del cemento a la cal? Como vimos, esto fue abordado por Gaggero (2015).

- ¿no son esas instancias de participación institucionalizadas o no estrategias de los Estados hacia fines del siglo pasado y principios del actual, en el marco de una ola de descentralización?

- ¿acaso las iniciativas locales que tienen como finalidad resistir el olvido en el que amenaza caer toda la identidad de Pipinas vinculada a la fábrica de cemento, no son respuestas locales a lógicas globales?, ¿no hacen de Pipinas un territorio de la modernidad tal como señala Manzanal (2008)?, ¿no podemos pensar en esa clave el cartel conmemorativo de los 100 años de la localidad, la señal en la ruta indicativa de la llegada al pueblo, los murales dispersos en distintas zonas de Pipinas, el paseo turístico “Un gigante, cenizas del recuerdo”?

- ¿no son acaso las prácticas colaborativas manifestaciones de la importancia del trabajo colectivo en oposición al espíritu individualista que cultiva el capitalismo como sistema y el neoliberalismo como modelo de acumulación (Coraggio, 2003; Caracciolo, 2013 y 2014)?

Es claro cómo en Pipinas tienen lugar hitos que responden a lógicas fundadas en los distintos modelos de acumulación que han predominado a lo largo del siglo XX y principios del XXI en nuestro país, e incluso en la región. Sirva a modo ilustrativo la siguiente línea de tiempo donde marco los principales hitos en la localidad desde su fundación



La fundación de la localidad se da a partir de la llegada del tendido ferroviario, que era utilizado principalmente para la recolección y el reparto de la producción lechera de la zona, esto en el auge del modelo de acumulación agroexportador de principios de siglo XX

A mediados de siglo, cobra especial relevancia la producción cementera en Pipinas debido a la instalación allí de la fábrica CORCEMAR, que año tras año incrementaría sus niveles de producción y con ello la mano de obra empleada, volviéndose motor económico del pueblo y también un operador de mucho peso en el fortalecimiento del tejido social a partir de iniciativas que excedían lo productivo, como la fundación del club de fútbol CORCEMAR, la publicación de los boletines con las noticias relevantes del pueblo, la instalación de un consultorio médico que funcionaba como unidad sanitaria en Pipinas, la inauguración de la colonia de vacaciones, entre otras iniciativas que fueron mencionadas oportunamente.

Hacia 1980, ya instalado el modelo de acumulación neoliberal y su lógica de desindustrialización, se da en Pipinas la clausura del servicio ferroviario, como consecuencia de los bajos niveles de producción de los tambos de la zona, y la baja rentabilidad que implicaba el transporte de pasajeros.

En la década de 1990, se da uno de los principales hitos fundacionales del período crítico en la localidad: la compra de CORCEMAR por parte de Loma Negra, en un contexto de creciente concentración económica y reducción de la competencia. La planta pasaría por un proceso de despido progresivo de mano de obra y de reconversión productiva desde el cemento a la cal. El cierre definitivo de la planta sucedió en 2001, año bisagra para la historia de nuestro país y, desde luego, de Pipinas también.

A partir del período de posconvertibilidad, comienzan a gestarse iniciativas que revalorizan los lazos cooperativos en torno a actividades industriales y proveedoras de servicios. En ese

contexto se da la recuperación del antiguo Hotel CORCEMAR por parte de la Cooperativa Pipinas Viva, en sintonía con un fenómeno que cobraría mayor relevancia a nivel nacional: las fábricas recuperadas por sus trabajadores y la forma de gestión cooperativa.

También, como producto de un modelo de acumulación que utilizaba la estrategia de dinamización del consumo en el mercado interno como una política pública de redistribución social y encontrando en la actividad turística una vía de implementación de esta estrategia (Trivi, 2018), se da la consolidación de los “carritos” como motivo de visita de aquellos/as turistas que se trasladaban camino hacia y desde la costa atlántica, fenómeno incentivado por la implementación de los feriados con fines turísticos, cuya eliminación también repercutió en los niveles de ingresos de las familias encargadas de estos emprendimientos.

Finalmente, en el año 2014, la instalación en la localidad de la fábrica de cohetes, que también responde a un modelo de acumulación nacional que encontraba en el desarrollo de la industria satelital una herramienta para fortalecer los niveles de soberanía.

Entonces, resulta imposible no pensar estos territorios locales que estudiamos como producto de dinámicas nacionales, regionales y mundiales que atraviesan sus realidades. Las prácticas que abordamos en nuestra investigación pueden pensarse, precisamente, como respuestas locales a lógicas globales. Y es hacia esas prácticas, que implican articulaciones entre los actores, donde dirigimos nuestra mirada. Porque allí, en esa articulación, en esa vinculación, residen las dinámicas de desarrollo territorial, instancias de acumulación material e inmaterial.

Concretamente nos centramos en las dinámicas de desarrollo territorial en línea con una determinada concepción sobre el territorio entendido como construcción social compleja, atravesado por relaciones de conflicto, de poder, como instancia donde convergen significantes, intervenciones del Estado y de instituciones, lugar de apropiación, de despliegue de iniciativas de diferentes actores, resultado de relaciones sociales históricamente determinadas, en suma: territorio como un entramado de relaciones que lo modifican y son a la vez por él modificadas, en una dinámica dialéctica, tal como sostienen Laurelli y Finquelevich (1990).

En esta línea, advertimos una pertinencia histórica en recuperar el concepto de territorio como aquel que permite, en el contexto de la globalización, indagar las relaciones sociales que desbordan las fronteras del pueblo, de la comunidad, de la nación y que se articulan con procesos que suceden a nivel global, ya que como categoría el territorio se convirtió en un concepto integrador, que permite abordar las disputas hegemónicas territoriales: “un territorio

es una región en la que se focalizan las diferenciaciones definidas a partir de las relaciones de poder” (Benedetti, 2008, párr. 13) o como señala Capel (2016, p. 8) “territorio se convirtió en un concepto integrador, en el mismo sentido de región en la geografía clásica, pero acentuando las relaciones de poder”.

Planteada la definición de territorio, hicimos lo propio con el concepto de desarrollo territorial, desde luego en línea con aquella concepción. En este sentido, aportamos que las instancias de acumulación material e inmaterial que se producen a partir de las articulaciones que elaboran los distintos actores entre sí pueden pensarse como dinámicas de desarrollo territorial.

Decimos “inmateriales” precisamente para plantear que el desarrollo no es únicamente acumulación material, económica, sino también lo que en este trabajo identificamos como los “intangibles”, recuperando la denominación de Boisier (2001): acumulación en los órdenes social, político, cultural, espacial. Como sostenemos que estas dinámicas de acumulación suceden a partir de las articulaciones entre los actores, recuperamos el concepto de trama de valor de Caracciolo (2013 y 2014) para poder hacer *observables* esas articulaciones: a través de esa categoría se revela el valor agregado que resulta a partir de los intercambios entre actores. La autora propone redefinir desde un registro heterodoxo el concepto de valor agregado: no sólo en términos económicos, sino que también en esa instancia de transacción e intercambio se produce valor en términos sociales, políticos, culturales. Nuevamente, se pone en evidencia la necesidad de considerar los aspectos intangibles.

Como mostramos en el trabajo, estas categorías analíticas están articuladas, pues todas ellas comparten la condición de ser producidas socialmente, como resultado de dinámicas históricas y no como conceptos que remiten a significantes fijos, estáticos, sino que son atravesados por relaciones poder, por conflictos, por dinámicas de construcción y deconstrucción. Por eso consideramos importante reponer la coherencia inherente al trazado de este recorrido en el que articulamos conceptualmente territorio, desarrollo y desarrollo territorial, y propusimos también un diseño metodológico a partir de la vinculación de esos conceptos con el de trama de valor, considerando la afinidad conceptual de estas categorías entre sí, y de todas ellas con nuestro posicionamiento epistemológico e ideológico sobre desarrollo y el territorio.

Respondiendo a esa complejidad a la que nos referimos al definir territorio y desarrollo territorial, retomamos la clasificación propuesta por Altschuler y Casalis (2008) de las dimensiones en las que el proceso puede pensarse: político institucional, socio productiva,

simbólico identitaria. La dimensión político institucional remite al conjunto de articulaciones que pertenecen al campo del conflicto de intereses entre los actores, las distintas mediaciones institucionales que existen en la localidad o fuera de ella pero que tienen injerencia en el territorio y la planificación de políticas públicas destinadas a ser implementadas allí. La dimensión socio productiva contiene a los actores económicamente productivos de la localidad. Comprendimos aquí a todos los sujetos que de alguna manera contribuyeron con sus actividades a generar lazos productivos con otros actores de la comunidad a partir de iniciativas de producción, comercialización o aprovisionamiento de sus espacios comerciales. No entendimos como trabajo solamente a las actividades remuneradas sino que también observamos las vinculaciones que los sujetos construyeron entre sí desde la producción en sentido amplio, es decir tomando también las actividades colaborativas no necesariamente remuneradas. Por último, la dimensión simbólico identitaria está relacionada con todos los dispositivos culturales que interpelan a los actores de la comunidad desde la historicidad de Pipinas, su construcción identitaria y su pertenencia. En este sentido apelamos a las construcciones que distintos actores de la localidad elaboraron sobre el “ser de...” (Arocena y Marsiglia, 2017), en este caso “ser de Pipinas”.

Retomando lo que habíamos elaborado en los primeros lineamientos conceptuales de esta tesis, Manzanal (2008) plantea que los territorios que estudiamos son territorios de la globalización, de la descentralización y de la modernidad, ya que lo local está atravesado por dinámicas multiescalares (pensemos en distintas instancias estatales o empresas multinacionales), los niveles municipales de gestión asumen un nuevo rol a partir de los procesos de reformas de segunda generación que implicaron la descentralización de funciones, y también porque es en estos niveles que surgen respuestas locales a situaciones globales.

En Pipinas se configuran dinámicas que responden a todas estas caracterizaciones. Pensemos, por ejemplo, en la constitución del Municipio de Punta Indio en el año 1994 al calor de las reformas descentralizadoras ¿no es, entonces, un territorio de la descentralización? Pensemos también en la compra de CORCEMAR en manos de Loma Negra y el proceso de reestructuración productiva que fue llevado a cabo entonces, o pensemos en la instalación del Proyecto Tronador II en Pipinas: ¿no es, por lo tanto, un territorio de la globalización? Pues estamos frente a un escenario donde confluyen dinámicas multiescalares si pensamos en la intervención de una empresa que cotiza en bolsas internacionales, o bien en la radicación del proyecto espacial en términos de planificación nacional en un territorio. Al respecto Pipinas encuentra en estos fenómenos hitos que pueden pensarse a la luz de la globalización.

Además: ¿no es a partir de reformas administrativas gubernamentales y económicas a nivel latinoamericano que se produjo, finalizando el siglo pasado, un proceso de reestructuración y empobrecimiento generalizado en la región, profundizando los índices de desigualdad en nuestras sociedades y comunidades? ¿No se corresponden, cuanto menos cronológicamente, estos procesos con lo que hemos caracterizado como éxodo poblacional desde las localidades rurales a las grandes urbes? Esto es recuperado en los discursos que relevamos en Pipinas.

Analizamos, asimismo, las formas de organización colectiva que ocurrieron en la localidad para instalar demandas en la agenda de gobierno o para reducir costos productivos por parte de los/as comerciantes, o para fortalecer la identidad de Pipinas a partir de determinadas formas de apropiación del espacio y de la historia: ¿no son respuestas locales a procesos globales?

Estas formas de autoorganización para responder al desempleo o para fortalecer la configuración identitaria de la localidad constituyen dinámicas de desarrollo territorial tal como aquí lo entendemos. ¿Cómo suceden esas articulaciones entre los actores? Y, en definitiva: ¿qué desarrollo es posible en este pueblo de menos de mil habitantes? Sin duda la respuesta es sumamente compleja, aunque aquí proponemos una que ciertamente atravesó todas las instancias de las distintas iniciativas que analizamos: esas articulaciones entre los actores territoriales se dieron de manera conflictiva. Y precisamente esa conflictividad es la potencia que tiene la trama: en torno a ella se generan instancias de acumulación política, social y simbólica que aportan densidad al entramado.

El conflicto entre los “carritos” y los demás comercios del acceso a la localidad, o la demanda de los/as comerciantes al gobierno municipal para ser tenidos/as en cuenta como objeto de las iniciativas estatales, o la negación de la gerencia del Proyecto Tronador II respecto a la visita de los/as estudiantes de la escuela a las instalaciones, son instancias conflictivas que enriquecen la trama de valor porque son escenarios donde se dirimen sentidos sobre el rol que asume cada uno en la localidad (y para nosotros en la trama de valor), como también son momentos donde el Estado es interpelado como mediador de intereses, o donde surge un accionar de lógica colectiva por parte de los actores vinculados horizontalmente. Las disputas dentro de esta trama de valor provocan intercambios que la vuelven más compleja, más densa. Esta caracterización nos permite pensar que el proceso de desarrollo territorial, en Pipinas, implica instancias de acumulación a partir de núcleos conflictivos.

Vimos además cómo este choque de intereses abre el juego a otras instancias de acumulación. Pensemos, por ejemplo, en la Fiesta del Cordero, que el municipio entiende como una iniciativa para que los/as comerciantes (no sólo los “carritos”) puedan ofrecer sus productos, y también un espacio donde los/as vecinos/as puedan participar y “vivir una experiencia de toda la comunidad”. Si bien no podemos afirmar que esta iniciativa surge como respuesta de la gestión local a la demanda de los/as comerciantes del pueblo que no se sienten interpelados por el municipio de la misma forma en que creen se interpela a los “carritos”, lo cierto es que el gobierno local acusa recibo de esta percepción de injusticia y propone espacios donde esos conflictos puedan dirimirse y donde se dé cuenta de la intervención ad hoc que amerita cada actor de la localidad, intentando poner en valor lo que identificamos como intangibles del desarrollo.

Otro ejemplo que aplicaría a este análisis es la convocatoria a la jornada de trabajo comunitario para el reacondicionamiento del club como espacio de apropiación colectiva. Asimismo, se destaca la dinámica de acumulación no solo material que este tipo de instancias de participación comunitaria implica; también esta iniciativa es entendida como espacio de fortalecimiento de la identidad de la localidad, pues convergen en ella aspectos productivos, simbólicos, históricos e institucionales.

Nos interesa rescatar también cómo se relativiza por momentos la necesidad de intervención del Estado municipal para la organización de los/as comerciantes de Pipinas. Por ejemplo, en el caso de quienes acuerdan colectivamente viajar hasta La Plata y comprar conjuntamente en un hipermercado mayorista, de manera tal que puedan reducir costos y compartir gastos. O la coordinación para diseñar las demandas que son llevadas a la Municipalidad, o la regulación de horarios de apertura y cierre de los “carritos”. Son situaciones que demuestran que, más allá de que son comercios independientes entre sí, funcionan con una lógica colectiva.

Lo conflictivo asoma cuando interviene de alguna manera el Estado municipal. Esto quizás nos hable del sentido que le atribuyen los actores al gobierno local como receptor de demandas y las estrategias que éste implementa a partir de ellas, ya que son identificadas diferencialmente según se trate de los comercios de la ruta o de los comercios del pueblo, asomando aquí la dimensión simbólica atravesada por una identificación de tipo espacial que opera no sólo desde la perspectiva del gobierno local, sino que es común a toda Pipinas, incluso los y las pipinenses interpretan los roles identificándolos a partir de quiénes se encuentran “en la ruta” o “en el pueblo”, que equivale a decir “afuera” y “adentro”.

Vemos cómo en una trama de articulación conflictiva entre los actores se generan instancias donde esos conflictos intentan ser dirimidos, pero a la vez donde cada actor puede participar y generar dinámicas de acumulación tanto material como inmaterial a partir de esa vinculación.

A partir de esta lógica conflictiva del desarrollo territorial, se dan iniciativas de cooperación que tienden a agrupar posiciones que se encontrarán en esas instancias de conflicto: la cooperación entre los/as comerciantes del parador del acceso a la localidad, motorizando un efecto de sinergia comercial al complementarse en la venta de bienes y provisión de servicios, o la visita en conjunto que hacen los/as encargados/as de los “carritos” a la Municipalidad para acercar sus demandas en forma colectiva, o los acuerdos en cuanto a los horarios de funcionamiento comercial. También es expresión de esta lógica de cooperación el abroquelamiento que existe entre distintos actores territoriales instrumentando prácticas que refuerzan la identidad pipinense ligada a la fábrica.

En este sentido, un aspecto importante del desarrollo territorial es la apropiación del pasado y de la historia de las comunidades. En Pipinas esto cobra especial relevancia y el hecho de cómo recuperar y significar ese pasado también plantea un núcleo de conflictividad en la articulación entre los actores.

Concretamente pensando en la ex fábrica CORCEMAR y la forma en que estructuraba la vida social de la comunidad pipinense, el conflicto emerge en torno a los elementos materiales que se encuentran en la localidad: lo que queda de la fábrica y la chimenea. La disputa principal gira a partir de lo que la chimenea representa y la sospecha generalizada de que el nuevo Proyecto Tronador II se desharía de ella. Esta expectativa aparece en el testimonio de la gerencia del actual proyecto y vimos cómo se da una disputa a partir de lo que propusimos leer como choque temporal entre pasado y futuro. A través de este conflicto se abre el juego a instancias de acumulación simbólica y cultural: las formas de resistencia ante la posibilidad de olvidar ese pasado, que varios pipinenses ven en la desaparición de la chimenea y la transformación de la fábrica. Esto dio lugar a iniciativas de trabajo comunitario como la elaboración del Museo a Cielo Abierto Pipinas (MAPI), que involucra a varios actores y que también fortalece los lazos sociales y de pertenencia a la comunidad.

Del mismo modo, la exploración que intentamos en clave espacial evidencia que la significación y resignificación de los espacios gira en torno a la identidad de Pipinas, o mejor dicho a lo que implica *ser pipinense*. Interpelar a los actores en función de un pasado compartido genera instancias de acumulación que fortalece la trama de valor a partir de la

cual es posible pensar el desarrollo territorial de Pipinas. A la vez, de este proceso participan instancias estatales e institucionales.

Esto muestra una nueva articulación entre las dimensiones, que repone la complejidad del desarrollo territorial abordado en forma multidimensional. Complejidad que se ve reforzada porque a partir de las iniciativas de fortalecimiento identitario en esta dimensión, se muestra una única forma de ser pipinense: atravesado por lo que una entrevistada describía como

“la misma historia, la misma dura historia, el cierre de la fábrica, la mudanza masiva de todos a la ciudad, haberle hecho el aguante, como dicen ahora, a Pipinas, por eso sentimos que el pueblo es nuestro, las calles son nuestras, la estación, la fábrica, porque lo defendemos” (Graciela, residente de Pipinas, julio 2019).

El conflicto también salió a la superficie cuando nos preguntamos por el perfil de desarrollo de la localidad. Decidimos retomar la tipología ofrecida por Daniel Arroyo (2002) para identificar a Pipinas con un “perfil de desarrollo en crisis”, pero con el objetivo de proponer una conceptualización superadora que reponga la complejidad de esta trama y visibilice dinámicas que con aquella denominación del autor quedarían invisibilizadas. Por eso, avanzamos hacia la identificación de la localidad con dos posibles perfiles que poseen un desigual nivel de realización: el primero de ellos, que entendemos como el más débil, es aquel que intenta hacer de Pipinas un lugar de destino turístico, y en él convergen iniciativas como la incorporación de la localidad al programa Pueblos Turísticos, la instalación de señalética informativa en las proximidades del acceso, la puesta en marcha del Hotel que es gestionado por una cooperativa. No obstante, el perfil de desarrollo de Pipinas hace equilibrio entre estas iniciativas que intentan volver al pueblo un destino para turistas y excursionistas, y otras que ven en su ubicación geográfica un lugar de parada intermedia, y potencian ese perfil instrumentando una lógica de comercialización de productos y servicios en el área de acceso que hace de Pipinas “un oasis en el camino”, un lugar oportuno para descansar en el medio del viaje. Este perfil de desarrollo, que llamamos *a mitad de camino* es el que entendemos predomina, y se ve fortalecido por dinámicas de cooperación y acuerdos que ponen en marcha los actores comerciales del acceso.

En suma, hemos intentado aportar algunos ejemplos y análisis para dar cuenta del desarrollo territorial como proceso complejo, donde las dimensiones político-institucional, socio-productiva, simbólico-identitaria, encierran articulaciones al interior de cada una de ellas, pero también se imbrican entre sí, de lo que resultan dinámicas de acumulación material e inmaterial. Lo socio-productivo se vincula con lo político-institucional, la apropiación espacial también es una apropiación simbólica y, a la vez, en las lógicas institucionales y

productivas operan diferenciaciones que hacen eje en distinciones espaciales que responden a lógicas simbólico-identitarias. De esta forma, las dimensiones se entretajan entre sí, imposibilitándonos hablar de una sin tender puentes con otra, lo que nos instó a diluir las fronteras entre ellas, y ordenar el análisis no guiados por este esquema tridimensional sino más bien en función de lo que la experiencia misma mostraba, y allí emergió como hilo conductor de las articulaciones que analizamos el componente conflictivo.

Aquí vale la pena matizar una de las propuestas que nos resultó central para nuestro diseño metodológico y conceptual: propusimos observar la trama de valor a partir de lo que Cravacuore, Ilari y Villar (2004) entienden como articulación, esto es, iniciativas que dos o más organismos acuerdan llevar adelante y que se traducen en acciones para la concreción de objetivos a partir de una lógica de horizontalidad. Sucede que, en Pipinas, esa horizontalidad no siempre estuvo presente, ya que si bien los autores sostienen que esa articulación se da entre actores de un mismo nivel, es decir sin una relación de jerarquía entre ellos, no debemos perder de vista que, a la luz de nuestro trabajo de campo, encontramos que en determinadas articulaciones había actores con mayor peso que otros operando en esos acuerdos. Que no articulen desde un lugar que recupere expresamente esa desigualdad no nos imposibilita advertir que, de hecho, esa desigualdad opera en esas articulaciones. Por eso, si bien primaba un espíritu de horizontalidad y no subordinación (pues ningún actor lo planteó en las entrevistas o en los demás discursos que relevamos) no podemos dejar de visibilizar esa asimetría que encontrábamos por momentos en las instancias de articulación.

La hipótesis con la que trabajamos afirmaba que en una pequeña localidad como Pipinas, la trama de valor construida entre los actores genera procesos de acumulación material e inmaterial que permiten identificar dinámicas de desarrollo territorial. Creemos que, a partir de los resultados obtenidos en el trabajo de investigación, pudimos demostrar que en Pipinas la trama de valor genera dinámicas de acumulación en los sentidos señalados, permitiéndonos distinguir procesos de desarrollo territorial. Luego del análisis de los datos recolectados en el trabajo de campo, podemos complejizar esa hipótesis y añadir que esas articulaciones se dan atravesadas por el conflicto, y que precisamente este elemento conflictivo funcionó como motor para la generación de consensos, la cristalización de disputas, la necesidad de sentar acuerdos, la participación en espacios de formación y de decisión, la implementación de estrategias para viabilizar demandas y reclamos, la elaboración de un determinado *ser pipinense*, entre otros elementos que emergieron como parte de esas articulaciones que, en definitiva, caracterizamos como conflictivas.

Pensamos que, por último, sería interesante plantear algunos interrogantes y reflexiones que surgen a partir de todo este recorrido, de manera tal que puedan trazar nuevos caminos y ejes de discusión para profundizar en esta línea en futuras investigaciones. El propósito de estos últimos párrafos es poner de manifiesto las complejidades que hemos registrado en la localidad y que nos parece oportuno reponer para no generar una noción idealizada del desarrollo territorial. Nos interesa poner en tensión los procesos de organización colectiva, de fortalecimiento de la identidad local, del diseño de políticas pensadas para el territorio, de las estrategias de comercialización y producción y del desarrollo de instancias de planificación gubernamental en la localidad, procesos de los que dimos cuenta a lo largo del trabajo.

En este sentido, nos parece oportuno interrogarnos sobre las potencialidades del desarrollo territorial en Pipinas donde, como mostramos, durante los últimos veinte años ocurre un proceso de decrecimiento poblacional sostenido, combinado con un nivel de envejecimiento que duplica al promedio nacional⁵³. También es dable destacar el hecho de que en Pipinas exista hace seis años (respecto al recorte temporal planteado para este trabajo) un establecimiento aeroespacial que no ha generado hasta el momento instancias de articulación con otros actores de la localidad, que los propios pipinenses no logren apropiarse del proyecto o que desde instancias gubernamentales no se generen herramientas para ese proceso de apropiación. Asimismo, cuestionar el hecho de que, cuando la localidad es objeto de acción o planificación de políticas públicas, como mostramos con el programa Pueblos Turísticos, la intervención sea débil, limitándose a la instalación de señalética con fines informativos. También, se abre como interrogante la vinculación de la localidad con la estructura económica y el contexto social del Municipio de Punta Indio, de la Provincia de Buenos Aires y en general con los del país. De modo que vale preguntarnos si los procesos de desarrollo pueden desplegarse de manera aislada, o más bien en el marco de un proceso más general (nos aventuramos a adherir a esta última afirmación, pero indagar eso es otra tesis). Y, a la vez, si en este proceso conviven acciones estatales y privadas desde distintas escalas y cuáles son sus características.

En este marco creemos que es oportuno seguir complejizando el análisis de los procesos vinculados a las dinámicas de desarrollo territorial. Debido a los alcances de esta tesis, resulta interesante plantear cuáles son las problemáticas que el trabajo habilita discutir.

⁵³ Al momento de finalizar la escritura de esta tesis, no contamos aún con los resultados del Censo Nacional realizado en el año 2022, será interesante sumar esa información para observar si estas tendencias demográficas en términos cuantitativos continúan o experimentan un quiebre.

-En principio, y como ya señalamos, queda pendiente la tarea de profundizar este tipo de análisis en otras pequeñas localidades, intentando combinar el estudio empírico y la casuística con la revisión del enfoque.

-Otra posibilidad es abordar el análisis desde una perspectiva comparada, entre pequeñas localidades y/o entre estas y ciudades intermedias, por ejemplo. También indagar en las dinámicas de desarrollo territorial particulares de localidades rurales comparativamente con las de los espacios urbanos.

-En relación a lo anterior, puede discutirse la herramienta metodológica propuesta en función de su utilidad en el análisis de procesos de desarrollo territorial en localidades intermedias o grandes. Y así poner en tensión las potencialidades del enfoque, del constructo metodológico aquí empleado y los posibles ajustes.

-Ubicándonos más específicamente en el ámbito político administrativo, queda pendiente preguntarse por la manera en que los procesos de descentralización del Estado han influido en particular en las pequeñas localidades, dando forma y gestionando las iniciativas tendientes al desarrollo.

Estas opciones o posibles líneas de investigación no pretenden obturar el planteamiento de otros ejes de debate y profundización que el desarrollo de la tesis habilita, sino dejar planteados algunos caminos por dónde continuar.

Reflexiones

A lo largo del recorrido transitado en estas páginas emergieron una serie de pensamientos y reflexiones que no me pareció pertinente colar a medida que surgían, pues hubiesen desvirtuado el foco del análisis y, posiblemente, también hubiesen demorado el arribo a conclusiones intermedias en cada uno de los capítulos, lo que habría resultado algo pesado. Uno de los principales propósitos que siempre me preocupó fue que esta sea una tesis sencilla en su decir, fluida en su lectura, y concisa en sus ideas. Dicho esto, sí me gustaría compartir, de la manera más sistematizada posible, esas reflexiones que pueden ordenarse en tres grupos.

En el primero me pregunto qué implica investigar, desde las Ciencias Sociales, sobre procesos de desarrollo. Para ello introduzco algunas ideas metodológicas desde la complejidad que personalmente encontré al intentar relevar empíricamente este proceso.

En el segundo grupo comparto algunas ideas que puedan ayudarnos a seguir pensando juntos y juntas los fenómenos y las dinámicas que aquí indagamos, algunas de ellas puede que no tengan un estatus científico que amerite su introducción en una tesis de doctorado, pero me tomo esta licencia y las entiendo legítimas en el marco de esta sección, precisamente llamándolas “reflexiones” de espíritu indagatorio y con el objetivo de socializar las inquietudes.

El tercer grupo puede identificarse como un espacio catártico en relación a lo que implicó esta experiencia de investigación y sobre todo de escritura de la tesis.

Investigar sobre desarrollo amerita considerar supuestos que, por momentos, se confunden entre sí. En principio porque, como demostramos en esta tesis, hay una variabilidad considerable de definiciones, conceptos, lecturas y mecanismos de desarrollo. A esta amplitud conceptual y teórica hay que sumarle la escala de la que estemos hablando: en términos de la producción teórica hemos visto que hay autores/as que se preguntan por el desarrollo acotado a distritos (Marshall), a aglomerados (los Sistemas de innovación de Naclerio), otros/as autores/as señalan dinámicas a escala global (Narodowski, Merino), otros/as identifican lo local como el recorte espacial donde el desarrollo debe gestarse, a partir de iniciativas autóctonas en ese nivel (Arocena, Marsiglia). Y también está la producción teórica que nos habla sobre las vías, los caminos para el desarrollo: pensemos en los emprendimientos de la economía social, o de la economía popular de Coraggio, o de Caracciolo. Aquí retomamos sólo algunos/as autoros/as, pero a lo largo de la tesis los/as lectores/as habrán visto que son muchos más.

Entonces, la complejidad con la que carga el proceso de desarrollo se advierte desde el momento de su (in)definición. Y decía que esta primera parte de las reflexiones era de corte más bien metodológico, porque a partir de esa *aparente* falta de consenso sobre qué es desarrollo es que se vuelve difícil entender, entonces, cómo relevarlo. Pero, habrán notado que en la frase anterior introduje la idea de que la falta de consenso sobre la noción de desarrollo es *aparente*. Con esto quiero decir que a lo largo de todas esas lecturas y definiciones sobre el proceso, percibí algo que fue claro y podría entenderse como un elemento común: el desarrollo implica acumulación en algún sentido.

La complejidad metodológica residió en la necesidad de construir una herramienta que releve las dinámicas por las que en esta tesis me pregunté. Así, tuve que ir combinando técnicas de recolección en función de lo que el campo me iba *mostrando*, por lo que tuve que adoptar una actitud de permanente versatilidad en ese sentido. Quizás sea una verdad de perogrullo, pues

sabemos que en Ciencias Sociales los modelos de investigación de diseño cualitativo son flexibles, pero permítanme introducir algo de la propia experiencia para aclarar estas ideas: cuando comencé mis visitas a Pipinas no tenía una hoja de ruta ni una batería de herramientas para recolectar la información, sino que los instrumentos fueron emergiendo en función de las posibilidades y necesidades que allí se me planteaban. Las primeras recorridas me mostraron los murales en distintos puntos de la localidad, entonces se volvió necesario un registro fotográfico. Luego, los contactos informales con distintos/as vecinos/as, o comerciantes, que por lo fugaces que fueron resultaron débiles, ameritaron basar mi análisis sobre ellos en las notas de campo que sistematicé al finalizar cada visita. Asimismo, la entrevista en profundidad fue la herramienta que más utilicé en este trabajo de campo. La observación participante también se volvió fundamental cuando me invitaron a la jornada comunitaria de puesta en valor del club. También se dio algo muy curioso, que siento se puede asociar al *relato enmarcado* en el análisis de las novelas, cuando se quiere dar cuenta de una historia (la central de la obra) que sucede dentro de otra historia que hace las veces de *marco*.

Decía, entonces, que asocio esta lógica de relato enmarcado a lo que me sucedió en el trabajo de campo porque algunos instrumentos de recolección emergieron en el marco de otras instancias de relevamiento, una especie de *mamushka* de técnicas de recolección de datos, por ejemplo cuando entrevisté a un ex trabajador de CORCEMAR y me compartió distintos elementos que atesoraba como recuerdo de aquella época de su vida: los ejemplares del Boletín CORCEMAR, la fotografía aérea de la fábrica, o la libreta de asistencia diaria. De pronto estos insumos emergieron como fuentes documentales, sorpresivamente, en el marco de una entrevista en profundidad.

Preguntarme por las dinámicas de desarrollo también me llevó a explorar esos mundos, que estaban atesorados y que (por lo visto) tanto necesitaban hablar. Esos mundos personales, que nos reponen fenómenos colectivos y que por más pequeños que podían parecer no dejaban de remitirme permanentemente a las corrientes teóricas que recuperamos en esta tesis, como ñas ideas sobre la globalización (Sassen), las características de los territorios en ese contexto (Manzanal), la división internacional de trabajo, el deterioro de los términos de intercambio (Prebisch), o las dinámicas que subyacen a los contratos que se celebran entre los grandes organismos financieros y las naciones (Harvey). Pequeños mundos donde toda esta teoría se veía reflejada.

Una de las principales reflexiones que aún hoy, luego de haber elaborado el trabajo, persiste en mí es si es posible pensar el desarrollo territorial más allá de una estructura económica, un modelo de acumulación, que asegure un piso de subsistencia y de reproducción material de la vida de las personas de una comunidad. Esta pregunta tiene lugar a partir de la insistencia en este estudio por revalorizar la multidimensionalidad del desarrollo y plantear, firmemente, que el proceso no se agota en su instancia material o económica. ¿Pero podemos esperar encontrar dinámicas de desarrollo en una comunidad empobrecida materialmente?

Esta reflexión, creo, es importante para no caer en lo que podría llamar la *romantización de los intangibles*. Esto no implica soslayar lo que sostuve a lo largo de toda la tesis y sobre lo que trabajé empíricamente. Pero creo que toda esa labor me habilita, precisamente, a poder cuestionar mis propios supuestos e hipótesis de trabajo, sin temor a que sea interpretado como tirar por la borda lo que sostengo en este estudio. Esta problematización le hace honor al espíritu de la sociología como ciencia que incomoda. Así, cuando me preguntaban “¿qué desarrollo es posible en un pueblo de menos de mil habitantes?” me incomodaba, lo recibía como una provocación, que resignifiqué en invitación a buscar respuestas.

Y esto también se articula con la siguiente cuestión: ¿En qué medida el proceso de desarrollo es producto de las iniciativas locales, sin reparar en elementos vinculados a un contexto mayor, que favorece o posibilita esas acciones?

Otra reflexión que me gustaría compartir desde el registro metodológico tiene que ver con las dimensiones del desarrollo territorial que propuse aquí: las planteé como ejes analíticos de abordaje y discusión, pero desde luego, empíricamente, esas articulaciones que propuse observar, se dieron *desdimensionalizadas*; es decir, en la realidad no pertenecen a una u otra dimensión, sino que se entretrejieron en todas ellas, las hallé inmiscuidas en las tres dimensiones. Por eso resultó tan difícil decidir que determinadas vinculaciones sean leídas desde la lente de la dimensión político institucional y no desde la socio productiva, cuando en realidad hubiera sido tan pertinente como la lectura que efectivamente se presenta en esta tesis. Por este motivo opté por elaborar la presentación de los hallazgos desde un nivel mayor de abstracción (y menos esquemático), retomando los principales emergentes de la experiencia. Aunque asaltado por ella, el instrumento metodológico con el que fui al campo procuró sostener una estrecha coherencia con el recorrido teórico, conceptual y epistemológico que propuse en esta tesis.

Espero que quienes lean este trabajo encuentren en el constructo desarrollo – territorio – desarrollo territorial – trama de valor esa coherencia de la que hablo.

También espero que la lectura de esta tesis haya resultado amena, que las principales categorías teóricas aquí trabajadas hayan mostrado una articulación en el transcurso de su presentación y problematización, y que las ideas aquí vertidas hayan sido comprensibles y claras.

Y sobre todo, espero que esta investigación haya podido aproximarse a una respuesta sobre qué desarrollo es posible en este pueblo de menos de mil habitantes.

Román Fornesi.

BIBLIOGRAFÍA

Abramovay, Ricardo (1998) Capital social dos territórios: repensando o desenvolvimento rural. En Seminário sobre Reforma Agrária e Desenvolvimento Sustentável. Fortaleza, novembro, Governo do Ceará, ME Política Fundiária. Recuperado de:

<https://ricardoabramovay.com/2000/10/o-capital-social-dos-territorios-repensando-o-desenvolvimento-rural/>

Abramovich, Ana y Vázquez, Gonzalo (2007) Es solo un rocanrol del país. Introducción a los modelos de desarrollo en la Argentina. En Luzzi, Mariana (Coord.) *Problemas socioeconómicos contemporáneos*, pp. 43-86. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento. Recuperado de:

<https://ediciones.ungs.edu.ar/wp-content/uploads/2020/03/9789876304085-completo.pdf>

Aguer, Bárbara (2014) *Cartografías del poder y descolonialidad* Colección El desprendimiento. Buenos Aires: Ediciones del Signo.

Albuquerque, Francisco (2001) La importancia del enfoque del desarrollo económico local. En Madoery, Oscar y Vázquez Barquero, Antonio (eds.) *Transformaciones globales, Instituciones y Políticas de desarrollo local*. Rosario: Homo Sapiens.

Alemaný, Dalylen (2014) Desarrollo Sostenible y su compatibilidad con el Desarrollo local en Cuba. En *Estudios del Desarrollo Social: Cuba y América Latina*, 1(3), pp. 31-41. Recuperado de:

<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=552357217003>

Algranati, Santiago; Bruno, Daniela y Iotti, Andrea (2012) Mapear actores, relaciones y territorios. Una herramienta para el análisis del escenario social. En colección *Cuaderno de cátedra*. Taller de Planificación de Procesos Comunicacionales Facultad de Periodismo y Comunicación Social. La Plata: EDULP.

Altenburg, Tilman y Meyer-Stamer, Jörg. (1999) How to promote clusters: policy experiences from Latin America. En *World development*, 27(9), 1693-1713. Recuperado de:

<https://www.sciencedirect.com/science/article/abs/pii/S0305750X99000819>

Altschuler, Bárbara (2006). Municipios y Desarrollo local. Un balance necesario. En Rofman, Adriana y Villar, Alejandro (Comp.) *Desarrollo Local. Una revisión crítica del debate*. Buenos Aires: Espacio.

Altschuler, Bárbara y Casalis, Alejandro (2006) Aportes del desarrollo local y la economía social a una estrategia nacional de desarrollo. En: García Delgado, Daniel y Luciano Noretto, (comps.) *El desarrollo en un contexto postneoliberal. Hacia una sociedad para todos*, Colección Transformaciones. Buenos Aires: CICCUS-FLACSO.

Anderson, Perry; Boron, Atilio; Sader, Emir; Salama Pierre y Therborn Göran (2003). La trama del neoliberalismo: mercado, crisis y exclusión social. En: *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social*. Emir Sader y Pablo Gentili (comp.) Buenos Aires: CLACSO.

Angelico, Héctor (2005) El comportamiento del empleo y la organización del trabajo en las Cooperativas de trabajo provenientes de fábricas recuperadas en períodos de crisis y crecimiento. En 9º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo. Asociación Argentina de Especialistas en Estudios del Trabajo (ASET). Recuperado de:

https://aset.org.ar/congresos-anteriores/9/ponencias/p11_Angelico.pdf

Appadurai, Arjun (2015) *El futuro como hecho cultural. Ensayos sobre la condición global*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Argumedo, Alcira (2009) *Los silencios y las voces de América Latina. Notas sobre el pensamiento nacional y popular*. Buenos Aires: Ediciones del pensamiento nacional.

Arocena, José (1988) Discutiendo lo local: las coordenadas del debate. En *Cuadernos del CLAEH*, números 45-46, pp. 7-16, Montevideo.

Arocena, José (1995) *El desarrollo local: un desafío contemporáneo*. Caracas: Nueva Sociedad

Arocena, José (1997) El desarrollo local frente a la globalización. En *Hacia un nuevo modelo de gestión local. Municipio y Sociedad Civil en Argentina*, 43-58. Buenos Aires: Oficina de publicaciones del CBC.

Arocena, José (2002) *El desarrollo local: un desafío contemporáneo*. Uruguay: Taurus.

Arocena, José (2013). El desarrollo local, una aproximación conceptual. En + E: *Revista De Extensión Universitaria*, 3(3), 6-13. Facultad de Periodismo y Comunicación Social. UNLP. Recuperado de:

<https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar/publicaciones/index.php/Extension/article/view/466>

Arocena, José y Marsiglia, Javier (2017) *La escena territorial del desarrollo. Actores, relatos y políticas*. Buenos Aires: Taurus.

Arocena, José y Sutz, Judith (2000) Mirando los sistemas nacionales de innovación desde el sur. Presentación en la Organización de Estudios Iberoamericanos. Recuperado de <https://es.scribd.com/document/264679776/Arocena-Sutz-Mirando-Los-Sistemas-Nacionales-de-Innovacion-Desde-El-Sur>

Arrighi, Giovanni y Silver, Beverly (2001) La strana morte del terzo mondo. Versión electrónica del trabajo presentado en la Conferencia *The Global Working Class at the Millennium*, Nueva York University. Recuperado de:

http://spazioinwind.libero.it/rfiorib/documenti/terzo_arrighi.htm

Arroyo, Daniel (2001) Las microrregiones como instrumentos para el desarrollo local en Argentina. Ponencia presentada en el VI Congreso Internacional del CLAD. Buenos Aires. Recuperado de:

<http://biblioteca.municipios.unq.edu.ar/modules/mislibros/archivos/arroyo.pdf>

Arroyo, Daniel (2002) Los ejes centrales del Desarrollo local en Argentina. Material de curso de posgrado “Desarrollo local y Economía social” Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Buenos Aires.

Arroyo, Daniel (2004) El cambio en la estructura social y las nuevas formas de organización en Argentina”. Material de curso de posgrado “Desarrollo local y Economía social” Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Buenos Aires.

Bagnasco, Arnaldo (1977) *Tre Italie. La problematica territoriale dello sviluppo italiano*. Bologna: Il Mulino.

Barreiro, Fernando (1988) Los agentes del desarrollo. En *Cuadernos del CLAEH*, números 45-46, Montevideo.

Basualdo, Eduardo (2010) *Estudios de historia económica argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Becattini, Giacomo (1989) Riflessioni sul distretto industriale marshalliano come concetto socio-economico. En *Stato e Mercato*, n°. 25, pp. 111-128. Recuperado de:

<https://www.jstor.org/stable/i24648189>

Becattini, Giacomo (1996) I sistemi locali nello sviluppo economico italiano e nella sua interpretazione. En *Sviluppo locale*, números 2-3, pp. 5-25.

Beck, Urry (1998) *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona: Paidós.

Benedetti, Alejandro (2008). Capítulo 1 Territorio: concepto integrador de la geografía contemporánea. En *Territorio, lugar, paisaje. Prácticas y conceptos básicos en geografía*. Pp. 11-82. Colección Libros de cátedra. Buenos Aires: editorial de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. Recuperado de:

http://publicaciones.filo.uba.ar/sites/publicaciones.filo.uba.ar/files/Territorio%2C%20lugar%2C%20paisaje_interactivo_0.pdf

Bernazza, Claudia (2004) El paradigma del desarrollo local: virtudes y contradicciones del modelo municipal de los noventa. Recuperado de:

<https://periferiaactiva.wordpress.com/politicas-de-desarrollo/seminario-bernazza-politicas-de-desarrollo/>

Bernazza, Claudia (2008) ¿Se puede planificar el desarrollo? Relación entre política, desarrollo y gestión pública. Recuperado de:

<https://claudiabernazza.ar/wp-content/uploads/2020/10/se-puede-planificar-el-desarrollo.pdf>

Banco Interamericano de Desarrollo (2001) *Iniciativa Interamericana de capital social, ética y desarrollo*. Recuperado de:

<http://www.iadb.org/etica/iniciativa.cfm>;

Boisier, Sergio (1974) Information systems for regional development. En *Regional Information and Regional Planning*, número 6, pp. 223-290.

Boisier, Sergio (1997) El vuelo de una cometa. Una metáfora para una teoría del desarrollo territorial, en *Revista Eure*, número 69. Santiago de Chile: P.U.C/I.E.U,

Boisier, Sergio (1998) Post-scriptum sobre desarrollo regional: modelos reales y modelos mentales, en *Anales de Geografía*, número 18. Madrid: Universidad Complutense.

Boisier, Sergio (2001) Desarrollo (local) ¿de qué estamos hablando? En Madoery, Oscar y Vázquez Barquero, Antonio (eds.) *Transformaciones globales, Instituciones y Políticas de desarrollo local*. Rosario: Homo Sapiens.

Boisier, Sergio (2003) ¿Si el desarrollo fuese una Emergencia Sistémica? Repositorio de la Universidad de Chile. Recuperado de:

https://repositorio.uc.cl/xmlui/bitstream/handle/11534/30674/_Si%20el%20desarrollo%20fue%20una%20Emergencia%20Sist%C3%A9mica_.pdf?sequence=1

Bonfanti, Fernando y Falcón, Vilma (2021) Experiencias económicas alternativas. Casos de economía social en sectores urbanos del área metropolitana del Gran Resistencia y la Provincia de Corrientes (2018-2019). *Revista Geográfica Digital*. Volumen 1, número 35, pp. 76-96.

Bourdieu, Pierre (2001) Las formas del capital. Capital económico, capital cultural y capital social. en *Poder, derecho y clases sociales*. Bilbao: Declée de Brouwer.

Boscherini, Fabio y Poma, Lucio (2006) Más allá de los distritos industriales: el nuevo concepto de territorio en el marco de la economía global. En Boscherini, Fabio y Poma, Lucio (comps) *Territorio, conocimiento y competitividad de las empresas: el rol de las instituciones en el espacio global*, Buenos Aires: Miño y Dávila, Buenos Aires.

Bouza, Jerónimo; Mnet Nadja; Tapia Maricarmen y Venegas, Anibal (2019) (Equipo editorial) El territorio desde el conflicto. En *Critica Urbana*, revista de Estudios Urbanos y Territoriales. Volumen 2 número 6. La Coruña.

Braczyk, Hans-Joachim, Cooke, Philip, & Heidenreich, Martin (2003) (Eds.). *Regional innovation systems: the role of governances in a globalized world*. Londres: Routledge.

Pereira Bresser, Luiz (2002) Reforma de la nueva gestión pública: ahora en la agenda de América Latina, sin embargo.... En *DAAPGE: Documentos y Aportes en Administración Pública y Gestión Estatal*, 2(3), 1-24. Recuperado de:

<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3991589>

Burgees, R. (1984) *In the field. An introduction to field research*. Londres: Routledges.

Busso, Gustavo (2007) Migración interna y desarrollo territorial en Argentina a inicios del Siglo XXI. Brechas e impactos sociodemográficos de la migración interna interprovincial. En *IX Jornadas Argentinas de Estudios de Población*. Asociación de Estudios de Población de la Argentina, Huerta Grande, Córdoba.

Capel, Horacio (2016) Las ciencias sociales y el estudio del territorio. En *Geocrítica. Revista bibliográfica de geografía y ciencias sociales*. Vol. XXI, número 1.149. Barcelona: Universidad de Barcelona.

Capello, Roberta (1999) Spatial Transfer of Knowledge in High Technology Milieux: Learning Versus Collective Learning Processes, en *Regional Studies. Journal of Regional Studies Association*, volumen 33, número 4, 353-365. Recuperado de:

<https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/00343409950081211>

Caracciolo, Mercedes (2013) Los mercados y la construcción de tramas de valor en la Economía Social y Solidaria. Documento de la Cátedra Economía Social y Solidaria de UNSAM. Recuperado de <http://comercializacionaf.org/wpcontent/uploads/2016/05/los-mercados-y-la-construccion-de-tramas-en-laess.pdf>

Caracciolo, Mercedes (2014) Construcción de tramas de valor y mercados solidarios. En *Espacio y poder en las Políticas de Desarrollo del siglo XXI*. García, Ariel (comp) Buenos Aires: Instituto Argentino para el Desarrollo Económico.

Camacho Monge, Daniel (2018) Treinta y cinco años de evolución de la Teoría del Desarrollo en las ciencias sociales en América Latina. En *Encrucijadas abiertas. América Latina y el Caribe. Sociedad y pensamiento crítico Abya Yala* (Tomo II) , Bialakowsky, A.; Garita Bonilla, N.; Arnald Cathalifaud, M.; Henrique Martins, P.; Preciado Coronado, J. (comps.) Buenos Aires: CEFIS – AAS. Recuperado de:

<http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20180822015846/Encrucijadas.pdf>

Cardoso, Fernando y Faletto, Enzo (1967) Dependencia y desarrollo en América Latina. Serie Documentos teóricos, n° 1. Lima: Instituto de estudios peruanos.

Canelo, Paula (2015) La importancia del nivel municipal para la última dictadura militar argentina: un estudio a través de sus documentos reservados y secretos (1976-1983). En *Historia*, 48(2), pp. 405-434. Santiago de Chile. Recuperado de:

<https://www.redalyc.org/pdf/334/33443350001.pdf>

Casalis, Alejandro (2006) Desarrollo local protagónico y proyecto nacional. En *El desarrollo local en el eje de la política social*. Ministerio de Desarrollo Social de la Nación. Recuperado de:

http://legacy.flacso.org.ar/uploaded_files/Publicaciones/PEYPP_Garcia.Delgado_Casalis_El_desarrollo.local.protagonico.y.proyecto.nacional.pdf

Casalis, Alejandro (2008) El desarrollo territorial, un desafío para la construcción de un nuevo modelo de desarrollo (s/d) [Texto digitalizado disponible para su consulta]

Censo Nacional de Población y Vivienda 1980 (1980) Comité Censal de la Provincia de Buenos Aires. Población y viviendas de localidades y asentamientos urbanos clasificados por partidos. Cifras provisionales.

CEPAL (1949) *Estudio económico de América Latina 1949*. Recuperado de: <https://repositorio.cepal.org/handle/11362/1003>

CEPAL (2000) *Desarrollo económico local y descentralización: aproximación a un marco conceptual*. Recuperado de:

https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/31392/S00020088_es.pdf

Cortazzo, Inés; Cuenca, Adriana y Nathanson, Graciela (1996) Participación comunitaria ¿Real o ilusoria?. En *Revista Escenarios*, Año 1, N° 1. Escuela Superior de Trabajo Social, Universidad Nacional de La Plata.

Chain, Leyla (2012) *Vinculaciones entre conocimiento especializado y políticas de planificación para el desarrollo local: El caso de la Dirección de Asuntos Municipales de la UNLP en el proceso de asesoramiento del Plan Estratégico Brandsen (2002/2003)* Tesis presentada para optar por el grado de Magíster en Desarrollo Local (UNSAM - UAM).

Chiriguini, María Cristina (2006) Del colonialismo a la globalización: Procesos históricos y Antropología. En: María Cristina Chiriguini (comp.) *Apertura a la Antropología. Alteridad-Cultura-Naturaleza humana*. Buenos Aires: Proyecto Editorial.

Coraggio, José Luis (2002) La propuesta de economía solidaria frente a la economía neoliberal. Exposición realizada en la Conferencia sobre Economía Solidaria dentro del Eje I: La producción de riquezas y la reproducción social, del Foro Social Mundial, Porto Alegre (Vol. 31).

Coraggio, José Luis (1974) Consideraciones teóricometodológicas sobre las formas sociales de organización del espacio y sus tendencias en América Latina. En *Revista Interamericana de Planificación*, Vol. VII, N° 1, México.

Coraggio, José Luis (2003) El papel de la teoría en la promoción del desarrollo local. (Hacia el desarrollo de una economía centrada en el trabajo). En *La Gente o el Capital. Desarrollo Local y Economía del Trabajo*. Quito: Abya-Yala. Recuperado de:

<https://www.coraggioeconomia.org/jlc/archivos%20para%20descargar/11%20E1%20Papel%20de%20la%20teoria%20en%20DL.pdf>

Coraggio, José Luis (2005) Desarrollo regional, espacio local y economía social. Ponencia presentada en el *Seminario Internacional “Las regiones del Siglo XXI. Entre la globalización y la democracia local”*, organizado por el Instituto Mora, México, 9-10 de junio. Recuperado de:

<https://www.coraggioeconomia.org/jlc/archivos%20para%20descargar/EI%20desarrollo%20regional%20espacio%20local%20y%20ES.pdf>

Coraggio, José Luis (2009) Territorio y economías alternativas. Ponencia presentada en el *I Seminario internacional Planificación Regional para el Desarrollo Nacional. Visiones, desafíos y propuestas*. La Paz, Bolivia, 30-31 de julio de 2009.

Cravacuore, Daniel (2006) La articulación de actores para el desarrollo local. En Rofman, Adriana y Villar, Alejandro, *Desarrollo Local. Una revisión crítica del debate*. Buenos Aires: Espacio.

Cravacuore, Daniel; Ilari, Sergio y Villar, Alejandro (2004) *La articulación en la gestión municipal. Actores y políticas*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Cravino, María Cristina (2018) *La ciudad (re)negada. Aproximaciones al estudio de asentamientos populares en nueve ciudades argentinas*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.

Cunill Grau, 1991 (en Pagani María Laura, 2007) Participación ciudadana. Dilemas y perspectivas para la democratización de los Estados latinoamericanos. Caracas: CLAD.

D’Amico, María Victoria (2017) *Políticas sociales y prácticas ciudadanas a partir de la implementación de la Asignación Universal por Hijo en Argentina (2009-2015)*. Tesis de doctorado en Ciencias Sociales. Universidad Nacional de General Sarmiento. Recuperada de:

<https://repositorio.ungs.edu.ar/handle/UNGS/406>

De Sousa Santos, Boaventura (2002) *Producir para vivir. Los caminos de la producción no capitalista*. México: Fondo de Cultura Económica.

De Sousa Santos, Boaventura (2010). *Refundación del estado en América Latina*. Lima: Instituto Internacional de Derecho y Sociedad. Recuperado de:

http://www.boaventuradesousasantos.pt/media/Refundacion%20del%20Estado_Lima2010.pdf

Dematteis, Giuseppe (1967) L'organizzazione territoriale del Piemonte secondo l'I.R.E.S. Bollettino della Società Geografica Italiana, serie IX, Vol. VIII, ano C, Vol. CIV, 76-92. Recuperado de:

<http://societageografica.net/images/stories/1967.pdf>

Dematteis, Giuseppe (1985) *Le metafore della terra. La geografia umana tra mito e scienza*. Milano: Feltrinelli

Diamand, Marcelo (1973) *Doctrinas económicas, desarrollo e independencia*. Buenos Aires: Paidós

Diaz, Claudia y Serfelippe, Sebastián (2006) Los pueblos viven. En *Revista Trampas de la Comunicación y la cultura*. La Plata, Facultad de Periodismo y Comunicación Social. Universidad Nacional de La Plata.

Díaz, Cristina; Monti, María del Mar; Crudo, Silvio y Bianchi, Melina (2020) “¿Qué participación ciudadana? Institutos y momentos en el ciclo de la política pública”. En Ilari, Sergio (comp.) *Gobierno, política y gestión local en Argentina*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Diez, José Ignacio y Urtizberea, Nicolás (2015) Redes institucionales y desarrollo económico en ciudades pequeñas: el caso de la localidad de Pigüé (Argentina)”. En *EURE*, volumen 41 número 123 (págs. 263-287). Santiago de Chile.

Diez Tetamanti, Juan Manuel (2012) *Acciones locales y políticas públicas en pequeñas localidades de la Provincia de Buenos Aires*. Tesis de doctorado. Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca. Recuperado de:

<https://repositoriodigital.uns.edu.ar/handle/123456789/2277>

Dirven, Martín (2003) Entre el ideario y la realidad: capital social y desarrollo agrícola, algunos apuntes para la reflexión. En *Capital social y reducción de la pobreza en América Latina y el Caribe: en busca de un nuevo*, 397. Recuperado de:

https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/2338/S029693_es.pdf?sequence=1&isAllowed=y

Durston, John (2000) *El capital social campesino en la gestión del desarrollo rural. Díadas, equipos, puentes y escaleras*. Colección Libros de la CEPAL. Recuperado de: https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/2346/1/S2002033_es.pdf

Durston, John, Miranda, Francisca, y CEPAL (2001) *Capital social y políticas públicas en Chile: investigaciones recientes: volumen I*. CEPAL. Recuperado de:

<https://repositorio.cepal.org/handle/11362/6013>

Drago, Natalia (2016) Extensión universitaria y economía social. El paseo de la Economía Social y Solidaria de la UNLP. Tesis de licenciatura en Sociología. UNLP. Disponible en <https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1227/te.1227.pdf>

Dubar, Claude (2002) *Las crisis de la identidades: La interpretación de una mutación*, Barcelona: Ediciones Bellaterra.

Dussel, Enrique (2014) [1973] *Para una ética de la liberación latinoamericana*. México: Siglo XXI.

Elgue, Mario (2004) *El desarrollo local asociativo*. Buenos Aires: Universidad Nacional de San Martín.

Ferrer, Aldo (2015) *La economía argentina en el siglo XXI. Globalización, desarrollo y densidad nacional*. Buenos Aires: Capital intelectual.

Fernandez Satto, Víctor y Vigil Greco, José (2007) Clusters y desarrollo territorial. Revisión teórica y desafíos metodológicos para América Latina. En *Economía, Sociedad y Territorio*, volumen VI, número 24. Universidad Nacional del Litoral. Recuperado de:

<https://www.redalyc.org/pdf/111/11162402.pdf>

Gaggero, Alejandro (2015) Los efectos de la internacionalización y extranjerización de los grandes grupos empresarios argentinos. Los casos de Techint, Eurnekian y Fortabat. Documento de trabajo número 74. Centro de Economía y Finanzas para el Desarrollo de Argentina. Recuperado de:

<https://www.iade.org.ar/noticias/los-efectos-de-la-internacionalizacion-y-extranjerizacion-de-los-grandes-grupos-empresarios>

Delgado García, Daniel (1997) La reforma del Estado en la Argentina: de la hiperinflación al desempleo estructural. En *Revista del CLAD Reforma y Democracia*, Caracas, 8, 1-12.

García, Ariel y Herrero, Gaspar (2018) “Sobre la planificación del desarrollo. Repensando el territorio como universo de análisis, una propuesta para embarrar los pies”, en Rofman, A. *Planificación, región y políticas: en búsqueda de nuevas ideas para un proyecto productivo*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.

García Delgado, Daniel y Casalis, Alejandro (2006) Desarrollo local protagónico y proyecto nacional. En *El desarrollo local en el eje de la Políticas Social*, Ministerio de Desarrollo Social de la Nación, Buenos Aires.

García Germanier, Fernanda (2018) *Perder y reinventarse. Procesos identitarios y estrategias de transformación en comunidades atravesadas por la crisis del neoliberalismo. El caso de Pipinas, provincia de Buenos Aires*. Tesis de posgrado. Universidad Nacional de La Plata. En SEDICI. Recuperado de: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/74786>

Haesbaert, Rogério (2013) Del mito de la desterritorialización la multiterritorialidad. En *Revista Cultura y representaciones sociales*, volumen 8 n° 15. México. Recuperado de: <https://www.scielo.org.mx/pdf/crs/v8n15/v8n15a1.pdf>

Haldenwang, Christian (2002) Instituciones para el desarrollo productivo en América Latina, en Altemburg y Messner (Comps.) *América Latina competitiva. Desafíos para la economía, la sociedad y el Estado*, pp. 104-125 Caracas: Nueva Sociedad.

Halvorsen, Sam (2020). El Territorio en disputa: estrategias políticas y movimientos socioterritoriales. En *Punto Sur*, (3), 131-152. <https://doi.org/10.34096/ps.n3.9701>

Harvey, David (2003) *El nuevo imperialismo*. Oxford: Oxford University Press.

Henriquez Acosta, María (2019) La economía social y solidaria como estrategia de desarrollo territorial. El caso del Mercado Municipal Comunitario de San Carlos de Bariloche". Tesis de Maestría en Ciencias Sociales y Humanidades. Universidad Nacional de Quilmes. Recuperado de: https://rid.unrn.edu.ar/bitstream/20.500.12049/6418/1/Tesis_Henriquez_MSCyH.pdf

Herrera, Nicolás (2017) *Inmigración, política y memoria : La Fiesta Provincial del Inmigrante (Berisso, 1978-2015) : un ritual conmemorativo a través del cual la comunidad se imagina a sí misma* (Tesis de posgrado). -- Presentada en Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación para optar al grado de Doctor en Ciencias Sociales.

Recuperado de:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1598/te.1598.pdf>

Hirschman, Albert (1958) *La estrategia del desarrollo económico*. México: Fondo de Cultura Económica.

INTA (2007) Enfoque de desarrollo territorial: documento de trabajo no 1. - 1a ed. Buenos Aires: Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria - INTA. Programa Nacional de Apoyo al Desarrollo de los Territorios.

Iucci, Matías (2016) *Redes políticas para la política social: la implementación de los programas “Banco Popular de la Buena Fe” y “Argentina Trabaja”*. Tesis de doctorado en Ciencias Sociales y Humanidades. Universidad Nacional de Quilmes. Disponible en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Kulfas, Matías y Martín Schorr (2003) "Deuda externa y valorización financiera en la Argentina actual. Factores explicativos del crecimiento del endeudamiento externo y perspectivas ante el proceso de renegociación". En *Realidad Económica*. Recuperado de: <https://www.iade.org.ar/noticias/deuda-externa-y-valorizacion-financiera-en-la-argentina-actual-factores-explicativos-del>

Lattuada, Mario (2016) Las formaciones económicas asociativas precooperativas de la agricultura familiar. En Bageneta, J. (compilador) *Entre la Economía social y el mercado, reflexiones para un debate abierto en el agro latinoamericano*, pp. 41-70. Buenos Aires: Intercoop.

Laurelli, Elsa y Finquelevich, Silvia (1990) Innovación tecnológica y reestructuración desigual del territorio: países desarrollados - América Latina. En *Revista Interamericana de Planificación*, Vol. XXIII, No. 84: 191-223.

Llanos-Hernández, Luis (2010). El concepto del territorio y la investigación en las ciencias sociales. *Agricultura, sociedad y desarrollo*, 7(3), 207-220.

Lobato, Mirta (2021) Lo que el capital se llevó: fábricas cerradas, memoria e historia reciente. En *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 21 (1), e135 <https://doi.org/10.24215/2314257Xe135>

López, Eduardo (2015) Desarrollo local: conceptos e instrumentos. Material de trabajo del seminario “Desarrollo local y participación” Facultad de Trabajo Social, UNLP. Septiembre de 2015.

Lopez, Andrea; Corrado, Anibal y Ouviaña, Hernán (2005) Entre el ajuste y la retórica: 20 años de reformas administrativas en Argentina. En Thwaites Rey, Mabel y Lopez, Andrea (eds.) *Entre tecnócratas globalizados y políticos clientelistas. Derrotero del ajuste neoliberal en el Estado argentino*. Buenos Aires: Prometeo.

Lucero, Soledad; Mutuberría, Lazarini, Valeria y Narodowski, Patricio (2012) El reflejo socio-demográfico de los diferenciales en el poder mundial (capítulo 6). En: Narodowski, Patricio y Remes Lenicov, Matías (Coord.) *Geografía Económica Mundial (GEM): un enfoque centro-periferia*, pp 273-346. Universidad Nacional de Moreno, Moreno.

Madoery, Oscar (2005) La “primera generación” de políticas locales de desarrollo en Argentina: Contexto, características y desafíos. No se dispone de mayores datos para su referencia. Recuperado de:

http://municipios.unq.edu.ar/modules/mislibros/archivos/Madoery_locales.pdf

Madoery, Oscar (2016) La disputa por el sentido del desarrollo territorial. Algunos aportes desde el pensamiento crítico latinoamericano. En *Revista Desarrollo y Territorio*, número 1, pp. 5-11. Recuperado de:

<https://desarrolloyterritorio.unvm.edu.ar/ojs/index.php/desarrolloyterritorio/article/view/231>

Maillat, Denis (1995) Territorial dynamic, innovative milieus and regional policy. En *Entrepreneurship & Regional Development*, 7(2), 157-165.

Magri, Altair y Rodriguez, Miranda (2017) La fábula de los tres hermanos y el desarrollo territorial en su complejidad multinivel. Consideraciones sobre el caso uruguayo en el contexto latinoamericano. En *Cuadernos del CLAEH* 2da. Serie, año 36, n° 105, pp 99-126. Recuperado de:

<https://publicaciones.claeh.edu.uy/index.php/cclaeh/article/view/286>

Manzanal, Mabel (2007) Territorio, poder e instituciones. Una perspectiva crítica sobre la producción del territorio. En Manzanal, Mabel; Arzeno, Mariana y Nussbaumer, Beatriz (comps.) *Territorios en construcción: actores, tramas y gobierno entre la cooperación y el conflicto*, pp. 15-51. Colección Cultura y Sociedad. Buenos Aires: CICCUS.

Manzanal, Mabel (2008) Desarrollo territorial e integración nacional ¿Convergencia o divergencia? en Nun, Jose y Grimson, Alejandro (comp.) *Territorios, identidades y federalismo*, pp. 101-110. Buenos Aires: Edhasa.

Manzanal, Mabel y Villarreal, Federico (2010) *El desarrollo y sus lógicas en disputa en territorios del norte argentino*. Buenos Aires: CICCUS.

Manzanal, Mabel (2014) Desarrollo: una perspectiva crítica desde el análisis del poder y del territorio. En *Revista Realidad Económica*, pp. 17-48. Instituto Argentino para el Desarrollo Económico.

Marinho, Luiz (1988) La CEPAL y las concepciones del desarrollo en América Latina. Repositorio de la CEPAL, disponible en:

https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/34704/S8800660_es.pdf

Marini, Ruy Mauro (1973) Dialéctica de la dependencia. En: *América Latina, dependencia y globalización. Fundamentos conceptuales Ruy Mauro Marini*, pp. 9-77. México: Ediciones Era.

Marradi, Alberto; Archenti, Nélica; y Piovani, Juan (2007) *Metodología de las Ciencias Sociales*. Buenos Aires: Emecé.

Marradi, Alberto; Archenti, Nélica; y Piovani, Juan (2017) *Manual de Metodología de las Ciencias Sociales*. Buenos Aires: Siglo veintiuno.

Marshall, Alfred (1963) [1920] *Principios de economía*. Madrid: Aguilar. Citado en Bocker Zavarro (2005) Desarrollo económico local. En *FACES*, año 11 número 22. Universidad Nacional de Mar del Plata.

Marsiglia, Javier (2009) *Cómo gestionar las diferencias: la articulación de actores para el desarrollo local*. Tesis presentada para optar por el grado de Magíster en Desarrollo Local (UNSAM – UAM).

Martinez Ardilla, Sorely y Cuervo, Luis (2006) *Sistema de buenas prácticas en desarrollo económico local. Una revisión preliminar de la experiencia*. Serie Gestión Pública. Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social – CEPAL. Recuperado de:

https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/7310/S0600097_es.pdf

Massey, Doreen (2009) *Geometrías del poder y la conceptualización del espacio*, CLACSO-Caracas, Centro Internacional Miranda.

Matus, Carlos (1987) *Política, planificación y gobierno*. Caracas: ILPES/Fundación Altadir.

Menendez, Ricardo. y Alonso, J. (2000) (coordinadores) *Innovación, pequeña empresa y desarrollo local en España*. Madrid: Civitas.

Merino, Gabriel (2015) *Luchas por la conducción del Estado en Argentina entre 1999 y 2003, el Grupo Productivo y el cambio de modelo*. Editorial Universitaria de la Universidad Nacional de Misiones.

Merklen, Denis (2010) *Pobres ciudadanos: las clases populares en la era democrática*. Buenos Aires: Gorla.

Michelini, Juan José (2008) *Dinámicas locales en el desarrollo territorial de áreas rurales periféricas: el caso del alto valle del Río Colorado (La Pampa-Argentina)*. Tesis de doctorado. Universidad Complutense de Madrid. Recuperado de:

<https://eprints.ucm.es/id/eprint/9180/1/T31081.pdf>

Minsburg, Naum (1999) Transnacionalización, crisis y papel del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial. En: Boron, Atilio; Gambina, Julio; Minsburg, Naum (comps.) *Tiempos violentos; Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina*, pp. 17-45. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Montañez, Gustavo y Delgado, Ovidio (1998) Espacio, territorio y región: conceptos básicos para un proyecto nacional. En *Cuadernos de Geografía* VII 1-2, pp. 121-134.

Montaño Armendariz, Angélica (2014) *Modelo de Desarrollo Económico Local para la Diversificación de la Estructura Productiva y la Articulación del Tejido Empresarial en Baja California Sur*. Tesis del doctorado en Ciencias Administrativas. Universidad Autónoma de Baja California. Baja California, México. Recuperado de:

<https://sites.google.com/site/draangelicamontanoarmendariz/home/tesis-doctoral>

Montero, Maritza (2004) (citado en Pagani, María Laura, 2007) Teoría y práctica de la psicología comunitaria. La tensión entre comunidad y sociedad. Buenos Aires: Paidós.

Morín, Edgar (2010) *Mi camino. Edgar Morin conversa con Dejenane Kaareh Tager*. Barcelona: Gedisa (citado en Arocena, José y Marsiglia, Javier, 2017).

Muñiz Terra, Leticia (2007) La privatización de la identidad petrolera: de la ilusión al desarraigo. En *Revista de Antropología Iberoamericana*, volumen 2 n° 1, pp. 91-114. Recuperado de:

https://memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.7472/pr.7472.pdf

Muñiz Terra, Leticia y Frassa, Juliana (2018) Estado y territorio: política paternalista en una comunidad industrial argentina en la segunda mitad del siglo XX. En *Revista EURE*, volumen 44 n°131. Santiago de Chile. Recuperado de:

<https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/69419>

Mutuberría Lazarini, Valeria (2008) El debate en torno a la Economía Social: discusiones fundamentales desde la perspectiva de los países centrales y la perspectiva de los países de la periferia. En *Revista IDELCOOP*, n°183. pp. 22-36.

Naclerio, Alejandro, Salas, Julieta y Belloni, Paula (2010) Construcción de competencias colectivas regionales. En *VI Jornadas de Sociología de la UNLP*. Recuperado de:

http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/107449/Construcci%C3%83%C2%B3n_de_competencias_colectivas_regionales.5319.pdf-PDFA.pdf?sequence=1

Naclerio, Alejandro (2010) Sistemas Productivos Locales: Políticas Públicas y Desarrollo Económico. Programa Naciones Unidas para el Desarrollo – PNUD
http://www.pymescampus.com.ar/presentaciones/naclerio01_en%20A4_11_7.pdf

Nadvi, Khalid, y Schmitz, Hubert (1994) *Industrial clusters in less developed countries: review of experiences and research agenda*. Brighton: Institute of Development Studies.

Narayan, Deepa (2001) A dimensional approach to measuring social capital: development and validation of a social capital inventory. En *Current sociology*. 49 (2). Recuperado de <http://csi.sagepub.com/cgi/content/abstract/49/2/59>

Narodowski, Patricio (2007) Las teorías del desarrollo antes de los 70. Material de trabajo del seminario Introducción a la economía y el desarrollo, de la Maestría en Políticas de Desarrollo. Recuperado de:

<https://periferiaactiva.wordpress.com/politicas-de-desarrollo/seminario-introduccion-a-la-economia-y-el-desarrollo/>

Organización para la Cooperación y el Desarrollo (OCDE) (2016) Compendio de buenas prácticas para el desarrollo local en América Latina. Recopilación de casos de la Summer School International ‘Comunidad y desarrollo’. OCDE Publishing. Recuperado de:

https://www.oecd.org/cfe/leed/2016_COMPENDIUM_SUMMER_SCHOOL_TRENTO.pdf

Oficina Internacional del Trabajo (OIT) (2005) Estrategia de desarrollo local. Desafíos fundamentales. Recuperado de:

https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---ed_emp/---emp_policy/documents/publication/wcms_229866.pdf

Ornelas Delgado, Jaime (2008) Las teorías del desarrollo en América Latina. Conferencias del 10 al 13 de noviembre de 2008, Facultad de Economía de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Ortega Valcárcel, José (2000) Los horizontes de la Geografía: teoría de la geografía. Barcelona: Ariel.

Oszlak, Oscar (1979) Notas críticas para una teoría de la burocracia estatal. En: *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, N° 79 Volumen 19. Buenos Aires.

Pagani, María Laura (2007) El gobierno local como promotor de políticas de participación ciudadana. Aprendizajes y dificultades en dos experiencias municipales. En *Cuestiones de Sociología*, (4) pp. 78-101. Recuperado de:

http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3678/pr.3678.pdf

Pagani, María Laura. (2015) "*Vos proponés, vos decidís*": Presupuestos participativos y participaciones ciudadanas en La Plata y Morón (2006-2014). Tesis de posgrado, doctorado en Ciencias Sociales. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Recuperado de:

<https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=tesis&d=Jte1178>

Pagani, María Laura (2016) Políticas de modernización en la escala local. En *IX Jornadas de Sociología de la UNLP*. Recuperado de:

<http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/68323>

Palermo, Hernán y Rivero, Cynthia (2011) Memorias del trabajo ante los procesos de privatización en Argentina. En *Nómadas*, (34), pp. 135-149. Recuperado de:

http://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=S0121-75502011000100011&script=sci_abstract&tlng=es

Perelmiter, Luisina (2016) *Burocracia plebeya. La trastienda de la asistencia social en el Estado argentino*. San Martín: UNSAM.

Piovani, Juan Ignacio y Eguía, Amalia (2003) Metodología de la investigación. Algunas reflexiones y pautas para la elaboración de una tesis. En *Trampas de la comunicación y la cultura*, Año 2, N. 17. Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP.

Pírez, Pedro (1995) "Actores sociales y gestión de la ciudad", *Ciudades* No 28, RNIU, México.

Pírez, Pedro (2000) "La participación de la sociedad civil en e gobierno de la ciudad: una mirada político institucional". En *Revista de Ciencias Sociales*, N° 11, Universidad Nacional de Quilmes.

Porto Goncalves, Carlos (2012a) De saberes y de territorios: diversidad y emancipación a partir de la experiencia latinoamericana. En Ceceña, A. (Comp.) *De los saberes de la emancipación y la dominación*. Buenos Aires: CLACSO.

Porto-Gonçalves, Carlos (2012b). A reinvenção dos territórios na América Latina/Abya Yala. Universidad Autónoma de México. Recuperado de:

http://www2.fct.unesp.br/docentes/geo/raul/biogeografia_saude_publica/aulas%202014/2-carlos%20walter.pdf

Potoko, Alejandra (2013) Entre el Estado y la sociedad: Procesos de transformación del territorio. El caso del barrio Sumay Pacha en la Quebrada de Humahuaca. En *REGISTROS*, Mar del Plata, año 9 n° 10, pp 95-111.

Prebisch, Raúl (1949) *El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas*. CEPAL, Santiago de Chile. Recuperado de :

https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/30088/001_es.pdf

Prebisch, Raúl (1950) *Crecimiento, desequilibrio y disparidades: interpretación del proceso de desarrollo económico*. CEPAL, Santiago de Chile. Recuperado de:

<http://revistas.bancomext.gob.mx/rce/magazines/688/2/RCE2.pdf>

Prebisch, Raúl (1980). Hacia una teoría de la transformación. En *Revista de la CEPAL*. Recuperado de:

<https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/11878/281.pdf?sequence=2>

Quijano, Anibal (2009) Colonialidad del poder y des/colonialidad del poder. Conferencia dictada en el *XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología*, Pp. 1-15. Buenos Aires . Recuperado de:

<http://www.ceapedi.com.ar/imagenes/biblioteca/libreria/51.pdf>

Raffestín, Claude (1993) *Por una geografía del poder*. Sao Paulo: Ática. Citado en Haesbaert, R. (2011) [2004] *El mito de la desterritorialización*. México: Siglo veintiuno.

Rapoport, Mario y Spiguel, Claudio (2009) La Argentina y el Plan Marshall: promesas y realidades. En *Revista Brasileira de Política internacional*, vol. 52, n°1. Recuperado de:

<https://www.scielo.br/j/rbpi/a/8sYr7kfwbJSdW59xcjS9dKG/?lang=es>

Rapoport, Mario (2007) *Mitos, etapas y crisis en la economía argentina. Nación-Región-Provincia en Argentina. Pensamiento político, económico y social* en colaboración con Hernán Colombo (comps.), Buenos Aires: Imago Mundi.

Ratier, Hugo (2002) Rural, ruralidad, nueva ruralidad y contraurbanización. Un estado de la cuestión. *Revista de Ciências Humanas*, (31), pp. 9-29. Recuperado de:

<https://livros-e-revistas.vlex.com.br/vid/ruralidad-contraurbanizacion-223679129>

Reboratti, Carlos (2001) Una cuestión de escala: sociedad, ambiente, tiempo y territorio. En *Sociologías*, año 3 n° 5, Porto Alegre: Universidad Federal de Rio grande do sul. Pp 80-93. Recuperado de:

<https://www.redalyc.org/pdf/868/86819570005.pdf>

Reboratti, Carlos (2010). Un laberinto de papel. Fábricas de pasta de celulosa y conflicto socioambiental en el río Uruguay. En *Anales de Geografía* pp. 461-477.

Ricardo, David (1817) Capítulo VII “Sobre el comercio exterior”. En *Principios de economía política y tributación*, pp. 111 a 126). Madrid: Pirámide ediciones.

Robirosa, Mario (2004) Articulación, negociación, concertación. En *Revista Mundo Urbano*, No. 28. Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes. Recuperado de:

<http://www.mundourbano.unq.edu.ar/index.php/ano-2002/55-numero-17/82-2-articulacion-negociacion-concertacion>

Rodríguez, Pablo Gustavo (2013) *Las concepciones del desarrollo en los programas de promoción de emprendimientos productivos del Ministerio de Desarrollo Humano de la Provincia de Buenos Aires (1990-2007)*. Tesis presentada en Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación para optar al grado de Doctor en Ciencias Sociales. Recuperado de:

<https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.832/te.832.pdf>

Rodríguez, Octavio (1980). *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*. México: Siglo veintiuno.

Rodríguez Vignoli, Jorge y Busso, Gustavo (2009) Migración interna y desarrollo en América Latina entre 1980 y 2005. Un estudio comparativo con perspectiva regional basado en siete países. Santiago, Chile: CEPAL. Recuperado de:

<https://repositorio.cepal.org/handle/11362/2541>

Rofman, Alejandro (1999) *Las economías regionales a fines del siglo XX. Los circuitos del petróleo del carbón y del azúcar*. Buenos Aires: Ariel.

Rofman, Alejandro y Fournier, Marisa (2008) El desarrollo local como modelo alternativo de política social: una reflexión sobre modelos, estrategias y territorios. En *Políticas Económicas para el Desarrollo Territorial*. Recuperado de:

<http://biblioteca.municipios.unq.edu.ar/modules/mislibros/archivos/rofmnfourniereldesloc.pdf>

Rostow, Walt (1960) *Las etapas del crecimiento económico*. México: Fondo de Cultura Económica.

Russo, Cintia (2011) Fábrica y territorio: un caso al sur de la región metropolitana de Buenos Aires. En *Investigaciones de Historia Económica* 7(3), 363-379. Recuperado de: <https://doi.org/10.1016/j.ihe.2011.02.001>.

Sassen, Saskia (1995) La Ciudad Global, Una introducción al concepto y su historia. En *Brown Journal of World Affairs*, vol. 11(2): 27-43.

Recuperado de:

http://www.estudislocals.cat/wp-content/uploads/2017/01/La_ciudad_Global-Saskia-Sassen.pdf

Sassen, Saskia (2007) Una sociología de la globalización. En *Análisis político*, 20(61), 3-27. Recuperado de:

http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0121-47052007000300001

Santos, Milton (1986) Espacio y tiempo. En *Cuadernos críticos de Geografía Humana*, Universidad de Barcelona, Año XII n° 65.

Santos, Milton (1996) *Metamorfosis del espacio habitado*. Barcelona: Oikos-Tau.

Saquet, Marcos (2015) El fortalecimiento del abordaje territorial histórico-crítico, relacional y reticular. En *Por una Geografía de las territorialidades y de las temporalidades. Una concepción multidimensional orientada a la cooperación y el desarrollo territorial*. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. (Biblioteca Humanidades; 36). Recuperado de:

<https://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/50>

Schmitz, Hubert (2000) Does Local Cooperation Matter? Evidence from Industrial Clusters in South Asia and Latin America. En *Oxford Development Studies*, 28 (3): 323-336. Citado en Fernández-Satto, Víctor Ramiro; Vigil-Greco, José Ignacio (2007) Clusters y desarrollo territorial. Revisión teórica y desafíos metodológicos para América Latina. En *Economía, Sociedad y Territorio*, vol. VI, núm. 24, pp. 859-912. Toluca: El Colegio Mexiquense. Recuperado de:

<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=11162402>

Scott, Allen y Storper, Michael (2003) Regions, globalization, development. En *Regional Studies* n° 37, 579-593. Recuperado de:

<https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/0034340032000108697a>

Scott, Lash y Urry, John (1994) *Economies of signs and space*. London: Sage Publications.

Sili, Marcelo (2005) *La Argentina rural. De la crisis de la modernización agraria a la construcción de un nuevo paradigma de desarrollo de los territorios rurales*. Buenos Aires: Ediciones INTA.

Sili, Marcelo (2018) La acción territorial: una propuesta conceptual y metodológica para su análisis. *Revista Brasileira de Estudos Urbanos e Regionais*, 20(1), 11-31. Recuperado de:

<https://www.scielo.br/j/rbeur/a/Yv98VxJyq37XrCRQHCCcQTKx/abstract/?lang=es>

Sili, Marcelo (2019) La migración de la ciudad a las zonas rurales en Argentina. Una caracterización basada en estudios de caso. Marcelo Enrique Sili. En *Población & Sociedad*. Vol. 26 (1), pp. 90-119. Recuperado de:

<http://dx.doi.org/10.19137/pys-2019-260105>

Silveira, María Laura (1995) Escalas de tiempo simultáneas: el Estado provincial como agente modernizador. En *Actas Primeras Jornadas Platenses de Geografía*, UNLP, La Plata.

Silveira, María Laura (2001) Una situación geográfica: de la teoría a la historia, de la historia a la teoría. En *Estudios Socioterritoriales*, Año II N° 2. Tandil: CIG-FCH-UNCPBA.

Silveira, María Laura (2009) Espacio banal y diversidad: más allá de las demandas del príncipe. En *Revista Huellas*, n° 13, pp 18-36.

Silveira, María Laura (2011) Territorio y ciudadanía: reflexiones en tiempos de globalización. En *Uni-Pluri/versidad*, vol. 11 n° 3. Recuperado de:

<https://mail.google.com/mail/u/0/#search/silveira/15da466394002e1f?projector=1&messagePartId=0.1>

Soja, Edward (2008) *Postmetropolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Barcelona: Traficante de Sueños.

Sollazzo, Mariel (2016) Reseña de Perelmiter, Luisina (2016) *Burocracia plebeya. La trastienda de la asistencia social en el Estado argentino*. En revista Estudios sociales del trabajo. Buenos Aires: UNSAM edita. Recuperado de:

<file:///C:/Users/Rom%C3%A1n/Downloads/Dialnet-BurocraciaPlebeya-7312295.pdf>

Souza, Marcelo (2015) *Dos Espaços de Controle aos Terriórios Dissidentes: Escritos de divulgação científica e análise política*. Rio de Janeiro: Consequencia. Citado en Halvorsen Sam (2020) El territorio en disputa: estrategias políticas y movimientos socioterritoriales. En *Revista Punto Sur* 3, pp. 131-152. Recuperado de:

http://dspace5.filo.uba.ar/bitstream/handle/filodigital/11911/uba_ffyl_a_punto%20sur_3_131-152.pdf?sequence=1&isAllowed=y

Stake, Robert (1994) *Case Studies*, en Norman K. Denzwhyteín y Yvonna Lincoln (eds.), *Handbook of Qualitative Research*, pp. 236-245. Thousand Oaks, Sage Publications.

Svampa, Maristella y Pereyra Sebastián (2003) *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Biblos.

Tapia Moscoso, Andres (2018) Construcción integral del territorio, identidad, territorialidad y desarrollo endógeno en el Valle Ancestral Chota - Salinas - La Concepción. Flacso. Tesis de maestría. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. Recuperado de:

<https://repositorio.flacsoandes.edu.ec/handle/10469/13942>

Tecco, Claudio (1997) El gobierno municipal como promotor del desarrollo local-regional. En García Delgado, Daniel (comp.) *Hacia un nuevo modelo de gestión local*. Buenos Aires, FLACSO.

Tecco, Claudio (2002) Innovaciones en la gestión municipal y desarrollo local. En Daniel Cravacuore (Comp.) *Innovación en la Gestión Municipal y Desarrollo Local*. Federación Argentina de Municipios (FAM) y Universidad Nacional de Quilmes, Bernal. Buenos Aires, Argentina. Recuperado de:

<http://biblioteca.municipios.unq.edu.ar/modules/mislibros/archivos/teccoinnovacionesgestionydesarrollo.pdf>

Touraine, Alan (2005) *Un nuevo paradigma. Para comprender el mundo de hoy*. Buenos Aires: Paidós.

Trivi, Nicolas (2018) *Territorialidad de la actividad turística y producción del paisaje en la Argentina neodesarrollista : Transformaciones territoriales, discursos e imágenes en Villa de Merlo y el noreste de la provincia de San Luis* (Tesis de posgrado). Presentada en Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación para optar al grado de Doctor en Geografía. Recuperado de:

<https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1503/te.1503.pdf>

Varesi, Gastón (2012) *La configuración del modelo post-convertibilidad: políticas económicas y fracciones de clase en Argentina, 2002-2007*. Tesis de Maestría. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Recuperado de:

<https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.486/te.486.pdf>

Varesi, Gastón (2013) “Modelo de acumulación y hegemonía: aportes teóricos para su abordaje conjunto”, Capítulo 1 de *Modelo de acumulación y hegemonía en la Argentina post-convertibilidad, 2002-2008*. Tesis de doctorado en Ciencias Sociales, FAHCE-UNLP. Recuperado de:

<http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/26869>

Varesi, Gastón (2016) Neo-desarrollismo y kirchnerismo Aportes para un análisis conjunto del modelo de acumulación y la hegemonía en Argentina 2002-2008. En *Cuadernos del CENDES*, 33(92), 23-58. Recuperado de:

http://ve.scielo.org/scielo.php?pid=S1012-25082016000200003&script=sci_abstract&tlng=pt

Vazquez, A. 1990 [1977]. *Filosofía da praxis*. Rio de Janeiro: Paz e Terra. Citado en Saquet, Marcos (2015) El fortalecimiento del abordaje territorial histórico-crítico, relacional y reticular. En *Por una Geografía de las territorialidades y de las temporalidades. Una concepción multidimensional orientada a la cooperación y el desarrollo territorial*. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. (Biblioteca Humanidades; 36) Recuperado de:

<https://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/50>

Vazquez Barquero, Antonio (1993) *Política Económica Local*. Madrid: Pirámide.

Vazquez Barquero, Antonio (2000) Desarrollo endógeno y globalización. En *Revista EURE* - Revista De Estudios Urbano-Regionales, vol. 26 n°79. Recuperado de:

https://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0250-71612000007900003&script=sci_arttext

Vazquez Barquero, Antonio (2001) La política de desarrollo económico local. En: *Desarrollo económico local y descentralización en América Latina: análisis comparativo*, pp. 21-45. Recuperado de:

https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/2693/S2001704_es.pdf

Vazquez Barquero, Antonio (2007) Desarrollo endógeno. Teorías y políticas de desarrollo territorial. En *Revista Investigaciones Regionales*, número 11, pp. 183-210. Recuperado de:

<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2500824>

Vivas, Arelis; Rodríguez, María Candelaria, y Mendoza de Ferrer, Ermelinda (2010) Desarrollo endógeno: Opción para el rearme humanizado del sistema productivo latinoamericano. En *Contaduría y administración*, (231), 9-31. Recuperado de:

https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0186-10422010000200002

Villar, Alejandro (2007) La dimensión política del desarrollo local. Recuperado de:

<http://biblioteca.municipios.unq.edu.ar/modules/mislibros/archivos/Villar.pdf>

Villareal, Federico (2013) Entender el territorio desde las relaciones de poder a través de un estudio de caso. Ponencia presentada en las *X Jornadas Nacionales y II Internacionales de Investigación y Debate, II Encuentro Sudamericano de Estudios Agrarios. Actores, estrategias y poder en el mundo rural. Argentina y Brasil (siglos XIX y XX)*. Recuperado de:

http://pert-uba.com.ar/archivos/publicaciones/F_Villarreal_final.pdf

Wahren, Juan (2011). Territorios Insurgentes: La dimensión territorial en los movimientos Sociales de América Latina. En *IX Jornadas de Sociología*. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Wilches, Luis Alfredo (2000) El Nuevo Rol de lo Rural. Trabajo presentado al Seminario Internacional La Nueva Ruralidad en América Latina, Bogotá. Recuperado de:

<http://biblioteca.clacso.edu.ar/Colombia/fear-puj/20130218124452/munoz.pdf>

Yin, Robert (1994) *Case Study Research. Design and Methods*. California: Thousand Oaks.

Zibechi, Raúl (2007) *Autonomías y emancipaciones. América Latina en movimiento*. Lima: Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales. Universidad Nacional Mayor de San Marcos.